

# SOCIEDAD LITERARIA TOLBOOTH

MARGARITA GARCÍA GALLARDO



Click  
EDICIONES

# ÍNDICE

## *Dedicatoria*

Preámbulo

Señorita Ada Jervis

Sociedad Literaria Tolbooth

Lady Maximilienne Greenwich

Tres monedas chinas y un asesinato

En Cockpen Castle

El primo Jacob Wolveriage

Un anticuario de Old Bond Street

Cena con los williamson

La desaparición del señor Herbert Gordon

Lección de anatomía

Una levita quemada

El inspector Fergus Rothnie

El Jiance

Huyendo de la *police*

Un barco. Una hora. El puerto de liverpool

Lady Maximilienne Greenwich y el Fantasma  
entre sacos de té

Tras la pista del asesino

Un pequeño dragón de jade

Informe del inspector Rothnie

En el barrio chino de Liverpool

Testimonio de Bessy Oldman

La habitación cerrada

El otro pendiente

La Liga de los Hijos del Dragón  
El barón Astley-Coutts  
Sociedad de Investigadores Tolbooth

*Biografía*

*Créditos*

*Click*

**Te damos las gracias por adquirir este EBOOK**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

[PlanetadeLibros.com](http://PlanetadeLibros.com)

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

A mi hermana María, por su ilusión y sus ganas de ser feliz.

Y a todos aquellos que, un día de octubre, pusieron su alma y su corazón de soñadores en esta novela...

# PREÁMBULO

Nosotros éramos cinco personas amantes del arte y de la literatura que nos reuníamos periódicamente en casa del coronel Nicholls, en el pasaje de Tolbooth, para compartir nuestra afición. De cómo nos convertimos en una sociedad secreta de investigadores tratan estas páginas.

En cuanto a mí, y como narrador de esta historia, me van a otorgar la licencia de que no les revele mi verdadero nombre ni el de mis compañeros. Diversas consideraciones tocantes a nuestra seguridad personal me lo impiden. Pero, para que a ustedes este hecho no les resulte frustrante al comienzo de la narración, empezaré por darles uno: pueden llamarme Herbert, Herbert Gordon. Soy escritor y, como tal, he sido el encargado de recopilar toda nuestra historia en un solo manuscrito. Pero es justo añadir en estas primeras páginas que, dentro de la complejidad que ha encerrado esta labor literaria, he contado con la colaboración de los demás miembros de la Sociedad. Observarán que ellos han adquirido la responsabilidad de contarles en primera persona muchos pasajes que, de otro modo, yo hubiera transcrito con menos realismo. Mi trabajo, en estos casos, ha sido únicamente el de, con la habilidad crítica que me caracteriza, eliminar de su producción narrativa todo rastro de excentricidades y datos comprometidos, dando a los escritos el efecto de interés y suspense que ustedes, como lectores exigentes, esperan.

Cumplida mi misión, doy paso a nuestra historia. Lean y juzguen si ha merecido ser contada.

## SEÑORITA ADA JERVIS

No recuerdo ningún detalle especial de la noche en que conocí a lady Maximilienne Greenwich. Era un viernes más de la reunión semanal de nuestra sociedad literaria en el pasaje de Tolbooth. Dicho de este modo, podría parecer que consideraba mi asistencia a las reuniones como una rutina. No es cierto: la Sociedad Literaria Tolbooth había traído un soplo de aire fresco a la rancia monotonía de mi vida como institutriz en Edimburgo.

Habíamos pasado ya la mitad del duro invierno escocés. La noche era horrible. Un viento helado soplaba con fuerza sobre la chimenea de la casa. Sus alaridos de animal furioso barrían las calles desiertas y amenazaban con desplomar el cielo sobre nosotros. Mientras, yo esperaba sentada en mi habitación con los botines en la mano y la capa puesta. Me consolaba pensando que al menos no llovía. Por suerte, llevábamos bastantes días sin que las nubes descargaran una sola gota sobre la ciudad. A pesar del tiempo vivido en Edimburgo, no me acostumbraba a su clima gris y triste, y constantemente añoraba los días soleados de Lower Froyle Manor. Creo que pensaba en eso, en los días de verano, cuando escuché el restañar del látigo de Alfred.

Era nuestra señal. Todos los viernes, a eso de la media noche, llegaba con el coche del coronel y se detenía en la puerta del número catorce de Moray Place. Luego golpeaba el aire tres veces con su látigo, con la suficiente violencia como para que yo pudiera oírlo. Sabía, entonces, que ya había llegado y que me esperaba en Doune Terrace, justo a la espalda de la plaza. Como institutriz de la familia, yo ocupaba una de las habitaciones del ala oeste de la segunda planta, cuyas ventanas daban a la calle. Así que, en cuanto oía el restañar del látigo, abría la puerta de mi habitación con cuidado y salía al pasillo. La casa, a esas horas, estaba fría, silenciosa y oscura. Sin embargo, no tenía miedo. El tiempo y la experiencia me habían hecho más confiada.

Nuestra memoria es selectiva y tiende a olvidar lo que le produce miedo o dolor. En algún lugar de la mía había escondido aquellas primeras veces en

que me había escapado. Entonces temblaba de pies a cabeza con solo pensar que me descubrieran. Recuerdo que atravesaba los pasillos sin apenas respirar, con todos mis músculos en tensión. Incapaz de moverme con la soltura necesaria, agarrotada por el pánico, tardaba una eternidad en atravesar la casa. Ahora todo eso había quedado atrás. Con los botines en la mano y las faldas recogidas para que no crujieran, no tardaba más de un par de minutos en salir al jardín.

Me había resultado muy fácil averiguar que era en el invernadero donde, colgada junto a las herramientas de jardinería, los Williamson guardaban la llave de la cancela que daba a Doune Terrace. Una puerta que no se solía usar, por lo que se convirtió para mí en una salida perfecta a la calle, sin temor a que nadie se diera cuenta. Aunque, mirando hacia aquellos días desde la perspectiva de la distancia, me asombro de que los dueños de la casa, cuyas habitaciones daban al jardín, no me hubieran descubierto. Cualquiera noche, desvelados por sus preocupaciones, asomados a la ventana buscando consuelo en la visión de la luna, podrían haberme visto atravesando el jardín como si fuera un fantasma. Fue un milagro que no sucediera. Me puedo imaginar lo que hubiera dicho la señora Williamson al ver que la señorita Jervis estaba dejando la casa a unas horas inapropiadas para una mujer decente...

De cualquier modo, yo era bastante precavida y solo me ponía los botines justo antes de salir al exterior. Ya en el jardín, evitaba el sendero de grava y rápidamente alcanzaba la salida. Allí, en un hueco que dejaban las piedras del muro, escondía una copia de la llave de la cancela, cuyas bisagras mantenía bien engrasadas con la manteca que le cogía en la cocina a la buena de la señora Robinson. Lo tenía todo bajo control o, al menos, eso creía. Estaba equivocada, alguien me descubrió. Alguien que me vigilaba desde la oscuridad y supo que yo salía de la casa por aquella puerta...

Pero hasta que ese alguien se cruzó en mi vida, y mientras estuve instalada en la seguridad de que nadie lo sabía, cuando conseguía abandonar la casa y me encontraba en la calle con Alfred, el mayordomo del coronel, era el momento más feliz de la semana. Él siempre me recibía servicial y agradable, aunque el cielo se desplomara sobre nuestras cabezas.

—Buenas noches, señorita Jervis —me decía invariablemente—, hace una noche perfecta para la fantasía.



—Buenas noches, Alfred —le contestaba yo, también invariablemente—. Sí, una noche mágica de cuento de hadas.

Él sonreía y nos poníamos en camino hacia Royal Circus para recoger a la señora Arliss y acudir así juntas a nuestras reuniones de los viernes.

Pero antes de esto, antes de formar parte de la Sociedad Literaria Tolbooth, mi vida, como he dicho, era otra. Había llegado a la casa unos dos años atrás, con tan solo dieciocho. En mi maleta arrastraba la infancia feliz de la única hija de Alexander Jervis, un terrateniente del sur de Inglaterra. Un hombre honrado que hizo todo lo posible para que, después de la muerte de su esposa, a su hija no le faltara nada. No llegué a conocer a mi madre, murió al nacer yo. Por ello fui objeto de todo tipo de cuidados por parte de mi padre. Eligió las mejores niñeras para mí, me dio una cuidada educación y todo su amor, pero, sobre todo, me regaló el crecer en los verdes prados del sur de Inglaterra, rodeada de suaves colinas y campos de lavanda. Fue el ambiente de libertad en el que fui educada y ese contacto directo con la naturaleza lo que me convirtió en una niña soñadora y creativa a la que le gustaba que le leyeran cuentos. Luego, con el tiempo, los escribí yo misma.

Mi padre también murió, tan solo un mes antes de que yo cumpliera los diecisiete. Se lo llevó una apoplejía después de desplomarse sus acciones ferroviarias. Me dejó sola y cargada de deudas. No me quedó ni siquiera nuestra maravillosa casa de campo de Lower Froyle. La única persona que se ocupó de mí fue el señor Huge, el viejo procurador de mi padre. Él y su esposa me acogieron en su casa de Londres, y allí recibí todos los mimos que un par de ancianos pueden dispensar a una jovencita, que fueron muchos y sinceros. A pesar de ello, sabiendo que no debía abusar de su generosidad, le pedí al señor Huge que me buscara un empleo de institutriz, un sitio que me permitiera comenzar lejos de mi amado Hampshire, lejos de la falsa compasión que despertaba entre conocidos y los que un día fueron nuestros amigos. Necesitaba una nueva vida y no tardé en conseguirla.

No fueron muchas las familias dispuestas a aceptar a una institutriz sin referencias. Y, de las pocas encontradas por el viejo señor Huge, la mayoría distaban de tener una posición lo suficientemente holgada, a su juicio, que me garantizara una estabilidad a largo plazo. Solo una familia de Escocia me ofrecía esa posibilidad. De modo que preparé las maletas y, entre las lágrimas

del señor y la señora Hüge, que me rogaban que no me fuera, puse rumbo a Edimburgo. Tal vez fue el destino el que me llevó hasta allí, o quizá me guió el espíritu de mi padre, que me seguía cuidando desde el más allá. Puedo decir que, a pesar de que los Williamson no me acogieron con los brazos abiertos, fue la mejor decisión que he tomado en mi vida. Si no hubiera elegido a esa familia, nunca hubiera encontrado unos amigos como los que he encontrado aquí. Nunca hubiera formado parte de la Sociedad Literaria Tolbooth.

Llegué a Edimburgo una encapotada tarde de otoño. Los Williamson eran, según las informaciones que había recopilado el señor Hüge, unos prósperos comerciantes. Su casa estaba situada en el extremo norte de Moray Place, una espaciosa y elegante plaza de la parte nueva de la ciudad. Aunque en comparación con Londres me pareció un lugar más sano y limpio, en lo único que me fijé fue en los jardines que la plaza cercaba en su centro. Un trozo de verdor en mitad de tanta piedra. Una gota de agua en medio de un desierto. Nada para alguien como yo, acostumbrada a vivir en el campo y a dejar que la vista se perdiera en la inmensidad del horizonte.

El edificio, al igual que los que formaban la plaza, era de estilo georgiano con tres pisos de altura. No me impresionaron ni sus dieciocho ventanas a la calle, ni las dieciocho que daban a la parte de atrás. Me pareció una casa triste comparada con las que había habitado. Solo encontré un poco de consuelo en el jardín trasero, donde, en un pequeño invernadero, los Williamson cuidaban algunas plantas y flores sin demasiado esmero.

El primer recuerdo que guardo de los Williamson es el de la imagen de una idílica familia que disfruta del alegre fuego de su hogar. Cuando entré en su gran salón, la señora Williamson bordaba en una banqueta baja mientras Helen y la pequeña Georgina jugaban en una alfombra. De fondo sonaba Chopin. Era Claire, la hija mayor, quien lo interpretaba, dejando clara constancia de que no era una virtuosa del instrumento. Sin embargo, su padre, el señor Williamson, la escuchaba de pie, a su lado, con la expresión de quien está disfrutando de unas notas que descendieran directamente del cielo. Recuerdo perfectamente lo que pensé: era reconfortante sentirse arropado en el hogar después de los duros afanes de un día cualquiera. A mí se me había vetado esa posibilidad. La voz del mayordomo anunciando mi nombre rompió la aparente calma de aquel hogar.

—¡Señorita Jervis! —exclamó Henry Williamson a la vez que se me acercaba—: ¡no la esperábamos hasta mañana!

Me quedé algo desconcertada, pues tenía la seguridad de haberles advertido por carta de mi llegada con la suficiente precisión. Por cortesía iba a comenzar a disculparme, pero la verborrea del señor Williamson me lo impidió.

—¡Mejor!, ¡mucho mejor! —dijo gesticulando exageradamente—, así disfrutaremos antes de su presencia. Niñas, ¡venid a saludar a vuestra nueva institutriz!

Las dos pequeñas obedecieron inmediatamente sin ocultar su entusiasmo y se presentaron con gracia, diciendo su nombre y su edad. Helen tenía entonces seis años y Georgina acababa de cumplir los cinco. Ni Claire ni la señora Williamson se movieron del lugar que ocupaban. Inocentemente, pensé que la sorpresa de mi llegada había impedido a la madre reaccionar con la suficiente delicadeza y que la culpable de la actitud desconsiderada de la jovencita había sido su edad, unos catorce años. Ni que decir tiene que me equivocaba.

—Pero Claire, querida —insistió el señor Williamson—, no seas tímida y ven a saludar a la señorita Jervis.

Lo cierto es que la frialdad y el desprecio con que me extendió su mano me fue dando idea de que no era precisamente timidez lo que la impedía saludarme con un mínimo de corrección. Su madre, con desidia, apartó la labor que tenía entre manos y por fin se levantó.

—Bienvenida, señorita Jervis —me dijo con altivez—. Sabemos que usted no trae referencias y no quiero que se lleve a engaño. Estará aquí unos meses de prueba, hasta que comprobemos que es adecuada para desempeñar el puesto.

—No lo hubiera concebido de otro modo —le contesté mientras soltaba su rígida mano.

—Bueno, querida —intervino el señor Williamson—, estoy seguro de que la señorita Jervis superará ese tiempo de prueba sin ningún problema.

Que superé ese tiempo de prueba es obvio. Otra cosa es que no tuviera ningún problema. La señora Williamson, junto con su primogénita, pusieron

tanto empeño en que los tuviera que otra con menos carácter y fortaleza que yo hubiera abandonado a las pocas semanas de estar en Moray Place.

Sin embargo, en lo que tuve una gran suerte fue en el trato con la servidumbre. Había cuatro personas empleadas en la casa. Si con el señor Doyle, el mayordomo, y Bobby, un mozo, mis relaciones fueron buenas pero sin llegar a establecer ningún lazo afectivo, no puedo decir lo mismo de la señora Robinson y Bessy. La primera era la cocinera de la casa, y Bessy era la criada. Ellas fueron mi apoyo en los primeros meses. Sobre todo Bessy, más o menos de mi edad y con la que enseguida congenié, pues era de un pequeño pueblo del sur de Hampshire. Fueron ellas las que, con la complicidad que entrañaba nuestra posición en la casa y, por qué no decirlo, por mi curiosidad, me contaron todo lo referente al pasado de los Williamson.

Por supuesto, debido a su mal carácter, por la primera que me interesé fue por la señora Williamson. Así supe que Priscilla Williamson, de soltera Cockburn, era la séptima hija de un granjero de Avonbridge. Una muchacha que, a juicio de su familia, tuvo la inmensa suerte de casarse con el hijo de un próspero comerciante de Edimburgo. El difunto padre del señor Williamson, William Williamson, regentaba una pañería en St Bessy's Wind. De modo que, después de la boda, los recién casados se fueron a vivir al piso que los pañeros tenían encima del negocio, donde, además de la familia, también convivían con apreturas los empleados de la tienda.

Fue tras la muerte del señor Williamson padre cuando su hijo amplió el negocio a las sedas, puso vidrios emplomados en el escaparate, añadió luz de gas y trajo las mejores telas de todos los rincones del mundo. Poco a poco diversificó sus actividades y fue abriendo nuevas tiendas para, con el paso del tiempo, convertir a Williamson & Hijo en uno de los negocios más prósperos de toda Escocia. Pronto pude comprobar que Henry Williamson era un hombre con una gran visión comercial de la vida y, como tal, nunca llevaba la contraria a sus clientes. Esta máxima también la trasladaba al terreno personal y familiar, por lo que nunca contradecía a la señora Williamson. De haber dado con otro tipo de esposa, probablemente hubiera educado a sus hijas con disciplina y austeridad, sabedor del valor del esfuerzo y el trabajo que le había costado amasar su fortuna. Sin embargo, todo el carácter y la seguridad que mostraba en sus negocios los perdía al enfrentarse a su mujer.

Era cierto que Priscilla Williamson había trabajado codo con codo con su esposo para sacar el negocio adelante, pues si bien no era una mujer inteligente ni sensible (al contrario, era más bien mezquina), sí que estaba dotada de una especial habilidad para las cuentas y el reclamo de impagos. Así, a medida que el negocio fue generando riqueza y los Williamson fueron ampliando sus círculos sociales, la señora Williamson se apartó de las tareas «indignas» para una dama y se convirtió en dueña y señora de la casa. De este modo, y con el objetivo de hacer desaparecer su vergonzoso pasado de trabajadora, refinó sus modales y mejoró sus gustos para convertirse en una mujer «honrada» que dominaba en el ámbito de su hogar a través de las normas sociales, la etiqueta y el paso de las estaciones. Conceptos que, pude comprobar, inculcó con éxito en su hija mayor. Su máxima aspiración en la vida era casar a Claire con un aristócrata. Y esta era, precisamente, la causa de su aversión hacia mí. Al parecer, me encontraba lo suficientemente atractiva como para rivalizar con su hija por las cuatro mil libras de renta de Aaron Collins, el hijo mayor de lord y lady Collins...

Por supuesto, no lo descubrí de inmediato, pero, cuando lo hice, puse todo de mi parte para desaparecer como mujer ante los ojos de todos. Pasé a ser una oscura institutriz de ropas severas y tristes. En muchas ocasiones tuve la tentación de regresar a Londres junto con el señor y la señora Huger, pero, aparte de que no quería darles el disgusto de saber que lo estaba pasando mal, otra poderosa razón me mantenía atada a Edimburgo: la Sociedad Literaria Tolbooth.

Durante muchos meses apenas hice vida social. A excepción de mi relación con la señora Robinson y Bessy, no contaba con ninguna amistad, no conocía a nadie en Edimburgo. Mi tiempo libre puedo decir que prácticamente lo pasaba escribiendo en mi habitación. En las raras ocasiones en que el señor Williamson vencía la resistencia de su mujer y me permitía que les acompañara en alguna de sus fiestas, era para mostrarme más como un trofeo que otra cosa.

—¿No saben ustedes que tenemos un ave cantora en esta casa? —solía decir el señor Williamson a sus invitados—. La señorita Jervis tiene la voz más dulce que jamás he escuchado...

Entonces me invitaba a que en la sobremesa interpretase un largo repertorio con el que él pensaba que dejaba asombrados a sus invitados. Fue justo en una de esas cenas cuando el destino quiso que entre ellos estuviera el matrimonio Arliss. Thomas Arliss, a pesar de su juventud, era uno de los más reputados abogados de la ciudad. El bufete de Arliss & Associates era muy conocido y gozaba de un gran prestigio. Aquella noche el señor Williamson me presentó a la pareja. Fueron tan agradables conmigo que pronto sentí que nos unía una corriente de simpatía. Es más, enseguida me di cuenta de que gran parte del éxito del joven abogado se lo debía a su esposa.

Elisabeth Arliss no era una mujer llamativa al primer golpe de vista. Era menuda y delicadamente rubia. Sus facciones, sin dejar de ser armoniosas, no perfilaban un rostro bello. Sin embargo, y tras unos minutos de conversación con ella, te envolvía la sensación de que de su interior manaba algo especial. Descubrí con el tiempo que, aparte de una inteligencia poco común, tenía una capacidad innata para llegar al fondo de las personas. Una intuición que le hacía desenredar con facilidad el complejo entramado del que está hecho el corazón humano. Tuve oportunidad de comprobarlo al poco rato de haberla conocido. A petición del señor Williamson interpreté varias piezas al piano acompañadas de mi voz. Al terminar, los invitados alabaron el buen gusto de la selección de canciones y mi interpretación, con el consiguiente regocijo del señor Williamson y no tanto de su esposa. Sin embargo, Elisabeth Arliss no se entretuvo en esas banalidades. Mientras el resto de invitados me pedían con insistencia que interpretase una canción más, ella se fue a hablar directamente con la señora Williamson. Nunca me ha contado qué fue lo que le dijo. El caso es que, al final de la velada, Priscilla Williamson me comunicó que una tarde a la semana acudiría a la residencia de los Arliss para dar clase de música a sus dos hijos.

Fue así como conocí en la intimidad a los Arliss. Y, a medida que mi relación con ellos fue estrechándose, más a gusto me encontré entre ellos. Una tarde en su casa, con el fin de dar un pequeño descanso a los niños durante sus clases, les propuse leer un cuento. Saqué uno que acababa de escribir y se lo empecé a leer en voz alta. Debió de ser en aquel instante cuando la señora Arliss pasó frente a la puerta abierta de la sala de estudio. Al oír que les

estaba leyendo un cuento, se quedó allí, quieta tras la puerta, escuchando hasta que terminó.

—Espero que sabrá disculparme, señorita Jervis —me dijo entrando en la habitación—, no he podido vencer la tentación de saber cómo terminaba ese cuento. ¿Sería tan amable de decirme el nombre del autor? Me parece tan fascinante que creo que le compraré el libro a mis hijos.

Cuando le dije que era yo misma la que lo había escrito, se le iluminaron los ojos.

—¡Oh, señorita Jervis!, creo que tenemos más en común de lo que usted se puede imaginar...

Seguidamente compartió conmigo algo que, según sus palabras, era uno de sus secretos mejor guardados y que, a excepción del señor Arliss, nadie más conocía.

—Le juro —me dijo divertida— que es la primera vez que le cuento esto a alguien que no sea de mi familia. Su maravillosa habilidad con la pluma me ha dejado deslumbrada. Tiene usted un don especial para la escritura y estoy segura de que mis amigos no me reprocharán que la invite a acompañarnos en uno de nuestros encuentros.

Fue entonces cuando me confesó que todos los viernes acudía al pasaje de Tolbooth, un pequeño callejón del Canongate, donde, secretamente, se reunía una sociedad literaria. Dirigida por el coronel Nicholls, la Sociedad Literaria Tolbooth había surgido de una manera espontánea cuando un grupo de amigos comenzó a reunirse para hablar, principalmente, de literatura.

—El coronel colabora habitualmente con el diario *Scotsman*, en la sección de cultura, y, aunque no todos escribimos, sí que tenemos la suerte de contar con algún escritor de renombre, a quien, si usted se anima, tendrá el gusto de conocer.

Ni que decir tiene que aquella invitación, después de los meses que yo había pasado encerrada en Moray Place, fue como abrir una ventana al mar.

—Siempre —apuntó la señora Arliss— le queda la posibilidad de no volver si no le place. Pero me atrevo a pronosticar que la Sociedad Literaria Tolbooth cambiará para bien su vida.

Elisabeth Arliss no se confundió en su pronóstico, y ahora, dos años después, puedo decir que mi vida en Edimburgo cambió desde el momento que

asistí a la primera reunión.

Las reuniones de la Sociedad tenían lugar la noche de los viernes. Yo sabía que me iba a resultar imposible acudir porque no obtendría la aprobación de la familia. Fue ella, la propia señora Arliss, quien me quitó la idea de pedir permiso a los Williamson.

—No debe decírselo por dos razones —me explicó—. Primero, porque Priscilla Williamson no se lo permitiría. Es usted demasiado joven, guapa e inteligente como para que, además, le perdone el hecho de tener aspiraciones literarias... Es innecesario que se lo explique, ¿verdad? —Esbozó una sonrisa pícaro y miró con reprobación mi sencillo traje negro—. Y la otra poderosa razón que tengo para pedirle que no diga nada es que casi nadie conoce la existencia de nuestra sociedad. El coronel prefiere que no se hagan públicas nuestras reuniones; de este modo mantenemos una intimidad que nos evita tener que rechazar a personas que no nos son gratas. Hemos conseguido un ambiente extraordinario donde se respeta profundamente el trabajo creativo de los demás, pero sin renunciar a la crítica sincera. Es muy complicado conseguir algo así, de modo que intentamos cuidarlo al máximo.

La única alternativa que me quedaba, si quería formar parte de aquella sociedad literaria, era escaparme los viernes a espaldas de los Williamson. Tras las palabras de la señora Arliss, pensé que iba a ser muy difícil que me admitieran en su grupo. Sin embargo, no fue así. Recibí una cálida acogida por parte de todos los miembros de la Sociedad Literaria Tolbooth, y sus reuniones llegaron a ser el principal aliciente de mi vida en Edimburgo. Se convirtió en una costumbre acudir a ellas junto con mi mentora, la señora Arliss. Por eso aquella noche, después de recogerme en Moray Place, Alfred dirigió el coche hacia Royal Circus para ir a buscarla. Ella, como siempre puntual, entró en el vehículo envuelta en una capa de terciopelo negro.

—Buenas noches, señorita Jervis —me dijo tras saludar a Alfred—. ¿Tenemos una suave brisa esta noche, no le parece?

Al decirlo soltó una pequeña risa. Ni lo avanzado de la noche ni el viento helado habían conseguido que perdiera su buen humor. Debía de ser por eso, por su carácter alegre, por lo que su presencia siempre me resultaba reconfortante.



—Espero que el coronel tenga bien atizado el fuego —dijo frotándose la manos—. Lo que no sé es si este tiempo tan horroroso no terminará por desanimar a nuestra invitada. Lo sentiría porque tengo mucha curiosidad en conocerla. El señor Eastman nos ha hablado tanto de ella... Estaba muy interesado en presentárnosla.

Fue entonces cuando recordé que lady Maximilienne Greenwich nos acompañaría en la reunión de la Sociedad de aquel viernes. Sin embargo, no hice ningún comentario. El hecho de que se tratara de una invitada del señor Eastman me lo impedía. Él nunca había ocultado sus sentimientos hacia mí, lo que hizo que todos nuestros compañeros estuvieran pendientes de nosotros. Las historias de amor siempre despiertan un anhelo oculto en el corazón humano, una curiosidad donde proyectar nuestras ansias de ser amados. Por mucho que nos neguemos a reconocerlo, somos seres en busca de un amor pleno y arrebatador, donde creemos que se encuentra nuestra felicidad. Ese debe de ser el motivo por el que, cuando no lo alcanzamos, nos produce tanto dolor.

Por todo ello, me sentía observada en cada gesto, en cada palabra que dirigía al señor Eastman. Por supuesto, la señora Arliss hizo todos los intentos posibles por conocer si yo le correspondía. No soy una persona dada a revelar mis sentimientos. Mi padre siempre me educó en la discreción. Pero ¿cómo desvelarlos si ni siquiera yo los conocía? Mi cabeza me decía que era el hombre perfecto, guapo, joven, atractivo y bueno. Mi corazón, en cambio, insumiso, le negaba un lugar en él. Quizá fuera el hecho de que todos nos observaban lo que me intimidaba. No lo sé. En cambio, sí estoy segura de que nunca encontraré a nadie que me profese un amor más puro e incondicional que el suyo.

Con la señora Arliss ya instalada en el coche del coronel pronto alcanzamos Queen Street. La mortecina luz de los faroles de gas y el eco de los cascos de los caballos hacía que las calles vacías parecieran espectros de aquellas otras tan bulliciosas durante el día. Mientras, los jardines que dejábamos a nuestro paso solo mostraban la sombría aridez del invierno. Sin embargo, la animada charla que manteníamos y la ilusión de reencontrarnos con nuestros amigos hacía que el interior del coche fuera una primavera renacida para mí.

Entramos en la parte vieja de la ciudad por North Bridge. En las callejuelas y los estrechos pasadizos que urden las entrañas de esa parte de Edimburgo, la noche parecía acrecentar el misterio que para mí siempre escondían. El ritmo de los caballos disminuyó cuando giramos en Hight Street en dirección hacia el Canongate. Al llegar a la antigua cárcel nos detuvimos. El reloj de la torre marcaba las doce y media. Alfred nos dejó allí y la señora Arliss y yo nos metimos por Old Tolbooth Wynd. Nada más pasar el oscuro pasadizo, justo a la derecha, se abría la puerta de la Sociedad Literaria Tolbooth.

## SOCIEDAD LITERARIA TOLBOOTH

Todo comenzó la noche en que el señor Eastman invitó a su tía abuela, lady Maximilienne Greenwich, a una de las charlas de nuestra sociedad. Como escritor que soy, les aseguro que es un privilegio contar con un puñado de amigos lúcidos y sinceros con quien poder compartir mi trabajo. Un pensamiento que es común al resto de los integrantes del grupo. Somos algo más que una mera sociedad literaria. Por ello son muy escasas las ocasiones en que ampliamos nuestro círculo. A excepción de la acertada incorporación de la señorita Jervis por recomendación de nuestra apreciada señora Arliss, por otra parte siempre dispuesta a alterar la tranquilidad de las reuniones, nadie más se ha unido desde la fundación del grupo. Pero ello no quita que, puntualmente, algún miembro invite a alguna persona que considere interesante a pasar la velada con nosotros.

Leopold Eastman contaba en aquel entonces con la insultante edad de veintidós años. Sus estudios de medicina en la renombrada Universidad de Edimburgo no eran óbice para que su mente despierta estuviera interesada por todo. No había una disciplina que en alguna oportunidad no hubiera estudiado. Y, para su honra, debo decir que, aunque no siempre con la suficiente profundidad, nunca le faltó el suficiente entusiasmo. Con ese mismo entusiasmo que le caracterizaba, en más de una ocasión nos había hablado de su tía abuela, de la que tenía un inmenso repertorio de graciosas anécdotas, dado el carácter divertido y algo excéntrico de la mujer.

La dama en cuestión era, en realidad, esposa de un hermano de su abuela, lord Arthur Greenwich, quien había desempeñado importantes cargos durante el reinado de Jorge IV, entre ellos el de secretario de Estado para las Colonias. Francesa de origen, la señorita Maximilienne Dupont se había casado muy joven con lord Greenwich y, dado el cargo que este desempeñaba, juntos habían recorrido medio mundo. Sin embargo, cuando lord Greenwich ya se había retirado de la vida política y se disponía a disfrutar de su vejez, un desgraciado suceso vino a terminar con su apacible existencia de jubilado y

propriadamente con su vida. De modo que aquella ventosa noche me dispuse a asistir a la reunión semanal de nuestra sociedad con el acicate de conocer a la tía abuela del señor Eastman. Por supuesto, ni yo ni ninguno de mis compañeros podíamos imaginar lo que aquella visita iba a suponer para nosotros.

—Hace una noche como para no moverse de casa —dije al coronel mientras le entregaba mi abrigo y mi sombrero.

Él mismo había venido a abrimme, pues Alfred, su mayordomo, había ido a recoger a las damas, como hacía cada viernes. Un acto casi heroico, a mi parecer, pues suponía tener que soportar la inagotable charla de dos mujeres que, en un corto espacio de tiempo, el que duraba el trayecto hasta el pasaje de Tolbooth, intentaban ponerse al día de todo lo que les había sucedido en una semana.

—Una noche de perros, querido amigo —replicó el coronel sin sacarse su inseparable pipa de la boca—, una noche de perros...

—Dígame, coronel, ¿qué nos da usted los viernes para que abandonemos nuestros cómodos hogares y el reconfortante fuego de nuestras chimeneas y vengamos hasta aquí desafiando al viento, la nieve o la lluvia?

El coronel sonrió moviendo levemente su enorme y denso bigote blanco.

—Siempre he pensado que, particularmente a usted, le mueve mi estupendo *whisky*.

Después el coronel me cedió el paso por el corredor que comunicaba con el salón. La casa del pasaje de Tolbooth en otro tiempo había sido la parte trasera de la taberna del mismo nombre, donde durante generaciones habían vivido sus propietarios. Luego, cuando estos se marcharon buscando una residencia más cómoda, se usó simplemente como almacén. El coronel Nicholls la compró un tiempo atrás con la idea de guardar allí su enorme biblioteca, al mismo tiempo que la pequeña vivienda le permitía pernoctar en las ocasiones en que, por motivos de trabajo, debía quedarse en la ciudad hasta tarde. Siempre fue un hombre de gustos sencillos que amaba la vida del campo, por lo que residía habitualmente en Wallyford, un pueblecito tranquilo situado a unas siete millas al este de Edimburgo. Él no era muy propenso al bullicio de la ciudad; sin embargo, su amistad con el director del periódico *Scotsman* le había hecho colaborar de una manera asidua con él, llevándole a

convertir lo que en un principio había sido tan solo un pasatiempo en una columna semanal sobre temas de arte y literatura. Y eso le ocupaba más tiempo de lo que él hubiera deseado, obligándole a visitar con más frecuencia la ciudad.

—Esperemos —dije mientras me acercaba a la chimenea— que nuestras amigas no tengan ningún problema para llegar.

—No lo creo —contestó el coronel mientras se acomodaba en su butaca—. Es imposible que este viento detenga a dos damas con el carácter de la señora Arliss y la señorita Jervis... Lo que no sé es si, dada la avanzada edad de nuestra invitada, se atreverá a venir.

—Pensaba más bien en la señorita Jervis y sus escapadas nocturnas... —aclaré—. Espero que no haya tenido problemas con sus patronos.

—Tampoco creo que los tenga —dijo mientras volvía a encender su pipa—. Entre usted y yo, por lo que he podido saber, los Williamson son bastante necios y la señorita Jervis es lo suficientemente inteligente para, en el caso de que la descubrieran, poder salir airosa del trance.

—De eso no me cabe ninguna duda... En cuanto a la presencia hoy de nuestra invitada, me preguntaba si no debería dejar para mejor ocasión el hacer partícipes a los demás de mis novedades.

—No se preocupe por eso —me tranquilizó el coronel—, estoy seguro de que la puntualidad británica de nuestros amigos nos dejará el tiempo suficiente para hacer una pequeña reunión antes de que ella llegue. Más si tenemos en cuenta que nuestra invitada es francesa y con una reputación algo equívoca, lo que hace muy posible que llegue tarde...

Justo en ese instante alguien llamó a la puerta.

—¿Ve?, lo que le dije, puntualidad británica.

El coronel se levantó y me rogó que permaneciera junto al fuego mientras él iba a abrir. Según se alejaba, volvieron a tocar el timbre. Por la manera imperiosa de llamar supe que la que había llegado era la incorregible señora Arliss en compañía de la señorita Jervis. Inmediatamente me lo confirmó el hecho de oír su risa tras el saludo del coronel.

—Como siempre, puntuales, mis queridas damas. Esta casa se complace en recibirlas.

—¡Ay, coronel! —contestó la señora Arliss—, no sabe el placer que supone para mí escuchar esas palabras. Toda la semana esperando este momento ¡sin tener a los niños pegados a mí!

Acompañadas por el frufú de sus faldas, las dos mujeres entraron en el salón. La señorita Jervis, precedida por sus grandes ojos castaños que siempre la delataban, buscó en la habitación la figura esbelta del joven Eastman. Aunque ella nunca lo confesó, a mí no me podía engañar. Sabía que en el fondo de su corazón le amaba. Porque ¿quién no podría amar a un joven como el señor Eastman? Creo que a todos nos resultaba imposible pensar lo contrario, y en alguna ocasión lo habíamos comentado. El caso es que la presencia de las dos damas hizo que abandonara con diligencia mi puesto delante de la chimenea para acercarme a saludarlas.

—Señora Arliss, señorita Jervis —saludé mientras les hacía una graciosa reverencia—: son ustedes dos estrellas que relumbran en esta fría noche.

A continuación tomé la mano de ambas damas y se las besé.

—¡Señorita Jervis, está usted helada!, ¡acérquese al fuego antes de que coja un resfriado!

—Gracias, señor Gordon, usted siempre tan galante —replicó ella dedicándome una sonrisa franca.

—Si no le importa al señor Gordon —intervino con ironía la señora Arliss—, yo también me acercaré al calor.

La intervención del coronel me impidió contestar.

—Bien, tan solo falta el señor Eastman para poder empezar. No quiso que Alfred pasara a buscarle y me temo que vendrá caminando con este viento del demonio.

—La juventud tiene —intervine— una insolente mezcla de fuerza, valentía y, sobre todo, inconsciencia. Menos mal que yo ya pasé esa etapa de mi vida y, gracias a Dios, sin sufrir ni un rasguño.

—Me niego a pensar que usted ha dejado atrás su juventud, señor Gordon. —La señora Arliss dejó entrever el principio de otro ataque—. La juventud no solo la dan los años, es un espíritu que se lleva dentro. Dígame, ¿por qué debería usted renunciar a llamarse joven si emana tanta energía y vitalidad? Y, además, permíteme la indiscreción, creo que usted no ha llegado ni a los cuarenta...

Ya sabía yo que las flores que mi estimada amiga me había dedicado eran preludio de su estocada. Ella sabía muy bien que no me gustaba confesar mi edad en público. De hecho, sí que había pasado de esa edad, pero, aunque esté mal que yo lo diga, mi cutis fino y terso, la enorme agilidad que poseo y, quizá, esa manera mía tan poco convencional en el vestir me hace situarme en una frontera vital indefinible. Lo que pretendía la señora Arliss era que confesara mi edad. Por supuesto no lo hice y proseguí la conversación como si no la hubiese escuchado, a la vez que sacudía una mota de polvo de mi chaleco bordado con hilo de plata.

—Incluso salí indemne de las trampas del amor —dije como si tal cosa—. Claro que, de haber conocido en mi juventud a alguna de las dos damas aquí presentes, mi destino hubiera sido otro...

Ambas sonrieron. Supuse, y creo que no me equivocaba, que la señora Arliss estaba haciendo de tripas corazón al ver que no había picado su anzuelo.

—Aunque conmigo ya no tiene nada que hacer —exclamó en tono irónico—, nada le impide cortejar a la señorita Jervis...

—Se equivoca, mi querida amiga —sentencié con seguridad, evitando la situación comprometida a la que me arrastraba—: yo mismo soy el impedimento. La señorita Jervis jamás se fijaría en un viejo como yo. Más, si cabe, cuando hay otros jóvenes de noble corazón y espíritu alegre que la pretenden...

Dejé la frase en el aire los suficientes segundos para que la señorita Jervis se ruborizara. La intervención de su amiga y mentora la sacó del apuro en el que yo, sin maldad e intentando defenderme, la había puesto.

—No se infravalore, señor Gordon: sus encantos son tantos que cualquier mujer, incluida yo, sucumbiría ante ellos —dijo la señora Arliss con tal naturalidad que sus palabras hasta parecían sinceras.

¡Touché! Me di por vencido a la vez que Alfred aparecía en la puerta del salón.

—¡Ah, Alfred!, ya está usted aquí —exclamó el coronel—. En cuanto llegue el señor Eastman, hágalo pasar.

Justo en aquel momento se volvió a escuchar el timbre de la puerta de la calle, que anunciaba la llegada del hombre más joven de nuestra reunión. De

inmediato Alfred desapareció. Al poco escuchamos cómo daba la bienvenida al joven Eastman.

—El tiempo no acompaña para pasear esta noche —se oyó decir al mayordomo del coronel—. El señor debería haber venido en el carruaje con las damas.

—No lo crea, Alfred —resonó desde el vestíbulo la voz juvenil y fuerte del señor Eastman—, hace una noche ideal para pasear. Me encanta andar cuando hace viento. Sentirlo sobre la cara es una sensación única...

Sin dar lugar a que el mayordomo la precediera en el camino al salón, sentimos sus pasos enérgicos dirigiéndose hacia nosotros. De inmediato, su figura alta y delgada y su rostro inteligente aparecieron bajo el dintel de la puerta. Su presencia llenó la habitación.

—Buenas noches a todos —exclamó—, ruego disculpen mi tardanza...

Acto seguido, con grandes zancadas, se aproximó hasta las damas. Saludó a la señora Arliss en primer lugar y luego tomó la mano de la señorita Jervis.

—No saben lo que les he echado de menos durante estas semanas —confesó mirando solo a esta última—. Algunos exámenes y otras circunstancias personales no me han permitido asistir a las últimas reuniones...

El joven Eastman no gastaba muchas energías en disimular sus sentimientos hacia la señorita Jervis, lo que nadie le reprochaba. Sus modales atractivos y sin ninguna afectación hacían que todos sintiéramos una sincera simpatía hacia él. El hecho de que fueran públicas las preferencias de su corazón provocaba que la joven señorita Jervis se ruborizara más.

—Alfred tiene razón, señor Eastman —saludó el coronel Nicholls—. Debería haber venido en el coche. Ni sus años ni el hecho de estudiar medicina le garantizan que no vaya a caer enfermo.

—Le disculpamos porque sabemos que usted es una víctima de su juventud y no de la vanidad —agregué yo mientras le extendía la mano.

Sonrió y con un gesto elegante se apartó alguno de los rizos que le caían sobre la frente.

—Sé que tienen razón, caballeros, pero no me he resistido a estirar un poco las piernas después de pasarme todo el día estudiando. Sin embargo,



estoy seguro de que me perdonarán cuando les presente a la invitada de esta noche.

—Estamos ansiosos por conocerla —señaló el coronel—, pero ¿no cree que el mal tiempo la desanimará?

—Debo decirle, coronel, que cuando lady Maximilienne Greenwich se propone algo, no puede detenerla ni el más terrible de los huracanes.

—En ese caso, damas y caballeros —manifestó el coronel con cierta solemnidad—, es mejor que estemos preparados. Creo que ha llegado el momento de pasar a la biblioteca y comenzar la reunión.

Todos obedecimos y nos dirigimos hacia la biblioteca. El propio coronel abrió las puertas correderas que comunicaban con ella. En sus vidrieras estaban grabadas las iniciales de nuestra sociedad: una gran *ese* negra donde se enredaban la *ele* y la *te* formadas por las flores moradas y las hojas de cardo. Un escudo que el coronel mismo había diseñado y después había encargado realizar a uno de los mejores artesanos de Edimburgo. La verdad era que todos nos sentíamos orgullosos de nuestro emblema.

Según nuestra costumbre, nos colocamos de pie alrededor de la gran mesa ovalada de nogal. Siempre el coronel ocupaba la cabecera, delante de nuestro voluminoso libro de actas, un tomo encuadernado en piel con el escudo de la Sociedad grabado en la tapa. Las damas se situaban a su derecha y los caballeros a la izquierda. Antes de sentarnos, como también era costumbre, el coronel proclamó nuestro lema solemnemente.

—Que la fuerza de la inspiración guíe nuestras palabras; que la potencia creadora ilumine nuestras mentes; que la literatura sea, esta noche, dueña y señora de nuestros corazones... Da comienzo la séptima reunión del año de 1859 de la Sociedad Literaria Tolbooth. —A continuación todos los presentes tomamos asiento—. Creo que hoy, dado que tenemos una invitada a nuestra reunión, deberemos reestructurar el orden del día. —El coronel Nicholls habló sin quitarse la pipa de la boca y abrió el libro de actas—. Propongo que, si a la señorita Jervis no le parece mal, pospongamos para la siguiente reunión el relato que hoy nos iba a presentar. ¿Le importa dejarlo para el próximo viernes, señorita Jervis?

—En absoluto —contestó ella—, así tendré oportunidad de volverlo a repasar.

—Estupendo entonces —prosiguió el coronel—. Y ahora, dentro del caos al que hoy nos vemos arrastrados, creo que el señor Gordon quiere darnos una noticia. Cuando quiera, Herbert...

Me puse en pie, siendo sabedor de la consistencia que adquiere en esos momentos mi humanidad, y tomé la palabra.

—Estimados amigos, ya saben ustedes que llevo más de un año trabajando con intensidad en mi nueva novela. Pues bien, he de comunicarles en esta fría noche que la semana pasada la he dado por concluida.

Tal y como esperaba, esta noticia fue recibida con regocijo por parte de todos los integrantes de la Sociedad Literaria Tolbooth. El señor Eastman fue el primero en ponerse en pie para darme su más ferviente enhorabuena. De seguido, las dos damas también expresaron su satisfacción.

—Espero disculpen —me excusé una vez se terminaron las felicitaciones y todo el mundo volvió a ocupar su asiento— que mi buen amigo, el coronel Nicholls, supiese la noticia con antelación. Saben de la confianza que me merece su opinión y, de hecho, aquí tengo la novela completa para entregarla a su dictamen.

Señalé el voluminoso paquete que había depositado en la mesa, el cual he de decir que había envuelto primorosamente con una fina cinta de raso color lila.

—¡Oh, señor Gordon! —exclamó la señorita Jervis—, es natural que lo haya hecho así. Estoy segura de que cualquiera de nosotros hubiéramos actuado de la misma manera. Y dígame, ¿nos revelará hoy, por fin, su título y el argumento?

—Lamento decirle que no del todo, señorita Jervis. Quiero esperar a tener la seguridad de que la obra se publicará antes de desvelar su contenido. Amablemente, el coronel Nicholls se ha ofrecido a ayudarme con esas pesadas gestiones. Como bien saben, él es colaborador del *Scotsman* y conoce personalmente a su editor. Mi idea es que se publique en ese periódico por entregas; claro, siempre y cuando el coronel le dé su visto bueno.

—Tengo la absoluta seguridad de que así será, Herbert —afirmó el coronel—. Usted nunca me ha defraudado.

—Pues con esa confianza que me otorga le entrego, en presencia de estos amigos, el trabajo de los últimos meses.

—Y yo lo acepto como un valioso regalo. —El coronel lo tomó en sus manos.

—No creo —intervino sin poder evitarlo la señora Arliss — que nuestro querido señor Gordon nos vaya a dejar así, con la curiosidad devorándonos. ¿De verdad va a ser capaz de no decirnos el título?

Por supuesto, sus palabras fueron combustible para la curiosidad de los demás, lo que ella ya tenía perfectamente calculado. Todos, incluido el siempre prudente coronel, insistieron en que se lo desvelara. No soporté la presión a la que me sometieron y finalmente cedí a sus súplicas.

—Está bien, está bien... Lo haré solo como prueba del afecto que les dispense, pero les rogaría que lo mantuvieran en secreto hasta que sea publicada. Bien, la obra se titula *Mientras el viento sopla en nuestras chimeneas*.

No me sorprendió que el silencio invadiera la sala. Era un título poco corriente con el que justamente buscaba sorprender al lector. El joven Eastman fue el primero en romper una lanza a mi favor.

—¡Excelente! —exclamó—. ¡Digno de un gran escritor!

La señora Arliss no tardó en dar su opinión.

—Saben ustedes que me resulta difícil no ser sincera. —A continuación soltó una de sus tontas risitas—. No es que no me guste, señor Gordon, pero así, al pronto, me ha resultado demasiado largo... —Luego, apoyando el rostro sobre su mano derecha y el codo en la mesa como si fuera una niña soñadora y no una mujer hecha y derecha, repitió el título dos o tres veces—. Sin embargo —volvió a dirigirse a los demás—, a medida que lo dejo reposar, me va resultando más evocador. ¿Usted qué piensa, señorita Jervis?

Si a mí siempre me parecía interesante la opinión de la señorita Jervis, no quiero decir al señor Eastman, que echó el cuerpo hacia delante, poniendo sus cinco sentidos en escucharla.

—Creo... —dijo la señorita Jervis con cierta timidez, sin duda provocada por la atención excesiva que le dispensaba el joven Eastman—, creo que tiene fuerza y ritmo. De hecho, yo puedo escuchar el viento ululando mientras arrastra un terrible misterio sobre los tejados de la ciudad...

El coronel Nicholls, que había escuchado atentamente a todos jugueteando con su pipa, la dejó a un lado para poder hablar.

—Ciertamente, a mí también me ha sorprendido. Una frase sin concluir, sin duda, que invita a participar y a descubrir el misterio que encierra su novela. A mi juicio, describe un círculo inacabado, un reto para la curiosidad del lector... ¿No está de acuerdo conmigo?

—Mi querido coronel, por supuesto que estoy de acuerdo con usted —contesté sin poder esconder mi entusiasmo—. Pero yo voy a más. No solo quiero que participe el lector, lo que pretendo es despistarle. Quiero que mientras él lee la novela al abrigo de los muros de su casa, mientras la lluvia arrecia en su tejado y el viento sopla con fuerza en su chimenea, intente descubrir el mal que azota a nuestra sociedad. No solo serán los ojos de mi detective los que investiguen, sino también los del lector. Cuatro ojos ven más que dos.

—Comprendo —intervino la señora Arliss—: usted quiere seguir la senda del americano Poe. Que el lector se convierta en la sombra de Dupin.

—Sí —afirmé subiendo el tono de mi voz y olvidándome de que le estaba dando la razón a la señora Arliss—. Y, si el lector es lo suficientemente perspicaz, que se adelante a él, que sienta el placer de desenredar la trama. Al fin y al cabo, mi querida amiga, de eso trata la literatura: de desenredar, ya sea el alma de la humanidad o un crimen.

—¿Y cuál es el crimen que los lectores deberán investigar en su novela? —preguntó la señorita Jervis.

—Se trata de... —sujeté mi lengua antes de que pudiera seguir hablando—. ¡Casi lo consigue, señorita Jervis!, ¡a punto ha estado de sonsacarme el argumento!

Todos rieron. Sonó el timbre de la puerta anunciando una visita. Instintivamente, tanto el coronel como los demás miramos al joven Eastman.

—Me temo —consultó su reloj— que mi tía, lady Maximilienne Greenwich, ha adelantado su hora de llegada.

## LADY MAXIMILIENNE GREENWICH

Mi tío abuelo, lord Arthur Greenwich, siempre fue un apasionado coleccionista de arte. Imagino, y creo no equivocarme al hacer esta suposición, que, de haber sabido que esa afición suya le iba a costar la vida, hubiera dedicado su tiempo, su dinero y sus esfuerzos a otra actividad menos arriesgada. Aunque nadie en su sano juicio podría pensar que un reloj musical perteneciente al reinado del emperador Qianglong, de la dinastía Qing, iba a ser la causa de su muerte.

Habían pasado pocos días desde su fallecimiento cuando, para mi sorpresa, su esposa, lady Maximilienne Greenwich, me pidió que la invitara a una de las reuniones de nuestra sociedad literaria, de la que yo, quizá imprudentemente, en numerosas ocasiones les había hablado tanto a ella como a lord Greenwich. Digo *imprudentemente* porque el coronel Nicholls siempre nos animaba a practicar la discreción a la hora de dar a conocer nuestra actividad. En mi defensa puedo decir que, si se lo conté a ellos, fue debido a la maravillosa acogida y a la confianza que ambos me dispensaron desde que llegué como estudiante a Edimburgo. Se creó entre nosotros el clima propicio para que no tuviéramos secretos, incluidos los referentes a mi vida sentimental. Si no hubiera conocido a la señorita Ada Jervis en las reuniones de la Sociedad Literaria Tolbooth, probablemente nunca les hubiera desvelado su existencia. Pero lord y lady Greenwich fueron el refugio que busca todo enamorado para dar descanso a los desvelos de su corazón. Me sentía desbordado por una pasión que jamás antes había sentido, y ellos me supieron comprender mejor que nadie.

Sí, al poco tiempo de la muerte de lord Greenwich, lady Greenwich me pidió que la invitara a una de esas reuniones y no me pude negar. Supuse que lo que la animaba a asistir era la búsqueda de consuelo o entretenimiento para poder sobrevivir al dolor y a la pena de aquellos terribles días. De modo que lo hice. Hablé con el coronel, quien no puso ninguna objeción. Y ahora, porque supongo que están pensando que no es muy apropiado que, recién

enviudada, una anciana tenga un vida social tan activa, me veo en la obligación de contarles algo más sobre lady Greenwich para que no lleguen a falsas conclusiones.

Como ya les ha comentado el señor Gordon unas páginas atrás, lord Greenwich era el hermano más joven de mi abuela por parte materna. Era un hombre culto y aventurero que dedicó toda su vida al servicio de la corona. Desempeñó distintos puestos de importancia durante el reinado de Jorge IV y viajó por todo el mundo en misiones diplomáticas. Tras enviudar de su primera esposa, con quien tan solo estuvo casado un año, volvió a contraer matrimonio con una francesa que conoció en París cuando era embajador en Francia. Según él mismo me confesó, la señorita Maximilienne Dupont conquistó a mi tío por su peculiar forma de ser: una mezcla de ingenuidad y dulzura, unida a una gran fuerza de carácter y determinación, poco común en una muchacha de su edad. Aparte de todo esto, la señorita Dupont era bastante peculiar, por no decir excéntrica, en todas las demás facetas de su vida. Desde su forma de vestir hasta su exacerbado amor por los animales, se podía decir que, a pesar de pertenecer a una familia de aristócratas parisinos, o quizá por ello, los convencionalismos sociales no entraban dentro de sus prioridades.

Debo decir que mi tío y ella formaban una pareja muy curiosa y agradable. Eran tan divertidos que no había fiesta en la que no estuvieran invitados. Siempre se les vio felices juntos, a pesar de que no vieron cumplido su sueño de tener hijos. Quizá por ello siempre me acogieron con especial afecto. Sobre todo cuando mi tío se retiró de la vida pública y decidió pasar su vejez en un castillo que adquirió al sur de Edimburgo, en el pueblecito de Bonnyrigg. Cockpen Castle estaba situado a orillas del río Esk, en un paraje idílico donde lo que menos te puedes imaginar es que se vaya a cometer un asesinato.

Allí me invitaban en numerosas ocasiones, lo que yo aceptaba gustoso, pues siempre encontraba en la compañía de lord y lady Greenwich el cariño que mi familia no podía dedicarme por la distancia que nos separaba debido a mis estudios. He de confesar que en los largos paseos por los bosques que rodeaban al castillo y por sus magníficos jardines, dejaba que mi espíritu se solazara con el recuerdo de la señorita Jervis. En muchos de esos paseos me acompañaba mi tío, cuya conversación preferida no eran precisamente los

temas de amor, sino mis estudios de medicina. Estudios que a lord Greenwich le interesaban sobremanera, si ustedes tienen en cuenta que siempre fue algo hipocondríaco.

Pero la afición favorita de mi tío era el mundo del arte y de las antigüedades. Era un apasionado coleccionista que, como todo el que cultiva este arte, disfrutaba enseñando sus adquisiciones. Se había convertido en una costumbre invitarme a Cockpen Castle cada vez que compraba algún objeto nuevo para su colección. Siempre le agradeceré que, a pesar de mi juventud, tuviera en cuenta mis opiniones. Eso hacía que me sintiera importante cuando le daba mi parecer sobre un cuadro o un jarrón. Él me escuchaba atentamente mientras hacía ese gesto tan suyo de reposar la mejilla sobre su mano derecha. A decir verdad, a su lado me hizo sentirme más como un hijo que como un pariente lejano. Y, con el corazón en la mano, les puedo confesar que le echo terriblemente de menos.

Recuerdo como si fuera ahora mismo la tarde en que lord Greenwich me invitó a Cockpen Castle con el fin de que pudiera ver la última adquisición de su colección. Me dirigí hacia allí animado por la certeza de pasar un rato agradable en buena compañía y de disfrutar de una excelente taza de té. Si a esto le sumamos el hecho de que iba a admirar la belleza de una pieza de arte única, al parecer un reloj chino, comprenderán que esta era una perspectiva deliciosa para una aburrida tarde de lunes, además de una excusa perfecta para saltarme mis clases.

Según se iba acercando el coche que me llevaba al castillo, pude intuir la figura de lord Greenwich oteando el horizonte desde la ventana de su despacho. Sin duda, esperaba ansioso mi llegada.

—¡Mi querido Leopold! —me saludó con impaciencia desde lo alto de la doble escalera de la entrada—. ¡Ven, sube!, ¡rápido! Lo tengo en mi gabinete, pero ya he pedido que le hagan un sitio en el salón de recepciones. Llevo esperando todo el día para poder mostrarte esta maravilla... ¡Es una pieza única!

Me despojé del sombrero y del abrigo, y con celeridad se los di al mayordomo. Tuve que subir los escalones de dos en dos para poder alcanzar a lord Greenwich, que, animado por su ilusión, parecía haber perdido veinte

años. Entré tras él en su despacho, una sala atestada de cosas aparentemente inservibles que se amontonaban por todos los rincones.

—Creo que tú sabrás apreciar lo que te voy a enseñar. Hasta ahora solo lo ha visto lady Greenwich, y opina que es un trasto más para mi colección... Lamento que no esté aquí para que pueda escuchar tu opinión, pero ya sabes que ella no perdona, por nada del mundo, la partida de *whist* con sus amigas.

Sonreí para mis adentros, imaginando a lady Greenwich en su partida de cartas. Ustedes también lo hubieran hecho si la conociesen. Espero que lo hagan pronto, en la medida en que con nuestra pericia como narradores se lo facilitemos.

—¡Aquí lo tienes, Leopold! —Me lo mostró orgulloso lord Greenwich mientras retiraba con gesto de mago la tela con la que cubría un gran objeto que estaba encima de una mesa situada en medio de la habitación—. ¿No te parece excepcional?

En un primer momento, y por sus grandes dimensiones, me costó ver que se trataba de un reloj con forma de pagoda china. Realmente era extraordinario. Lo rodeé para poder fijarme mejor en sus detalles. Tenía dos pisos; sus azoteas estaban adornadas con guirnaldas.

—Es una obra maestra de la colección del emperador Quianlong —explicaba orgulloso de su adquisición mientras seguía mis pasos en el paseo alrededor del reloj—. Dedicaron más de cinco años de trabajo para completarlo y tiene siete sistemas mecánicos que lo controlan. Las campanadas...

Como buen coleccionista, lord Greenwich me ilustró con otros datos numéricos de la pieza: medía setenta y tres pulgadas de alto, cuarenta de ancho y unas veinte de profundidad, tenía veinte piedras preciosas engarzadas..., y perdonen que no recuerde la cifra exacta de las campanas que sonaban cada cuarto de hora...

Tampoco escatimó esfuerzos en explicarme el mecanismo que hacía que los resortes inferiores saltaran y comenzaran a girar las escenas que había a ambos lados de la esfera, en el primer nivel de la pagoda. En el segundo piso, se abrían tres puertas, de las que cada cuarto de hora, automáticamente, salían tres figurillas que sostenían martillos y campanas. Aparte de sus minuciosas



explicaciones, el reloj me impresionó sinceramente. Era indudablemente un trabajo magnífico y de una belleza innegable.

—Pediré que nos sirvan el té aquí, así podrás verlo en toda la grandeza de su funcionamiento —me dijo.

De este modo, y como si fuéramos dos niños ansiosos por ver un juguete, tomamos el té mientras esperábamos a que llegara el siguiente cuarto de hora para que el reloj se pusiera en funcionamiento. Cuando sonaron las campanas y el artefacto comenzó a moverse y a deleitarnos con una preciosa melodía, vi reflejado en el brillo de la mirada de lord Greenwich un influjo mágico que me retrotraía a la niñez. Mi tío aún guardaba en la manga una carta para asombrarme más.

—Y esto no es todo —añadió sin saber hasta qué punto el destino estaba poniendo aquellas palabras en su boca—. El anticuario de Londres al que se lo compré, el señor Samuel Cecil, que, sea dicho de paso, goza de toda mi confianza, asegura que este reloj tiene una leyenda negra.

Dejé la taza sobre la mesita y me incorporé en el sillón para prestar atención a sus palabras. Una leyenda negra siempre despierta, como mínimo, la curiosidad del oyente. A lord Greenwich su anticuario le había contado como un misterioso caballero, del que jamás desveló su identidad, le encargó a un comerciante de sedas de Liverpool que en uno de sus viajes a China le trajera una caja. No le dijo qué era lo que contenía, pero le pagó con la suficiente generosidad como para que el comerciante aceptara el trato sin hacer más preguntas. Lo único que sabía era que alguien llevaría el encargo al mismo puerto de Hong Kong. Y así fue: al amanecer del mismo día que el barco iba a zarpar, la caja fue llevada hasta el puerto en un carro.

El comerciante supervisó la subida a bordo de la caja para asegurarse de que no sufría ningún daño. Fue así como se dio cuenta de que, sin bajarse del *rickshaw* en el que había llegado, un mandarín, con su birrete naranja y su larga trenza, también vigilaba la caja. Una vez que esta estuvo dentro del barco, el mandarín desapareció tan silenciosamente como había llegado.

—El comerciante de sedas —prosiguió lord Greenwich con misterio— aseguró al anticuario que, desde el momento en que aquella caja con el reloj dentro fue subida a bordo, un sinfín de desgracias sucedieron en el barco. En la misma bodega, uno de los marineros que la cargaba tropezó y se le cayó

encima, fracturándole un brazo; además, se declaró una epidemia a bordo y, para colmo de males, el barco también estuvo a punto de naufragar al enfrentarse a una terrible tormenta. La tripulación, ya sabes, mi querido Leopold, siempre llena de supersticiones, echó la culpa de todo lo sucedido a la caja que tan misteriosamente habían subido a bordo, diciendo que había traído una maldición. Llegaron a amotinarse y pidieron al capitán que la arrojara por la borda. Este no accedió, debido a las amenazas del comerciante de obligarle a pagar una importante indemnización en el caso de que la mercancía sufriese algún daño. Aunque llegaron con una semana de retraso, por fin la caja con el reloj fue descargada en el puerto de Liverpool.

Lord Greenwich contaba la historia con el mismo entusiasmo y detalle como si él mismo hubiera estado presente en todos los sucesos. Prosiguió relatando como el comerciante estaba deseoso de entregar el encargo y liberarse de aquella carga maldita, pero cuál fue su sorpresa cuando aquel misterioso caballero que le hizo el encargo no se presentó en la fecha acordada para recogerlo. El comerciante esperó un tiempo prudencial y, una vez finalizado y sin que nadie la reclamara, abrió la caja. Cuando vio que se trataba de un reloj, decidió venderlo a un anticuario, para lo que viajó a Londres. Según lord Greenwich, aquel reloj estaba predestinado a caer en sus manos y, por ello, el comerciante de sedas fue a parar justamente a un tratante de obras de arte de Old Bond Street, viejo conocido suyo, al que siempre acudía para aumentar su colección.

—El señor Cecil me envió una carta diciéndome que tenía una pieza que quizá me interesara. —Lord Greenwich paseaba por su despacho con la manos a la espalda y la vista perdida en la alfombra turca mientras me seguía contando la historia—. No dudé en viajar a Londres al día siguiente. Conozco bien a Cecil, es un viejo sabueso capaz de detectar una buena obra a millas de distancia.

De repente se paró y contempló el reloj con fascinación.

—Mi querido Leopold, ¡nunca hubiera imaginado encontrarme con semejante joya!, ¡y menos al precio que me lo ofreció!, ¿y a que no sabes por qué?

—Porque a él también le dio mala suerte —aventuré con una sonrisa burlona en la boca.

—¡Eureka! —exclamó lord Greenwich—. El señor Cecil, influido por la historia que le relató el comerciante de sedas, culpó al reloj de una serie de desgracias familiares que le habían acaecido, de la bajada de ventas que había sufrido en los dos últimos meses y hasta de la inesperada visita de unos ladrones a su tienda... ¡He conseguido una ganga por una tonta superstición!

Ambos reímos de buena gana, pensando que se trataba de un cuento absurdo, ignorantes de que aquella historia tenía su razón de ser. Por desgracia, esa fue la última vez que le vi con vida.

Fue solo una semana después de su muerte cuando su esposa, lady Greenwich, como ya les he dicho, me pidió que la invitara a una de las reuniones de nuestra sociedad literaria. Me sorprendió porque nunca antes había expresado mayor curiosidad por mis experiencias literarias de la que informa la mera educación. Su interés por estas reuniones solo despertaba cuando le hablaba de las desventuras de mi corazón. Es más, ni siquiera pensé que ella tuviera alguna inclinación literaria. Por ello, si en un principio pensé que buscaba entretenimiento, luego me convencí de que quizá pretendía conocer a la señorita Jervis y no quería decírmelo. No tardaría en desengañarme.

—Me has hablado tanto de ellos —me dijo en su momento— que tengo la intuición de que me podrán ayudar.

Por supuesto que no me pude negar, aunque es cierto que me preguntaba a mí mismo si una charla acerca de Milton podría consolar a lady Greenwich de la muerte de su esposo. Repito que supuse que buscaba algo de entretenimiento que le hiciera más llevable su dolor. Me extrañó, porque ella era una dama con suficiente fortaleza y recursos como para poder afrontar sola cualquier cosa, aunque supongo que la muerte de un amado esposo puede hundir a la más fuerte de las mujeres.

Ni el coronel ni ninguno de mis demás compañeros pusieron objeción alguna a su visita. Al contrario: alimentada su curiosidad por lo que yo les había contado sobre ella, la recibieron con los brazos abiertos.

No me sorprendió que lady Greenwich adelantara su hora de llegada a nuestra reunión, pues era una mujer que no se sometía ni a normas ni a horarios. Pero cometí el error de no advertírselo a mis amigos y, sobre todo, al coronel Nicholls, que es bastante maniático en temas de puntualidad. Noté

como la llegada adelantada de mi tía, con la subsiguiente interrupción de nuestra reunión, produjo un leve temblor en su gran bigote, señal inequívoca de que le había incomodado la falta de puntualidad de nuestra invitada, aunque hubiera sido por exceso.

—Creo que será mejor que la recibamos en el salón. —El coronel nos invitó a levantarnos de la mesa.

Salimos de la biblioteca y casi inmediatamente nos llegó el cascabeleo de la voz de lady Greenwich desde la entrada. Un suave parloteo que no cesó incluso mientras Alfred anunciaba su presencia en el salón.

—Lady Maximilienne Greenwich —anunció Alfred algo azorado por la situación porque lady Greenwich continuaba hablando mientras no dejaba de mirar a su alrededor. Entró sin dar tiempo siquiera a que Alfred terminara de presentarla.

—¡Encantadora!, coronel —dijo con su voz cantarina y su fuerte acento francés—. Tiene usted una casita encantadora. *Oh là là!* ¡Qué monada!

Allí estaba ella con sus escasos cinco pies de altura, elevada hasta los seis por su inseparable y gran moño alto. Puede que fuera debido al perfume que usaba, a su figura redondeada y de escasa altura, a sus ojos azul clarísimo bordeados por un halo blanco, redondos en una cara redonda, por lo que su presencia siempre me evocaba un pastel. Un dulce y tierno pastel rematado en lo alto por la guinda de su moño.

—Lady Greenwich —el coronel tomó su mano—, es un honor recibirla en esta nuestra sociedad.

Un agradable tintineo de pulseras tuvo lugar cuando el coronel Nicholls llevó la mano de la mujer hacia sus labios. No solo en sus muñecas llevaba una cantidad exagerada de pulseras, también su cuello estaba rodeado por varios collares que se estorbaban unos a otros. De sus pequeñas orejas colgaban unos pendientes que llegaban casi a tocar sus hombros. Instintivamente dirigí la vista hacia mis amigas. La señora Arliss no escondía la mueca divertida que le producía el vivo estampado de flores del vestido de lady Greenwich. De la misma manera, la señorita Jervis no podía apartar la vista del chal fucsia y dorado que lucía con gracia, más si se tiene en cuenta que no había respetado el preceptivo año de luto tras la muerte de su esposo.

—Usted debe de ser el coronel Nicholls —fijó sus ojos claros en él—. Le he reconocido, nada más entrar, por su pelo blanco y ese enorme *moustache*...

Tras unos segundos de embarazo, el coronel intentó asumir el comentario que su timidez le impedía encajar con naturalidad. Una timidez que yo había tardado en descubrir, pues él se encargaba de disimularla con una máscara de seriedad e introspección.

Después del saludo al coronel, y sin darle tiempo a la réplica, lady Greenwich se acercó a la señora Arliss.

—Y sin lugar a dudas, usted es Elisabeth. Tan rubia, tan delicada... *Mon Dieu!*, ¡Leopold! —exclamó de repente mirando a la señorita Jervis—, todas tus alabanzas se han quedado cortas, ¡es bellísima!

Lady Greenwich permaneció unos segundos admirando a la señorita Jervis como quien admira una obra de arte.

—¡Señorita Jervis! —exclamó rodeando el nombre de suspiros—, o, mejor, permítame que la llame Ada; no hay ni un solo día que mi querido Leopold no me hable de usted.

Todos notamos el azoramiento que este comentario produjo a la señorita Jervis. Yo, por mi parte, intenté disimular el mío.

—A nosotros también nos ha hablado mucho de usted el señor Eastman —intervino el señor Gordon salvando la situación—. Permítame que me presente...

—¡Señor Herbert Gordon, *enchantée!*, ¿cómo puede pensar que no le he reconocido?, ¡no podría ser otro con ese llamativo chaleco y esa corpulencia!

Vi como el señor Gordon cogía aire para contestar a lady Greenwich con alguna de sus incisivas observaciones. No le dejé.

—Lady Greenwich estaba ansiosa por conocerles —intervine—. Creo que me he excedido en contar sus bondades y me temo que hoy salga decepcionada de aquí.

—Haremos lo posible para que eso no sea así, mi querido amigo —medió el coronel—. Pero sentémonos, le pediré a Alfred que nos sirva un ponche caliente.

—Si no le importa, coronel —pidió lady Greenwich—, yo tomaré un *whisky*. Si hay algo por lo que me gusta Escocia es precisamente por ello.

En otro lugar y en otra compañía estoy seguro de que lady Greenwich hubiera pasado por frívola. Una mujer recién enviudada, vistiendo de una manera tan estrafalaria y llamativa y, además, pidiendo *whisky* en vez de un ponche hubiera encajado mal en otro ambiente que no fuera el de la Sociedad Literaria Tolbooth. Estaba seguro de que entre mis compañeros lo único que su comportamiento despertaría sería curiosidad. De hecho, así fue.

—Y dígame, lady Greenwich —preguntó el señor Gordon una vez que todos estuvimos sentados—, ¿qué disciplina del arte cultiva usted? La mayoría de nosotros, como ya le habrá comentado el joven Eastman, disfrutamos con la literatura, aunque la señora Arliss es también una excelente pintora.

Lady Greenwich miró a la señora Arliss con una sonrisa mientrasladeaba su cabeza. Un gesto de cumplido.

—Ninguna, señor Gordon —dijo para sorpresa de todos—, todas las facetas del arte me aburren terriblemente. Mi afición preferida son las cartas. —Mis compañeros, tras semejante comentario, se quedaron bastante desconcertados. En lo que respecta a mí, nunca le había oído hablar de sus aficiones en términos tan claros. Si bien en alguna ocasión había sospechado que mis conversaciones con lord Greenwich acerca de su colección de arte le aburrían, su actitud de escucha, siempre con una sonrisa en los labios, la había disipado—. Era mi difunto esposo el que sentía una pasión desbordada por todo lo relacionado con su colección, y yo no quise disgustarle. ¡Él disfrutaba tanto con sus cacharritos!...

A lady Greenwich se le llenaron los ojos de lágrimas. Para enjugárselas sacó un pañuelo bordado de su escote.

—Reciba nuestras más sentidas condolencias —intentó consolarla el coronel—. Leopold nos ha informado de que su marido ha fallecido recientemente.

Lady Greenwich se terminó de limpiar las lágrimas y tras unos segundos, en los que pareció recuperarse, volvió a hablar.

—¡Se equivoca, mi estimado coronel! —exclamó con un tono de indignación—. Mi marido no se murió. ¡Le asesinaron!

El estupor cundió por la sala por lo sorprendente de la declaración que la dama acababa de hacer. La muerte, o mejor el asesinato de lord Greenwich, había tenido lugar hacía poco más de siete días, por lo que yo, al no haber

asistido a las últimas reuniones, no había tenido ocasión de contar lo sucedido a mis compañeros. Tan solo cuando me vi en el compromiso de invitar a lady Greenwich a nuestra sociedad, le escribí una breve nota al coronel donde le expresaba su deseo de visitarnos y le informaba de que la mujer acababa de enviudar, pero sin darles más datos.

Las circunstancias de la muerte de lord Greenwich las viví en primera persona, de modo que lady Greenwich me pidió que fuera yo el que las relatara a mis amigos, ya que la emoción le impedía hacerlo a ella. Así que, brevemente, les conté la afición de mi tío por las antigüedades y cómo compró aquel reloj chino.

—Poco tiempo después de mi visita a Cockpen Castle para que lord Greenwich me mostrara el reloj que acababa de incorporar a su colección —continué—, una noche...

—... me desperté y vi que mi esposo no estaba en la cama —interrumpió lady Greenwich, recobrado el ánimo para hablar—. Había una tormenta terrible y pensé que Arthur se había desvelado y estaría en su gabinete, donde muchas noches de insomnio iba a repasar papeles o a leer. Me alarmó ver que tampoco estaba allí. De modo que avisé a uno de nuestros criados para que bajara y le buscara en la biblioteca. A mí me cuesta mucho subir y bajar las escaleras y, además, temía enfriarme...

Lady Greenwich, a pesar del esfuerzo evidente que estaba haciendo, no pudo continuar con el relato y volvió a sacar su pañuelo para enjugarse las lágrimas.

—El criado le encontró en el salón —proseguí yo—. Estaba tirado en el suelo, rodeado de un gran charco de sangre. No se pudo hacer nada por él. Le habían matado de una cuchillada. Cuando llegó, la policía dedujo que unos ladrones habían entrado en el castillo durante la madrugada y lord Greenwich les había descubierto. Faltaba el reloj chino que acababa de comprar, por ello el inspector encargado de la investigación...

—Un mequetrefe llamado Rothnie —volvió a interrumpir lady Greenwich mientras guardaba de nuevo el pañuelo en el escote—, un necio desalmado cuya inteligencia es inferior a la de un ratón...

En esta ocasión creí oportuno suavizar un poco las palabras de lady Greenwich, así que me vi en la desagradable tarea de interrumpirla yo.

—Bueno —aclaré—, el inspector opina que el caso está cerrado, que fue uno de tantos robos que tienen lugar en Escocia, con la mala suerte de que lord Greenwich estaba en el lugar y a la hora «inapropiados»...

—¡Ese fue el adjetivo que usó! —prosiguió lady Greenwich con indignación—. ¡Inapropiados!, ¡como si mi esposo no estuviera en su casa! ¡Casi nos da a entender que Arthur había cometido un delito!

Tuve que explicar a mis amigos que la policía había decidido dar por concluida la investigación, a pesar de que lady Greenwich había hecho lo posible para que esto no ocurriera y se encontrara a los culpables.

—No es solo para encontrar a los culpables —prosiguió haciendo un esfuerzo por contenerse—, mi querido Leopold, estoy segura de que detrás de la muerte de mi esposo hay algo más...

Todos nos quedamos mirándola extrañados. El coronel fue el primero en hablar.

—¿Qué la lleva a creer eso, lady Greenwich?

—Digamos que hay varios hechos concretos y una intuición que me llevan a pensar de esa manera, coronel. Y, justamente, esa es la razón que hoy me ha empujado a visitarles.



## TRES MONEDAS CHINAS Y UN ASESINATO

Es difícil describir la impresión que me causó lady Greenwich la primera vez que la vi. Si pudiera resumirla con un solo gesto, lo haría dibujando una sonrisa. Puede que esto parezca cruel si se tiene en cuenta que esa primera ocasión fue en la reunión de nuestra sociedad literaria, la noche en que nos relató la muerte de su esposo. Debo de suponer que la causa de esta impresión fue debida a su atuendo poco convencional y a su voz cantarina de acento francés, que daba más la sensación de estar recitando un alegre poema que hablando. Sin embargo, lo que me hizo más gracia fue su manera poco moderada de beber *whisky*... El caso es que aquella mujer me cayó simpática al primer golpe de vista y pensé que a Thomas, mi esposo, le encantaría conocerla.

Pero si me agradó su personalidad, no digamos la sorpresa que nos tenía reservada. Ninguno nos podíamos imaginar aquellos hechos (según ella, varios hechos concretos y una intuición) que la habían llevado a sospechar que la muerte de su esposo no había sido accidental. Me pregunté en aquel momento, y supongo que mis compañeros también lo hicieron, qué teníamos que ver nosotros en aquel asunto. La sorpresa hizo que nos quedáramos en silencio, incluido el señor Gordon, que siempre tenía una palabra para cada situación.

—He venido a pedirles ayuda —dijo lady Greenwich rompiendo el silencio.

No necesito relatarles la expectación que crearon sus palabras. Pero si alguien estaba sorprendido era el señor Eastman, quien, al parecer, no estaba enterado de las intenciones de su invitada: su expresión era de pura incredulidad.

—No sé en qué podemos ayudarla —intervino el coronel—, pero no lo dude: si está en nuestras manos, haremos...

—*Oh, mon Dieu!*, ¡sí que lo está, coronel! —interrumpió lady Greenwich—. Quiero que investiguen el asesinato de mi esposo.

Fue el momento cumbre de aquella reunión. Lo único que se podía escuchar en la sala era el crepitar del fuego de la chimenea. Tuve la impresión de que, por unas décimas de segundo, en la habitación faltaba el aire.

—¡Oh, mi querida señora Arliss! —exclamó lady Greenwich, dirigiéndose de repente a mí como si me conociera de toda la vida—: apelo principalmente a su sensibilidad. Si no estoy equivocada, es usted la única en esta sala que se encuentra casada y eso la hace comprender mejor que nadie mis razones para pedirles su ayuda. Mi marido ha sido asesinado, y nadie me quiere creer. ¿Qué haría usted en mi caso?, ¿se quedaría de brazos cruzados sin hacer nada? ¿Se rendiría porque un asno de policía no quisiera hacer bien su trabajo? Estoy segura de que usted, Elisabeth, haría lo mismo que estoy haciendo yo ahora...

Sinceramente, en este punto de la conversación no fui la única en pensar que aquella dama no estaba en su sano juicio. De nuevo fue el coronel el que intentó salvar la situación.

—Lady Greenwich, no quisiera parecer desconsiderado —dijo—, pero no sé qué podríamos hacer nosotros que no haya hecho ya la policía...

—Mucho, coronel, mucho —contestó ella mientras se colocaba el moño—. Ya le he dicho que la *police* no ha hecho nada. Aunque no se lo crean, les conozco lo suficiente a todos ustedes para saber que son personas con un honesto anhelo de buscar la verdad. Tengo una poderosa intuición y siempre me dejo guiar por ella. No soy de las que se rinden fácilmente, ¡oh, no! Cuando se me cerraron todas las puertas a las que llamé para obtener ayuda, apareció Leopold e hizo algún comentario sobre ustedes; no recuerdo exactamente cuál, pero sí recuerdo que sentí que su sociedad literaria era el camino. Arthur siempre confiaba en mis intuiciones, y creo que desde donde quiera que esté me está apoyando...

Estábamos asombrados. Lady Greenwich volvió a sacarse el pañuelo de su escote y con delicadeza se limpió los ojos.

—*Pardon!* —exclamó— ¡Oh, queridos!, ¡no me miren así! No estoy loca. Son perfectos para esta tarea y no me defraudarán. Si no, ¿por qué dedican su tiempo a la poesía? Ustedes son visionarios, creativos que pretenden cambiar la sociedad mediante los valores que encarna el arte. ¿Y no es la verdad uno de ellos? He leído alguna de las novelas del señor Gordon: siempre indaga en

un misterio y ofrece una lección moral a sus lectores. Él está muy entrenado para investigar, tiene una mente poderosa. Además, son ustedes inteligentes y jóvenes, ¿y no me digan que no tienen espíritu aventurero? Les estoy proponiendo que salgan de su rutina y hagan una buena obra. Tienen un gran corazón y sé que no dejarán a una viuda en la estacada. Estoy segura de que cuando me escuchen, me ayudarán...

Ante la seguridad que mostraba lady Greenwich, poco nos quedaba por hacer sino escuchar. Nos miró a todos y terminó fijando sus ojos clarísimos en mí. Eran tan sinceros y transmitían una mirada tan pura que me conmovieron. Me levanté, me acerqué a ella y le tomé la mano mientras me sentaba sobre la alfombra, a sus pies.

—Cuéntenos, lady Greenwich—la invité—, somos todo oídos.

—Y corazón, señora Arliss. Son ustedes un manojo de buenos corazones. Sabía que no me iban a fallar. Como ven, mi intuición nunca me falla.

Nadie dijo nada, pero la actitud de todos era la de escucha. Entonces, nuestra invitada, entre sorbito y sorbito de su vaso de *whisky*, comenzó a relatarnos de nuevo la muerte de su esposo con algunos detalles que antes había omitido intencionadamente.

—Hay cosas que preferí no contar a la *police*. Ese inspector era un maleducado y no tenía mayor interés en el asesinato de lord Greenwich que el que pudiera tener por un loro. De hecho, cerró la investigación casi al día siguiente de su muerte. Enseguida me di cuenta de que debía contactar con alguno de sus jefes si quería que hicieran algo fructífero. No sirvió de nada. Si lord Greenwich hubiera vivido, todo el mundo me hubiera abierto su puerta, pero cuando la que llama es una viuda sin influencias, no te dedican ni el tiempo justo de cortesía... Me mandaban unas cartas muy amables donde todos me remitían al inspector que llevaba la investigación, alabando su trabajo y apoyándole en la decisión que había tomado. ¡Ja!, *incroyable!*, me gustaría que conocieran a ese inútil. No sería capaz ni de descubrir a un asesino aunque le tuviera delante de sus narices...

El recuerdo de aquel policía hizo que la mujer se alterara. Apreté amistosamente su mano para tranquilizarla y así pudo continuar.

—El caso es que la noche que asesinaron a Arthur, al escuchar los gritos de nuestro criado, bajé todo lo rápido que pude al salón... ¡Oh, queridos!,

¡qué terribles fueron aquellos instantes! *Quel malheur!*, *quel malheur!*... No logro apartar de mi cabeza la imagen de lord Greenwich rodeado de sangre...

De nuevo lady Greenwich debió interrumpir su relato. Al poco, muestra de su increíble valor interior, tuvo fuerzas para proseguir.

—Estaba tan impresionada y confundida que recuerdo todo vagamente, como en una nube. Nuestro mayordomo, Charles, también había acudido a los gritos y me pidió que saliera de la habitación mientras se acercaba a Arthur para socorrerle. Lord Greenwich estaba tumbado boca abajo. Vi cómo le dio la vuelta. Enseguida se dio cuenta de que no había nada que hacer. Aun así, intentó reanimarle. Mientras, yo gritaba a los criados que fueran a por un médico, aunque intuía que era inútil. Arthur estaba ya muerto. Entonces Charles, junto con uno de los mozos, fue a enganchar el coche. No pude quedarme en la puerta y me acerqué hasta donde estaba lord Greenwich. De rodillas junto a él le tomé la mano, supongo que con la vana esperanza de que aún quedase un latido de vida... Fue entonces cuando vi que del bolsillo de su bata salía un trozo de cordón rojo. No me pregunten por qué, pero tiré de él y vi que del cordón colgaban tres monedas.

Lady Greenwich nos explicó que aquellas monedas le resultaron muy curiosas porque tenían un agujero en el centro en forma de cuadrado, por donde pasaba el cordón rojo, además de que tenían letras chinas grabadas en ambas caras.

—Creo que en un acto reflejo las guardé en el bolsillo de mi bata. Aunque en aquel momento no fui consciente, yo ya las había visto en otra ocasión —lady Greenwich se detuvo esta vez para dar un sorbito a su *whisky*— y no me resultó extraño que las tuviera en el bolsillo. Lord Greenwich siempre andaba jugando con sus pequeños tesoros, como yo decía... Sin embargo, lo que me produjo un gran sobresalto fue ver que en el suelo, junto a su cuerpo, había una pequeña pistola.

Lady Greenwich hizo una pausa conteniendo sus lágrimas.

—Tampoco sé decirles por qué, pero también la metí en mi bolsillo...

En un principio pensé que la había entendido mal. ¿Había cogido la pistola y se la había guardado?, ¿por qué?

—¡Pero, lady Greenwich! —exclamó el señor Eastman con poco tacto—, ¡esa pistola es una prueba fundamental para la policía!

—No lo creo, querido —contestó ella mientras daba otro sorbo a su vaso —: enseguida reconocí que era la pistola que Arthur siempre guardaba en su escritorio. Y, además, aunque hubiera sido de los asesinos, tampoco se la hubiera entregado a la policía. Afortunadamente, no les dije nada ni de las monedas ni de la pistola. Y digo *afortunadamente* porque si se las hubiera dado a esos policías, hubiera sido como... ¿cómo se dice?, como echar margaritas a los cerdos. No las hubieran aprovechado...

Creo que estarán de acuerdo conmigo en que la dama era peculiar. Una mujer de edad avanzada que, tras el asesinato de su marido, es capaz de esconder pruebas para que no las vea la policía puede dar una idea de su carácter. Aunque, si les soy sincera, en aquel momento lo primero que pensé fue que quizá ella tenía algo que ocultar.

—¡Oh, me temo que si no me explico pronto y con claridad, terminarán pensando que tengo algo que ocultarles! —Leyó mi pensamiento—. Les he sido sincera cuando les he dicho que en aquel instante no fui consciente de mis actos. No hubo mala voluntad cuando me guardé la pistola y las monedas. Más tarde sí que la hubo. Me acordé de algo importante, pero no se lo conté a la *police*.

—¿Y qué fue eso que recordó? —preguntó el señor Gordon que hasta el momento había permanecido inusualmente callado.

—Después de la muerte de mi esposo, cuando comenzaba a ser más consciente de lo ocurrido, una de las doncellas fue a lavar mi bata de noche, que estaba manchada de sangre, y encontró las monedas y la pistola en uno de los bolsillos. La muchacha se asustó bastante y me las entregó sujetándolas entre dos dedos lo más lejos posible de su cuerpo. Fue en ese momento, cuando vi las monedas balanceándose en su cordón rojo, cuando recordé que las había visto antes.

Lady Greenwich recordó también que, unos días antes del asesinato de su marido, ella se había acercado hasta su despacho porque tenía algo urgente que decirle. Sin embargo, al llegar a la puerta tuvo un lapso de memoria y se le olvidó de qué se trataba, lo que la obligó a quedarse un instante parada, haciendo memoria. La puerta del gabinete estaba entreabierta y por la rendija vio que lord Greenwich estaba abriendo un paquete.

—Arthur tenía un aire que, si no llegaba a ser de preocupación, sí que era de desconcierto —prosiguió lady Greenwich—, lo que me hizo observarle sin desvelar mi presencia. Tenía entre las manos una pequeña caja de la que sacó un pedazo de papel enrollado y algo que colgaba de un cordón rojo. Primero leyó la nota, que no debió de entender por el gesto que puso de extrañeza, y luego sujetó el cordón a cierta distancia de él. Entonces me pareció que se trataba de un colgante. —Todos respetamos su silencio mientras se aclaraba la voz con otro sorbo de *whisky*—. Recuerdo que, cuando entré en la habitación, tuvo una reacción curiosa y escondió rápidamente el cordón. Al principio no le di importancia, imaginando que se trataba de alguna antigüedad que había comprado para su colección y no quería que le regañara por seguir acumulando trastos. Lo cierto es que en los siguientes días le encontré raro, como preocupado y distante de mí. Me debería avergonzar de ello, pero llegué a pensar que el colgante era un regalo que Arthur le había hecho a una amante y que ella, despechada, se lo devolvía...

—¡De ningún modo! —exclamó el señor Eastman obedeciendo a un impulso de su noble corazón—. Me precio de haber conocido a mi tío profundamente, lady Greenwich, y usted era su tesoro máspreciado. ¡Nunca la hubiera engañado!

Lady Greenwich le sonrió condescendiente.

—Mi querido Leopold, te honra tu fidelidad hacia mi esposo, pero la vida, a veces, te lleva por caminos insospechados que jamás creíste capaz de tomar. Sé que mi esposo me amaba, aunque nunca se puede saber hasta qué punto un hombre puede caer en alguna, llamémosla, «debilidad»...

El señor Eastman parecía turbado por las palabras de lady Greenwich; no por ello dejó de defender a lord Greenwich.

—Insisto —dijo poniéndose en pie—, creo que se equivoca. Debe de existir otra razón para ese comportamiento.

—Puede ser, querido, pero nunca me atreví a preguntárselo —dijo con una melancólica sonrisa— y ahora es demasiado tarde. A mi edad hay cosas que se comprenden mejor y se disculpan. Aunque se demostrara que Arthur tenía una amante, no cambiaría ni un ápice mi amor por él. Pero también es cierto que no descansaré hasta saber quién le mató y por qué.

Me quedé admirada de la lealtad de lady Greenwich hacia su esposo. Si yo sospechara que Thomas tuviera una amante, les puedo asegurar que mi reacción no hubiera sido la de nuestra invitada.

—Entonces —apuntó el coronel mientras encendía su pipa por décima vez—, si no me equivoco al interpretarla, lo que usted sospecha es que su marido pudo haber sido víctima de un crimen pasional.

—No, coronel —afirmó lady Greenwich—, eso es lo que pensé en un principio. Ahora sé que aquello que yo pensaba que era un colgante no era otra cosa que las tres monedas unidas por el cordón rojo, las mismas que estaban junto a su cadáver. Les debo rogar que tengan un poco más de paciencia, porque aún no les he contado todo...

Aquella mujer era una caja de sorpresas. El señor Gordon miraba a la invitada con sus ojos de sapo sin apenas pestañear. Imaginé que se estaba empapando de la historia para luego escribir una de sus novelas. En cambio, el señor Eastman parecía angustiado, lo mismo que la señorita Jervis. El coronel se atusaba su bigote.

—Comprendan lo doloroso que fue para mí todo esto —siguió lady Greenwich—: enfrentarme a mi edad a esa horrible situación, volver a entrar en el despacho de lord Greenwich, ver allí sus cosas... me costó varios días. Creo que no hubiera vuelto si no hubiera sido porque los abogados de Arthur me reclamaban ciertos papeles que él tenía en su caja fuerte. Nadie, ni siquiera el servicio, había entrado en aquella habitación desde el día de su muerte, de modo que pedí a una de nuestras criadas que me acompañara.

El cuarto estaba tan revuelto como siempre, lleno de las cosas que Arthur iba almacenando. Le gustaba estudiar los objetos con los que iba ampliando su colección, buscar información sobre cada una de sus compras, incluso llegaba a tomar dibujos de ellos. Yo siempre le dije que debía haberse dedicado a la pintura, porque realmente lo hacía muy bien. Tenía un sinfín de cuadernos con apuntes de cada una de sus piezas... Pero lo que yo les quería decir era que cuando entré en el despacho, vi que encima de su escritorio tenía uno de esos cuadernos abierto. Y, junto a él, un papel con su pluma encima y el tintero sin tapa. Enseguida me di cuenta de que era algo que Arthur había estado escribiendo, probablemente, la noche que lo mataron. Emocionada, con los

ojos llenos de lágrimas, tomé el papel y vi que se trataba de una carta dirigida a mí. No le había dado tiempo a terminarla...

Lady Greenwich se tomó su tiempo para abrir el pequeño bolsito que llevaba y sacar un trozo de papel doblado. Me lo acercó y me pidió que lo leyera. La carta estaba fechada el mismo día que lord Greenwich había muerto.

—*Mi adorada palomita...* —comencé a leer en voz alta.

—Así es como me él me llamaba —aclaró lady Greenwich.

—*Espero que nunca tengas que leer esta carta, pues me temo que si lo llegas a hacer, significará que tu pichoncito estará muerto o gravemente herido. Voy a dejar instrucciones a mis abogados para que te la entreguen si me ocurriera algo. No te he querido contar nada para no asustarte, pero me temo que la maldición del reloj chino que me contó el anticuario es cierta. Sospecho que me están siguiendo, incluso temo que puedan entrar en Cockpen Castle...*

La carta terminaba ahí, con la *e* de Castle a medio hacer, como si algo hubiera interrumpido la escritura de lord Greenwich. Cuando levanté la vista del papel, mis amigos parecían impresionados.

—¡Oh! —exclamó la señorita Jervis sin poder evitarlo—, ¡es terrible! ¡Realmente le asesinaron!

Lady Greenwich nos miró uno por uno a los demás, esperando nuestra reacción. Yo, por mi parte, miré al coronel con la esperanza de que, al igual que cuando una terrible tormenta azota un barco y la tripulación espera que su capitán sepa lo que hay que hacer, él nos pudiera sacar del apuro.

—No cabe duda de que esa carta cambia radicalmente la situación, pero me temo que sea imprudente decir que en ella se encuentre la justificación de que lord Greenwich fuera asesinado.

—Estoy de acuerdo con usted, coronel —dijo el señor Eastman notoriamente molesto por tener que llevar la contraria a su adorada señorita Jervis—, puede haber cientos de explicaciones para esa carta.

—No lo pongo en duda, señor Eastman —replicó con rapidez la señorita Jervis—, pero una de ellas es, sin duda, la posibilidad de que alguien, por alguna razón que desconocemos, quisiera conseguir ese reloj. Imaginen que



hubiera amenazado a lord Greenwich para que se lo entregara... ¿Y si él se hubiera negado y entonces ese alguien decidió robarlo y le mató?

—O, simplemente —intervino de manera poco acertada el señor Gordon—, que lord Greenwich se dejó influir por la historia del reloj y se obsesionó de tal manera que perdió la cabeza...

—¡Por favor, señor Gordon! —repliqué con ironía—, solo le queda a usted decir que estaba bajo un influjo mesmérico...

—Es una lástima, mi estimada señora Arliss —espetó el señor Gordon—, que no esté al tanto de los últimos avances en la investigación del poder de la mente. Pero no se preocupe, es natural en una mujer como usted cuya principal ocupación, entre otras similares, es la de tomar el té con sus amigas, lo que no le permite tener tiempo, ni ganas, diría yo, de superar su ignorancia...

Me disponía ya a contestarle como se merecía. Desgraciadamente, lady Greenwich se adelantó.

—*C'est magnifique!* ¡Ya están ustedes planteando sus hipótesis! No saben lo que supone para mí escucharles. Significa que alguien, ¡por fin!, me cree. ¡Sabía que había venido al lugar idóneo para pedir ayuda!

Sin saber qué hacer, nos miramos unos a otros bastante desconcertados. ¿Cómo íbamos a ayudarla? No éramos policías. No teníamos medios ni conocimientos para poder investigar un asesinato. Solo el coronel nos podía sacar del aprieto, quizá recomendándole algún conocido investigador privado. Para sorpresa de todos, fue de nuevo la señorita Jervis quien tomó la palabra.

—Lady Greenwich, esté tranquila, nosotros la ayudaremos —afirmó mientras clavaba sus ojos suplicantes en el coronel.

En el fondo, aunque todos nos sobresaltamos por su impulsiva respuesta, creo que comprendimos que reaccionara así. Estoy segura de que ninguno de nosotros hubiésemos sido capaces de negarle nuestra ayuda. Aun así, el coronel intentó hacer entrar en razón tanto a lady Greenwich como a la señorita Jervis.

—Entiendo que el buen corazón de nuestra joven amiga le lleve a querer serle útil, lady Greenwich, pero me temo que nuestra participación en el asunto, como ya he dicho, tan solo le traería más complicaciones...

—Pero, coronel —exclamó de nuevo la señorita Jervis—, el propio señor Gordon lo ha dicho al principio de nuestra reunión: cuatro ojos ven más que dos. ¿Cuánto no verán diez? Podemos intentarlo. Además, el señor Gordon está muy acostumbrado a investigar para sus novelas y...

—¡Oh, mi estimada señorita Jervis!, me temo que no sea igual —interrumpió el señor Gordon a la vez que se ponía teatralmente en pie. Este gesto me hizo temer que se disponía a «deleitarnos» con uno de sus pedantes discursos, como así fue—. ¿O es lo mismo realidad que ficción? —prosiguió—. La sociedad de hoy en día considera como demente a aquel que no diferencia entre ambas. Solo a unos pocos privilegiados, entre los que me encuentro, se nos permite cabalgar entre esos dos mundos sin que nadie se atreva a decir que hemos perdido el juicio. Sí, mis queridos amigos —continuó mientras paseaba de un lado a otro del salón con los pulgares metidos en los bolsillos del chaleco—: solo los artistas podemos traspasar esa delgada línea que separa los dos mundos. Por ello, mi joven amiga, me encuentro moralmente autorizado para decirle que no es lo mismo investigar para la ficción que para el mundo real. En el mundo de la ficción uno no se juega nada. La justicia y la policía no suponen ningún inconveniente, es más, me atrevo a asegurar que ni siquiera la maldad o la crueldad lo son. La moral está al servicio del artista. Somos semidioses que creamos un mundo a nuestra imagen y semejanza. Si bien es cierto, y en este punto le doy la razón, que los que investigamos en la ficción estamos más preparados que los demás para hacerlo en el mundo real. Pero, aun así, me temo que los obstáculos verdaderos que se nos puedan presentar resulten, en cierto modo, insalvables, incluso para alguien como yo, acostumbrado a evitarlos con mi aguda pluma.

El señor Gordon terminó su discurso con una sonrisa de ufana satisfacción. Me temo que en su fuero interior creía que había hecho un alegato a la humildad al no considerarse preparado para afrontar la investigación de un asesinato, aunque en el fondo había hecho lo contrario: demostrar que si alguien podía otorgarse el título de investigador era él, mientras que los demás estábamos muy por debajo de sus capacidades. Por suerte para él, la réplica se la dio la señorita Jervis y no yo.

—Sin embargo, señor Gordon —la señorita Jervis no parecía dispuesta a rendirse—, dentro de esa teoría suya, cabe otra posibilidad: que la realidad le

sirva al escritor como entrenamiento para la ficción. Hace un rato usted mismo dijo que la literatura era desenredar, ya fuera tanto un crimen como el alma de la humanidad. ¿No le parece que esto podría ser un reto para desenredar una trama que usted no ha ideado, una oportunidad única para sentirse humano y no divino, aprender de la realidad para luego crear la ficción? Y ¿por qué no?, incluso llegar a saber cómo se podría sentir uno de sus lectores viendo la trama desde fuera. No sé si me estoy explicando claramente...

Sí, la señorita Jervis se había explicado perfectamente. Había llamado engreído al señor Gordon de una manera elegante y, creo yo, sin darse cuenta.

—¡Oh, me temo que no me estoy explicando bien! —exclamó angustiada, de repente, mirando a lady Greenwich—. No quiero parecer fría y desconsiderada, lady Greenwich. Sé que lo que usted nos propone no se trata de un juego. Quizá me haya dejado llevar demasiado por la idea de convencer a mis amigos. Le ruego que me perdone...

—¡No, querida! —suavizó lady Greenwich—. No se preocupe por eso. Ha estado usted maravillosa y le agradezco enormemente su buena voluntad, pero creo que no es necesario que insista más. Por las caras de sus compañeros, sé que aceptarán mi petición.

Lady Greenwich había presumido de tener una gran intuición, y sus palabras lo corroboraban. Tengo que confesar que en mi interior notaba como se iba encendiendo una llama de curiosidad. Lo que nos había contado me resultaba muy interesante y estaba deseando aceptar su proposición. La señorita Jervis ya había mostrado abiertamente su entusiasmo, y casi podía asegurar que el señor Eastman, deseoso de agradarla, no tardaría en secundar la propuesta. En cuanto al señor Gordon, a pesar del discurso que había soltado, su ego no aguantaría ni un minuto más en la impostura que estaba manteniendo. Solo al coronel parecía no convencerle el hecho de convertirnos en investigadores.

—Supongamos —dijo el coronel tratando de salir de aquella situación tan comprometida— que aceptamos, lady Greenwich. Para realizar esa tarea que usted nos quiere encomendar son necesarios unos recursos económicos de los que nuestra sociedad literaria no dispone. Perdone que sea tan brusco en mi planteamiento, pero dedicarnos a ello supondría tiempo y dinero. El tiempo se puede sacar con un poco de buena voluntad, pero el dinero es otra

cuestión... Con esto no quiero que me malinterprete, mi estimada señora; simplemente le estoy poniendo las objeciones evidentes que hacen imposible que la podamos ayudar.

—Por eso no se preocupe —replicó alegremente lady Greenwich—, coronel, mis rentas son lo suficientemente holgadas para poderles financiar en todas sus necesidades. No he hablado de ello antes por no ofenderles. Sé que no harán esto por dinero, pero si hay algo que me sobra es justamente eso.

Volvió a dar otro sorbito al *whisky* y se quedó tan satisfecha. Era notorio que las objeciones del coronel habían quedado desmontadas y este se sentía cada vez más incómodo. Sin embargo, y a mi juicio, no parecía que existiera impedimento alguno para que los miembros de la Sociedad Literaria Tolbooth se convirtieran en investigadores privados al servicio de lady Maximilienne Greenwich. Solo la idea me resultaba apasionante...

Con el tiempo me daría cuenta de que mis expectativas se habían quedado cortas al imaginar las situaciones a las que nos íbamos a enfrentar. Y ello porque la investigación de la muerte de lord Greenwich nos llevaría a vivir unas aventuras que ni mi buen y estimado amigo Herbert Gordon pudiera haber imaginado para una de sus novelas.

## EN COCKPEN CASTLE

No sé si merece la pena que entre en los detalles que me llevaron a aceptar la loca idea de que nos convirtiéramos en investigadores privados al servicio de una dama tan excéntrica como lady Maximilienne Greenwich. Miles de veces, y a la vista de los peligros que tal decisión nos trajo, me he hecho la pregunta de si no tendría que haber impuesto mi criterio, en contra del de mis compañeros. Pero también es cierto que, de no haber aceptado, es muy probable que mayores desgracias hubieran caído sobre alguno de nuestros miembros más jóvenes. De no habernos puesto a investigar el asesinato de lord Greenwich, estoy casi seguro de que la señorita Jervis no estaría ahora mismo a nuestro lado. Pero no quiero adelantarles acontecimientos; tiempo al tiempo. Lo primero, y lo que me corresponde contarles, es lo que sucedió tras la visita de lady Greenwich al pasaje de Tolbooth.

Nuestra invitada, tras ofrecernos su dinero, apurar su segundo vaso de *whisky* y con la irritante convicción de que aceptaríamos su propuesta, nos anunció que ya estaba demasiado mayor para trasnochar y que, por lo tanto, se marchaba. A pesar de que su sobrino político, el joven Eastman, se ofreció a acompañarla, ella se negó.

—No, querido —dijo mientras se ponía en pie—. Tengo mi coche esperándome fuera y no tengo ningún miedo a la noche. Además, no quiero que ustedes se queden sin su reunión por mi culpa.

Llamé a Alfred para que trajera el sombrero y el abrigo de lady Greenwich.

—Mañana les espero para almorzar en Cockpen Castle. Así podré darles algunos detalles más —nos dijo mientras se colocaba un curioso sombrero con plumas de avestruz—. No sabe lo contenta que me voy, coronel. Por fin esta noche conciliaré el sueño, y todo gracias a ustedes...

He de confesar que, por un instante, sentí como me invadía una oleada de indignación. ¡Aquella mujer era exasperante! En ningún momento habíamos aceptado su petición y ella ya lo estaba dando por hecho. Estuve tentado de

explicarle claramente la situación, pero me frenó una posibilidad que hasta entonces no se me había ocurrido. Hasta ese momento, lady Greenwich nos había demostrado tener un carácter excéntrico y, si me lo permiten, algo ingenuo. Puede que, fruto de esa ingenuidad, hubiera malentendido mis palabras y eso la llevara a creer que habíamos aceptado. Sin embargo, en un momento dado de su rápida despedida, cuando justamente me estaba preparando para aclararle la situación, una chispa de luz pícaro en sus ojos me hizo sospechar que todo era una sutil estratagema. Si nos hacía creer que se marchaba convencida de nuestra ayuda, ¿qué almas de piedra podrían llevarle la contraria? Me guardé mis pensamientos hasta que la dama se hubo marchado y luego fui franco con mis amigos.

—¡Pobre mujer! —exclamó el buen corazón de la señorita Jervis tras escucharme—, ¿cómo puede pensar eso? Ella está desesperada y nosotros somos su única esperanza. Se lo ruego, coronel, no podemos defraudarla...

Clavó, suplicantes, sus ojos castaños sobre mí y eso provocaba un problema añadido a mi situación: el de sentir que el que iba a decepcionar a mi joven amiga iba a ser yo.

—No sé qué piensan ustedes —me dirigí a los demás—, pero creo que debemos hablar.

—Me temo que sí, coronel —me apoyó Herbert—. Creo que estamos metidos en un buen lío.

Fue así como los invité a que entráramos de nuevo en la biblioteca y retomáramos nuestra reunión.

De todo lo que hablamos quedó constancia escrita en el libro de actas de nuestra sociedad. Como resumen, y para no aburrirles en demasía, les diré que, a pesar de que Herbert me apoyó en la idea de que lady Greenwich había urdido una treta para convencernos de ayudarla, la opinión mayoritaria de mis compañeros fue que no podíamos abandonarla en semejantes circunstancias. Intenté convencerles para que se dieran cuenta de lo absurdo de la situación, de las pocas posibilidades que teníamos de terminar con éxito aquella, llamémosla, aventura. Pero cuando uno se enfrenta a dos mujeres convencidas por sus buenos sentimientos, un joven de noble corazón con una deuda de afecto y un escritor loco deseoso de nuevas vivencias, está claro que tiene la batalla perdida.

—¡Por Dios santo!, ¡han perdido el juicio! —exclamé impotente ante su terquedad—. ¡No somos policías!, de lo único que entendemos es de poesía y puede que de pintura... ¿Ni siquiera usted, Herbert, es capaz de razonar un poco?

—Mi estimado coronel —contestó él—, haga como yo y déjese llevar por el destino. Si en un principio me he opuesto a ello, creo que ha sido por una excesiva prudencia. Pero el razonamiento de la señorita Jervis me ha convencido. Ponerme a la altura de mis lectores me parece una experiencia única...

—¡Hagámoslo, coronel! —intervino la señora Arliss para mi sorpresa, pues nunca compartía las opiniones de Herbert—. No perdemos nada por intentarlo. Porque, dígame, ¿qué ocurriría si fracasáramos?... Nada. A lo sumo, una pequeña mancha en nuestro orgullo. Una mancha que solo veremos nosotros, porque todo esto lo llevaremos en secreto.

—¡Una sociedad de investigadores privados! —exclamó con entusiasmo la señorita Jervis—. ¿No les parece fascinante?

—A mí lo que más me preocupa es lady Greenwich —intervino el joven Eastman—. Si no conseguimos averiguar quién y por qué mató a lord Greenwich, para ella será una gran frustración... Y les confieso que la entiendo. Lo único que puede mitigar un poco la rabia y el dolor por la pérdida de lord Greenwich es encontrar a su asesino. Pero yo no puedo negarme a ayudarla, coronel; en cierto modo, se lo debo a ella y a mi querido tío...

Les miré uno a uno y no daba crédito a lo que estaba viendo.

—¿De verdad creen que somos capaces de encontrar a unos ladrones y asesinos así, sin más ni más?

No fue necesario que contestaran. La expresión de sus rostros lo afirmaba. Cargué otra vez mi pipa, dando tiempo a calmarme y a que a mis amigos les entrara un poco de cordura.

—Está bien —dije finalmente sin mucha convicción—, ustedes lo han querido. Ahora serán tan amables de explicarme cuál es su plan. Supongo que un grupo de eminentes investigadores privados sabrá por dónde empezar...

—Por supuesto que sí, coronel —exclamó Herbert con rapidez—; empezaremos por el lugar del crimen. Lady Greenwich nos lo ha puesto fácil

invitándonos mañana a visitarla en Cockpen Castle. Allí daremos nuestros primeros pasos para conocer el cuándo, dónde y cómo. Tengo la intuición de que descubriremos algo que a la policía se le ha pasado por alto.

Me rendí a la evidencia de que aquello no tenía marcha atrás. Solo me quedaba la opción de seguir la corriente a la mayoría y esperar a que todo terminara en el momento en que nos encontráramos con la primera dificultad. Hecho este que era seguro que no tardaría en llegar. Mientras tanto, y para evitar mayores problemas, propuse a todos que redactásemos un memorando donde se recogiera esta nueva actividad de nuestra sociedad.

—¿Realmente lo cree necesario, coronel? —me preguntó la señora Arliss—. Yo no me lo había tomado tan en serio. Simplemente se trata de ayudar a lady Greenwich para que encuentre pruebas que delaten a los asesinos de su marido y pueda acudir con ellas a la policía. No se trata de hacer nada oficial, imagino...

—Lamento disentir con usted, mi querida amiga —repliqué—, pero si nos vamos a embarcar en este asunto, lo haremos sobre unas reglas establecidas entre todos. Sé que mi actitud puede parecerles exagerada, pero conozco más de un caso de grupos dedicados incluso a obras de caridad que por no establecer los límites de su actuación han llegado a tener problemas incluso con la justicia.

—Ahí le doy la razón —me apoyó Herbert—. Sin ir más lejos, las Damas de Beneficencia para las Mujeres Ancianas, Inválidas o Desprotegidas, que preside la bien conocida por todos señora Williamson, han terminado desviando sus fondos a las arcas de su administrador.

—¡Pero nosotros no lo hacemos por dinero! —exclamó la señorita Jervis con indignación—, no nos compare con esa sociedad que acaba de nombrar. Por lo que yo sé, ni siquiera sus integrantes buscan hacer el bien, ellas tan solo buscan notoriedad.

— Parece que las conoce bien —dijo con un guiño Herbert.

—Sí, señor Gordon, se reúnen un viernes al mes en casa de los Williamson y, por desgracia, desde la salita de música donde imparto las clases a las niñas puedo escuchar todas sus reuniones...

—De cualquier modo —reconduje la conversación—, nunca se sabe lo que nos puede deparar el futuro. Y soy lo suficientemente viejo como para ser



precavido. Si no se oponen, creo que deberíamos redactar esos principios. Al fin y al cabo no perdemos nada y las cosas bien hechas siempre reportan una satisfacción añadida.

Nadie se opuso y acordé que, dado lo avanzado de la noche, seríamos Herbert y yo los encargados de redactarlos y presentarlos a los demás en la siguiente reunión.

—Entonces —preguntó el joven Eastman—, ¿visitaremos mañana a lady Greenwich?

—Creo que, si sus obligaciones no se lo impiden, será el momento de comenzar «oficialmente» nuestra actividad —dijo Herbert con satisfacción—. Es realmente emocionante convertirnos en paladines de la justicia, ¿no les parece?

—No creo que lleguemos a eso, Herbert —intervine con la intención de calmar los ánimos.

Sin embargo, la señorita Jervis no pareció escucharme.

—A mí sí que me hace mucha ilusión —me interrumpió contestando a Herbert—, pero me temo que mañana no podré acompañarles a Cockpen Castle. Mi trabajo me lo impide, aunque les ruego que me mantengan informada de todo lo que suceda.

—Por eso no se preocupe —se ofreció inmediatamente el joven Eastman—: yo mismo me encargaré de mantenerla al corriente.

Como suele ser habitual, la señorita Jervis enrojeció y yo la libré de un mayor azoramiento retomando el pequeño discurso que, ante lo que pretendíamos hacer, se hacía indispensable.

—Mis queridos amigos: como presidente y fundador de la Sociedad Literaria Tolbooth, y ante el nuevo rumbo que esta ha tomado, de manera súbita y digamos que poco ortodoxa, me veo en la obligación de dirigirles unas palabras antes de dar por concluida la presente sesión. Ya que la decisión de convertirnos en detectives parece no tener marcha atrás, les pido ante todo que cualquier actuación que realicemos se base siempre en la discreción. Actuaremos de manera que nadie sepa que estamos investigando. El que se hicieran públicas nuestras actividades no solo podría conllevar problemas con la justicia, sino también de orden personal. Procuremos, entonces, ser lo más precavidos posible. Y, queridos amigos, que siempre, en todos nuestros actos,

prevalezca la justicia y la moral. Si como ustedes mismos han dicho, el destino ha puesto en nuestro camino esta misión, hagamos de ella un acto de nobleza. Que la verdad y la luz nos guíen en estos nuevos derroteros tomados por la Sociedad Literaria Tolbooth.

—Con esos principios, coronel —intervino Herbert—, será muy difícil que fracasemos. Estoy seguro de que todos trabajaremos codo con codo, poniendo lo mejor de cada uno. Ya saben, diez ojos ven más que dos...

Estas palabras de Herbert fueron el colofón perfecto para la reunión, así que, después de concretar el modo y la hora en que acudiríamos a Cockpen Castle, Alfred se encargó de llevar primero a las damas y luego a los caballeros a sus respectivos hogares.

A la mañana siguiente, el viento había cesado y el cielo se encontraba despejado. Sin embargo, a pesar del buen tiempo, mi convicción de que nos habíamos equivocado al embarcarnos en aquel asunto enturbiaba el horizonte del día. Estaba convencido de que habíamos rebasado con creces los límites de nuestras posibilidades. Pero me había comprometido a ir a buscar a mis amigos para dirigirnos juntos a visitar a lady Greenwich en su castillo. De manera que no me quedó más remedio que, después de hacer los ejercicios gimnásticos de cada mañana, ir a buscarlos.

Cockpen Castle se encontraba a unas ocho millas al sur de Edimburgo, en la orilla sur del río Esk. Lord Greenwich había comprado el castillo a los herederos del conde de Ramsay, que murió sin descendencia. Durante el viaje en coche a Bonnyrigg, intenté no mostrar a mis compañeros el rancio humor que me invadía. Por desgracia, ese mal talante ni siquiera me dejó disfrutar del magnífico paisaje que nos acompañó durante el camino. Mi amigo el señor Herbert Gordon mostraba en cambio un humor excelente, al igual que la señora Arliss y el joven Eastman. La única que no nos pudo acompañar fue la señorita Jervis, tal y como nos había avisado la noche anterior.

En el interior del coche, toda la conversación la acaparaba Herbert, que, acompañado de una pequeña libreta, intentaba trazar las primeras líneas de nuestra investigación.

—He elaborado una pequeña recapitulación de los hechos relatados por lady Greenwich —dijo mientras intentaba acomodar su enorme cuerpo al traqueteo del coche y hojeaba su libreta—. No es que tengamos mucho, pero

creo que estarán de acuerdo conmigo en que la clave del asesinato de lord Greenwich podría estar en el reloj chino que le robaron. Ningún ladrón en su sano juicio se lo llevaría habiendo otras cosas de igual o mayor valor en el castillo, e infinitamente más fáciles de cargar.

Herbert levantó la cabeza para mirarnos esperando nuestra aprobación. Tanto la señora Arliss como el joven Eastman debieron de hacer algún gesto que se la confirmó. Digo esto porque yo volví a mirar por la ventanilla del coche, imbuido en mis pensamientos.

—¿No está de acuerdo, coronel?

—¡Oh, sí, Herbert!, discúlpeme —me excusé—. Iba pensando en otras cosas...

Reconocí en la mirada de mi amigo un reproche a mi actitud, de modo que decidí aceptar la evidencia de que no podía cambiar las cosas y debía integrarme de todas todas en aquella aventura si no quería que me costase un disgusto con los demás.

—Bien —prosiguió Herbert—, entonces de lo que se trata ahora es de que recabemos la mayor información posible de ese objeto. Había pensado que el señor Eastman, dada la relación que le une a esa familia, podría acompañarnos al coronel y a mí a inspeccionar el lugar del asesinato y a buscar la documentación que lord Greenwich tuviera de su compra. Y, mientras, la señora Arliss podría entretener a nuestra anfitriona...

Me resulta difícil describir la mirada que le lanzó nuestra amiga, mezcla de conmiseración y enojo.

—Ciertamente, no me ha dejado una tarea sencilla —dijo la señora Arliss con cierto temblor en los labios mientras le atravesaba con sus ojos claros.

Herbert no entendió la ironía y siguió hojeando la libreta. Por supuesto, la señora Arliss no se rindió.

—Es una lástima que la señorita Jervis no haya venido —apuntó afinando más la voz—, porque entre las dos nos hubiera sido más fácil entretener a una anciana...

Herbert tampoco se inmutó esta vez. En cambio, el joven Eastman, que había permanecido en silencio durante todo el viaje, pareció resucitar a la

vida cuando escuchó el nombre de la señorita Jervis. De lo que deduje que la ausencia de esta le había arrastrado a una dulce melancolía.

—Sí, realmente es una lástima —acompañó sus palabras con un brillo en los ojos—. Ella tiene una gran capacidad de observación.

La señora Arliss y yo nos miramos cómplices. Herbert prosiguió con sus planes, ajeno, como es natural en él, al mundo que lo rodeaba más allá de un par de pulgadas a su alrededor.

—Sé que les parecerá increíble, pero ya he conseguido algunos datos que nos pueden dar alguna pista...

—¡No me diga! —exclamó la señora Arliss con cierto deje de venganza—. ¿Acaso ha estado investigando en sueños?

—No, mi querida amiga. Ha sido justamente lo contrario. En una lucha titánica contra el sueño, me he pasado la noche buscando en algunos libros de mi biblioteca.

—¿Y qué era lo que buscaba con tanto ahínco? —insistió la señora Arliss.

—No quiero adelantarles nada: hubo algo que comentó lady Greenwich y que probablemente a ustedes se les pasó por alto, pero yo lo guardé celosamente en mi cabeza y es crucial para el comienzo de esta investigación.

—Por favor, señor Gordon, no ponga tanto misterio en sus palabras —se desesperó la señora Arliss— y díganos de qué se trata.

—Todo a su tiempo, mi querida amiga —dijo mirando por la ventanilla del coche—, todo a su tiempo...

Por suerte para todos, la imponente silueta del castillo ya se perfilaba en el horizonte, lo que hizo que el joven Eastman recobrar su habitual locuacidad para ilustrarnos sobre la historia de la construcción, impidiendo de este modo que la señora Arliss terminara de perder la paciencia con el insufrible Herbert.

—En sus orígenes, el castillo fue erigido sobre los restos de la fortaleza original del siglo XIII —nos relataba con cierto orgullo el joven Eastman—, aunque las partes principales de la estructura actual se construyeron en 1450. Del primer edificio tan solo quedan las paredes gruesas de la base y las bóvedas...

He de decir que me gustaba escucharle. Era un joven de carácter sencillo y no había en él lugar para la pedantería. Sus maneras siempre expresaban modestia y denotaban la nobleza de su alma. Nunca tuve hijos, pero creo que, de haber tenido alguno, me hubiera gustado que fuera como el señor Eastman. Su charla sobre el castillo hizo que olvidara mi mal humor. Los jardines eran magníficos, y, al admirarlos según nos acercábamos, casi me olvidé del motivo de nuestra visita. Hasta que, de repente, el edificio de piedra roja se alzó majestuoso frente a nosotros. Fue la señora Arliss la que me robó la palabra para expresar exactamente el pensamiento que me había asaltado, y que ella manifestó, si quieren, desde un punto de vista más femenino.

—Lady Greenwich se debe de sentir muy sola en un lugar tan grande — dijo una vez que el coche se detuvo.

—No lo crea, es una mujer muy activa y con una gran vida social — apuntó el joven Eastman—. De hecho, para muy poco en casa, nunca le faltan cosas que hacer.

En el acceso principal del castillo nos estaban esperando el mayordomo y un criado, que nos abrió la puerta del coche. El mayordomo, bajo el arco de la entrada, nos hizo pasar al interior. Puedo decir que, una vez dentro, el castillo me decepcionó. El vestíbulo era bastante pobre y pequeño. Sin embargo, la escalera doble que subía a las plantas superiores era espaciosa y daba lugar a una balconada desde donde se podían admirar las molduras doradas en forma de abanicos que rodeaban una gran claraboya. Tras despojarnos de nuestros abrigo, el mayordomo nos llevó hasta una pequeña salita situada en la misma planta.

—Como ven —apuntó el joven Eastman mientras seguíamos al mayordomo—, lord Greenwich era un gran coleccionista. La mayoría de los objetos de decoración los adquirió él.

Efectivamente, la decoración de las estancias por las que pasamos era recargada y por todos los rincones que miraras había cuadros, jarrones, relojes y figurillas que no dejaban un rincón libre. Sin embargo, lo más llamativo de todo lo encontramos al entrar en la salita donde nos esperaba nuestra anfitriona, y no fue otra cosa que encontrarla sentada en un orejero de flores, vestida como si fuera a una cena de gala y rodeada de tres perrillos que salieron a recibirnos ladrando antes de que el mayordomo anunciara nuestra

llegada. El señor Gordon no disimuló al apartarlos de él mediante ligeros puntapiés.

—¡Mis queridos amigos! —exclamó lady Greenwich con alegría, dejando una copa sobre una pequeña mesa que tenía al lado—, ¡sabía que no me iban a fallar!

El primero que se acercó a besarle la mano fue el joven Eastman.

—Leopold, querido, noto un aura de tristeza a tu alrededor... —Lady Greenwich había tomado su mano entre las suyas y no le dejaba que se apartara mientras le miraba con sus ojos cristalinos—. ¡Ya sé! —se le iluminaron los ojos—: ¡la señorita Jervis no ha venido!... ¡Oh, cómo lo lamento, querido! ¿Acaso se encuentra enferma?

Leopold ni siquiera intentó disimular que, en efecto, aquella era la causa de su melancolía. Como parecía que le costaba hablar, la señora Arliss le echó un cable.

—Han sido sus obligaciones de institutriz las que no la han dejado venir.

—¡Señora Arliss, al menos está usted aquí! —Nuestra anfitriona, al verla, se levantó—. ¿Me permite que la llame por su nombre? Elisabeth... es un nombre que le va como anillo al dedo. No querría ofender a estos caballeros, pero debo decir que la presencia femenina en cualquier circunstancia siempre es una garantía añadida de perspicacia, perseverancia e intuición.

La señora Arliss dirigió una significativa mirada a Herbert, que saludó a lady Greenwich sin darse por aludido, rodeado de los perros que le ladraban constantemente y no conseguía quitarse de encima. Yo le besé la mano casi a la vez que ella se agarraba al brazo de la señora Arliss.

—Coronel, si no tiene mayor inconveniente, antes del almuerzo les enseñaré el castillo para que se vayan haciendo una idea de cómo sucedió todo.

Si yo tenía algún inconveniente, no se lo pude manifestar, porque lady Greenwich se colgó del brazo de la señora Arliss y fue hacia la salida de la habitación. Los demás nos dispusimos a seguir a su moño. Sus perrillos también hicieron el intento de seguirla.

—¡Oh, no, mis hijitos! —ordenó como si hablara con unas personas—, ustedes no pueden venir. No les agradecería mucho escuchar esas cosas

horribles de las que tenemos que hablar. Mejor será que se vayan con Charles.

Acto seguido llamó al mayordomo, quien, para suerte del señor Gordon, se hizo cargo de ellos.

Fue curioso observar como el hogar de lord y lady Greenwich era un lugar, a pesar de una decoración poco armoniosa rayana en la extravagancia y de tratarse de un enorme castillo de gruesos muros y altos techos, acogedor. Deduje que Cockpen Castle simplemente reflejaba la personalidad de lady Greenwich.

Cuando llegamos al salón principal de la casa, nuestra anfitriona se detuvo unos instantes en la puerta antes de pasar al interior.

—Discúlpenme, todavía me cuesta entrar. —Lanzó una mirada angustiada a la señora Arliss—. Fue aquí donde mataron a Arthur...

—Si no quiere entrar, lady Greenwich —se ofreció el joven Eastman—, yo les puedo enseñar dónde sucedió todo.

—Mi querido Leopold, ¡siempre tan servicial! —Lady Greenwich le había tomado la mano en señal de agradecimiento—. Pero no, querido, uno ha de enfrentarse a sus miedos, si no, se termina siendo esclavo de ellos.

Lady Greenwich tomó aire y entró en el salón. A excepción de que la chimenea estaba apagada, el resto de la sala presentaba una apariencia de normalidad.

—Aquí encontramos a Arthur —dijo deteniéndose junto a uno de los ventanales—. El pobre...

La mujer no pudo aguantar las lágrimas que brotaron cristalinas y acompañadas de un curioso sollozo. Leopold y la señora Arliss se acercaron a ella para consolarla.

—No, no se preocupen —se repuso con rapidez—, estoy bien... Estaba tumbado boca abajo y rodeado de sangre.

Tanto Herbert como yo habíamos empezado a inspeccionar el salón. Me acerqué a uno de los tres ventanales que daban al jardín.

—¿La policía le dijo por dónde habían entrado los ladrones? —pregunté mientras me asomaba a uno de ellos.

—No le encontraron explicación —contestó lady Greenwich sonándose la nariz delicadamente con un pañuelo—. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas. *Mon Dieu!*, lo único que se le ocurrió a ese estúpido de inspector

fue interrogar a la servidumbre, que también aseguró que todo estaba cerrado. El policía estaba convencido de que los ladrones tenían un colaborador dentro del castillo.

—¿Y usted qué cree? —preguntó Herbert.

—¡Señor Gordon!, la mayoría de la servidumbre lleva más de veinte años a nuestro servicio, y los más jóvenes han sido contratados por sus estupendas referencias.

Lady Greenwich parecía realmente ofendida, lo que la honraba por su fidelidad con el servicio. Ninguno de nosotros quiso insistir más, pero era obvio que unas buenas referencias o incluso años de trabajo no garantizaban que entre ellos no hubiera un sospechoso. Vi como Herbert anotaba algo en su libreta. Supuse que era un recordatorio para interrogar a los criados. Después se acercó hasta uno de los ventanales.

—Si no recuerdo mal, lady Greenwich, usted ha dicho que su marido estaba tumbado boca abajo. Perdone que le haga esta pregunta, pero ¿recuerda dónde estaba la cabeza y dónde los pies? —preguntó Herbert.

Creo que a todos nos sobresaltó la pregunta. Vi en el gesto de la señora Arliss un comienzo de protesta cuando nuestra anfitriona, para sorpresa de los presentes, contestó con naturalidad y sin alterarse lo más mínimo.

—Por supuesto, señor Herbert; no se me olvida porque lo primero que vi cuando entramos fueron sus pies, la cabeza estaba al otro lado.

Herbert se situó en el lugar que había indicado la dama y se tumbó todo lo largo que era.

—¿Quiere decir en esta posición? —habló desde el suelo.

—*Oh, oui!, oui!*, lo ha hecho usted a la perfección.

Herbert se levantó con menos dificultad de la esperada para aquel cuerpo tan grande.

—¿Y las monedas?, ¿está segura de que las llevaba en el bolsillo?, ¿no estarían junto a su esposo, en el suelo?

—¡Oh, no, *monsieur!*, Arthur las tenía en el bolsillo. Yo misma las saqué de allí.

—¿Y la pistola?, ¿estaba lejos o cerca del cuerpo? —continuó Herbert preguntando mientras escribía en su pequeña libreta—. Dígame exactamente en qué lugar la encontró.



Mi amigo se volvió a tumbar en el suelo, lo que en cierto modo resultaba cómico. Esto hizo que me reafirmara en mi posición de que todo aquello era una locura.

—¡Dese la vuelta! —le pidió lady Greenwich con autoridad. Herbert obedeció inmediatamente—. Yo me acerqué a Arthur cuando Charles ya le había puesto boca arriba... Estaba aquí... —La dama señaló con su pie la pierna derecha de Herbert—. Parte del arma estaba escondida debajo del cuerpo.

—Es natural —dijo Herbert poniéndose en pie de nuevo y sacudiéndose la chaqueta—: su marido llevaba la pistola en la mano y no le dio tiempo a utilizarla. Alguien le atacó por la espalda, y al caer al suelo soltó el arma. Luego, cuando su mayordomo le dio la vuelta para socorrerle, quedó medio escondida bajo el cuerpo.

—El señor Gordon tiene razón —intervino el joven Eastman—, una de las pocas cosas que el juez de instrucción le dijo a lady Greenwich es que lord Greenwich había muerto por una cuchillada por la espalda que había sido propinada con algo parecido a un estilete muy fino y largo.

De repente la dama se puso a temblar.

—¡Oh, lady Greenwich! —intervino rápidamente la señora Arliss, lanzando una mirada de reproche a Herbert—, me temo que todo esto esté siendo demasiado para usted...

—¡No, señora Arliss!, no se preocupe, únicamente tengo frío.

—En ese caso —intervino Herbert—, lo mejor será que usted y la señora Arliss se retiren a estancias más caldeadas. Si les parece bien a los caballeros, nosotros podemos seguir la investigación. Me gustaría echar un vistazo a los alrededores del castillo.

A la señora Arliss no le sentó nada bien que Herbert la relegara a un segundo plano, mandándola acompañar a nuestra anfitriona. Como de costumbre, intenté minimizar los daños ocasionados por la dialéctica explosiva de mi amigo.

—Quizá el señor Eastman podría acompañarlas: sería una buena ocasión para revisar toda la documentación que lord Greenwich tuviera sobre el reloj.

—¡Coronel!, ¡me alegro tanto de oírle decir eso! —exclamó de repente lady Greenwich—. Veo que se va animando... Por supuesto que sí. Leopold

nos acompañará a buscar en el gabinete de Arthur. Ordenaré que enciendan la chimenea...

Me sentí algo avergonzado de que se hubiera notado tanto mi falta de interés y me prometí a mí mismo que me implicaría más. Al fin y al cabo, el tren estaba en marcha y ya no lo podía detener. La señora Arliss me lanzó una mirada de complicidad. Siempre ha sido una mujer difícil de engañar...

—Antes de que se vaya, lady Greenwich —dijo Herbert evitando que las damas, seguidas por el joven Eastman, abandonaran el salón—, tengo una última pregunta que hacerle.

—Usted dirá, señor Gordon.

—¿La policía revisó alguna otra estancia del castillo?

—¡Puaf!, no, no lo hizo. Como ya le he dicho, sospechaban que los ladrones tenían un cómplice en la casa porque todas las puertas y ventanas del salón estaban cerradas. Incluso ese insoportable inspector Rothnie dijo que había comprobado todas las demás posibles entradas. ¡Ja!, ¡«comprobar»!, ¡si apenas echó un vistazo a cuatro! ¿Saben ustedes cuántas puertas y ventanas hay en Cockpen Castle? Pues él estaba convencido de que alguien había abierto la puerta principal a los ladrones y que salieron por ella cargando con el reloj. *Quelle absurdité!*... Ahora les dejo, temo resfriarme. Confío en que ustedes descubrirán más que ese pazguato de policía.

Salió del salón seguida por la señora Arliss y el señor Eastman, llamando a gritos a sus perros.

—¡Antoine!, ¡Anouk!, ¡Basile!, ¡vengan con su mamá!

Inmediatamente, el señor Gordon se apresuró a cerrar la puerta del salón, supongo que para que los «hijitos» de lady Greenwich no fueran a jugar con él. Al hacerlo se quedó quieto, observando algo que le había llamado la atención en la parte baja del marco de la puerta.

—Coronel, venga —me pidió a la vez que sacaba una lupa del bolsillo interior de su chaqueta—, quiero que vea esto.

Me acerqué con presteza para intentar mostrar ese interés que me había propuesto tener en aquel asunto.

—Mire —me dijo pasándome la lupa.

Al agacharme y asomarme a la lente pude ver una mancha de color marrón oscuro sobre la madera. Era como un brochazo.

—¿Opina como yo?, ¿es posible que sea sangre?

—Es muy probable —asentí—. Entonces...

—Entonces podemos estar seguros de que el asesino salió por esta puerta —afirmó Herbert.

Su tono de voz era de emoción contenida. A grandes zancadas se fue hasta el lugar donde se había encontrado el cuerpo de lord Greenwich.

—Imagínese —prosiguió—: lord Greenwich está en su gabinete. Algo le ha hecho levantarse en medio de la noche y ponerse a escribir la nota para su esposa. Es indudable que se sentía amenazado, ya fuera de forma real o por la sugestión que le produjo lo que le contó el anticuario sobre el reloj. Supongamos que, de repente, oye un nuevo ruido que parece provenir de la planta baja. Coge su pistola y baja hasta el salón. —Herbert, en este punto, regresó de nuevo a la puerta y siguió hablando mientras interpretaba el papel de lord Greenwich—. Pues bien, entra con la pistola en la mano y ¿hacia dónde se dirige?

—Hacia la ventana —contesté, aunque mi amigo ni oyó mi respuesta, tan imbuido como estaba en su papel.

—Se dirige hacia la ventana —explicaba a la vez que se dirigía él mismo hacia allí— porque es evidente que ve algo que le llama la atención. Quizá el hecho de que estuviera abierta...

Herbert revisó las hojas de la ventana cuidadosamente, tanto por dentro como por fuera.

—¡Eureka!, ¡aquí está!

Me acerqué y Herbert me mostró una pequeña muesca de la madera en la parte exterior de la ventana, a la altura de la cerradura.

—Esto demuestra que la ventana fue forzada desde fuera, ¿no es así? —pregunté sabiendo que eso alimentaba el ego de mi amigo.

—Así es, coronel. La policía, al encontrarla cerrada, ni se molestó en mirar... Pero fue forzada, ¡vaya que si fue forzada!... Permítame que siga con la reconstrucción de los hechos. —Herbert no podía esconder la excitación que le causaba todo esto—. Como le decía, y ahora casi podemos estar seguros, el ladrón entró por aquí. Tenía todo planeado, pero no contaba con la visita del dueño de la casa. Al escuchar que alguien se acerca, se esconde. A continuación, lord Greenwich entra en el salón, va hacia la ventana y se

asoma. No ve nada sospechoso, de modo que la cierra, seguramente pensando que la tormenta la había abierto. Justo en ese momento, el ladrón sale detrás de él y le clava un estilete por la espalda. Lord Greenwich cae muerto en el acto y el asesino se mancha con la sangre de su víctima. Este coge el gran reloj y huye por la puerta del salón. Tiene que cargar con un objeto muy voluminoso, lo que dificulta sus movimientos, y es entonces cuando roza el marco de la puerta con la sangre que mancha sus ropas y deja esa marca. — Los ojos de Herbert centelleaban. Se quedó unos instantes en silencio, como ensimismado—. Sí, sí... Quizá una mente más simple que la mía, coronel, se quedaría en esta hipótesis... ¡Yo no! —exclamó subiendo de repente el dedo índice—. ¡Porque yo me hago preguntas! ¿Es de ese modo como huyó el asesino? ¿Usted qué haría, coronel?, ¿saldría por la puerta del salón cargando con el reloj y arriesgándose a que le descubriera, por ejemplo, alguien de la servidumbre?

—No —contesté—, creo que saldría por la ventana, es más rápido...

—Yo también estoy de acuerdo; solo hay un pequeño problema, o mejor, varios. —Se acercó al ventanal—. El primero es la altura. Mire, asómese...

Obedecí y enseguida me di cuenta de que la altura era considerable, de unos nueve pies, lo que dificultaba el hecho de subir y luego tener que bajar un reloj tan grande.

—Sin embargo, no es imposible —prosiguió Herbert—. Lo podría haber hecho escalando la fachada y después descolgando el reloj con una cuerda. Eso sí, debería ser una persona bastante ágil para sortear esta altura sin romperse la crisma al bajar...

—Pero, si hubiera sido de ese modo —intervine yo—, la ventana se hubiera quedado abierta, y la policía y toda la servidumbre aseguró que estaba cerrada. Y luego está la mancha de sangre en el marco de la puerta, aunque esta podría ser del mayordomo que atendió a lord Greenwich, o de la misma lady Greenwich... —Herbert se quedó unos instantes en silencio hasta que de repente se le iluminaron los ojos—. ¡Un momento! ¿Y si...? ¡Coronel, salgamos fuera! Debemos echar un vistazo a esta ventana desde abajo.

Sin darme tiempo a reaccionar, mi amigo salió del salón cortando el aire con su enorme corpachón. Confieso que le seguí dejándome arrastrar por el

entusiasmo que emanaba. Creo que a esas alturas ya estaba contagiado de su fiebre detectivesca.

Cogimos nuestros abrigo, y Herbert su inseparable bastón, y salimos al exterior. La fachada principal del castillo estaba orientada hacia el oeste, mientras que los ventanales del salón daban al norte. Seguí a mi amigo bordeando el castillo por la torre de tambor sin que consiguiera que me explicara lo que se proponía.

—¡Ajá! —exclamó Herbert cuando llegamos—, ¡no hay nada como cambiar de perspectiva! ¿Qué le parece, coronel?, ¿verdad que no habíamos apreciado bien este hermoso roble que se encuentra a la derecha de la fachada?

Herbert tenía razón. Casi en la esquina entre las fachadas norte y oeste, pegado a la pared del castillo, se erguía el tronco de un árbol centenario cuyas ramas desnudas se alzaban hasta más arriba de la ventana por la que nos habíamos asomado.

—No es difícil de escalar —señaló con su bastón hacia el ventanal—: sus ramas llegan hasta la cornisa que hay debajo de las ventanas. Estoy seguro de que el ladrón trepó por el roble hasta la cornisa y caminó por ella hasta la ventana. Y, si no me equivoco, también salió por ella...

Herbert entonces se puso a buscar algo por el suelo, justo debajo del ventanal.

—¿Me puede decir, por todos los demonios, qué es lo que anda buscando?

No parecía haberme oído y su única contestación fue otra pregunta.

—Coronel, ¿qué tiempo hemos tenido en estas dos últimas semanas?

—Creo que excepcionalmente seco y muy frío —contesté bastante desconcertado—. Apenas han caído unas gotas...

—Entonces no se pueden haber borrado...

Mi paciencia había llegado a su límite y creo que me excedí en la reacción.

—¡Diantres, Herbert!, ¿quiere hacer el favor de decirme qué es lo que no se puede haber borrado?

—Las huellas, mi querido amigo —contestó sin inmutarse lo más mínimo—, ¡las huellas!...

Sin apartar la vista del suelo y sin perder la calma, me explicó que se le había ocurrido que si el ladrón había entrado y salido por la ventana, tenía que haber dejado sus huellas.

—Sabemos que aquella noche había una tormenta. Si alguien estuvo por aquí, tuvo que dejar sus huellas, y para nuestra suerte no ha vuelto a llover desde entonces... Y *voilà!*, ¡aquí las tenemos! —gritó lleno de entusiasmo.

Entre los espacios que la maleza había dejado libre en el suelo, efectivamente se apreciaba que en el barro seco se habían quedado moldeadas las marcas de varias huellas. Dedicamos un buen rato a buscar con minuciosidad cualquier otra señal que hubiera por los alrededores de los muros del castillo, incluido el árbol.

Finalmente, y por la disposición de las huellas que habíamos encontrado, Herbert dedujo que eran dos personas las que habían entrado y salido por la ventana. Una de ellas había escalado el árbol y había entrado en el castillo. La otra se había quedado fuera esperando.

—Si se da cuenta —me explicó Herbert—, estas huellas que se alejan y van en paralelo son más profundas que las que se dirigen al árbol. Es evidente que huían cargando con el reloj. ¿Y hacia dónde se dirigen? —se preguntó a sí mismo—. Es evidente que hacia el camino... No merece la pena que las sigamos. Me apuesto el cuello a que encontraríamos que terminan cuando empiezan las de las ruedas de un carro. No podrían ir mucho más lejos cargando con el reloj.

—Me descubro ante su perspicacia, mi buen amigo —confesé francamente impresionado—. Entonces, si el robo se produjo de esta manera y la policía encontró las ventanas cerradas, es muy probable que lord Greenwich entrara en el salón cuando los ladrones ya se habían ido, dejando la ventana abierta. Supongamos que, como usted ha deducido, él mismo cierra la ventana. Si los ladrones solo eran dos, entonces ¿quién le mató?

Herbert hizo un molinete con su bastón antes de contestarme.

—Es evidente que el asesino salió y entró por otro punto del castillo. Y eso es lo que vamos a descubrir usted y yo ahora mismo.

## EL PRIMO JACOB WOLVERIAGE

Mentiría si dijese que no me importó el no poder acompañar a mis amigos a Cockpen Castle. Sabía que me iba a perder algo importante y que, dada mi situación, me iba a quedar bastante al margen de la investigación que comenzaban. Lo sentí porque me parecía emocionante podernos convertir en detectives privados.

Sin embargo, no había querido pedirles el día libre a los Williamson, pues eso suponía inventarme una explicación y nunca supe mentir bien. Solo pensar en enfrentarme al señor Williamson con una mentira en los labios me producía una desazón difícil de controlar. Por ello me sentía decepcionada conmigo misma y triste. Si entonces hubiera podido ver lo que el destino me deparaba en aquella casa, posiblemente hubiera cambiado la decepción por un sentimiento de angustia y de miedo.

Ya les he contado algo sobre mi relación con la servidumbre de Moray Place. Había entablado una buena relación con la señora Robinson, la cocinera, y con Bessy. Sobre todo con esta última, con la que compartía la misma edad y la misma añoranza de nuestro hogar. El hecho de ser de un pueblo del sur de Inglaterra, conocer Lower Froyle Manor y a mi familia, aunque fuera solo por referencias, hacía que su presencia fuera para mí como respirar un poco de aire cálido de mi tierra, sentir que, de alguna manera, estaba más cerca de allí. Supongo que eso es lo que también le ocurría a ella y por eso congeniamos tan bien. Bessy era charlatana y alegre. Su dura vida no le había dado la oportunidad de adquirir mucha cultura, sin embargo, la bondad de su corazón y las ganas de aprender la suplían con creces. Me convertí en su confidente y consejera: me enteré de muchas cosas de los Williamson que de otra manera nunca hubiera conocido.

Por ella supe que algo empañaba la felicidad del señor y la señora Williamson: Dios no les había concedido la gracia de tener un hijo varón que continuara con el negocio familiar. Bessy escuchaba alguna que otra conversación íntima donde se evidenciaba que la pareja, aunque aún no habían

perdido la esperanza de concebir un nuevo retoño, sentía cada vez más remota esta posibilidad por las consecuencias del inexorable paso del tiempo. La verdad es que yo solía reprender a Bessy por escuchar conversaciones que no le concernían. Le repetía que, si quería conservar su empleo, debía ser discreta.

—Pero, señorita Jervis —me contestaba ella con su inconfundible acento de Hampshire—, si solo se lo cuento a usted...

Sin embargo, debía reconocer que para ella contarme todas estas cosas suponía un pequeño desahogo en una vida llena de sinsabores, por lo que intenté no reprenderla más.

Debido a su falta de descendencia masculina, Henry Williamson había decidido ahijar al hijo mayor de una prima segunda suya con la que él apenas había tenido relación. Dicha prima había enviudado recientemente y, según sus noticias, esto la había arrastrado a una penosa situación económica. Por ello, unos meses atrás, el señor Williamson había escrito una carta a la viuda Wolveriage proponiéndole que su primogénito viniera a vivir con su familia con el fin de que aprendiera el negocio. La respuesta afirmativa de Candia Wolveriage no se hizo esperar.

—La señora Williamson ya ha empezado a preparar la habitación de invitados —me contaba Bessy—. Dice que va a cambiar las cortinas. Fíjese, ¡si están nuevas!, mi padre diría que esa mujer no sabe lo que cuesta ganar un penique... Le oí decir que va a poner unas de cretona floreada porque el color de las que hay ahora es demasiado serio para una persona joven. ¿No le parece una tontería, señorita Jervis?...

Sí, sí que me lo parecía... Al señor Williamson, por los comentarios que Bessy había escuchado, no le preocupaba la decoración de la habitación de invitados, sino si el muchacho tendría el suficiente carácter para estar al frente del negocio. Pronto lo sabría, porque la respuesta enviada por la prima Candia anunciaba la visita de Jacob Wolveriage para dentro de dos semanas.

Entretanto, la casa seguía con su ritmo habitual, lo que incluía la reunión mensual de las Damas de Beneficencia para las Mujeres Ancianas, Inválidas o Desprotegidas de aquel sábado. El comité era presidido por la señora Williamson, y su objetivo era la recaudación de dinero para ayudar a aquellas mujeres que habían cumplido con los deberes de madres y esposas, y que



luego, ya ancianas, eran abandonadas a su suerte. Pero en el fondo, y les puedo asegurar que lo sabía de primera mano, aquellas mujeres no eran más que un nido de cucarachas.

Odiaba sus reuniones porque tenían lugar en la biblioteca de la casa que daba pared con pared con la salita de música donde yo impartía las clases de las niñas. Esto me obligaba a escuchar la mayoría de las disputas en las que se enzarzaban y en las que solo mediaba su administrador. Aquel día él no estaba presente, más que nada porque el principal tema de la reunión giraba en torno al desfalco que el mismo administrador había cometido, dejando vacías las arcas de la asociación. Para mi suerte y la de Helen y Georgina, no para Claire, siempre más atenta a lo que sucedía al otro lado de la pared que a mis clases, el abogado que había venido para asesorarlas en este espinoso tema tenía un tono de voz lo suficientemente bajo para que las damas en cuestión se mantuvieran en un escrupuloso silencio mientras le escuchaban. La paz se terminó cuando Priscilla Williamson, como presidenta de la asociación, tomó la palabra para pasar al siguiente punto del orden del día: el análisis de la situación de una tal señora Dunne. Al parecer, la junta directiva debía resolver la cuestión de si la vida de la anciana había sido lo suficientemente modesta y respetable como para merecer la ayuda. Tras varias intervenciones en su defensa, le volvió a tocar el turno de palabra a la señora Williamson.

—Lamento disentir con la señora Simmons sobre el caso que estamos analizando —dijo—. Una mujer virtuosa nunca se hubiera puesto a trabajar de tabernera. ¡Antes hubiera dejado que sus hijos se murieran de hambre!

—¡Bien dicho, mami! —exclamó Claire desde la sala de música, desde donde escuchaba toda la conversación—, ¡dales duro a esas cacatúas!

—¡Claire! —la reprendí—, es de mala educación escuchar las conversaciones de los demás. No creo que a tu madre le gustase ese comentario.

—¿Y qué quiere que haga, señorita Jervis? —me contestó con una sonrisa llena de autosuficiencia y desprecio—, ¿que me tape los oídos?, porque entonces tampoco la escucharía a usted...

A continuación, desde la biblioteca nos llegó el murmullo de expectación que habían levantado las palabras de la presidenta. Una de las asistentes, la

que debía de ser la señora Simmon, subió entonces más la voz para contestar a la señora Williamson.

—¿Nuestra estimada presidenta quiere decir —preguntó remarcando la palabra *presidenta*— que ella, en el caso de estar en la situación de esta mujer, hubiera dejado morir de hambre a sus hijos? ¿Quiere decir nuestra insigne presidenta —repitió con mala intención— que ella no se hubiera puesto, jamás de los jamases, detrás del mostrador de una taberna o de, por ejemplo, una pañería?

Era indudable que el ambiente de la reunión se había enrarecido y el silencio que siguió a la intervención de Priscilla Williamson era presagio de una batalla a sangre y fuego. No pude evitar mirar a Claire, que había enrojecido hasta las orejas.

—Quiero decir —le replicó la señora Williamson manteniendo el mismo tono de voz que en el inicio de su intervención, lo que parecía indicar que había encajado bien el golpe— que hay mujeres que anteponen su honorabilidad a sus hijos. Mujeres que son capaces de engendrar un hijo fuera del matrimonio para cazar un marido con una buena renta...

Claire se llevó una mano a la boca en el vano intento de cubrir su sonrisa. No me dio tiempo a regañarla de nuevo, porque al otro lado de la pared se produjo un revuelo y el sonido de una silla que se arrastraba. Debía de ser la tal señora Simmons, que sintiéndose aludida por las venenosas palabras de la señora Williamson se había puesto en pie para expresar su más airada protesta.

—¡No voy a consentir que se me insulte de esta manera! ¡Y menos si esa calumnia viene de una vulgar granjera!

La palabra *granjera* fue el resorte que hizo explotar todo. Las voces de ambas mujeres abandonaron los cauces diplomáticos y se enzarzaron en una vergonzosa pelea.

—¡Calma, calma, señoras! —intermediaba el abogado sin éxito—. No perdamos el rumbo de esta magnífica y caritativa asociación por culpa de un malentendido...

Sus voces consiguieron atraer la atención de Helen y Georgina, que hasta ese momento habían permanecido concentradas en el piano y en el arpa. Eso fue suficiente para que me decidiera a suspender la clase. A pesar de las

protestas de Claire, les pedí que subieran a por sus cuadernos de dibujo y sus abrigos, pues me disponía a llevarlas al invernadero a dibujar. Las niñas más pequeñas mostraron su entusiasmo obedeciendo rápidamente. No así Claire, que opuso toda su resistencia. Estaba tratando de convencerla para que me obedeciera, junto a la puerta de la salita de música, cuando vi como el señor Doyle, el mayordomo de los Williamson, entraba en la biblioteca. Al momento se produjo el silencio y escuché como Priscilla Williamson se disculpaba por tener que abandonar la reunión y rogaba a los presentes que continuaran sin su presencia. Inmediatamente salió precediendo al mayordomo, con la respiración todavía agitada por la refriega que acababa de protagonizar. Tan sofocada iba que ni siquiera fue consciente de nuestra presencia.

—¡Qué falta de consideración! —iba diciendo al mayordomo de camino al salón—, ¡y qué inoportuno! ¡¿Cómo no se le habrá ocurrido avisar antes?!

Claire, al ver que su madre había abandonado la reunión, consintió en ir a por su cuaderno. Me disponía entonces a subir a mi habitación para coger mi capa cuando recordé que hacía días que no pasaba a mirar el correo en la bandeja del recibidor. Decidí ir a mirarlo, lo que no me iba a llevar más de unos minutos. Al dirigirme hacia allí, me extrañó ver el inusual trasiego de criados que había por el pasillo. Me dio la impresión de que estaban trasladando el equipaje de alguien. En un momento dado, cuando me crucé con Bobby, se le cayó un pequeño baúl que cargaba encima de otro. Al golpearse se abrió y dejó salir una pequeña bolsa de terciopelo negro. El señor Doyle, que en esos momentos regresaba del salón, al ver lo sucedido montó en cólera y alegó que el invitado le había encomendado cuidar de ese baúl personalmente, pues contenía objetos de gran valor. El pobre Bobby lo recogió, pero el mayordomo se lo arrebató de las manos para, según dijo, custodiarlo él personalmente. Parecía evidente que alguien había llegado a la casa. Hasta que pasé frente al salón no me enteré de quién se trataba. El señor Doyle, posiblemente en un descuido, había dejado la puerta abierta después de que la señora Williamson entrara, por lo que fui testigo de la razón por la cual Priscilla Williamson había debido abandonar su reunión.

—Querida —le estaba diciendo en ese instante el señor Williamson acercándose a ella desde la ventana—, ¡cuánto lamento haber interrumpido tu importante reunión!

Quizá si Priscilla Williamson hubiera tenido otro estado de ánimo, podría haber detectado el tono de alerta de la voz de su marido, que yo, en escasas décimas de segundo, sí percibí.

—Estoy seguro —prosiguió mientras le tomaba la mano y echaba los ojos hacia un lado, indicando que había alguien más con él— de que cuando sepas la razón te llevarás una grata sorpresa...

En ese instante se retiró hacia un lado permitiendo que la señora Williamson, y yo misma, pudiéramos ver que junto a uno de los ventanales que daban a Moray Place había alguien. La luz que entraba por detrás formaba un halo en torno a la figura de un hombre joven, de anchas espaldas y alto. El contraluz hacía que no pudiera distinguir su rostro, tan solo su cabellera densa y poblada de mechones dorados.

—Te presento a Jacob Wolveriage, el hijo de mi prima Candia...

El joven, entonces, avanzó para acercarse a ella. Su cara salió de la sombra y le pude ver. He de confesar que desde el primer momento me turbó su visión. Tenía un rostro oscuro e intenso que contrastaba vivamente con su hermoso pelo. La línea de la mandíbula era rotunda y su mentón estaba marcado y horadado por un gracioso hoyuelo. Su nariz, vigorosa y grande, estaba realzada con un caballete alto, y sus ojos negros lanzaban una mirada perspicaz e inteligente.

No pude ver más y continué mi camino perseguida por la voz varonil, aunque clara y melodiosa, de Jacob Wolveriage.

—Es un placer, señora Williamson —saludó el joven—. Siento enormemente haber llegado a esta incómoda hora y haberles importunado de esta manera.

Confieso que cuando llegué al recibidor, la voz de aquel joven, como un eco desconcertante, todavía resonaba dentro de mí. En aquel instante, Bessy se cruzó conmigo acarreando una enorme maleta. Por su expresión supe que no podía hablarme, pues el mayordomo estaba supervisando el traslado del equipaje del señor Wolveriage. Rápidamente recogí mis cartas y regresé a las escaleras para subir a mi habitación. La curiosidad y la fascinación que habían despertado en mí aquel joven aminoraron mi paso al volver a cruzar frente al salón.

—De ninguna manera nos molesta su presencia —estaba diciendo el señor Williamson—, al contrario. Ha sido una verdadera sorpresa, pues no lo esperábamos hasta dentro de unas semanas... ¿Verdad, querida?

Priscilla Williamson, que extrañamente parecía haberse quedado sin palabras, reaccionó sin poder apartar sus ojos del rostro del joven, quien tampoco retiraba los suyos del de la mujer.

—Sí —dijo con la voz entrecortada—... Aún no tenemos preparadas sus habitaciones; como su madre nos dijo que...

—Ha sido la impaciencia por conocerles —interrumpió el joven—. Cuando mi madre me informó de su amable invitación, tomé la decisión de conocerles cuanto antes. Quizá he sido demasiado impulsivo, y ahora me arrepiento de ello...

No sé lo que me pasó, pero hice algo que en mi vida había hecho antes: me quedé junto a la puerta escuchando. Tampoco antes había sentido una atracción tan poderosa y perversa como la que se adueñó de mí.

—¡De ningún modo!, ¡no debe arrepentirse! —exclamó la señora Williamson—. Nosotros estamos encantados de tenerle a usted aquí... Intentaremos que su habitación esté cuanto antes dispuesta, y, aparte de este pequeño inconveniente, esperamos que su estancia aquí sea lo más comfortable posible.

—¡No se hable más! —añadió el señor Williamson aliviado de que su mujer se hubiera tomado con tan buen humor la inesperada visita—. Para mí su presencia en este nuestro humilde hogar supone una gratísima sorpresa. No le voy a engañar: necesito a alguien para ayudarme con el negocio y, si prospera nuestra relación, que incluso tome las riendas en un futuro. Y espero sinceramente que ese alguien sea usted, señor Wolverriage. Tenga la certeza de que le recibimos como a un hijo.

En aquel instante fui consciente de lo que estaba haciendo y continué mi camino. Antes pude oír como la señora Williamson preguntaba a su invitado cuánto tiempo pensaba pasar en Moray Place.

—Tan solo un par de semanas, querida señora; debo regresar a Londres para solucionar unos asuntos legales de mi madre...

No escuché nada más. Recuerdo haber pensado que las tres maletas y el baúl grande que conté en el recibidor parecían un equipaje excesivo para dos

semanas de estancia...

Apresuré el paso hacia mi habitación —las niñas estarían esperándome ya en el invernadero— mientras una sensación extraña me aleteaba en el pecho. No sabía por qué, pero la presencia de aquel joven me había turbado.

La mañana no era muy fría. Las nubes habían dejado un hueco por donde un tímido sol intentaba asomarse, creando un extraño juego de luces en el interior del invernadero. Mis alumnas habían conseguido centrarse en sus dibujos a pesar del ajetreo que había supuesto el cambio de clase. Yo también me había serenado, pero seguía asombrada con lo que me había ocurrido. Asombrada conmigo misma porque, de cuando en cuando, me asaltaba el deseo de volver a ver al señor Wolveriage. Su imagen, su poderosa figura avanzando a contraluz en el salón, se me había quedado grabada y no conseguía deshacerme de ella. Por eso creo que me sobresalté cuando a través de los cristales vi al señor Williamson y a su invitado paseando por el jardín. Sabía que no iban a tardar mucho en descubrir nuestra presencia, como así fue. Según se fueron acercando, el eco de su conversación me fue llegando con más claridad.

—Nuestro jardín no es muy grande —decía el señor Williamson—. Vivir en una ciudad moderna es lo que tiene: no te permite disfrutar de la naturaleza como te gustaría. Sin embargo, he de decirle que procuro que mi familia pase largas temporadas en el campo. De hecho, he adquirido una residencia en el lago Katrine y, si todo va bien, esta primavera ya podremos disponer de ella.

Se habían detenido en la fuente que presidía la plazoleta situada junto a la entrada del invernadero. Helen y Georgina, en cuanto les vieron, abandonaron rápidamente su tarea y salieron corriendo a su encuentro.

—¡Ah!, ¡qué grata coincidencia! —exclamó el señor Williamson al ver a sus hijas saliendo del invernadero—. Creo que va a tener la oportunidad de conocer a mis tesoros, Jacob.

Claire, que estaba sentada delante de un caballete, consciente de la presencia de un extraño, se levantó con fingida delicadeza y se quitó con prontitud el delantal que cubría su vestido.

—¡Ay, mis ratoncitas! —exclamó el señor Williamson abrazando a las dos niñas a la vez—. ¿Estáis aquí solas? ¿Dónde está vuestra institutriz?... ¡Ah, señorita Jervis!, discúlpeme, no la había visto...

Había seguido a las niñas y observaba la escena desde la puerta del invernadero. Claire me apartó bruscamente para pasar delante de mí, sin darme siquiera tiempo a decir nada. Sin embargo, noté que el señor Jacob Wolveriage me miraba fijamente, de una manera tan intensa y penetrante que me sobrecogió. Más si cabe cuando el joven no apartó sus ojos de mí, incluso cuando ya el señor Williamson le estaba presentando a su hija mayor.

—Y esta jovencita que se nos acerca con andares de princesa es mi hija Claire... Ven y saluda al primo Wolveriage.

Jacob Wolveriage se demoró unas décimas de segundo más de lo correcto en volver su vista sobre la muchacha y liberarme de ese modo de la presión a la que me sometió su mirada. Fue entonces cuando la lastimosa delgadez de Claire y su cabeza demasiado grande para su pequeño cuerpo contrastaron vivamente con la figura vigorosa y bien formada del señor Wolveriage. Era como si, ante su presencia, el mundo empequeñeciera.

—Realmente encantadora —dijo al besar la mano de la muchacha—. Es un placer conocerla, señorita Williamson.

—Disculpe que mi indumentaria no sea lo suficientemente correcta para recibir a un invitado —dijo lanzando una mirada de reproche a su padre—, pero nadie me había avisado de su llegada...

—Me temo —dijo Jacob Wolveriage mostrando su sonrisa tímida y a la vez pícaro— que yo soy el único culpable de esta lamentable circunstancia. Ya he explicado a sus padres que han sido mis ganas de conocerles las que me han impulsado a visitarles sin avisar previamente. De cualquier modo, quiero decirle que está usted deliciosa así, tal y como se encuentra en estos momentos.

El rostro de Claire se iluminó al escuchar estas palabras y quiso decir algo más, pero la espontaneidad de Helen la interrumpió.

—Señorita Jervis, ¿podemos quedarnos con papá y con este señor aquí en el jardín?

—Este señor, Helen, es tu primo Jacob —dijo el señor Williamson divertido.

—Me temo que no. —Tomé de la mano a Georgina—. Creo que ha llegado el momento de recoger el material y terminar nuestra clase de pintura.

—¡Conmigo no cuente! —exclamó Claire con un insoportable tono de impertinencia—, me quedaré aquí haciendo compañía a papá y al señor Wolveriage.

—Señorita Williamson —la amonesté con suavidad—: le recuerdo que ahora tenemos clase de francés.

—Creo que la señorita Jervis tiene razón —terció el señor Williamson—. Jacob y yo tenemos que hablar de asuntos de negocios que no son adecuados para una jovencita... Y, además, la temperatura está bajando. Estaréis más calientes en la salita de música.

Las protestas de Claire Williamson fueron vanas. Finalmente, subió la nariz y, desairada, se encaminó a grandes zancadas hacia la casa.

—¡Ah!, ¡ahí tiene una mujercita con carácter! —la disculpó el señor Williamson—. Pero no tenga duda, mi querido Jacob: también es poseedora de un gran corazón.

—No me cabe duda... No me cabe ninguna duda.

Jacob Wolveriage no había perdido de vista el comportamiento de la joven. Ahora, con un brillo extraño en los ojos, seguía su figura hasta la entrada de la casa.

—¡Nosotras la ayudaremos a recoger, señorita Jervis! —exclamó Helen.

Las dos niñas, dándose cuenta de la embarazosa situación a la que me había llevado su hermana, hicieron gala de sus buenos sentimientos y se agarraron a mis manos, mostrándome su apoyo.

—Permítame que yo también las ayude, señorita... ¿Jervis? —se ofreció Jacob Wolveriage.

Había remarcado mucho la pregunta con la intención de que le escuchara el señor Williamson.

—¡Oh!, ¡qué terrible despiste no haberles presentado! —se lamentó este—. Reciba mis más sinceras disculpas, señorita Jervis. La señorita Jervis —prosiguió dirigiéndose a Jacob—, como ya usted ha comprobado, es nuestra institutriz.

—Sí, eso he imaginado... —Se inclinó ante mí—. Es un placer.

Al tomar mi mano la apretó con más fuerza de lo que sería correcto. Al tiempo, una descarga eléctrica recorrió mi cuerpo. Recuerdo que me estremecí



cuando sentí sus labios calientes sobre mi mano. Apurada, volví a agarrar a Georgina y me dirigí hacia el invernadero.

—Yo también las acompaño para ayudarlas —se ofreció el señor Wolveriage haciendo el intento de seguirnos.

—No es necesario —dije con algo de sequedad—, podemos hacerlo perfectamente solas.

Creo que el tono no era acorde con la situación y con la amabilidad mostrada por el joven, pero algo en mi interior me desazonaba en su presencia y a la vez me atraía.

—Sí, déjelo, Jacob —intervino Henry Williamson—. La señorita Jervis, efectivamente, es muy capaz, y con la ayuda de estas preciosas ayudantes no tardará mucho. Señorita Jervis, ¿nos hará el honor de acompañarnos en la cena que organizaremos para dar la bienvenida al señor Wolveriage?

La pregunta me cogió de improviso. No me apetecía nada acudir a esa cena, pero no fui lo suficientemente rápida para inventar una excusa. Vacilé en mi respuesta, y los penetrantes ojos de Jacob lo detectaron.

—Confío —me miró fijamente—, señorita Jervis, en que no me desilusione con su negativa.

Me vi acorralada y no tuve más remedio que aceptar.

—No es mi intención —susurré—, por supuesto que asistiré.

—Entonces no se hable más —sentenció el señor Williamson—. Acompañeme y dejemos a estas mujercitas terminar con la labor.

Así de turbada y en compañía de las dos niñas me dirigí al invernadero. Sin embargo, mientras nos alejábamos de ellos, tuve la sensación de que los ojos de aquel joven me seguían.

## UN ANTICUARIO DE OLD BOND STREET

Dirán ustedes que soy un pretencioso, pero no me importa. No todo el mundo está capacitado para pensar de otro modo al de como se piensa, o percibir de otro modo al que se ve. Y yo soy uno de esos privilegiados. Para un escritor, la vida es una sucesión de escenarios fastuosos, diría yo. Y cuando el escenario que se presenta ante los ojos del escritor tiene un decorado como el de Cockpen Castle y la representación es la trama de un crimen, el goce para el escritor se convierte en éxtasis.

Si en un primer momento me dio la impresión de que mi amigo, el coronel Nicholls, no estaba convencido de que aceptáramos la petición de lady Greenwich de investigar la muerte de su esposo, tras mis primeros descubrimientos su actitud dio un giro radical. No solo me acompañó en la búsqueda de nuevas pistas alrededor del castillo, sino que lo hizo de una manera, yo diría, entusiasta.

Para refrescarles la memoria les diré que acabábamos de descubrir unas huellas moldeadas en el barro seco, al pie de una de las ventanas del salón principal del castillo. De ello mi aguda mente había deducido que habían sido dos los ladrones. Pero no solo eso. Las pistas hablan a aquel investigador que las escucha. Y a mí me dijeron que uno de los ladrones había entrado por la ventana, escalando el roble, mientras que el otro le había esperado abajo, y que después de, probablemente, descolgar el reloj con una cuerda, ambos habían huido hacia el camino donde les esperaba un carro. Solo nos faltaba encontrar algún indicio que apoyara mi teoría de que el asesino de lord Greenwich había entrado y salido del castillo por un lugar diferente al de los ladrones.

—Coronel —le pregunté—, usted, que ha sido militar, si tuviera que huir de este castillo sin que nadie le viera, ¿por dónde saldría?

El coronel se atusó un par de veces el bigote antes de contestarme.

—Sin dudar lo haría por algún punto de la fachada este. Es la zona donde menos campo abierto hay que cruzar hasta alcanzar el bosque que está pegado

al río.

—Entonces vayamos para allá.

Rodeamos de nuevo el castillo hasta llegar a la fachada que daba al este. Inspeccionamos los alrededores sin encontrar nada extraño. Lo único peculiar de aquel lado del castillo era una pequeña puerta que se abría más o menos a la mitad del edificio. Por su tamaño y poca ornamentación supusimos que era una puerta de servicio. Encontramos bastantes huellas a su alrededor, lo que nos hizo reafirmarnos en la idea de que era una zona muy transitada, posiblemente por donde entraban las mercancías a la cocina. Después de un rato de búsqueda infructuosa, el coronel se dirigió a mí.

—Sería inútil buscar más, tardaríamos siglos en peinar todo el campo abierto que va hasta el bosque para descubrir huellas. Será mejor que lo dejemos, es casi la hora del almuerzo y estaría feo que nuestra anfitriona nos tuviera que esperar.

Por supuesto, me pareció pronto para abandonar. Nos quedaba por recorrer con detenimiento la fachada sur. La investigación de cualquier hecho lleva su tiempo, «su» tiempo, no el del investigador, pero no quise contradecir al coronel y mucho menos importunar a lady Greenwich. Mi cabeza, en cambio, incapaz de abandonar, siguió buscando explicaciones.

—Se ha quedado usted muy callado —me dijo el coronel mientras regresábamos al interior del castillo.

—Estaba pensando —contesté hablando más para mí que para él— que quizá la policía sí tenía algo de razón al decir que el asesino de lord Greenwich había entrado por la puerta, aunque no fuera la principal.

—No le entiendo, explíquese —pidió mi amigo con ese aire marcial tan suyo.

—Imagínese que el asesino entró por esa puerta de servicio que acabamos de ver, pero durante el día, cuando estaba abierta. Seguramente nadie la cierra si, como hemos visto, el trasiego por ella es constante. Pudo llegar camuflado entre el género de algún proveedor, o sabe Dios si compinchado con alguno de ellos... El caso es que se pudo esconder dentro y esperó su oportunidad.

—¿Entonces piensa que el asesino no tenía nada que ver con los ladrones? —me interrumpió el coronel mientras entregaba de nuevo su abrigo

al mayordomo.

—No lo sé, pero hay algo que no encaja en su manera de actuar. No es lógico que no saliera del castillo con ellos... Preguntaré a los criados si la puerta de servicio se cierra durante el día.

Apunté este dato en mi libreta ante la incomodidad del mayordomo de lady Greenwich, quien esperaba que yo también le diera mi abrigo, mi sombrero y mi bastón. Cuando lo hice, nos informó de que milady nos esperaba para el almuerzo. Para mi desgracia, sus perros también.

Por culpa de aquellos chuchos no disfruté del magnífico lomo de cerdo con salsa de manzana que nos habían preparado. Se pasaron la comida alrededor de la mesa y, por ende, también alrededor de mis zapatos, esperando que alguien les obsequiara con pequeños regalos en forma de comida.

Lady Greenwich se encargó de informarnos de que ella y nuestros dos compañeros habían estado revisando la documentación que lord Greenwich tenía sobre el reloj. Y de cómo el señor Eastman había pedido permiso para llevársela y de ese modo poder estudiarla con detenimiento. Asimismo, se interesó por el resultado de nuestras pesquisas.

—Es demasiado pronto para haber descubierto algo —contestó el coronel con esa seriedad que asusta—. Puede que la investigación nos lleve meses, lady Greenwich, y no le podemos garantizar que obtengamos algún resultado. Por ello le debemos pedir paciencia. Nosotros la mantendremos informada, dentro de lo que nos sea posible.

—¡Oh, coronel, estoy tan segura de que lo conseguirán! Pero tiene usted razón, tendré paciencia... Ahora disfrutemos del almuerzo y yo, especialmente, de su compañía.

Durante la sobremesa encontré el momento justo para ir a interrogar a los criados. No aportaron ningún dato significativo para mí, pues únicamente corroboraron lo que yo había sospechado: que todas las ventanas del salón donde se produjo el asesinato estaban cerradas y que la puerta de servicio permanecía abierta prácticamente todo el día. Cuando regresé con los demás, se apreciaba un ambiente de demasiada relajación. Mis compañeros parecían haber olvidado el motivo que nos había llevado hasta allí y charlaban animadamente con nuestra anfitriona. Por supuesto, con los tres perros a su alrededor. Estos hechos, y el ansia por ver la documentación que el señor

Eastman había conseguido, me llevaron a cortar de forma brusca la sobremesa. Con la disculpa de que tenía obligaciones que atender en Edimburgo, les urgí para marcharnos. La señora Arliss me echó una de sus miraditas cargadas de reproche. Como comprenderán, no me afectó lo más mínimo e insistí en que nos debíamos marchar.

—¡Es una pena que se tengan que ir! —lamentó lady Greenwich—: lo estábamos pasando tan bien... ¿No puede posponer ese deber para otro día?

—Me temo que no, mi querida dama —dije besándole la mano—. ¡Placer y deber!, el eterno debate de la humanidad... Y yo en estos momentos, como dijo Platón, debo templar la fogosidad del caballo negro...

—*Quelle chance!* —exclamó con alegría lady Greenwich—, ¡va usted a una carrera de caballos! Pues me deja más tranquila. Pensé que su prisa se debía a algún tipo de trabajo aburrido...

No me molesté en aclararle mi discurso.

—Por suerte, mi deber es solo agradecerle su invitación —dijo la señora Arliss mirándome de nuevo significativamente—. Su compañía ha sido un placer.

Todos los demás también se despidieron. El coronel, renovando la promesa de que la mantendríamos informada.

Una vez subidos al coche, y tras amagar algún intento de ataque hacia mí por parte de la dama que nos acompañaba, el coronel y yo contamos someramente a nuestros amigos los descubrimientos que habíamos realizado. También el señor Eastman nos hizo partícipes de lo que había encontrado sobre el reloj chino en el gabinete de lord Greenwich.

—Por un lado, he encontrado el certificado que garantiza su autenticidad. Lo firma un anticuario de Londres, el señor Samuel Cecil, del que mi tío me habló en numerosas ocasiones. —El señor Eastman nos lo mostró—. Y también, con el permiso de lady Greenwich, he cogido el cuaderno donde lord Greenwich había tomado unos apuntes del reloj...

—¡Estupendo! —exclamé—, no esperábamos menos de usted. No cabe duda, y perdónenme si me repito, que la clave es ese reloj.

—Sí, señor Gordon, se repite usted bastante —intervino la señora Arliss poniendo el punto desagradable a la conversación.

—Señora Arliss, usted siempre tan sincera —manifesté mientras me reconcomía por dentro—. ¿De qué ha hablado con lady Greenwich?, ¿de las últimas tendencias en moños?

Si la señora Arliss se había sentido molesta por mi comentario, no lo demostró en absoluto, haciendo gala, debo reconocer, de un magnífico temple.

—No, señor Gordon —replicó como si tal cosa—, pero hablamos mucho de su esposo, y por ello me he podido enterar de que lord Greenwich escribía un diario. Diario que he traído conmigo.

De entre su abrigo, como si fuera un prestidigitador, sacó un cuaderno de tapas negras y nos lo mostró.

—¡No sabía que mi tío escribiera uno! —exclamó sorprendido el señor Eastman—. ¿Dónde lo guardaba?, ¿se lo dio lady Greenwich?

—No exactamente —contestó la señora Arliss con toda tranquilidad—. Digamos que ella me dijo dónde lo guardaba y yo lo tomé prestado.

—¿No me diga que lo ha cogido sin permiso?! —exploté mientras el señor Eastman miraba a nuestra compañera sin querer entender que había robado el diario.

—Bueno —continuó ella impasible—, si quiere decirlo de esa manera...

—¡Esto es inaudito! —dije fuera de mí—, ¡qué va a decir lady Greenwich cuando lo sepa!

—Tranquilícese, Herbert —intentó mediar el coronel—, no creo que sea tan grave. Y, además, será mejor que nunca lo sepa. Podría suponerle un sufrimiento añadido que es innecesario.

—No tiene por qué enterarse —apostilló la señora Arliss—. En mi siguiente visita lo dejaré donde estaba y nadie se dará cuenta. Creo que nos puede ayudar, quizá en él recogió algo sobre esas extrañas monedas que alguien le envió y que, por cierto, lady Greenwich me ha dado. Lo que no hemos encontrado ha sido la nota que lord Greenwich recibió con ellas...

—¿Qué nota? No recuerdo nada acerca de una nota —preguntó el joven Eastman.

—Yo tampoco me acordaba —explicó la señora Arliss mientras revolvía en su bolso—, pero lady Greenwich nos habló de ella cuando nos contó cómo vio a su esposo abrir la caja donde venían las monedas. Nos dijo que antes de sacarlas había leído un papel que venía con ellas. Ella misma se ha encargado

de recordármelo y de buscarlo sin éxito. Tenía curiosidad por saber qué decía, pues nunca lo llegó a leer... Sí, aquí están. —Nos mostró las monedas.

Sin palabras. Así me quedé al darme cuenta de que todos, y muy particularmente yo, nos habíamos olvidado durante la visita de las monedas y de esa nota, y que había tenido que ser precisamente la señora Arliss quien se acordara. Nos las enseñó a todos mientras las sujetaba de su cordón rojo, lo que hizo que se balancearan en el aire al ritmo del traqueteo del coche.

—Tres monedas unidas por un cordón rojo —susurré a la vez que las cogí—. La trinidad de la suerte. El cielo, la tierra y el hombre...

Mis compañeros de viaje se quedaron mirándome extrañados, sin entender.

—Se lo dije cuando veníamos hacia Cockpen Castle —les expliqué—. Anoche me desvelé y, pensando en todo lo que nos había contado lady Greenwich, me acordé de las monedas, aunque en el transcurso de nuestra investigación, y por un pequeño descuido, las había olvidado... Por fortuna, la señora Arliss ha suplido mi desliz... —Mi amiga inclinó la cabeza y cerró los ojos a la vez, gesto inequívoco de su victoria sobre mí—. Como les decía, fue anoche cuando caí en la cuenta de que hace unos meses había acudido a una conferencia organizada por la Royal Scottish Society of Arts, en la que un famoso fotógrafo suizo hablaba sobre su experiencia en China. Entre otras cosas, habló de la Liga Hung. Por supuesto, en aquella ocasión había tomado apuntes, así que me levanté a buscarlos porque tenía idea de que allí se había hablado de unas monedas...

A continuación intenté resumirles las prolijas notas que tenía referentes a este tema. Según lo que yo había apuntado, la Liga Hung era una sociedad secreta china creada con el fin de derrocar a la actual dinastía manchú de los Qing y restaurar la dinastía Ming. Llevaban varios siglos luchando por esta causa, aunque no era ese su único fin: también les movía la solidaridad y la ayuda mutua. El reparto de la riqueza de una sociedad tan desigual como la china había sido uno de sus principales objetivos.

—De ella forman parte desde campesinos y contrabandistas hasta espías, pasando por afamados luchadores de artes marciales —proseguí—. Pero no se confundan, son terribles en sus prácticas. Sus integrantes han tramado todo tipo de acciones contra los habitantes de la Ciudad Prohibida. El gobierno chino

teme esta liga porque, dado su carácter secreto y las miles de ramificaciones en que se ha convertido, es prácticamente imposible luchar contra ella.

—Pero hay algo que no entiendo: ¿qué tiene que ver con Escocia y qué relación tienen con lord Greenwich? —preguntó la señora Arliss con la intención de dejarme en evidencia. Por suerte estaba preparado.

—No lo sé, mi querida señora, pero una de las cosas que leí es que los miembros de esa liga se unen por un juramento de fidelidad y solidaridad que les compromete de por vida. Tienen hasta saludos secretos que les permiten reconocerse en cualquier situación. Y ahora, señora Arliss, viene lo importante: cuando la Liga Hung actúa, deja como reivindicación tres monedas atadas por un cordón rojo o dorado...

Dejé de nuevo las monedas en el aire para que todos pudieran apreciarlas.

—Señor Gordon —replicó inmediatamente la señora Arliss—: esas cosas pasan en China, pero no me puedo creer que ocurran aquí...

—¡Pues créaselo, señora! —Mi paciencia estaba a punto de agotarse—. En esa conferencia escuché que la Liga Hung, también llamada la *Triada*, es como una hidra de la que parten mil brazos. Existen cientos de sociedades que han nacido de ella, y, en los últimos años, se ha comprobado que muchas no se han limitado a actuar en China, sino que también lo hacen en otros países donde existen comunidades de ese país...

—Es decir —intervino el coronel—, que no sería descabellado pensar que alguna de ellas está actuando en Edimburgo...

—Es una línea de investigación para tener en cuenta...

Se produjo un silencio a la vez que yo cogía las monedas. Por un lado tenían grabados distintos ideogramas chinos, por el otro estaba grabada la figura de un dragón.

—Señores —dijo el coronel al darse cuenta de que estábamos entrando en la ciudad—, los hechos mandan. Creo que sería necesario que nos reuniéramos para analizar todo lo que hemos averiguado y, si es necesario, repartirnos el trabajo. ¿Les parece bien que vayamos al pasaje de Tolbooth?

Ninguno de nosotros puso inconveniente y nos dirigimos hacia allí.

Los cuatro nos acomodamos alrededor de la mesa de la biblioteca de nuestra sociedad, como hacíamos tantas noches, con la excepción de la



ausencia notable de la señorita Jervis.

—Debo reconocerlo —el coronel carraspeó—: a pesar de que yo no tenía mucha confianza, en muy poco tiempo nos hemos metido de lleno en nuestra nueva tarea. Sé que, en un principio, no he mostrado el interés que el caso merecía y por ello me gustaría disculparme ante ustedes. Quiero hacerles saber que asumo el mismo nivel de compromiso que ustedes y que tengo plena confianza en el equipo formado...

Sus palabras me sorprendieron, pues mi amigo no es un hombre muy dado a mostrar sus sentimientos en público. Todos agradecemos que fuera tan sincero. La que antes lo expresó en voz alta fue la señora Arliss.

—Nos alegramos mucho, coronel —puso una mano encima de la suya—, siempre es reconfortante tener una mente lúcida a nuestro lado.

—Está bien —retiró rápidamente la mano con un movimiento envarado—, quizá sea el momento de revisar y ordenar todos los datos que hemos recogido.

Me ofrecí voluntario para hacerlo, ya que había sido yo el protagonista del grueso de la investigación. Me puse en pie para dar mejor salida a mi oratoria.

—Los hechos constatados son los siguientes. Lord Greenwich compra un reloj a un anticuario de Londres y, a los pocos días de hacerlo, unos ladrones entran en su casa a robar. Parece que lord Greenwich los descubre en el mismo momento que entran en su castillo y es asesinado por ellos. Sin embargo, existen otros indicios que apuntan a que su muerte no fue, llamémosla, «accidental». Primero: el hecho de que la víctima dejara una nota manuscrita donde reflejaba su miedo a que algo le sucediera por culpa del reloj maldito. Segundo, y por las huellas que hemos descubierto, se podría inferir que los que se llevaron el reloj no fueron los asesinos. Y tercero y último: las monedas que recibió el malogrado lord Greenwich unos días antes de su muerte. Monedas chinas, sin duda, que pueden estar relacionadas con el reloj y, quizá, con una sociedad secreta de esa misma nacionalidad...

—Es una pena que lady Greenwich no haya encontrado la nota con la que llegaron —interrumpió la señora Arliss con su incontenible verborrea—. Eso nos podría haber dado más pistas...

—Sin embargo —añadió el joven Eastman—, gracias a usted tenemos el diario de mi tío. Quizá en él diga algo más sobre las monedas.

—Tiene mucha razón —terció el coronel—, y no hay nadie mejor que usted para averiguarlo. Creo que moralmente es el que está más autorizado para leerlo. Ese será su trabajo, Leopold.

El señor Eastman aceptó la tarea de buen grado.

—Si les parece —propuso el coronel— podemos echar ahora un vistazo a la documentación del reloj y a los dibujos y apuntes que de él hizo lord Greenwich.

Así lo hicimos, pero el único dato interesante aportado por la documentación que había guardado sobre el reloj fue el nombre y la dirección del anticuario donde lo había comprado: el señor Samuel Cecil, cuya tienda de objetos antiguos estaba en el número cuatro de Oxford Street, en Londres.

En cambio, la libreta de dibujo fue mucho más generosa. El coronel fue pasando las hojas delante de todos. Lord Greenwich era un buen dibujante y había reflejado con mucha exactitud los distintos detalles del reloj. Al llegar a un alzado de frente, el señor Eastman pidió al coronel que le acercara la libreta para verlo con más detenimiento, pues algo había llamado su atención.

—Es curioso —puntualizó mirando el dibujo—: cuando yo visité a mi tío en Cockpen Castle, no me dijo que la cubierta superior de la pagoda se abriese...

Efectivamente, en ese dibujo se apreciaba que la parte superior del reloj se abría dejando un hueco en su interior.

—Y miren lo que escribió debajo: «compartimento secreto»...

—¡Un compartimento secreto! —exclamó la señora Arliss arrebatando el cuaderno de las manos del joven Eastman—, ¡qué interesante!

Tuve que esperar a que ella se cansara de admirar el dibujo para poder verlo yo. Al observarlo me fijé en que lord Greenwich había señalado con flechas la parte trasera del reloj, sin duda para indicar dónde se debía presionar para que ese compartimento se abriera. Era un dato interesante, poco más.

—Es probable que su tío —intervino el coronel—, siendo tan minucioso con sus obras de arte y disfrutando tanto estudiándolas, descubriera por accidente el mecanismo que abría el reloj. Estaba pensando que sería muy

interesante para nosotros el poder hablar con el anticuario que le vendió ese reloj. Es seguro que aportaría algún dato más... ¿Alguno de ustedes tiene que viajar a Londres estos días?

Quiso el caprichoso destino que justamente la señora Arliss fuera la única que tenía pensado viajar allí para pasar una semana en casa de su hermana. Tenía previsto su viaje a Londres para el día siguiente, por lo que se ofreció a visitar a aquel anticuario.

—¡Estupendo! —exclamó el coronel—, pero sería bueno que alguien más la acompañara. Ya saben, cuatro ojos ven más que dos... Herbert, ¿usted está disponible?

Tras unos segundos en que analicé los pros y los contras de aceptar, opté por decidirme a ir. No me fiaba de que la señora Arliss fuera capaz de realizar aquella tarea correctamente. Visitar la casa de antigüedades regentada por el señor Samuel Cecil en Londres podía ofrecernos información muy sustanciosa, y si iba ella sola, lo más probable era que solo consiguiera saber el número de hijos del tal señor Cecil... Aunque estaba seguro de que viajar en compañía de la señora Arliss solo me iba a traer problemas, como así fue. Ella, en cambio, mostró su alegría por no tener que realizar un viaje tan largo sola.

De este modo, todos colaboramos en trazar las líneas básicas de un plan para intentar sacar información al anticuario. Fue al coronel al que, en su afán de que mantuviéramos el mayor grado de discreción posible, se le ocurrió que la señora Arliss y yo nos podíamos hacer pasar delante de él como un matrimonio que buscaba un regalo para un amigo. Nos presentaríamos como conocidos de lord Greenwich, quien nos habría recomendado sus servicios y, a partir de ahí, sería nuestra intuición la que nos guiaría para sonsacarle toda la información posible.

El reloj de la torre de la nueva estación de Kings Cross marcaba las nueve en punto cuando llegamos a Londres. Habíamos viajado toda la noche del domingo al lunes. No fue la incomodidad del tren lo peor, sino la insufrible conversación de la señora Arliss. Ella viajaba con un considerable equipaje, considerable si se tiene en cuenta que solo pensaba pasar una semana en compañía de su hermana. Aunque cuando le hice algún comentario sobre este tema, me aseguró que su intención era prolongar esa semana y disfrutar de su familia en Londres el mayor tiempo posible. Al contrario que

yo, que tenía la sana intención de pasar allí solo el tiempo estrictamente necesario para cumplir con nuestra misión.

Al bajar del tren, mi primera idea fue pedir un coche para que nos llevara directamente a la casa de antigüedades.

—¡De ningún modo! —exclamó la señora Arliss—, ¿cómo comprende que voy a llevar el equipaje con nosotros? Primero pasaremos por casa de mi hermana para dejarlo allí.

Fue imposible hacerle cambiar de opinión. ¡No he encontrado en toda mi vida una mujer tan testaruda como la esposa de Thomas Arliss! Por más que insistí no me hizo ningún caso. Nada más montar en el coche que habíamos pedido, le dio la dirección al cochero. ¡Para colmo, la calle resultó estar al lado de Eaton Square! Con lo fácil que hubiera sido pasar primero por Oxford Street y luego bajar hasta Belgravia. Pues no, tuvimos que hacer lo que ella quería: ir primero a casa de su hermana, dando una vuelta tremenda y perdiendo un tiempo precioso.

—¡Me encanta Londres! —exclamó en cuanto el coche se puso en marcha, haciendo caso omiso de mi evidente mal humor—. Siempre le digo a Thomas que debería abrir un despacho aquí. Edimburgo me resulta tan provinciano...

Me abstuve de darle mi opinión. Encontré la urbe más ruidosa y desordenada que nunca. Una niebla sucia cubría las calles húmedas y se fue haciendo más densa a medida que nos acercamos al río. No veía el momento de dejar el dichoso equipaje y acudir a la tienda del señor Cecil. Aunque, a cada minuto que pasaba al lado de mi compañera, se me hacía poco menos que imposible pensar que pudiéramos hacernos pasar por un matrimonio bien avenido. Sobre todo, cuando lo que debía de haber sido un simple trámite, es decir, dejar unas maletas, se convirtió en un insoportable encuentro entre dos mujeres charlatanas y felices de volverse a ver.

—Señora Arliss —la reconvine en un momento que su hermana nos dejó a solas, pues esta se empeñaba en servirnos un desayuno—, le recuerdo que debemos visitar cuanto antes al señor Cecil.

—Señor Gordon —contestó ella con una absoluta indolencia—, no tenemos prisa, así que disfrutemos de la compañía y tomemos este delicioso té.

Tuve que hacerlo, me refiero a tomarme el té en su compañía, no a disfrutar... No puedo explicar la irritación que me produjo la tranquilidad con la que las damas se tomaron el desayuno. Debo decir que no disimulé mi impaciencia ni un solo minuto del tiempo que estuve en aquella casa. Miraba constantemente el reloj y rechazaba, también constantemente, la invitación de la hermana de la señora Arliss para quedarme a dormir en su casa. Le expliqué que quería regresar a Edimburgo en el tren nocturno, pero mis explicaciones cayeron en saco roto. Ninguna de las dos comprendía que tuviera prisa por regresar...

Cuando por fin conseguí arrancar a la señora Arliss de allí y me vi subido en el coche, camino de la casa de antigüedades, no pude aguantar más y le recriminé su actitud.

—Debemos ceñirnos al plan que hemos trazado, señora Arliss —usé el tono más suave que me permitió mi indignación—. ¡Hemos perdido un tiempo precioso en una charla sobre primos, guisos y enfermedades varias!

—Lamento que lo vea de esa manera, señor Gordon —contestó ella tranquila—, pero yo he disfrutado de la compañía de mi hermana y estos momentos no los cambio por nada del mundo. Es una pena que usted no sepa lo que eso significa...

No dijo más. Siguió mirando por la ventana con una expresión de felicidad, como si no acabara de clavarme un puñal por la espalda... Aguanté y procuré no mostrar la indignación que me habían causado sus maliciosas palabras. Ustedes no lo entienden, pero lo que acababa de hacer la señora Arliss era un ruin ataque contra mi persona, aprovechando que conocía mi pasado personal. Claro que no era solo ella la que lo conocía; todos los miembros de nuestra sociedad literaria sabían que apenas mantenía relación con mi familia. Relación que les resumiré en tres líneas y media.

Mi padre, el segundo conde de Lonsdale, no compartía mi amor por las letras, así que me desheredó para obligarme a dejar de ser escritor. Pero, paradojas de la vida, lo único que consiguió fue que me convirtiera en un fecundo autor para, de esa manera, poder vivir de las letras que él detestaba. Fin.

Como ahora comprenden, la señora Arliss acababa de lanzarme un cuchillo envenenado con mi propia historia. Sin embargo, y les aseguro que

soy sincero, este era un tema que yo tenía superado y asumido, así que la bajeza de la señora Arliss apenas me hirió, solo me había indignado por su falta de elegancia.

Después de aquel encontronazo, a ninguno de los dos nos apetecía mantener una charla, pero las circunstancias nos obligaban a ello. Debíamos repasar con detalle nuestros papeles delante del señor Cecil de manera que pudiéramos ganarnos su confianza.

—Bien —resumí a la señora Arliss como si no hubiera pasado nada entre nosotros—: somos el señor y la señora Lytton, que vienen a Londres a comprar un regalo para su sobrino, que se casa.

—Creía que habíamos quedado en que le íbamos a comprar un regalo a un amigo —replicó con ganas de guerra.

—He considerado que es más creíble esta segunda versión. —No aparté la vista de mi cuaderno—. ¿Será usted capaz de asumir este cambio?

—No lo sé, señor Gordon... Ya sabe que como mujer que soy tengo una memoria limitada...

Sí, efectivamente, como mujer que era quería que yo entrara en su juego. No lo hice.

—Bien, entonces, vayamos a ello, creo que estamos llegando...

El cochero nos dejó frente a la tienda. La puerta estaba pintada de verde, igual que las molduras que rodeaban los vidrios de los escaparates. De lado a lado, otro friso de la misma madera cruzaba la fachada, separando los dos pisos del edificio. El superior estaba enfoscado y en él se abrían un par de ventanas. Sobre ese friso estaba pintado un rótulo en grandes letras que decía: *Samuel Cecil, sucesor de H. Poole*. Empujé la puerta y el sonido de una alegre campanilla acompañó la entrada de mi flamante esposa. Inmediatamente nos envolvió un olor a viejo y a humedad que, extrañamente, no resultaba desagradable. Fue como entrar en otro mundo donde se agolpaban objetos de toda clase y por todos los rincones. Desde jarrones, figuras de marfil, mesas y alfombras hasta armaduras, libros y lámparas. A pesar del aparente desorden, todo parecía haber sido colocado para que los clientes pudieran apreciarlos. Me pregunté de dónde habrían salido todos aquellos objetos que seguramente el señor Cecil habría obtenido de forma no muy legal en casas abandonadas, viejas iglesias o incluso tumbas.

He de confesar que me impresionó la facilidad y la rapidez con que la señora Arliss se puso en situación, interpretando su papel.

—Creo, querido —se dirigió a mí en voz alta después de echar un vistazo a su alrededor—, que hemos venido al lugar adecuado...

De detrás de una cortina, al fondo de la tienda, apareció un hombre que adornaba su cara con una bonita sonrisa comercial. Me presenté con el sonoro nombre de señor Timothy Lytton y esposa, recién llegados desde Edimburgo.

—Imagino que usted es el señor Samuel Cecil, el propietario de la tienda —dije mientras miraba con impostada satisfacción a mi alrededor.

—Así es. Sean bienvenidos a esta su casa —contestó—. Ya me dirán en qué puedo ayudarles.

—Nuestro amigo lord Greenwich nos habló en muchas ocasiones de usted y de las magníficas piezas que le suministraba —proseguí—. Estamos de visita en Londres y queremos comprarle algo a un sobrino que se casa. Pensamos que usted nos podría dar alguna idea...

—¡Por supuesto, lord Greenwich! —exclamó eufórico por la posibilidad de realizar una buena venta—. ¡Sus amigos son también mis amigos!

Estaba claro que para el señor Cecil la amistad se cuantificaba por el número de libras que se gastaban en su establecimiento.

—Pero por favor —nos pidió mientras levantaba la cortina que tenía a su espalda y que daba paso a la trastienda—, pasen a mi despacho, aquí les atenderé mejor.

Lo que él llamaba despacho no era más que una mesa y un sillón desvencijado que arrinconaba en un almacén lleno de trastos. Una prolongación de la tienda, pero mucho más sucio. Acercó dos sillas, distintas una de otra, y nos invitó a que las ocupáramos. Él tomó asiento en su sillón.

—Así que son amigos de mi querido lord Greenwich...

—Sí —afirmé mientras nos sentábamos—. Estamos abatidos con su pérdida... Era más que un amigo para nosotros...

El señor Cecil se quedó pálido. Sé que fue cruel darle la noticia de ese modo tan brusco, pero formaba parte de la estrategia para que nos diera toda la información posible sobre el reloj.

—Lo siento —balbuceó—, desconocía la noticia... Pero... ¡cómo es posible!, si él gozaba de una estupenda salud...

—¿No lo sabe? —intervino la señora Arliss—: le mataron unos ladrones que entraron en su castillo y robaron el reloj que usted le vendió.

Los ojos del comerciante, cubiertos por una nube de horror, perdieron su enfoque y vagaron por el escritorio cercano durante unos instantes hasta que volvieron a enfocarnos a la señora Arliss y a mí, alternativamente.

—¿El reloj de la dinastía Qing?

—Ese mismo —confirmó la señora Arliss—. Fíjese que lord Greenwich nos lo había enseñado unos días antes. Pobre..., hasta nos habíamos estado riendo con una absurda leyenda negra que nos comentó...

Estoy seguro de que la expresión que puso a continuación el señor Cecil sería muy parecida a la que pondría si se le hubiera aparecido el mismísimo demonio.

—Perdónenme... —Se sirvió un vaso de agua de la jarra que tenía encima de su mesa.

Su mano tembló al servir el agua, haciendo que parte se derramara.

—¿Se encuentra bien, señor Cecil? —preguntó mi supuesta esposa con su supuesto buen corazón.

—Es que ustedes no saben... —dijo con voz temblorosa.

La señora Arliss y yo, hacía un momento retrepados, nos incorporamos en nuestras sillas y nos acercamos a la mesa, expectantes por lo que el hombre nos pudiera relatar.

—Es verdad que ese reloj tiene encima una maldición —murmuró.

Por la expresión de su rostro parecía evidente que era un pensamiento que el señor Cecil había expresado sin querer. Nosotros, aunque conocíamos la historia por boca del señor Eastman, queríamos que el anticuario nos la contara de primera mano, por si nos pudiera aportar algo. Al ver cómo le mirábamos, no tuvo más remedio que explicarse.

—Yo se lo advertí a lord Greenwich en su día —se disculpó—: ese reloj traía mala suerte a quien lo tuviera. Él se rio...

Tal y como ya sabíamos, nos relató cómo había comprado el reloj a un comerciante de sedas. El comerciante le explicó que la persona que se lo había encargado no volvió a recogerlo y ni siquiera reclamó el adelanto que le había dado en señal de la compra. Le dijo que quería deshacerse cuanto antes del él porque solo le había traído desgracias.



—Les puedo asegurar que no soy, en absoluto, supersticioso —prosiguió el señor Cecil limpiándose con un pañuelo el sudor que brotaba de su frente —; es más, también me hizo gracia lo que el comerciante de sedas me dijo acerca de la mala suerte que le había traído el reloj. Incluso pensé en aprovecharme de ello. Una leyenda negra detrás del objeto podía aumentar el interés de los clientes. Así que empecé a inventar alguna que otra historia personal acerca de la mala suerte que también me había acaecido, hasta que me empezaron a pasar cosas...

Aquí el anticuario se quedó repentinamente en silencio. Por la mirada que nos echó, deduje que estaba valorando si le inspirábamos la suficiente confianza como para continuar o no con el relato.

—¿Qué tipo de cosas? —le animé a proseguir poniendo todo el interés del mundo en la pregunta.

El hombre tardó unos segundos en vencer su reticencia, pero finalmente siguió con la historia.

—Al principio no les di mucha importancia. Muchos días tenía la sensación de que alguien me seguía. Mientras caminaba por la calle veía una sombra fugaz que desaparecía inmediatamente cuando giraba la cabeza. También empezó a entrar más gente en la tienda de lo que era normal. Pasaban solo a mirar y no compraban nada. Otros, del mismo modo, se asomaban al escaparate, pero desaparecían al momento sin dejar rastro. En un principio creí que se trataba de simples coincidencias, hasta que un día recibí un paquete. Mi sorpresa fue grande cuando lo abrí, pues dentro solo había tres monedas chinas atadas por un cordón rojo, junto con una nota escrita en caracteres chinos.

Miré a la señora Arliss para ver si se estaba dando cuenta de la importancia que tenía lo que nos estaba contando. Era más que una casualidad que el anticuario hubiera recibido también las monedas chinas. Sin embargo, la señora Arliss se mantenía en perfecta calma, sin inmutarse. Como única respuesta a mi mirada, me lanzó un puntapié por debajo de la mesa. Era su dulce modo de decirme que disimulara mi excitación. Razón no le faltaba...

—Me extrañó que no hubiera nada más —siguió contando el señor Cecil—. Viendo lo curiosas que eran las monedas y pensando que se pudiera tratar

de un negocio, pedí a un predicador conocido mío, que había pasado muchos años en el sur de China, que me tradujera la nota.

Estuve tentado de interrumpir al hombre para preguntarle cómo eran las monedas, pero me contuve al considerar que era más importante conocer la traducción de la nota antes de que el señor Cecil se arrepintiera de desvelarnos todos esos sucesos, cosa que estaba haciendo porque todavía estaba impresionado por la noticia de la muerte de su cliente.

—¿Y qué decía la nota? —preguntó mi compañera con una ingenuidad tan bien fingida que hasta me dio miedo.

—Pues algo muy raro que se me quedó grabado. Decía: «La maldición del dragón caerá sobre los *yang gui* que no respetan la tradición de los antepasados»...

Los tres nos quedamos en silencio.

—¿Yan gui? —preguntó la señora Arliss—, ¿qué significa *yan gui*?

—El predicador me explicó —prosiguió el señor Cecil— que se trata de la palabra con que los chinos se refieren a los extranjeros, y significa, más o menos, diablos que vienen de más allá del océano... En aquel momento no entendí qué podría significar aquello, hasta que el predicador me dijo que parecía una amenaza, que, en China, algunas organizaciones secretas, bajo el nombre de ligas o sociedades que eran muy temidas en ese país, actuaban de esa manera, dejando algún objeto que las identificaba cuando querían intimidar a alguien. Me preguntó si quizá yo tenía o había tenido alguna relación con China. Inmediatamente pensé en el reloj. Era la única pieza de ese país con la que yo había comerciado en las últimas semanas.

El señor Cecil volvió a interrumpir su discurso para secarse la frente. La señora Arliss se movía en su silla impaciente. Imaginé que por una vez estábamos de acuerdo: en cuanto el anticuario se tranquilizara, era muy probable que se arrepintiera de hablar.

Por suerte no lo hizo y prosiguió. Según sus palabras, a partir de ese momento estuvo más atento cuando salía o entraba de su establecimiento, y casi podía asegurarnos que alguien le había estado siguiendo.

—Hasta que un día intentaron robar aquí, en la tienda —dijo con la voz temblorosa.

—¿¡Robar!?! —exclamé con teatralidad para animarle a seguir hablando.

—Sí, señor Lytton, así fue —asintió el señor Cecil—. Una tarde, después de cerrar mi negocio, salí caminando hacia mi casa, como hago siempre. Pero a medio camino me di cuenta de que me había olvidado unos papeles que necesitaba, así que di media vuelta y regresé. Me llamó la atención que en la esquina de la tienda con el callejón con el que comunica la puerta trasera, había apostado un hombre. Le recuerdo perfectamente porque le había visto en varias ocasiones merodeando por la zona y siempre llevaba puestos unos anteojos verdes. Cuando me vio llegar desapareció por el callejón.

Según lo que dedujo el señor Cecil, aquel hombre estaba allí vigilando por si alguien se acercaba, para dar el aviso a sus compinches que habían entrado por la puerta trasera de la tienda.

—Les debió de avisar justo cuando yo entré, porque encontré mis libros de ventas abiertos, varios objetos tirados en el suelo y la puerta del almacén abierta. Salí a la calle corriendo, pero ya no les vi.

—¿Y qué fue lo que se llevaron? —preguntó la señora Arliss.

—Nada —contestó el señor Cecil con la voz ahogada—, pero estoy seguro de que buscaban el reloj que yo ya había vendido a lord Greenwich...

—¿Y por qué está tan seguro de ello?

Justo en aquel momento sonó la campanilla de la puerta, avisando de que entraba un nuevo cliente. Aquel sonido provocó que el señor Cecil regresara a la realidad. Parpadeó con nerviosismo y, mirando con torpeza alternativamente a la cortina y a nosotros, se disculpó por tener que atender a los nuevos clientes. Yo, conociendo como conozco a la clase mercantil, enseguida intuí que el hombre recelaba de dejarnos solos en lo que él llamaba su despacho, así que le dije que aprovecharíamos para ir buscando el regalo.

—¡Qué pena que nos interrumpan! —La señora Arliss le recordaba con esta sutileza que no había terminado su historia—. Nos ha dejado intrigados. Espero que luego nos pueda seguir contando...

El señor Cecil inclinó la cabeza, pero al hacerlo ya noté los primeros síntomas de arrepentimiento en su gesto. Con exagerada amabilidad, cedió el paso a la señora Arliss sujetando la cortina.

—Están en su casa, no duden en consultarme lo que deseen. —Tiró de su chaleco antes de dirigirse solícito hacia los nuevos compradores.

La señora Arliss y yo nos dirigimos con discreción hacia la zona más alejada de los nuevos clientes. Los dos estábamos ansiosos por comentar lo narrado por el anticuario. Sin embargo, me detuve unos instantes sin poder dejar de mirar a las personas recién llegadas.

Era un hombre mayor acompañado por una joven de gran belleza. Por la gran diferencia de edad, supuse que eran un padre y su hija. Detrás de ellos entró el que parecía ser un anciano sirviente, que caminaba encorvado con la cabeza baja y que vestía con una túnica oriental. En cambio, el hombre occidental era corpulento e iba elegantemente vestido. En su cara destacaban unas grandes patillas tan blancas como el espeso pelo que mostró al descubrirse. Me costó seguir a la señora Arliss y apartar la mirada de la joven: sus rasgos exóticos le conferían una belleza magnética que difuminaba todo lo que había a su alrededor.

—¿Se ha dado cuenta? —susurró la señora Arliss casi sin mover los labios—: también a él le enviaron las monedas.

—No cabe duda de que son las mismas que le mandaron a lord Greenwich —respondí mientras fingía admirar una porcelana—. Y me juego la levita a que la nota también decía lo mismo... Pero será mejor que nos callemos...

Nos separamos un poco, vagando entre el laberinto de objetos que había expuestos mientras el anticuario saludaba a sus nuevos clientes. La tienda no era tan grande como para que no pudiéramos escuchar la conversación que mantenían. La vista se me iba una y otra vez hacia ellos. No solo era la joven la que me atraía, también era la contradicción que emanaba entre padre e hija y su sirviente y la diferencia de clases otorgada por actitudes y atuendos. Quizá fuera la postura que mantenía el anciano con la cabeza sumisamente inclinada en una inmovilidad que me pareció impostada. Cuando levantó la vista confirmé que, tal y como delataban sus ropas, era chino. Un chino arrugado como una pasa y que tenía un párpado caído. Aun así, me pareció que su mirada era viva y ágil como la de un halcón. El caballero al que parecía servir le estaba pidiendo al señor Cecil que le mostrara un *jiance* chino que, por lo visto, había tenido expuesto unos días antes.

—¡Oh, cuánto lo siento! —se lamentó exageradamente el señor Cecil—, pero lo he vendido justamente ayer... Si desean mirar alguna otra cosa.

El anticuario estaba nervioso. Noté que nos miraba de hito en hito, quizá porque me había acercado demasiado. Decidí alejarme un poco. Sin embargo, al ir a dejar en su lugar un pequeño buda que cogí para disimular, se me resbaló de las manos. Antes de que pudiera reaccionar, el sirviente chino, con unos reflejos increíbles, cogió la estatuilla en el aire impidiendo que se estrellara contra el suelo. He de confesar que me quedé mudo de asombro. Los reflejos de aquel anciano eran los de un muchacho de diecinueve años y desdecían la actitud sumisa y desvalida que ofrecía a primera vista. Se había movido con tanta rapidez y de una manera tan silenciosa que nadie en la tienda, ni siquiera el señor Cecil, se había dado cuenta del incidente. Me entregó el buda y le agradecí el gesto con la cabeza mientras me alejaba.

El señor Cecil, ante mi proximidad, había bajado la voz, pero pude escuchar que, ante la insistencia del cliente por ver aquel jiance, le repetía que lo había vendido y que era el único que había tenido. El caballero de las patillas blancas no se rindió y acabó pidiéndole la dirección del cliente que se lo había comprado para poder hacerle una oferta, asegurando que él le ofrecería una buena suma, pues era coleccionista de objetos chinos antiguos.

—Le puedo asegurar —el señor Cecil giró la cabeza ante la cercanía de la señora Arliss— que ese jiance no tenía un gran valor más allá de la curiosidad de lo que tenía escrito. Puedo apostar que es de una época reciente.

Sin embargo, a pesar de las explicaciones del anticuario, el caballero siguió mostrando un inusitado interés por la pieza y no paró hasta conseguir que el señor Cecil le facilitara el nombre y la dirección del comprador.

—Se la doy —escuché que le decía muy nervioso— porque la persona a la que se lo vendí es el dueño de una tienda de artículos de escritura al que no creo que le importe que lo visite, pues me confesó que su intención era exponer el jiance en su negocio para atraer a un mayor número de compradores.

Acto seguido les pidió disculpas y se retiró a la trastienda para, según él, consultar en el libro de ventas el nombre y la dirección del cliente. Entretanto, la señora Arliss se me acercó mostrándome un caballo de marfil, calificándolo de «ideal» para nuestro sobrino, al que bautizó Leopold, supongo que en honor al señor Eastman. El señor Cecil no tardó en regresar con su encargo y le extendió un papel al caballero.

—Aquí se lo he apuntado todo. La tienda está al principio de Sloane Street. Le puede decir al señor Rush que va de mi parte.

El hombre le agradeció el gesto y, a continuación, salió con la que yo había imaginado su hija, seguidos ambos por el sirviente chino. Este giró la cabeza antes de abandonar la tienda y me miró. Una mirada extraña que me dejó un poso de desazón.

Una vez estuvimos solos, el señor Cecil se acercó hasta nosotros. Tenía la cara desencajada y nos sonrió de manera forzada.

—Ruego me disculpen, ya estoy a su entera disposición. ¿La señora Lytton ha encontrado algo de su gusto?

La señora Arliss tardó unos segundos más de lo normal en reaccionar al nombre de Lytton; finalmente, lo hizo. En lo que menos pensaba la señora Arliss era en realizar una compra. Debido a su carácter impulsivo le contestó con lo que ocupaba en aquel momento su mente.

—Perdóneme, señor Cecil, pero no he podido evitar escuchar su conversación con ese hombre y, aun a riesgo de parecer entrometida, me he quedado con la curiosidad de saber lo que es un jiance.

—Un jiance, querida —le expliqué—, es una especie de libro hecho con tablillas de bambú...

La mirada que me lanzó mi supuesta esposa hizo que cesara en mi explicación...

—Sí, sí, efectivamente —balbuceó el comerciante—. Veo que el señor Lytton conoce algo de la cultura china. ¡Modas! —exclamó nervioso—. ¡La gente es así!, ¡ahora todo el mundo quiere objetos procedentes de China!...

—Como el reloj que le vendió a lord Greenwich... —dije yo para retomar la conversación que teníamos pendiente.

—Sí, no nos ha terminado de contar —intervino la señora Arliss—. ¿Qué pasó después?

—Bueno, no pasó nada más. —Dio signos de molestia por retomar el asunto.

—Pero usted dijo que los ladrones habían entrado por el reloj...

—Quizá exageré cuando se lo dije... Creo que me he dejado impresionar por la muerte de su amigo y cliente mío —concluyó intentando zanjar el tema—. No quiero entretenerles... —Recobró algo la compostura—. ¿Es ese

caballo el que les interesa? ¡Ah, una pieza magnífica!, ¡también procede de China!

El señor Cecil se refería al caballo de marfil que la señora Arliss había tomado y al que no había prestado ninguna atención.

—Sí —contestó ella sin consultarme—, este justamente.

El señor Cecil se volcó con entusiasmo en las consabidas explicaciones sobre su antigüedad, en el vano intento de hacernos olvidar el tema del reloj. Como es evidente, no lo consiguió.

—Querida —dije volviendo a la carga—, creo que hemos acertado si, como el señor Cecil asegura, la cultura china está en auge. Dígame..., una última pregunta: ¿sabe si el reloj que vendió a nuestro amigo tenía un compartimento secreto?

La vuelta inesperada al tema del reloj produjo un efecto demoledor en el anticuario. De repente, el rostro del señor Cecil adquirió una palidez cadavérica.

—¿Por qué me lo pregunta? —exclamó con la voz apagada—. Yo..., yo no sé nada...

Luego se calló, como si de repente algo le hubiera sobresaltado por dentro. Aunque fueron unos segundos, me pareció ver que su mirada adquiría un tinte de horror.

—¡Oh, no, por nada! —quise quitar importancia a mi pregunta—, simple curiosidad. El pobre lord Greenwich estaba muy contento de haberlo descubierto. Nos mostró orgulloso cómo se abría la parte superior de la pagoda. Incluso nos llegó a comentar que cuando viniera a Londres le vendría a visitar para decírselo a usted.

La señora Arliss corroboró mis palabras, afirmando con la cabeza tristemente. El señor Cecil tan solo fue capaz de decir entrecortadamente que había sido una pena que lord Greenwich no hubiera podido venir, y a continuación nos preguntó si nos íbamos a llevar el caballo o preferíamos que nos lo enviara a algún sitio.

No pudimos eludir su compra, lo que a la señora Arliss pareció entusiasmarle. Reconozco que me quedé pálido cuando conocí su desmesurado precio, que hube de pagar de mi bolsillo. Así se lo hice saber a la señora Arliss cuando salimos de la tienda.

—No se apure, señor Gordon —me contestó con esa alegría que se les pone a las mujeres después de hacer una compra—, lady Greenwich nos aseguró que correría con todos los gastos. Abra un apartado de gastos en su libreta y apúntelo.

Su tono era jocoso y eso me molestó, pero le hice caso y anoté la excesiva suma.

—¿Qué opina? —preguntó la señora Arliss haciendo que olvidara mi mal humor—. ¿Cree como yo que el señor Cecil nos ha ocultado algo?

—Estoy de acuerdo con usted —dije sorprendido de que ella también se hubiera dado cuenta—. La noticia de la muerte de lord Greenwich le ha impactado tanto que se ha ido de la lengua y, si no me equivoco, todo tiene que ver con el compartimento secreto del reloj. ¿Se ha dado cuenta de cómo se ha puesto cuando se lo he mencionado?

—Sí, me he dado cuenta. —Dejó sus ojos fijos en el horizonte—. Dígame, señor Gordon, ¿por qué estaba tan seguro el señor Cecil de que las monedas y la nota parecían ser una amenaza por el reloj?

—Y dígame usted, señora Arliss —entré en el juego—, ¿por qué estaba tan seguro de que los ladrones querían robarlo?

—Porque el señor Cecil sí sabía que tenía un compartimento secreto —contestó la señora Arliss...

—Un compartimento en el que encontró algo —terminé yo la frase—. Y ese algo es lo que están buscando los ladrones... El señor Cecil se acaba de dar cuenta también... Señora Arliss, si usted se dedicara a la venta de antigüedades y encontrara, por poner un ejemplo, un jiance dentro de un reloj, ¿qué haría?

—¿Quiere decir que lo que había dentro de ese reloj era el jiance por el que preguntaban esos clientes!?

—Puede ser, puede ser... Pero no ha respondido a mi pregunta, ¿qué haría?

—Bueno, creo que lo vendería aparte del reloj para sacar mayor beneficio —dijo sin pensar que era eso, justamente, lo que había hecho el señor Cecil.

A mi entender, el señor Samuel Cecil había encontrado el jiance dentro del reloj y lo había vendido sin decir nada de su existencia a lord Greenwich.



Así se lo hice saber a la señora Arliss.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —dijo clavándome sus ojos.

—Por algo muy sencillo: el tatuaje de un dragón.

Se lo explicaré también a ustedes, mis queridos lectores.

Todo lo que nos había contado el anticuario referente a las monedas y a la nota amenazante me llevaba a confirmar mis sospechas de que detrás de todo aquello podía estar una organización china, según lo que yo había estado investigando. Puede que fueran ellos los que habían seguido la pista del reloj, intentándolo robar, hasta que lo consiguieron en Cockpen Castle.

Sin embargo, y gracias a mi perspicacia, tras la visita al anticuario de Old Bond Street, se evidenció un detalle más que me llevaba a pensar que no era el reloj lo que esa sociedad china quería. A lo mejor se trataba de una simple coincidencia, pero ¿y si no lo era?

—Ha sido cuando el anciano ha cogido el buda que se me ha escapado de la mano —seguí explicando a la señora Arliss—. En el interior de su muñeca, he visto que tenía grabado un dragón exactamente igual al del reverso de las monedas. Eso me ha puesto en alerta. ¿Entiende?

La señora Arliss tardó algo en contestar mientras parecía buscar la respuesta a mi pregunta. Estaba seguro de que no sería capaz de encontrar la relación, pero lo cierto fue que me sorprendió.

—Perfectamente, señor Gordon —contestó al cabo—. Eso significa que el anciano podría pertenecer a la misma organización que envió las monedas a lord Greenwich y al mismo señor Cecil... El caballero al que acompañaba venía buscando ese librito de tablas de bambú, por lo que usted deduce que eso es lo que buscan los chinos...

—Me descubro ante su capacidad de hilar los acontecimientos, señora... Pero dese cuenta de que, ahora mismo, nuestro estimado señor Cecil les acaba de facilitar el nombre y la dirección de la persona que tiene el jiance, que puede ser su siguiente víctima...

Nos quedamos mirándonos, avergonzados al darnos cuenta de que pensábamos igual: en el fondo, y aunque me cueste reconocerlo, hacíamos un buen equipo.

—En estos momentos, asaltado por el pánico —me aventuré a decir—, el señor Cecil estará buscando la manera de avisar a su colega sobre el peligro

que corre...

La señora Arliss me miró con sus ojos de aguja.

—¿Realmente cree que está en peligro?

—Yo no aseguraría que no, mi estimada señora... Aun así, creo que nosotros también deberíamos visitar esa tienda de objetos de escritura.

## CENA CON LOS WILLIAMSON

¿Egocéntrico?, ¿excéntrico?, ¿tirano?, ¿insufrible? Elijan uno de estos calificativos y habrán descrito a Herbert Gordon. Si creen que me excedo en mis críticas es porque no estuvieron presentes en el momento en que nos bajamos del coche en Sloane Street. Fue ver el cartel de «Cerrado» y estallar en un ataque de furia. ¡Después de lo agradable que había estado cuando salimos de la tienda de antigüedades! Incluso me había parecido que existía una cierta complicidad entre nosotros. ¡Pero de eso nada!, al primer inconveniente en nuestro camino, mostró su verdadera personalidad.

De mutuo acuerdo, y tras nuestro encuentro con el señor Cecil, habíamos llegado a la conclusión de que teníamos que ir a ver a ese tal señor Rush que había comprado el jiance para exponerlo en su tienda de objetos de escritura. Y, siguiendo las consignas del mismo señor Gordon, debíamos de acudir allí rápidamente, antes de que aquel grupo que había entrado en la tienda preguntando por el librito se nos adelantara.

—Tenemos que conseguir ese jiance antes que ellos —dijo a la vez que paraba un coche—: puede que en él esté la clave para aclarar todo. Estoy seguro de que son ellos los que enviaron las monedas a lord Greenwich y al señor Cecil...

A partir de ese momento, un ataque de locura se apoderó de mi compañero. Continuamente instaba al cochero para que fuera más rápido. Chasqueaba la lengua repetidamente a la vez que golpeaba con su bastón en el techo del coche. Sin embargo, todo este numerito no le sirvió de nada: cuando conseguimos atravesar las atestadas calles de Londres hasta Knight's Bridge nos encontramos con que la tienda estaba ya cerrada.

—¡Lo sabía! —exclamó mientras alzaba su bastón hacia el cielo plomizo de Londres—. ¡Y todo porque usted, querida señora, se ha empeñado en desayunar con su hermana! Venimos en una misión secreta y usted se dedica a hablar de manteles y bordados. ¡Si ya sabía yo que debía de haber venido

solo! Ahora tendremos que esperar a que vuelva a abrir esta tarde. ¡Eso si no se han llevado ya el jiance!

Estaba fuera de sí, hablaba dando voces, yendo y viniendo de un lado a otro de la puerta, culpándome a mí de lo sucedido. Me pareció inútil recordarle que, si no hubiese sido por ese tiempo «valiosísimo» que él decía que habíamos perdido, nunca nos hubiéramos encontrado en la tienda de antigüedades con aquellas personas. Un auténtico caballero no se comportaría de ese modo, así que, ante su impertinencia y falta de modales, no me lo pensé dos veces. En tanto el señor Gordon hacía visera con su mano y miraba a través del cristal de la puerta, me di media vuelta y paré al primer coche de punto que pasaba. Inmediatamente, le di al cochero la dirección de la casa de mi hermana. El coche arrancó y pasó junto al señor Gordon, que, justo en ese momento, se volvió y se dio cuenta de que estaba hablando solo. De seguido, mi compañero pudo ver cómo yo le sonreía y le decía adiós desde la ventana del coche mientras me alejaba. Confieso que durante un buen tramo del viaje me estuve divirtiendo, recordando la cara que había puesto. Diversión que lamentaría más tarde, cuando fuera consciente de las consecuencias que iba traer aquel, llamémoslo, «abandono».

Llegué a casa de mi hermana en torno al mediodía y disfruté de un agradable almuerzo sin el incordio que suponía el señor Gordon. Supuse que, después de lo sucedido y conociendo lo orgulloso que él era, no volvería a tener noticias suyas. Me convencí de que todo había sido producto de su desbordante imaginación y que yo me había dejado arrastrar por su verborrea. ¿Cómo iba a ser posible que aquel hombre de patillas blancas, cuyos modales denotaban que era un auténtico caballero inglés, formara parte de una banda de malhechores? Casi que me indignaba el pensar que yo hubiera sido tan tonta de creer en sus fantasías. ¡Nada menos que un libro de bambú dentro de un reloj! Sin duda, el señor Gordon estaba ideando el argumento de su siguiente novela. Lo más seguro era que, tras la visita a la tienda de objetos de escritura, desengañado, regresaría a Edimburgo en el tren de la noche. Mientras, yo iba a disfrutar de Londres en compañía de mi querida hermana.

Tal y como yo había imaginado, sucedió. No tuve más noticias del señor Gordon, pero por desgracia no pude pasar la semana que pensaba en Londres, pues, justo al día siguiente de estar allí, recibí una carta de mi marido donde

me decía que uno de nuestros hijos había caído enfermo. A pesar de que me tranquilizaba sobre la gravedad de su estado, solo el hecho de pensar que podía estar sufriendo me hizo regresar de inmediato a Edimburgo. Aquella misma noche viajé de vuelta.

La enfermedad de mi hijo no fue nada más que un leve enfriamiento; en cambio, debí enfrentarme a otra preocupante situación.

—Un joven caballero ha venido a visitarla —me dijo uno de nuestros criados—. Dejó su tarjeta y me pidió que se la entregara en cuanto usted llegara. Al parecer se trata de un asunto urgente.

Apenas tuve que mirarla para reconocer que era la tarjeta de nuestra sociedad literaria, con la *S* sobre la que se enredaban la *L* y la *T* formadas por hojas y flores de cardo. El coronel Nicholls nos enviaba esas tarjetas para citarnos a las reuniones. Supuse que había sido el señor Eastman quien me la había llevado. No sé por qué, pero en aquel instante me invadió un negro presentimiento. En ella el coronel me pedía que me pusiera en contacto con él en cuanto llegara. Rápidamente le envié una nota, intrigada por saber qué asunto era ese que requería mi intervención. Su respuesta no se hizo esperar. En ella me preguntaba si yo sabía algo del señor Gordon. Al parecer, no había regresado en el tren que se le esperaba, ni nadie tenía noticias suyas. Lo cierto era que, desde que le abandoné en la puerta de la tienda de objetos de escritura, no me había vuelto a preocupar de él.

En un primer momento, tras leer la nota, sentí de nuevo las malas vibraciones que me habían invadido al leerla, pero de inmediato lo atribuí, alegremente, al sentimiento de culpabilidad por haberle abandonado de aquella manera. Enseguida encontré una causa para que no hubiera regresado. Podría haber encontrado algo de verdad en todo aquello que me dijo y la investigación del jiance le habría llevado más tiempo del que suponía. Seguramente, no habría llegado a tiempo al tren de la noche para Edimburgo y habría decidido quedarse en aquella ciudad para hacer más indagaciones. Sin embargo, el sucesivo intercambio de notas, en las que expliqué al coronel someramente lo sucedido en Londres, no consiguió tranquilizarlo, y nos convocó para una reunión de la sociedad al día siguiente.

Esa misma noche, Thomas y yo estábamos invitados a una cena de bienvenida al nuevo sobrino de los Williamson. Mi esposo había disculpado

mi ausencia por estar de viaje, pero cuando regresó me pidió que, si no estaba muy cansada, le acompañara. Por supuesto, acepté. Eso me daba la oportunidad de ver a mi amiga, la señorita Jervis, y avisarla personalmente de la reunión, tal y como me ofrecí a hacerlo al coronel. También, aunque ahora me parezca frívola mi actitud, me daba la oportunidad de saber los detalles de la llegada del nuevo miembro de la familia Williamson a Moray Place.

Desconocía si la señorita Jervis estaría invitada a la cena, por lo que urgí a Thomas para salir de casa temprano con el fin de tener tiempo de hablar con ella, poniendo alguna disculpa referente a mis hijos delante de los Williamson.

Fuimos los primeros invitados en llegar a la casa, si excluimos, claro está, al doctor Gregory, que tenía la potestad de ser siempre el primero en cualquier acto social. Nos recibió Henry Williamson, tan fatuo como de costumbre. Thomas, sabiendo que el doctor estaba en la biblioteca, puso una excusa sobre una consulta médica, se marchó hacia allí en su búsqueda y me dejó a solas con el dueño de la casa. Era indudable que el doctor Gregory tenía una conversación mucho más amena que el señor Williamson. Aunque no era precisamente diversión lo que yo buscaba en él.

—¡Ah!, espero que las damas de esta casa no se demoren demasiado. — Me dedicó una amplia sonrisa—. Por lo que llevo oyendo toda la tarde, me temo que ha sido difícil la elección del vestido apropiado —bajó la voz en un gesto gracioso—: he contado hasta siete las veces que la doncella ha entrado en la habitación de Claire.

Sonreí con fingida complicidad. Me podía imaginar a la déspota jovencita ordenando con malos modos a los criados.

—Entonces —puse un poco de picardía en mis palabras— no me sorprendería que lord y lady Collins estuviesen invitados a esta cena...

El señor Williamson explotó en una sonora carcajada.

—¡Ustedes, las damas, siempre tan intuitivas! ¡Cómo me gustaría a mí tener esa capacidad! Imagino que también se ha dado cuenta de los ojitos que se ponen...

Efectivamente, había observado los ojitos que la jovencita le ponía al mayor de los Collins, sin ninguna respuesta aparente por parte de él. No había que ser muy perspicaz para suponer que la señora Williamson quería casar a Claire con Aaron Collins, el primogénito de esa adinerada y aristocrática

familia. Yo también tenía mis fuentes, pues la señorita Jervis me había contado las divertidas, y también patéticas, escenas que había presenciado, en las que madre e hija intentaban conquistar al muchacho.

—Disculpe mi pregunta, señor Williamson, ¿la señorita Jervis acudirá a la cena? Necesito hablar con ella sobre un tema de las clases que imparte a mis hijos que requiere cierta urgencia.

—¡Oh, sí!, yo mismo me encargué de invitarla. Un acontecimiento como el de hoy no sucede todos los días en esta familia...

—Entonces creo que no será mucha molestia para usted que la coloquen en la mesa junto a mí. Me haría un gran favor, pues llevo tiempo sin coincidir con ella y tengo urgencia por cambiar los horarios de las clases.

Por supuesto, el señor Williamson me complació dando la orden oportuna a sus criados. Cuando regresó encontré el momento oportuno para investigar quién era ese tal Jacob Wolveriage.

—Por lo que tengo entendido es hijo de una prima suya... —indagué.

Se notaba que el señor Williamson estaba ansioso por contar, porque tan solo con darle ese pie, me relató todo lo referente a la historia del joven y su ilusión por que él fuera quien le sustituyese al frente del negocio. No había terminado de explayarse cuando en la sala apareció el joven Wolveriage. Y digo *apareció* porque fue de repente, sin hacer ningún ruido. Si en aquel instante hubiera podido apostar algo, habría afirmado que había estado escuchando detrás de la puerta.

—¡Ah!, aquí tenemos a nuestro protagonista —exclamó el señor Williamson con orgullo casi de padre—. En estos momentos le estaba hablando de usted a la señora Arliss. Ella es una de nuestras más preciadas amigas...

No puedo negar que el físico del joven me impresionó. También es cierto que encontré demasiado untuosos sus modales, cosa que, a mi gusto, resta atractivo a un caballero.

—Es un inmenso placer conocerla. —Me besó la mano sin apartar sus ojos de los míos.

Entonces leí en ellos sus intenciones. Aun a riesgo de parecer engreída, intuí que aquel joven pretendía conquistarme. No solo a mí: supe que lo

intentaría con cualquier dama que se le pusiera delante. Se notaba a la legua que estaba muy acostumbrado a triunfar entre las mujeres.

Iba a pronunciar algún halago cuando Priscilla Williamson y su hija Claire hicieron su entrada en el salón, llenas de tantas sedas, muselinas, blondas y encajes como el dinero podía comprar. Ni siquiera se dieron cuenta de mi presencia, pues ambas solo tenían ojos y oídos para el señor Wolveriage, que no se cansaba de engordar su vanidad alabando su belleza y elegancia. Casi me entró la risa escuchándole. A continuación llegaron lord y lady Collins con sus hijos, lo que acaparó toda la atención de los anfitriones. Desde mi discreta posición pude ver como Jacob Wolveriage saludó a los Collins y el efecto devastador de su táctica tanto en lady Collins como en su hija Martha, que ya no tuvieron más ojos que para él. Pensé que todas las damas se iban a pasar la noche compitiendo por la atención del señor Wolveriage, lo que me dejaría el campo libre para hablar tranquilamente con la señorita Jervis.

Al poco, mi esposo Thomas y el doctor Gregory se unieron a nosotros. Eso hizo que Priscilla Williamson por fin detectara mi presencia y me saludara. En ese instante, la señorita Jervis también apareció. Estaba preciosa con un sencillo vestido verde oscuro que contrastaba con el recargado vestuario del resto de las invitadas, quienes la recibieron con una mirada llena de desprecio. Entre aquellas miradas también estaba la del señor Wolveriage. Esa me produjo un escalofrío y enseguida pensé en nuestro amigo el señor Eastman. ¿Por qué? Porque aquella mirada estaba cargada de una mezcla de deseo y maldad.

Ella, gracias a que nadie le prestó la suficiente atención, se acercó hasta mí.

—¡Señorita Jervis, cómo me agrada encontrarla aquí! —saludé con una voz lo suficientemente alta para que me pudieran escuchar—. Tenía que comentarle unas cosas acerca de las clases de mis hijos.

Me la llevé a un rincón y las dos nos sentamos cerca de uno de los ventanales. Estábamos lo bastante alejadas del resto como para poder hablar con tranquilidad. Le comenté la citación del coronel para una reunión de urgencia.



—No se alarme —la tranquilicé—, el señor Gordon se habrá entretenido con cualquier asunto en Londres. Ya sabe cómo es...

—¿Consiguieron encontrar algo interesante en su viaje? —preguntó—. Estoy ansiosa por saber...

Estaba a punto a relatarle nuestra visita al establecimiento del señor Cecil cuando la voz del anfitrión nos interrumpió.

—¡Aquí está la invitada que faltaba! —dijo al escuchar el timbre de la puerta.

Desconocía qué otra persona podía estar invitada, pero los Williamson siempre andaban a la caza de nuevas amistades que pudieran aumentar sus negocios o su prestigio en la ciudad...

—Lady Maximilienne Greenwich —anunció el mayordomo para nuestra sorpresa.

Bajo el marco de la puerta apareció nuestra mentora y amiga. Su graciosa figura produjo una conmoción entre los invitados y anfitriones. Así, de un primer momento de silencio, que duró el tiempo justo para que la dama fuera detenidamente observada, se pasó a un murmullo de risas ahogadas provenientes la mayoría de Claire Williamson. Lady Greenwich entró en el salón como si fuera una reina, con un andar lento y majestuoso, levantando su moño, para la ocasión cubierto de exóticos pájaros. También su vestido estaba bordado con ellos, en colores vivos entrelazados con hilos de plata y oro. Llevaba unos anteojos en la mano y se los colocaba sobre la nariz cada vez que giraba la cabeza para mirar a su alrededor.

—*Mon Dieu!* ¡Qué lujo! —repetía a cada paso que daba—. *Oh là là!* Nunca había visto tal derroche en la casa de un pañero...

Sus palabras produjeron una mueca de espanto en la señora Williamson, a la vez que su marido enrojecía y su hija mayor soltaba otra risita. Sin embargo, lady Greenwich no parecía enterarse de las consecuencias que estaban teniendo sus palabras. Es más, por lo poco que la conocía, pensé que incluso ni ella misma se estaba dando cuenta de que las estaba diciendo en alto. El señor Williamson, imagino que haciendo un gran esfuerzo, la saludó con su natural afectación.

—Lady Greenwich, sea usted bienvenida a este nuestro humilde hogar...

Lady Greenwich pareció no escucharle en un primer momento, lo que me hizo sospechar que, aunque en nuestros anteriores encuentros no lo había notado, tenía algún problema de oído. Henry Williamson debió de pensar lo mismo, porque repitió el saludo, esta vez en un tono mucho más alto, mientras le besaba la mano.

—No es necesario que suba tanto la voz —le reprendió ella—: soy vieja, pero no sorda.

El señor Williamson volvió a enrojecer. Lady Greenwich no le dio la oportunidad de disculparse y continuó saludando a los invitados. Apenas se detuvo en la señora Williamson y Claire y, a pesar de que los Collins parecían ser viejos conocidos, tampoco se detuvo mucho con ellos. Mientras, el señor Wolveriage había permanecido en un impostado segundo plano, seguro de que antes o después la mujer recaería en su presencia, como así fue.

—A este joven tan apuesto no le conozco —dijo mirándole de arriba abajo a través de sus anteojos...

Enseguida el señor Williamson pareció retomar la compostura perdida y le presentó.

—Tengo el honor de presentarle a nuestro sobrino, el señor Jacob Wolveriage...

—Muy guapito, muy guapito. —Arrugó sus ojos, de un azul transparente, para proyectar la mirada sobre el joven...

Durante unos segundos interminables la mujer no apartó la vista de él, como si le estuviera analizando.

—Por lo que yo tenía entendido —dijo al fin—, ustedes no tenían sobrinos...

—Sí, así es, mi querida señora —aclaró el señor Williamson—: es el hijo de mi prima Candia...

De repente, lady Greenwich reparó en nosotras dos.

—Ça alors!, a estas dos damas creo que no las conozco...

Tanto a la señorita Jervis como a mí nos sorprendieron los buenos reflejos de lady Greenwich. Parecía haberse dado cuenta de la conveniencia de que nadie conociera nuestra relación. De habernos saludado, hubiera puesto en un compromiso a la señorita Jervis, pues tendría que haber explicado delante de sus patronos dónde la había conocido.

—No —pedí con la mirada a la señorita Jervis que corroborara mis palabras—, creo que no hemos coincidido nunca hasta ahora. Soy Elisabeth Arliss.

Lady Greenwich me tomó de las manos y acercó su cara a la mía haciendo que me besaba.

—¡Encantadora, realmente encantadora! —exclamó—. ¡Qué alegría verlas aquí, entre este rebaño de borregos! —me susurró al oído con su acento francés.

A punto estuve de soltar una carcajada, pero lady Greenwich continuó con su perfecta interpretación.

—Y esta hermosa joven ¿quién es? —Miró a la señorita Jervis simulando no conocerla.

Enseguida el señor Williamson se la presentó. Y lo hizo con un deje de orgullo, como quien muestra uno de sus trofeos más preciados. Este hecho no le agradó nada a su esposa, que le hizo un comentario malicioso a lady Collins, quien esbozó una sonrisa despectiva mirando a mi amiga. Lo mismo le ocurrió a Claire, que no pudo reprimir un gesto de impaciencia cuando lady Greenwich alabó la belleza de Ada.

Por fortuna, Thomas intervino a tiempo desviando la atención de lady Greenwich, impidiendo de ese modo un incidente desagradable, ya que Claire había empezado a hacer gestos ridículos, en un intento de atraer la atención del joven Wolveriage, quien no apartaba la vista de la señorita Jervis.

—Me temo —dijo Thomas con su habitual buen humor— que al doctor Gregory y a mí mismo nadie nos va a presentar, lady Greenwich, pero le puedo asegurar que somos los dos caballeros más interesantes que encontrará en esta cena. Thomas Arliss, encantado...

—A sus pies, señora. John Gregory —se presentó el doctor.

—Sí, en alguna ocasión oí hablar de ustedes dos a mi difunto esposo... —Los ojos de lady Greenwich se empañaron con un velo de tristeza—. Un doctor y un abogado siempre son bienvenidos en la vida de una viuda, y además anciana, como yo...

En aquel instante, el mayordomo entró para anunciar que la cena ya estaba lista. Henry Williamson nos invitó a pasar al comedor. Lady Greenwich aceptó el brazo de mi esposo y fueron ellos los que encabezaron la marcha.

Se notaba que los Williamson querían deslumbrar al homenajeado. Todas las lámparas estaban encendidas y reflejaban su luz sobre la vajilla y la cubertería de plata.

Como no podía ser de otra manera, Jacob Wolveriage ocupó la presidencia de la mesa escoltado por lady Collins y la señora Williamson. Lady Greenwich rechazó el lugar que le habían asignado y, con la excusa de tener cerca al doctor, se sentó junto a mí, en el extremo opuesto al homenajeado, donde el señor Williamson parecía haberme castigado por querer sentarme junto a su institutriz. Vi que Priscilla Williamson se lo había tomado poco menos que como una ofensa, sobre todo cuando lady Greenwich se sentó también a mi lado, obligando a recolocar a todos los invitados.

Puedo decir que la compañía de lady Greenwich, aunque agradable, no me permitió hablar con la libertad deseada con la señorita Jervis. A pesar de que lo estuve intentando a lo largo de la cena, me fue imposible porque lady Greenwich no paraba de intentar llamar mi atención. Al principio pensé que los golpes que daba bajo la mesa eran fortuitos, pero me di cuenta de lo contrario cuando en una ocasión tiró su servilleta al suelo. Hizo el intento de recogerla, al tiempo que me hablaba.

—Señora Arliss... —me susurró mientras se ladeaba en su silla, en una difícil maniobra para su edad.

Por desgracia para ella, el personal de servicio estaba alerta y un camarero acudió raudo a recoger la servilleta para cambiársela.

—¡No me la cambie! —exclamó lady Greenwich ante la sorpresa del criado y de los demás comensales, a la vez que le arrebatava la servilleta de las manos—. Me gusta así.

Las miradas entre el resto de los invitados, y en particular entre los dueños de la casa, fueron más que elocuentes. Al cabo de un rato, el incidente pareció olvidarse y el murmullo de conversaciones y de cubiertos volvió a flotar sobre nuestras cabezas. Sin embargo, lady Greenwich no se rindió. Unos minutos más tarde, esta vez cubriéndose la boca con la servilleta, se volvió a dirigir a mí.

—Señora Arliss... ¿qué tal su viaje a Londres?...

La pregunta me pilló de improviso, pues no sabía que ella estuviera informada de nuestro viaje. Supuse que el coronel o el señor Eastman se lo

habían dicho. Por desgracia, la servilleta tan solo hizo que la voz de nuestra mentora sonara más hueca, pero no amortiguó ni una pizca el volumen. El doctor Gregory, que se encontraba justo enfrente de ella, escuchó con claridad la pregunta.

—¡Qué pequeño es Edimburgo! —exclamó para el asombro de lady Greenwich y para el mío propio—, aquí todo se sabe. Creí que nadie se había enterado de mi viaje, aunque ya veo que es imposible mantener un secreto en esta ciudad. Pero no se preocupe, lady Greenwich, no es usted la primera que lo hace: la curiosidad que han despertado esos crímenes está rebasando los límites de la normalidad y eso, les aseguro, no es bueno para la investigación...

Las palabras del doctor hicieron que el resto de los comensales, hasta aquel momento prácticamente ajenos a nuestra conversación, centrara su atención sobre nosotros.

—¡Huy, no, *monsieur*! —dijo con rapidez lady Greenwich—. Lamento que me haya considerado entrometida, pero mi pregunta iba dirigida a la señora Arliss, que ha comentado antes su visita a una hermana...

Las disculpas del doctor no se hicieron esperar y parecían no tener fin. Menos mal que la intervención de Thomas logró que el doctor Gregory desistiera.

—No sabía que usted estuviera trabajando en la investigación de esos crímenes —dijo mi marido—. Sin duda, es la noticia que todo el mundo comenta. Yo también he leído algo sobre ellos. Creo que ya son tres las pobres muchachas que han sido asesinadas en Londres... Entonces, doctor, ha viajado usted a la capital para colaborar con la policía.

—Efectivamente, mi querido amigo —contestó el doctor Gregory—: como sabe, compagino mi actividad clínica con la docencia en la universidad, concretamente en la cátedra de Medicina Forense. No es la primera vez que nos piden consejo en algún crimen. Incluso una vez nos han llegado a pedir la colaboración desde el continente... En esta ocasión ha sido Scotland Yard quien nos ha hecho llamar para que ayudáramos en esa investigación.

—Si no me equivoco —volvió a intervenir Thomas—, las jóvenes fueron asesinadas de manera muy similar...

—Así es. Les puedo decir que el asesino tiene una inteligencia poco común en este tipo de criminales. No ha dejado ni una prueba que nos pueda dar una pista. Lo único que sabemos es que mata a sus víctimas estrangulándolas con una cuerda. Y, hasta ahora, lo único que hemos podido averiguar, por la marca de esa cuerda sobre el cuello de las jóvenes, es que se trata de un hombre alto y fuerte.

—¡Santo cielo! —exclamó la señora Williamson—, ¿y cómo pueden saber eso?, ¿tienen algún adivino en la plantilla?

La ocurrencia de la señora Williamson provocó la risa entre los asistentes. Lo triste era que la anfitriona no lo había dicho en broma.

—No somos magos, mi estimada señora —prosiguió el doctor Gregory—, pero los últimos avances en medicina forense nos permiten conocer cosas que hace unos años resultaban inimaginables. El asesino siempre deja su firma sobre la víctima. Por ejemplo, en el caso que nos ocupa, la cuerda que utilizó dejó unas marcas sobre la piel de las muchachas. Marcas que, meticulosamente estudiadas en su profundidad y forma, nos dan una idea de la complexión del asesino... Les propongo una cosa. Ustedes mismos pueden convertirse en investigadores. Hagan la prueba con una servilleta en su muñeca como si fuera el cuello de la víctima.

Los invitados más jóvenes y el propio señor Williamson mostraron mayor entusiasmo a la hora de seguir el juego del doctor Gregory.

—Si el asesino fuera de la misma altura que su víctima —prosiguió el doctor haciendo el experimento con su propia servilleta y su muñeca—, tiraría en una dirección perpendicular a su eje longitudinal. ¿Ven?... En cambio, si fuera más alto o más bajo, el ángulo variaría, siendo más profunda la marca interior o superior de la cuerda...

—¡Caramba! —profirió el señor Williamson con aire infantil—, ¡nunca se me hubiera ocurrido!

—¿Y no existía ninguna relación entre las muchachas? —terció Thomas.

—Ninguna —contestó el doctor—. Eran jóvenes de distintas clases sociales y educación. Lo único que tenían en común es que eran morenas y que el *modus operandi* del asesino fue el mismo: estrangularlas y, en el caso de dos de sus víctimas, llevarse alguna de sus pertenencias. Me consta, aunque creo que no debería contarles esto, que el criminal se llevó al menos unos

pendientes y un broche de las dos primeras jóvenes. En su huida, el asesino llegó a perder uno de esos pendientes... Pero, como siempre, con este tipo de personalidades, no todo encaja. A la última joven asesinada, llamada Annet Barton, se cree que no le quitó nada...

—Realmente curioso —intervino Henry Williamson—, realmente curioso...

—Lo es, realmente lo es —intervino de nuevo Thomas—. Por lo que yo sé, en alguno de los casos que hemos llevado en nuestro despacho de abogados, no es infrecuente este tipo de hechos. El asesino, con esa manera de comportarse, intenta establecer una relación con su víctima; de algún modo la personaliza. Para él es un juego donde quiere demostrar que es más listo que los demás, que domina la situación.

—Tiene usted toda la razón, señor Arliss —intervino el doctor—. Pero, además, en este caso, el asesino lo ha demostrado en la pulcritud y, si se puede decir así, en la perfección de la planificación de sus acciones. Es inteligente, frío y calculador. Alguien del que nadie sospecha. Me atrevo a decir que será un tipo hasta encantador en su entorno. Tiene tan desconcertada a la policía que incluso han llegado a barajar la posibilidad de que se trate de distintos asesinos. Opinión que yo no comparto. De hecho, ahora están investigando si esos crímenes tienen que ver con otro asesinato que se ha producido esta semana en Londres: el del propietario de una tienda de objetos de escritura en Sloane Street...

Al escuchar el nombre de la calle, sentí que me desmayaba. ¡Era en esa tienda donde yo había dejado al señor Gordon buscando el jiance! Intenté beber un poco de mi copa para disimular, pero los nervios hicieron que, al cogerla, derramara el vino sobre el mantel.

—Querida, ¿te encuentras bien? —se interesó Thomas.

—Me temo —sugirió Henry Williamson— que debemos cambiar el tema de nuestra conversación si no queremos que alguna de las damas sufra un desmayo...

La preocupación que me embargaba no me permitió expresar mis protestas por el comentario que había hecho el señor Williamson. Lady Greenwich lo hizo por mí.

—*Oh là là!*, me temo que se equivoca, señor Williamson —dijo con aire ofendido—. Las mujeres somos mucho más fuertes de lo que usted cree. ¡Mire si no a su esposa!: sería capaz de destripar a un cerdo sin inmutarse, mientras usted se desmayaría al primer tajo.

Si la intención de lady Greenwich era la de ensalzar a la anfitriona, no lo consiguió. La imagen de Priscilla Williamson destripar a un cerdo, así como estaba vestida de muselina roja, pasó por la cabeza de todos los invitados, provocando más de una sonrisa interior. Su esposo, espantado por aquella imagen, dio un nuevo rumbo a la conversación.

—No me cabe duda de ello —consintió con diplomacia—, pero no son solo más fuertes, son también más bellas y virtuosas. Sin ir más lejos, la señorita Jervis es un ejemplo de ello. Además de todas sus cualidades, tiene una voz maravillosa, con la que imagino que nos deleitará hoy...

Todos los presentes giraron la cabeza hacia mi amiga, que, sorprendida por el comentario, no fue capaz de decir nada. Tan solo se limitó a esbozar una tímida sonrisa mientras enrojecía.

—Puedo dar fe de ello —intervino el doctor Gregory—. En la última ocasión que les visité, a causa de unas inoportunas anginas de Helen, desde la sala de música me llegó lo que yo creí la voz de un ángel...

—¡Ah, qué maravillosa novedad! —exclamó Jacob Wolveriage con un inusitado entusiasmo, pues hasta entonces había permanecido en un segundo plano—. Me uno a la petición de mi querido tío. Me agradecería enormemente escucharla.

Lo dijo de una manera empalagosa, sin embargo lo que me produjo fue una sensación de alarma más que de rechazo. Volví a tener la impresión de que bajo aquellos modales impecables había una inteligencia feroz y peligrosa que despertaba en mí un instinto de precaución.

—Mucho lamento, señor Wolveriage —se disculpó la señorita Jervis, intentando evadir el compromiso—, que no podré complacerles: esta tarde he cogido frío y mi garganta se ha resentido.

La señorita Jervis me miró con un gesto que pedía complicidad.

—Sí —intervine—, la señorita Jervis me lo estaba comentando justo antes de la cena...



—¡Oh, es terrible! —me interrumpió bruscamente Jacob Wolveriage—, pero sin duda tenemos la suerte de tener aquí al doctor Gregory. Seguro que a él no le importa examinarla...

Después de escucharle tuve la certeza de que no se había creído la excusa y que, con un frío cinismo, estaba forzando la situación para que el doctor revelara que la garganta de la señorita Jervis estaba en perfecto estado. ¿Qué pretendía? Era indudable que estaba sobreactuando, pero ninguno de los presentes parecía darse cuenta. Al contrario, todos estaban encantados con él.

—Por supuesto —añadió de inmediato el doctor—, para mí será un privilegio explorar esa delicada caja de música...

La señorita Jervis le sonrió y guardó silencio. Supuse que con la firme decisión de encontrar la manera de evitar aquellas buenas intenciones. De este modo dejó que la conversación muriera en los labios del doctor mientras enumeraba los distintos remedios para la afección de garganta. Lady Greenwich también echó una mano, explicando alguno de los remedios que su madre utilizaba.

Un tema de conversación que a toda vista resultaba insoportable para Claire Williamson, principalmente porque giraba en torno a su institutriz, por lo que inmediatamente intervino para preguntar a lady Collins sobre el baile que iba a organizar. No se podía imaginar el favor que le estaba haciendo a la señorita Jervis.

Durante el resto de la cena, lady Greenwich cesó en sus intentos de hablar conmigo. Tampoco la señorita Jervis y yo pudimos cruzar palabra sin que el afable doctor Gregory nos interrumpiera. Me fue imposible, por lo tanto, desahogar mi preocupación por el señor Gordon, que había ido creciendo a medida que confirmé que el asesinato del dueño de la tienda de objetos de escritura había tenido lugar en la misma dirección en que abandoné al señor Gordon.

Terminados los postres, las señoras nos retiramos al salón en tanto los caballeros pasaron a las copas y al tabaco. Era la oportunidad que llevaba buscando toda la noche para poder hablar tranquilamente con mi amiga la señorita Jervis. Sin embargo, a lady Greenwich le había sucedido lo mismo y también lo había procurado, hasta que encontró el momento de sentarse junto a nosotras en un lugar suficientemente alejado del resto de las damas.

—¡Por fin, queridas! —dijo un largo suspiro—, ¡creí que esas cacatúas no nos dejarían nunca! Estoy ansiosa por saber cómo les fue en Londres. Leopold me dijo que usted y el señor Gordon habían ido a hablar con el anticuario...

Su interés me ponía en una situación difícil. Sin haber consultado al coronel, no sabía qué podía y qué no podía contar a nuestra mentora. Opté por la prudencia: apenas le di explicaciones y, por supuesto, tampoco le dije nada de la preocupación que me embargaba. Lady Greenwich pareció bastante defraudada.

—No se desanime, lady Greenwich —la consolé—, es solo el comienzo de la investigación.

—Tiene usted razón, señora Arliss, pero prométame que me comunicarán cualquier novedad.

No podía prometerle tal cosa cuando ya le estaba ocultando información.

—No se preocupe. El coronel Nicholls no se olvidará de usted.

La mujer se quedó algo más tranquila y, por suerte, fue reclamada por lady Collins para terciar en una conversación que mantenía con la anfitriona. Parecía que, por fin, la señorita Jervis y yo íbamos a poder charlar tranquilamente, pero Claire Williamson, muy aburrida con la conversación de las damas, no dejaba de vigilarnos.

—Lo mejor será que me retire —sugirió la señorita Jervis—, de otro modo me harán cantar... Mañana podremos charlar con calma en nuestra reunión.

Me pareció la opción más sensata, aunque para mí supusiera no poder compartir la angustia que me oprimía el pecho.

La señorita Jervis se disculpó ante la señora Williamson alegando que no se encontraba bien y que se iba a retirar. Como era de esperar, la anfitriona, con un notable aire de alivio, la disculpó delante de las demás. Claire tampoco disimuló su alegría al ver desaparecer a una rival en la conquista de Aaron Collins. Aunque, por lo que yo pude ver en la velada, los intereses de la jovencita parecían disentir de los de sus padres e inclinarse más por el apuesto, y para mí inquietante, Jacob Wolveriage.

# LA DESAPARICIÓN DEL SEÑOR HERBERT GORDON

La última noticia sobre Herbert fue un poco antes de que partiera hacia Londres. Me envió una nota, aquella misma tarde, diciendo que marchaba a la estación, donde esperaba que la señora Arliss fuera puntual... A pesar de sus notables diferencias, tanto de carácter como de manera de ver la vida, confiaba en que los dos juntos hicieran un buen trabajo en Londres. Ambos eran inteligentes e intuitivos. Cualquier dato que les pudiera suministrar el anticuario podía ayudarnos a enfocar mejor la investigación.

En esa misma nota que mi amigo me envió, me aseguraba que estaría de vuelta al día siguiente, lo que no puse en duda, conociendo la fobia que Londres despertaba en él. No como la señora Arliss, quien, según nos había comentado, pensaba pasar el mayor tiempo posible en Londres, ciudad que adoraba y en la que vivía su única hermana. Sin embargo, no tuve noticias de Herbert en los dos días posteriores a su partida. Me extrañó que hubiera sido capaz de quedarse allí, pero supuse que cualquier contratiempo le habría impedido regresar.

Así de tranquilo me hubiera quedado si no hubiera sido por el encuentro casual que tuve con el esposo de la señora Arliss en la estafeta de correos. Thomas Arliss me comentó que su esposa regresaba de Londres esa misma mañana, a causa de una leve enfermedad de su hijo. Me apresuré a escribirle una nota preguntándole por Herbert. Como ya conocen, su respuesta me obligó a convocar una reunión urgente de nuestra sociedad.

La preocupación de todos era evidente. La señora Arliss comenzó poniéndonos al corriente de la visita que habían hecho al anticuario y cómo este les había contado que él también había recibido las monedas chinas, atadas por una cinta roja, junto con una nota.

—El señor Cecil nos dijo que el predicador que se la tradujo creía que podría tratarse de una amenaza de alguna organización secreta china...

—¡Un momento! —la interrumpió el joven Eastman—, ¿no dijo algo de una liga secreta el señor Gordon cuando regresábamos de Cockpen Castle?

—Creo que sí —confirmé yo tras unos segundos en que hice memoria—. Si no recuerdo mal, nos habló de la Liga Hung, porque había estado repasando unos apuntes que tomó en una conferencia sobre China, en la Royal Scottish Society of Arts...

—Sí —prosiguió la señora Arliss—, el señor Gordon sospechaba que detrás de todo pudiera estar alguna organización de este tipo. El hecho de que el anciano chino que acompañaba al caballero y a la joven llevara el mismo tatuaje que las monedas le dio la idea de que podían pertenecer a la misma banda.

Lo siguiente que nos contó la señora Arliss no me pareció descabellado. Que el anticuario hubiera encontrado, dentro del reloj, el librito de bambú y lo hubiera vendido por separado era bastante factible. Y también aplaudí la ocurrencia de Herbert de acudir a la tienda de objetos de escritura para intentar localizar el jiance.

—¡Me siento terriblemente culpable! —exclamó la señora Arliss tras contarnos cómo había abandonado al señor Gordon en la puerta de aquella tienda.

—No debe estarlo, mi querida señora —intenté tranquilizarla—. Nuestro amigo sabe cuidarse por sí solo y, además, no es la primera vez que se enfrenta a un peligro; bueno, aunque haya sido en algunas de sus novelas...

El mal chiste hizo que la señorita Jervis y el joven Eastman esbozaran una sonrisa. A la señora Arliss se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Es que eso no es todo —prosiguió con la voz ahogada—. Ayer, en la cena de los Williamson, el doctor Gregory habló de un crimen que se había cometido en una tienda de objetos de escritura, justo en la misma dirección en la que nosotros estuvimos...

En aquel momento recordé haber leído algo en el *Scotsman* un par de días atrás. El propietario de una tienda, cerca de Knight's Bridge, había aparecido muerto. Entonces no había prestado demasiada atención a la noticia. De repente me asaltó la certeza de que el hombre había sido asesinado mediante una puñalada por la espalda, con algo parecido a un estilete, fino y largo. De la misma manera que habían asesinado a lord Greenwich... No dije

nada a los demás con el fin de no alterar más a las damas, y decidí que buscaría la noticia.

—Lo recuerdo —encendí mi pipa—, sin embargo, no creo que debamos preocuparnos. Puede ser una mera casualidad. Realmente no tenemos ningún indicio de que le haya sucedido nada. Todo lo que barajamos son conjeturas.

—No lo sé, coronel —la señora Arliss tenía el rostro desencajado—, pero no me puedo quitar de la cabeza la idea de que el señor Gordon puede estar en peligro y que yo, en parte, tengo la culpa.

—No diga eso, señora Arliss —intervino la señorita Jervis—. Seguramente no le ha pasado nada...

—¡Por supuesto que no! —les animó el joven Eastman—, pero debemos averiguarlo. ¿Qué podemos hacer, coronel?

Esa misma pregunta me estaba haciendo yo.

—Lo primero —ordené— es mantener la calma y la discreción. Nadie debe saber que Herbert ha desaparecido, eso nos complicaría la investigación. Y sobre todo, hay que ocultárselo a lady Greenwich. No añadiremos más preocupaciones a las que ya tiene.

—Me alegro de escuchar eso, coronel —suspiró la señora Arliss, algo más tranquila—. Anoche opté por esa opción cuando lady Greenwich me preguntó en casa de los Williamson.

—Sí —me apoyó el joven Eastman—, ella confía tanto en nosotros que no creo conveniente que sepa todo lo sucedido. Yo le dije que ustedes habían viajado a Londres, y ahora comprendo que no debí hacerlo... Conociéndola, creo que se sentiría responsable si al señor Gordon le pasara algo...

—En fin, no adelantemos acontecimientos. —Intenté que la situación no nos desbordara—. Vamos a poner todo nuestro empeño en localizar al señor Gordon. Debe haber una explicación para su desaparición.

—Si me lo permite, coronel —intervino el joven Eastman—, a lo mejor el matrimonio Everett sabe algo más...

Era una buena idea, tan evidente que lamenté que no se me hubiera ocurrido a mí. Había perdido un tiempo valiosísimo, pues Louis Everett y su esposa Catherine eran, además de amigos, los caseros de Herbert. Probablemente ellos podrían saber algo más de él.

En muy pocas ocasiones Herbert hablaba de su familia. Aunque decía tenerlo superado, no podía ocultar que era algo doloroso para él. Si había alguien que conocía bien su historia, ese era Louis Everett.

Los Everett eran lo más parecido a una familia para mi amigo. Louis Everett era hijo del abogado del segundo conde de Lonsdale, el padre de Herbert, por lo que ambos eran amigos desde su infancia londinense. Cuando su padre le desheredó, un joven Herbert tuvo que buscarse la vida lejos de Londres. Encontró trabajo en las oficinas comerciales de una naviera y, en su desempeño, viajó por medio mundo escribiendo sus novelas, con las que finalmente logró el éxito suficiente para vivir de la literatura. A su regreso a Inglaterra, decidió aceptar la invitación de Everett y su esposa de vivir con ellos en Edimburgo. Y desde entonces ocupó unas habitaciones en la segunda planta de la residencia que el matrimonio tenía en George Street.

—Si no le parece mal, señor Eastman —le propuse—, usted y yo nos podríamos acercar hoy mismo a su casa.

—Por supuesto, le acompañaré... Una cosa más, coronel —añadió el joven Eastman—: ya terminé de leer el diario de lord Greenwich y he encontrado alguna cosa interesante que me gustaría comentarles. Creo que mi tío, de alguna manera, también sabía que aquella nota era una amenaza. Probablemente llegó a traducirla, porque en su diario, aparte de recoger el descubrimiento del compartimento secreto del reloj, consta que desde la llegada de las monedas había notado que alguien vigilaba Cockpen Castle y que le seguían. Aseguraba que alguien quería ese reloj y que aquel cuento de la mala suerte tenía su fundamento.

—¿Dijo quién le seguía? —preguntó la señora Williamson.

—No concretamente, pero él era un gran amante de la naturaleza. Conocía muy bien los bosques que rodean Cockpen Castle y aseguraba que había signos de que alguien estaba rondando por allí. Incluso en sus paseos, asegura que notó ser vigilado.

—¿No pudo ser una obsesión? —preguntó la señora Arliss—. Realmente, no había nada concreto que lo pusiera en evidencia.

—Puede ser, pero mi tío también baraja esa posibilidad en su diario. Bromea con un incidente sucedido una mañana que paseaba por los bosques cercanos a su casa. Al creer que alguien le seguía, se escondió detrás de unos

árboles. Su sorpresa fue enorme cuando descubrió que era una joven, a la que él califica como *bellísima*, la que estaba paseando por allí. Finalmente, resultó ser la hija del barón Astley-Coutts, a quien él conocía bastante, pues los dos pertenecían al mismo club. Contaba que a la pobre muchacha le dio tal susto al salir de repente de su escondite que no le quedó más remedio que invitarla a tomar un refrigerio en Cockpen Castle. En lo escrito esa tarde, lord Greenwich se reía de él mismo, pero en los días siguientes vuelve a asegurar que no son imaginaciones suyas.

—Desgraciadamente, los hechos posteriores le dieron la razón —apunté yo—. ¿Hay algún dato que nos pueda aportar algo más?

—Me temo que no, coronel —contestó el joven Eastman.

—Entonces creo que es el momento de devolver ese diario a Cockpen Castle, antes de que lady Greenwich lo eche de menos.

—Como yo fui la que lo cogió —dijo rápidamente la señora Arliss—, también debo ser yo quien lo devuelva. Haré una nueva visita a lady Greenwich con la excusa de informarla sobre nuestras investigaciones. ¿Le podría dar algún dato, coronel?

Convine con mis compañeros en que quizá podríamos contarle alguno de los descubrimientos menos relevantes, como la existencia del compartimento secreto en el reloj.

—Está bien —concluí—, entonces todos tenemos tarea...

La señora Arliss me echó una mirada que fui incapaz de comprender.

—¿Señorita Jervis, usted tendría posibilidad de pedir permiso para venir conmigo a Cockpen Castle? —dijo la señora Arliss tomando la palabra y dándome una pista de por dónde iban sus intenciones—. De ese modo me sería más fácil devolver el diario sin que lady Greenwich se diera cuenta...

Era eso. Había olvidado de nuevo que nuestra joven amiga también debía tener una tarea para que no se sintiera al margen. Por fortuna, tuve los suficientes reflejos para enmendar mi error.

—Si usted lo quiere así, y ella no tiene inconveniente... Aunque yo le había reservado otra tarea no menos importante.

—Usted dirá, coronel —se ofreció la señorita Jervis inmediatamente.

—Verá. Usted nos ha comentado en alguna ocasión que los Williamson tienen una magnífica biblioteca en su casa...

—Así es, una magnífica y decorativa biblioteca que nadie, excepto yo, consulta. La última vez que alguien cogió un libro fue la señora Williamson porque necesitaba un objeto grande y pesado para sujetar una puerta.

Sonreímos ante el comentario, pero el joven Eastman se rio con más intensidad.

—Por eso —proseguí—, creo que no le será difícil acceder a ella. Me gustaría que indagara a ver si los Williamson tienen algún libro sobre China y todo lo que pueda relacionarse con sus sociedades secretas.

A la señorita Jervis y también a la señora Arliss pareció agradecerles mi petición. Quedaba poco por decir. Cada uno teníamos una misión que cumplir. Por el silencio angustioso que se impuso, supe lo que mis compañeros estaban esperando de mí.

—Estoy seguro de que nuestro amigo estará bien. —Intenté poner el mejor de los ánimos en mis palabras—. Es más, no descartaría que su desaparición haya sido voluntaria y pronto se ponga en contacto con nosotros.

No sé si fue el discurso más acertado para levantar el ánimo de los presentes, pero era la única esperanza que nos quedaba.

El señor Eastman y yo nos encontramos a primera hora de la tarde. Yo había quedado en pasar a buscarle en la Escuela de Medicina para acudir juntos a casa del matrimonio Everett. No tuve que esperarle mucho, pues, al parecer, el seminario de anatomía al que tenía que asistir finalmente había sido suspendido.

—Los cadáveres escasean desde aquellos terribles asesinatos, coronel —me dijo con algo de tristeza, que era bastante difícil de comprender por alguien ajeno al mundo de la medicina—. A veces, un cadáver pasa por dos o tres clases y, cuando llega a nosotros, está lo suficientemente estropeado como para que no nos sea útil.

Los crímenes a los que se refería el joven Eastman eran los de O'Malley y Hare, dos asesinos que se dedicaron a matar prostitutas y mendigos para luego vender sus cuerpos a profesores de anatomía de la Escuela de Medicina. Un terrible suceso que había hecho que las autoridades se replantearan las donaciones de cuerpos para la ciencia.

Con esta amena conversación, si se puede definir así, nos dirigimos hacia George Street. Allí nos recibió Louis Everett. A primera vista era un hombre



joven, menudo y de modales agradables. Nos acogió con cordialidad, asegurándonos que cualquier amigo de Herbert era bien recibido, y nos mandó pasar al salón de su casa.

—Sinceramente —reconoció cuando le mentimos sobre el motivo de nuestra visita—, sus palabras me han producido una gran inquietud. Cuando Herbert se marchó a Londres, Catherine y yo también salimos de viaje. Llegamos ayer, y, la verdad, no nos sorprendió que nuestro amigo no estuviera. Él acostumbra a desaparecer durante semanas sin dar ningún tipo de explicación... Ya saben, eso forma parte de su encanto... Pero díganme: ¿es imprescindible su presencia en esa reunión?

Para no desvelar nuestra actividad, y también para no añadir más preocupación al amigo de Herbert, le habíamos dicho que yo había conseguido para su novela un editor, quien reclamaba su presencia en una reunión esa misma semana. Por un instante, y supongo que animado por la actitud cordial y honesta de Louis Everett, noté que el joven Eastman estuvo a punto de contarle la verdad.

—No tenemos otra opción para conseguir ese contrato —me adelanté—, de otro modo no nos hubiéramos atrevido a molestarles.

—En ese caso, no duden que haré lo posible por localizarle. Hablaré con mi esposa por si a ella se le ocurre alguna idea de dónde pudiera estar. En el momento en que tenga noticias tuyas, se las haré llegar.

Cuando parecía que nuestra visita iba a ser infructuosa, el joven Eastman tuvo una idea.

—Casi no me atrevo a pedírselo, señor Everett, pero ¿existiría alguna posibilidad de entrar en las habitaciones del señor Gordon? Puede que allí encontremos algo que nos sirva de ayuda.

Louis Everett pareció sorprendido por tan atrevida e insólita petición.

—Comprendo que le sorprenda —continuó el señor Eastman—, pero puede estar seguro de que nuestro amigo agradecerá que agotemos todos los intentos por encontrarle a tiempo... Sus novelas son su vida.

Este último razonamiento pareció convencer algo más al señor Everett.

—Desde luego me consta que así es. Herbert vive por y para la literatura; sin embargo, acceder a su petición sería romper la confianza que ha sustentado nuestra amistad durante tantos años. Mi amigo es muy celoso de su intimidad.

Su postura era muy razonable, por lo que en aquel momento no se me ocurrieron argumentos para convencerle. En cambio, mi compañero no se dio por vencido.

—Lamento ser tan insistente, pero piense en lo que querría nuestro amigo común. ¿No le parecería una nimiedad el hecho de que entrásemos en sus habitaciones comparado con perder un sustancioso contrato para su novela?

El joven Eastman mantuvo la mirada escrutadora de Louis Everett, que apretaba los labios inmerso en la dificultad de tomar una decisión tan delicada. Finalmente, accedió.

—Espero que Herbert me lo perdone.

Everett mandó llamar a la doncella que habitualmente se encargaba de realizar la limpieza de los cuartos. Cuando el dueño de la casa le explicó que íbamos a entrar en las habitaciones del señor Gordon, la mujer pareció alarmarse.

—¡Pero, señor! —su tono denotaba la confianza que los Everett daban a su servicio—, ¡ya sabe lo maniático que es con sus cosas! Nunca limpiamos si no está él presente... Suele decirnos qué podemos y qué no podemos tocar, y se pone de muy mal humor si cambiamos las cosas de sitio...

El señor Everett tuvo que emplearse a fondo para convencerla, lo que hablaba de su personalidad conciliadora. Otro, en su caso, no hubiera dado ninguna explicación al servicio.

La doncella nos acompañó hasta el segundo piso de la vivienda, no de muy buena gana.

—Debo decirles que esto me produce un terrible malestar —se quejó de nuevo el señor Everett en tanto la doncella metía la llave en la cerradura.

Nunca antes había estado en las habitaciones que Herbert ocupaba. Tal y como había expresado la doncella, Herbert era muy celoso de su intimidad. Me sorprendió el orden y la luminosidad de aquellas estancias. Siempre me las había imaginado como una especie de cueva llena de papeles hasta el techo donde mi amigo se encerraba a escribir durante días. En cambio, las estancias eran amplias y luminosas, con dos ventanas cada una, que daban directamente a George Street. Una de ellas estaba destinada a dormitorio y la otra a cuarto de estar. Todo estaba extremadamente limpio y ordenado. Estaban amuebladas con gusto, de manera que resultaban acogedoras y confortables. El joven

Eastman se acercó hasta el escritorio de roble, que había junto a una de las ventanas, y comenzó a mirar cuidadosamente entre las ordenadas pilas de papeles que había encima de la mesa.

—Concretamente —preguntó el señor Everett, que había permanecido en la puerta junto a su doncella—, ¿qué es lo que estamos buscando?

—Algún documento o pista que nos diga dónde puede estar —contestó el señor Eastman sin levantar la cabeza.

No le mintió. Eso era lo que estábamos buscando.

—¿Está seguro de no recordar nada que pudiera haber comentado con ustedes? —pregunté para desviar algo la atención del dueño de la casa, que sufría cada vez que el joven Eastman tomaba un papel de la mesa.

Louis Everett negó con la cabeza, sin embargo, la doncella se revolvió nerviosa queriendo hablar.

—Si me permiten —dijo sacándose algo del bolsillo de su delantal—, aquí tengo varias cartas que el señor Gordon ha recibido hoy mismo. Pensaba dejárselas en su bandeja de correo... Lo digo por si pudiera servir...

—¡Por supuesto! —exclamó el joven Eastman extendiendo la mano hacia la criada—, ¡todo sirve!

Antes de que pudiera alcanzar las cartas, el señor Everett las cogió.

—Permítame —dijo con algo de brusquedad y haciendo un reproche a la criada con la mirada—. ¡Son cartas personales!, ¡no será su intención abrirlas!

Al ver claramente que esa era la intención de mi colega, intervine con rapidez.

—Por supuesto que no, señor Everett, pero quizá alguna de ellas tenga importancia para nuestro amigo. Tenga en cuenta que estaba buscando editor para su novela...

Fue lo primero que se me ocurrió, y dio resultado.

—Si les parece bien —dijo mientras sujetaba las cartas como si le quemaran—, podemos leer los remites...

Le agradecemos que así lo hiciera. Herbert había recibido cuatro cartas. Una de ellas era de una prima suya, único pariente con el que guardaba relación. Otra era de un colega que vivía en el continente.

—Aquí puede que haya una que nos interese —dijo el señor Everett—. Viene de una editorial de Londres...

El joven Eastman la tomó en sus manos mostrando un fingido interés. Tanto él como yo guardábamos nuestras esperanzas para la última carta.

—Y esta también viene de Londres —dijo mirando el matasellos—; es de un tal coronel Nicholls... —El propio Everett se dio cuenta de que acababa de pronunciar mi nombre—. ¡Cielos! —exclamó algo divertido—, el servicio de correos funciona cada vez peor. ¡Ha llegado usted antes que su carta!

El joven Eastman y yo nos miramos ciertamente sorprendidos. Por supuesto, yo no había estado en Londres desde la primavera pasada y nunca le había escrito a mi amigo desde allí.

—¡Ah! —dije forzando el gesto—, la vieja Inglaterra ya no es lo que era. Si no le importa, me quedaré con la carta. Ya no tiene sentido que Herbert la reciba. Es más, le contaré de viva voz lo que le relataba en ella.

Extendí mi mano temiendo que el señor Everett, con buen criterio, no me la diera, y lo cierto es que dudó antes de hacerlo. Sin embargo, que hubiera una carta supuestamente enviada por mí a Herbert le inspiró la suficiente confianza.

El joven Eastman y yo no tardamos en dar por finalizada nuestra visita, para alivio del señor Everett, que nos aseguró que le daría nuestro recado a su huésped y amigo en cuanto regresara. Intuíamos que habíamos encontrado algo que probablemente era importante. Nada más subir a nuestro coche, miramos la fecha del matasellos. Era exactamente del día en que la señora Arliss había perdido la pista de nuestro amigo. Y si yo no había enviado aquella carta, entonces, ¿quién lo había hecho y con qué fin?

## LECCIÓN DE ANATOMÍA

No sé demasiado del pasado del coronel, tan solo lo que mi padre, en alguna ocasión, me había contado sobre su amistad, ya que habían sido compañeros en el ejército. Mi relación con él nació en el momento en que vine a estudiar a Edimburgo. Él se ofreció para velar por mí mientras durasen mis estudios. Sabía, o mejor, intuía, que el coronel Nicholls mantenía con mi padre una deuda de gratitud por algo que sucedió en sus tiempos del ejército, pero nunca supe de qué se trataba. Siempre me pareció un hombre misterioso. A medida que pasaron los años, se fue haciendo más cercano a mí. Creo que el punto de inflexión en nuestra amistad se produjo cuando los dos nos subimos al coche después de visitar la casa de los Everett.

El coronel sostenía la carta que aquella criada nos había dado y que, supuestamente, el mismo coronel había enviado al señor Gordon. La miraba con tal intensidad que pensé que sería capaz de leerla a través del sobre cerrado. Él era bastante hermético a la hora de expresar sus sentimientos; por eso me impresionó tanto notar el miedo en sus ojos. Un miedo que una persona tan valiente y generosa solo puede sentir por un amigo. Sabía que le atormentaba el pensamiento de que el señor Gordon pudiera estar en peligro sin poder hacer nada por él. Miró el sobre por delante y por detrás, buscando algún dato que pudiera darnos pistas sobre el origen de la carta, a la vez que sujetaba su pipa.

—Veamos qué le he enviado a Herbert. —Mostró cierto aire de preocupación mientras la abría.

Rasgó el sobre y sacó la hoja doblada por la mitad que había dentro. El coronel la desdobló sin que su cara manifestara ninguna emoción.

—Señor Eastman —me dijo acercándose el papel—, ¿qué tal se le da el chino?

No tardé en encontrar sentido a sus palabras. Me bastó con echar un vistazo a la carta.

—¡Está escrita en chino! —exclamé—. No entiendo...

—Yo tampoco, mi joven amigo, yo tampoco...

El coronel se quedó unos segundos pensativo, jugueteando con el sobre que tenía entre sus manos. Después dio una larga chupada a su pipa.

—Lo que sí le puedo decir —me enseñó la dirección que estaba escrita en el sobre— es que estoy plenamente seguro de que esta carta la ha enviado el señor Gordon. Reconocería su letra entre un millón.

—Pero ¿qué sentido podría tener enviarse una carta a sí mismo, poniéndole de remitente a usted?

—Eso es, precisamente, lo que tenemos que averiguar —volvió a coger la carta y la metió en el bolsillo interior de su chaqueta—, y creo que sé por dónde tenemos que empezar... Al 347 de High Street —pidió de seguido al cochero—. Solo conozco a una persona que nos puede ayudar a saber qué es lo que pone aquí. Y ese es Alexander Russel.

En el 347 de High Street estaba la sede del periódico *Scotsman*, y Alexander Russel era su director. De todos era conocida la antigua amistad que unía al coronel y al periodista y editor.

—Alexander pasó algunos años en China en su juventud, y conoce los símbolos de la escritura china —me informó el coronel—. Espero que nos pueda recibir. Normalmente es un hombre muy ocupado.

La sede del periódico era un edificio decrepito. A pesar de que en la entrada nos avisaron de que el editor no podía recibir a nadie, el coronel insistió para que le dieran su tarjeta de visita. De mala gana, el tipo de la entrada la cogió y desapareció escaleras arriba. Fue el propio Russel quien, en mangas de camisa y con el pelo alborotado, vino a recibirnos.

—¡Coronel Nicholls!, ¡qué sorpresa verle por aquí!

Los dos hombres se saludaron con efusividad y yo recibí también un fuerte apretón de manos al ser presentado. Russel nos llevó hasta su despacho, rodeado de la nube de humo que manaba de su cigarro y del imparable discurso que salía de su boca.

—Lamento no poderles dedicar mucho tiempo, pero ahora nos hemos convertido en diario. La abolición del impuesto del timbre nos ha permitido bajar el precio a un penique y aumentar el número de ejemplares hasta más de seis mil. Eso se traduce para mí en una sola cosa: trabajo y más trabajo... Usted me dirá, coronel, en qué puedo ayudarles.

Nos habíamos sentado en su despacho en dos viejas sillas, enfrente del editor, que intentaba hacerse un hueco entre la pila de papeles para apoyarse en su mesa. El coronel, sin más dilación, le acercó la carta.

—Quiero que me traduzca esto —pidió.

Russel cogió el papel que le acercaba el coronel y lo miró con curiosidad.

—¡Chino!, hace años que no lo practico —exclamó—. Vamos a ver si no lo he olvidado...

Russel rodeó la mesa y se sentó en su sillón para estar más cómodo, con la intención de traducir el papel. En el momento que empezaba a hacerlo, un hombre irrumpió en el despacho sin tan siquiera llamar.

—Señor Russel, le reclaman abajo —dijo el mismo hombre que nos había recibido en la entrada.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó Russel—. Esta profesión es lo que tiene, amigos, somos esclavos de ella... Son esos dichosos asesinatos de Londres: todo el mundo cree saber quién es el asesino.

—¿Se refiere al de esas pobres muchachas? —intervine sin poder reprimir mi curiosidad.

—Efectivamente —se levantó—, ya van tres y Scotland Yard no tiene ni una pista fiable... Coronel, ¿tiene mucha prisa con esto? —preguntó agitando el papel.

—Si le soy sincero, sí —contestó mientras nosotros también nos levantábamos—. Es un encargo que me ha hecho nuestro amigo común, el señor Gordon.

—¡Ah, Gordon! —exclamó ya fuera del despacho—, entonces será para una de sus novelas. Dígame que hoy mismo lo tendrá. La publicación de sus obras siempre hace que subamos nuestra tirada. No cabe duda de que la muerte y el misterio venden. Mismamente, los crímenes de Londres han hecho que aumentemos la tirada en quinientos ejemplares... Y dígame, ¿por dónde anda ahora mi escritor favorito?

Cuando hizo esa pregunta ya estábamos a punto de bajar las escaleras. Por suerte, el coronel no tuvo que contestar. Un hombre con manguitos se acercó a Russel para pedirle su opinión sobre una muestra de imprenta.

—No queremos hacerle perder más tiempo —se excusó el coronel consultando su reloj de bolsillo—. Le dejamos que siga trabajando. ¿Me enviará la traducción al pasaje de Tolbooth? No sé si estaré en Edimburgo toda la semana...

—No se preocupe, coronel. En caso de que no esté allí, se la enviaré a Wallyford. Lo tendrá cuanto antes, aunque me tenga que encerrar con llave en mi despacho...

Tras la despedida apresurada, el coronel y yo salimos a High Street con cierto aire de orfandad. Supongo que porque ambos habíamos esperado que Russel nos dijera lo que decía aquel papel escrito en chino.

—Mi amigo siempre es así —afirmó el coronel—, sin un minuto libre. Pero no se preocupe, es un hombre de palabra. Tendremos pronto la traducción. ¿Tiene usted algo que hacer ahora? Si no es así, podría acompañarme al pasaje de Tolbooth y analizar juntos esta situación.

Por desgracia, mis deberes como estudiante me reclamaban y tenía que regresar a la universidad para ver si por fin se celebraba el seminario de anatomía que se había aplazado. Así se lo expliqué al coronel, que se ofreció a llevarme en coche hasta Teviot Place. Con la promesa de ir al pasaje en cuanto terminara, me despedí de mi amigo.

A la hora que llegué a la Escuela de Medicina, la mayoría de las clases ya habían terminado, pero tuve la suerte de que el seminario de anatomía sí se iba a celebrar y me daba tiempo a asistir a él. Finalmente, y según me contaron mis compañeros, había llegado un cadáver. Puede parecer macabro si digo que este hecho había sido recibido con alborozo entre los estudiantes. Desde 1832, y a raíz de los asesinatos de Burke y Hare, se había implantado en el país la Ley de Anatomía para poner fin a la práctica del robo de tumbas como medio para obtener cadáveres para el estudio médico. El exhaustivo control al que se había llegado había hecho que disminuyera notablemente la donación de cadáveres a la Escuela.

La sala de disección estaba llena y tuve que hacerme un hueco en el anfiteatro. Las lecciones de anatomía solían ser multitudinarias, pues, además de los alumnos, acudían médicos, cirujanos e incluso curiosos que eran capaces de pagar la entrada para mirar. Conseguí ponerme en las primeras filas, desde donde tenía una buena vista del cadáver. Se había corrido la voz



de que era un hombre. Su cuerpo, que en vida debía de haber sido voluminoso, estaba en medio de la sala, sobre la fría mesa de mármol blanco. La sábana que le cubría tan solo dejaba al descubierto los pies. Me llamó la atención el buen color que tenían y lo bien cuidados que estaban, lo que demostraba que no era de una clase social baja. Digo esto porque corría el comentario general de que el cuerpo era el de un mendigo sin familia que había sido entregado a la Escuela esa misma mañana.

El profesor Stewart no tardó en llegar con sus ayudantes y el gran aparataje que requería la apertura del cráneo, pues la lección versaba sobre la anatomía de esa zona del cuerpo. Tardó bastante en estar preparado. Cuando lo estuvo, mandó a sus ayudantes que retiraran la sábana de la cabeza del muerto para comenzar su introducción a la disección que iba a practicar. Justo en ese instante, un hombre de gran altura se puso delante de mí. No podía ver nada, solo oía al profesor. Intentaba mirar por encima de él, poniéndome de puntillas, ya que a los lados era imposible por lo apretados que estábamos en las gradas, pero, para mi desesperación, aquel tipo ni siquiera había tenido la decencia de quitarse el bombín. Por suerte, su interés en la lección duró muy poco y, al cabo de unos minutos, abandonó la sala. Recuerdo que le seguí con la vista y noté que, además de no haberse quitado el sombrero, llevaba puestos unos anteojos verdes. Contento de que se hubiera marchado y me dejara la visión libre, me dispuse a seguir la clase. Lo que entonces vi nunca, ni en la más horrorosa de mis pesadillas, lo hubiera podido imaginar.

Al principio miré hacia la mesa de disecciones sin ver. La práctica de la medicina te obliga a usar mecanismos de defensa contra la muerte y la enfermedad. Cada uno lo hace a su manera, pero la palabra clave es distancia. Conseguir alejarse lo suficiente como para apartar todo atisbo de sentimentalismo que pueda influenciar en un diagnóstico certero. Por ello ya me había acostumbrado a mirar a los cadáveres como un objeto de estudio. Sin embargo, algo en las facciones de aquel muerto, un rasgo que mi mente identificó como conocido, encendió una alarma dentro de mí. Un sobresalto que me hizo fijarme más detenidamente en el varón que yacía sobre la mesa de mármol.

—¡Santo Dios! —exclamé en voz alta—, ¡es el señor Herbert Gordon!

Creo que solo me escucharon las personas que tenía a mi alrededor, porque el profesor Stewart, serrucho en mano, se disponía a trepanar el privilegiado cerebro de mi amigo. Por fortuna, mi cuerpo, que al principio estaba paralizado por la impresión, consiguió reaccionar y, a codazos, me abrí paso entre la gente.

—¡Conozco a ese hombre! —grité—. ¡Deténgase!

La estupefacción del doctor Stewart quedó reflejada en su expresión, mitad incredulidad, mitad indignación. Sus ayudantes, pensando que se trataba de un loco, me redujeron como si fuera un delincuente.

—¡Suéltanme!, ¡les digo que conozco a esa persona y sé que no es un mendigo!

A medida que yo me defendía, los ayudantes del doctor me sujetaban más fuerte y me arrastraban hacia la puerta de la sala.

—¡Es el señor Herbert Gordon!, ¡el escritor! —repetí una y otra vez en un intento desesperado para que me soltaran.

A empujones me habían llevado hasta la puerta de salida. Por fin, uno de los asistentes alzó la voz.

—¡Déjenle! ¡Dice la verdad! —gritó señalando el cuerpo de mi amigo—. Puedo confirmarlo, pues le conozco en persona.

En la desesperación del momento, apenas reconocí a la persona que acababa de hablar. Se trataba de uno de los profesores adjuntos de la cátedra de Medicina Forense, el doctor John Gregory, quien, además, era un buen amigo de la señora Arliss. En alguna ocasión incluso había coincidido con él en las excursiones que solía organizar mi amiga.

—Soy el doctor Gregory —dijo a su colega mientras se acercaba al cadáver sin quitarle la vista de encima—, colaboro con la cátedra de Medicina Forense. Doctor Stewart, si me permite...

Ante el asombro del doctor Stewart, que no dejaba de dirigir miradas alternativas al muerto y a mí, el doctor Gregory empezó a examinar el cuerpo del señor Gordon. Fue en ese momento cuando aproveché para zafarme de los ayudantes que me sujetaban y me acerqué hasta la mesa de disecciones. Era indudable que se trataba de mi amigo, pero, aunque al verle allí el dolor brotaba desde el fondo de mi corazón, algo hacía que me resistiera a creer que estuviera muerto.

El doctor Gregory tomó la mano flácida del señor Gordon y buscó el pulso en su muñeca. Después abrió sus párpados medio cerrados para comprobar el estado de sus pupilas.

—¿Qué se cree que está haciendo? —espetó el doctor Stewart—, ¡este hombre está muerto!

El doctor Gregory no se inmutó y prosiguió su exploración.

—¿Lo ha comprobado usted? —fue lo único que le dijo.

Lo único y suficiente para hacerle callar. Sabía de primera mano que los profesores nunca hacían esa comprobación. Los profesores, ni tampoco ningún miembro de su equipo. Todos los alumnos habíamos oído contar historias de cómo, en más de una ocasión, algún muerto, de repente, había resucitado en plena sala de autopsias. Puede que fuera el relato de esos sucesos lo que alimentó en aquellos terribles momentos mis esperanzas de que el señor Gordon estuviera vivo. Además, había otras evidencias, como el buen color que presentaba el supuesto cadáver, que yo ya había observado en los pies.

El doctor Gregory acercó su cara a la boca del señor Gordon y pidió un espejo para buscar un aliento de vida. La tensión del momento fue tal que creí que la cabeza me iba a estallar. Tomé uno de los que estaban entre el material de la autopsia y se lo di. Tras unos segundos interminables, en los que la figura del doctor no me permitía ver lo que estaba sucediendo, este se retiró unas pulgadas del cuerpo, como tomando distancia. Me temí lo peor.

—¡Este hombre está vivo! —exclamó mientras se quitaba su chaqueta y se la echaba por encima al señor Gordon—. ¡Traigan una manta inmediatamente!

—¡Gracias a Dios! —exclamé y me acerqué hasta mi amigo para tomarle la mano.

Tanto el profesor como sus ayudantes fueron incapaces de reaccionar, supongo que en parte avergonzados, en parte sorprendidos. El revuelo que se armó en la sala fue tremendo. Sin embargo, el profesor Stewart hizo un gesto de calma hacia el auditorio antes de comenzar a hablar.

—Caballeros —dijo con una voz algo temblorosa—, les ruego discreción con este delicado asunto. Ha sido un lamentable error, pero si esta circunstancia llegase a determinados medios y se difundiera, me temo que las clases de Anatomía terminarían desapareciendo.

Con las palabras de Stewart mi indignación creció. Que al profesor le preocupara más que se supiera aquel suceso que la vida de mi amigo era algo intolerable. Ciertamente era que en más de una ocasión había habido revueltas populares pidiendo la abolición de determinadas partes de esa ley, sobre todo aquellas que hacían referencia a la posibilidad de que los mendigos fueran entregados para la investigación médica sin su consentimiento. De ahí que la mayoría de estas actividades fueran ocultadas por la profesión médica al público en general. Pero eso no era óbice para que, al menos, hubiera demostrado un poco de humanidad. En cambio, el único rasgo que mostró de pertenecer a la condición humana fue el de la cobardía, pues aprovechando la confusión que se había producido, tanto él como sus ayudantes desaparecieron de nuestra vista.

Envuelto en una manta, trasladamos al señor Gordon a una sala contigua, donde el doctor Gregory terminó de explorarle.

—¿Qué opina? —le pregunté con ansiedad, una vez que hubo acabado.

El doctor Gregory estaba tan concentrado en sus pensamientos que parecía no haberme escuchado.

—Su pulso es prácticamente imperceptible y su corazón está muy débil —concluyó al fin, sin dejar de mirar al señor Gordon—, pero, efectivamente, está vivo... No tiene heridas, ni golpes, ni manchas en la piel...

—Entonces, ¿cuál puede ser la causa de su estado?

—Tendría que hacerle más pruebas y aquí es imposible. Llamaré a un coche para que lo traslade a la Enfermería Real. Habría que avisar a sus familiares...

Tuve la sensación de que el doctor me ocultaba algo.

—Les mandaré una nota al coronel Nicholls y a los Everett —dije—, es lo más parecido que tiene a una familia aquí, en Edimburgo... Pero necesito saber qué es lo que sospecha, doctor...

—Si le soy sincero, no es la primera vez que veo un caso como este —me confesó mientras se lavaba las manos—. Confío en la discreción de alguien que va a ser médico...

—¡Por supuesto! —exclamé—, ¡no le quepa ninguna duda! El señor Gordon, además, es mi amigo.

Gregory me miró valorando el peso de mi promesa.

—Está bien —cedió—. Sabe que desde la cátedra colaboramos con Scotland Yard. Periódicamente nos piden ayuda en casos que están investigando. El caso de su amigo me recuerda a uno muy similar que tuvo lugar hace unas semanas. Un hombre apareció muerto en su casa sin aparentes signos de violencia. El hombre, que era chino, había sido testigo de un crimen e iba a testificar en el juicio. La policía sospechaba que le habían envenenado y nos llamaron para que buscásemos pruebas en el cuerpo. Cuando llegamos descubrimos que estaba vivo, pero, igual que el señor Gordon, presentaba la respiración y el pulso prácticamente ausentes. Por desgracia, murió a las pocas horas. Explorando el cadáver encontramos un pinchazo en un brazo. Alguien le había inyectado una sustancia con la jeringa de Wood. Desde la cátedra pensamos que la causa podría haber sido una sobredosis de morfina. Los médicos la usamos alegremente, pero nos tememos que en grandes cantidades produce un efecto de depresión de todas las funciones vitales, y si no se supera, la muerte. Mire...

El doctor Gregory me mostró el tercio superior del brazo derecho del señor Gordon, donde aparecía un minúsculo pinchazo.

—¿Sabe si su amigo es fumador habitual de opio?

Nunca le había visto fumar y en las pocas ocasiones que había tocado ese tema con él, le oí criticar a sus colegas que eran incapaces de crear nada si no era después de fumar una buena pipa de opio. Así se lo hice saber al doctor Gregory.

—No. No creo que sea... —Volvió a mirar el brazo del señor Gordon—. Es una zona demasiado alta y demasiado atrás como para que su amigo se inyectara solo. Se lo he preguntado porque entre los consumidores de opio ahora se están poniendo de moda, sobre todo entre las damas, las inyecciones de morfina... Pero como le digo, así a primera vista, yo juraría que alguien le pinchó.

—Entonces, si se tratara de morfina, ¿cuál sería el tratamiento?

—La paciencia. Esperar a que su organismo pueda eliminar la sustancia. Aparte de esto, lo único que podemos hacer es darle algún estimulante que anime algo su pulso y su respiración.

Tras unos segundos en los que los dos nos quedamos callados, mirando el cuerpo inerte del señor Gordon, comencé a preguntarme qué era lo que le

podía haber ocurrido desde que la señora Arliss le dejó en Sloane Street y si todo aquello tendría algo que ver con la muerte de lord Greenwich. El doctor Gregory me sacó de mis cavilaciones cuando comenzó a dar las órdenes para el traslado del enfermo a la Enfermería Real. Me acerqué hasta el señor Gordon. Al verle tan desvalido, le tomé la mano. La tenía fría y pegajosa.

## UNA LEVITA QUEMADA

La vida de institutriz puede llegar a ser una tumba. La muerte en vida. Sacrificio y soledad. En mi caso, la añoranza de mis padres, de mi casa y, en definitiva, de otros tiempos en que fui feliz. Cuando acepté venir a trabajar a Edimburgo, me imaginé una vida monótona y llena de sinsabores, pero siempre guardé la esperanza de encontrar afecto y respeto en la familia en la que iba a trabajar. Me equivoqué en esperar eso de los Williamson, pero también en que mi vida iba a ser monótona y aburrida. Todo menos eso.

Después de la reunión extraordinaria a la que el coronel nos había convocado, la señora Arliss y yo procuramos cumplir con las obligaciones que nos había encomendado. Era una buena manera de sentirnos útiles y mitigar en parte la preocupación en que nos tenía sumida la desaparición del señor Gordon. Por ello, la señora Arliss se puso en contacto con lady Greenwich para concertar una visita a Cockpen Castle. Nuestra mentora estuvo encantada de recibirnos para el almuerzo del día siguiente.

Entretanto, yo tenía pendiente la tarea que me había encomendado el coronel, la de consultar en la biblioteca de los Williamson todo aquello que pudiera encontrar sobre las sociedades secretas chinas. Un encargo que, si a primera vista podría resultar sencillo, en realidad me ocasionaba muchos problemas, y no porque tuviera el acceso restringido en la biblioteca. De hecho, daba allí algunas de mis clases. Sin embargo, otra cosa era poder ver los libros. Los Williamson, y en concreto Priscilla Williamson, los consideraba como objetos de alto valor estético. Si alguna vez Helen o Georgina habían cogido algún cuento, ella se encargaba de regañarlas y les obligaba a devolverlos a las estanterías.

—¡Cuántas veces os tengo que decir que no cojáis los libros! —les gritaba—. Los mancháis con las manos sucias.

—Pero, mamá —le reprochaba Helen—, entonces ¿cómo los vamos a leer?

—Esos libros no son para leer —contestaba su madre cargada de razón—. Que la señorita Jervis os lea uno de los suyos.

Y así era. Yo les dejaba alguno de los míos para que ellas los tocaran todo lo que quisieran. Según me educó mi padre, los libros no solo se leen con los ojos, sino también con las manos. Solía decir que eran el envoltorio, hecho con esmero, de un gran regalo, y que por ello había que dedicarles el tiempo que se merecían. Me enseñó a acariciarlos, a pasar sus páginas despacio, sintiendo el grosor del papel, el tacto más o menos áspero, apreciando la letra, el canto, las pastas... Saboreando, como decía él, la ilusión del regalo que traía dentro. Por ello intenté que Helen y Georgina también lo aprendieran. Pero yo tenía pocos libros, y cuando quería coger alguno de los de la biblioteca, estaba avisada de que, previamente, debía pedir permiso a la señora Williamson, quien solía poner mil excusas para denegármelo. De modo que para cumplir el encargo del coronel decidí no pedir permiso.

Aquella tarde, durante una de mis clases en la biblioteca, mientras las niñas hacían un dictado, busqué con la vista entre los últimos volúmenes que el señor Williamson había comprado, pues recordaba haberle escuchado presumir de la compra de un volumen sobre China. El señor Williamson lo había descrito con tanta profusión de detalles que lo localicé enseguida. Era un libro voluminoso, encuadernado en piel roja y con letras chinas en el canto. Estaba en un estante lo suficientemente alto como para no poderlo alcanzar. Además, tampoco quería que las niñas me vieran y pudieran hacer algún comentario a su madre. Decidí que volvería a la biblioteca cuando nadie me pudiera ver. Es decir, aquella misma noche.

El reloj del vestíbulo acababa de dar las doce y media cuando la casa se quedó totalmente en silencio. Las últimas en retirarse habían sido la señora Robinson y Bessy. Me había quedado en la cocina, charlando y haciéndoles compañía, mientras ellas terminaban de recoger. Cuando finalizaron su trabajo, nos despedimos. Ellas tomaron rumbo a sus dormitorios, que estaban también en el sótano, y yo, supuestamente, fui hacia el mío. Sin embargo, me quedé en la escalera, esperando, hasta que escuché como ambas se despedían y cerraban la puerta de sus habitaciones. Sabía que no tardarían en dormirse; era tarde y el gran trabajo que desarrollaban durante el día hacía que estuvieran agotadas.



Subí hasta la planta principal, iluminándome con una bujía. A pesar de que en la escalera y en los pasillos de la casa se quedaban toda la noche encendidas algunas lámparas, sabía que en la biblioteca nunca se dejaba ninguna luz. No se oía nada. Todo el mundo parecía dormir. Me dirigí hacia allí todo lo deprisa que pude para terminar cuanto antes.

Tal y como me esperaba, la planta principal estaba prácticamente a oscuras. El juego de sombras que iba creando la luz de mi bujía me resultó inquietante. Sobre todo cuando, en un momento dado, sentí una corriente de aire frío sobre mi mejilla que hizo que la llama de la luz oscilara movida por el viento. Era como si en algún lugar de la casa se hubiera abierto una puerta. Por un instante tuve miedo, pero pensé ¿de qué?, ¿de que la señora Williamson me encuentre hojeando un libro? Mis temores eran ridículos.

Sin embargo, por más que intenté ser racional, no conseguí desterrar la sensación de que había una presencia cercana. Nunca he creído en fantasmas, ni en nada sobrenatural, por ello debería haberme dado cuenta de que aquella intuición estaba basada en señales reales. Señales que recibía de mi entorno pero no fui capaz de hacerlas conscientes. Sí, alguien, en la oscuridad de la casa, me estaba vigilando.

Ya dentro de la biblioteca busqué el libro a la luz de la vela. No fue fácil; estaba más nerviosa de lo normal y entre las sombras los objetos cambiaban de forma y de lugar, en un juego diabólico donde me era muy difícil mantener la calma. Por suerte, no tardé en encontrarlo. El dorado de sus letras chinas lo hizo brillar entre todos los demás. Fue un gran alivio. Al estar en uno de los estantes superiores, donde no alcanzaba, me vi en la necesidad de buscar la escalerilla. Levanté la vela para buscarla cuando, en la pared de enfrente, tuve la impresión de ver la silueta de una persona, una sombra en la penumbra. Ya les he dicho que no creo ni en prodigios ni en lo sobrenatural, pero confieso que tuve que esforzarme para levantar de nuevo la bujía y asegurarme de que solo había sido la sombra de algún objeto la que me había engañado. Lo hice, y al no ver nada extraño, me quedé más tranquila. Con la determinación de acabar pronto, cogí la escalerilla y la acerqué hasta la zona de la estantería donde se encontraba el libro. Estaba subiendo el primer escalón, cuando una voz penetrante y fría sonó a mi espalda.

—¿Robando un libro, señorita Jervis?

Me quedé paralizada por el horror y no fui ni siquiera capaz de volver la cabeza. Sentí que me mareaba. Tras aquellos primeros segundos de terror, supe inmediatamente quién se encontraba detrás de mí. Era su voz envolvente y atractiva, aunque había en ella algo incongruente y grotesco que la hacía temible. La había escuchado muy pocas veces, pero la reconocí enseguida. Intentando mantener la calma, bajé de la escalera y me volví. Su silueta se adivinaba entre las sombras. Estaba sentado en uno de los butacones con una copa de *brandy* en la mano.

—Señor Wolveriage, me ha asustado. —Intenté controlar mi agitada respiración, que casi me impedía hablar...

Aunque apenas se intuía su rostro entre las sombras, sus ojos destacaban en la penumbra. Me acechaban mostrando un poder inmenso y aplastante. Me invadió un pavor que nunca antes había sentido, porque tenía la seguridad de que delante de mí estaba una persona maligna que pretendía hacerme daño. La bujía tembló algo en mis manos y, con un coraje que nunca creí tener, intenté mantenerla con firmeza para no mostrar debilidad. Él, con movimientos pausados, dejó tranquilamente la copa sobre la mesita que tenía al lado y se levantó.

—Qué grata coincidencia —dijo mientras se me acercaba—. Nunca imaginé encontrarme con un regalo como este en plena noche.

—No podía dormir —mentí para justificar mi presencia allí—, y he bajado para coger un libro...

Me dio la impresión de que no me escuchaba. Se acercaba a mí cada vez más, sin una razón aparente. Intenté explicarme su extraña actitud pensando que estaba bebido.

—¡Otra coincidencia! —exclamó él casi pegado a mí—: yo tampoco podía dormir... pensando en usted...

Debería haber sido más rápida en despejar mi mente confusa y haber comprendido las señales que me indicaban que estaba realmente en peligro. Pero en aquel instante estaba ocupada en buscar una justificación a la situación en la que me encontraba. Si me hubiera dado cuenta antes, podría haber salido de la biblioteca con rapidez. Cuando la luz de la bujía se reflejó en sus ojos negros y produjo un fulgor acerado, me di cuenta de que su cara estaba demasiado cerca de la mía.

—¿Sabe que es usted una mujercita muy atractiva?

Su voz me resultó terrible. Sentí como su mano me acariciaba primero el pelo y luego los hombros. Intenté apartarme, pero él me había arrinconado contra la librería y me impedía escapar.

—Mi bella señorita Jervis, ¿no le da miedo andar a estas horas de la noche sola por la casa?... Podría coger frío y empeoraría su delicada garganta...

Llegó un momento en que sentí su aliento sobre mi cara. Sus manos, de dedos fríos y suaves, rodearon mi cuello.

—Señor Wolveriage —exclamé intentando separarme de él—, le ruego que se comporte o de otro modo...

—¿Qué hará, señorita Jervis? ¿Se pondrá a gritar? —su voz era más ronca ahora y arrastraba una maldad a la que yo jamás me había enfrentado—. ¿Y cómo pretende explicar su comprometida situación?... Me temo que la señora Williamson no aprobaría que la institutriz de sus hijas estuviera a medianoche a solas con un hombre en la biblioteca...

En aquel momento me pasó un brazo alrededor de la cintura y con violencia me acercó hasta su cuerpo. Las piernas me fallaban y me invadió el pánico. Intenté separarme, pero su fuerza era descomunal. Me faltaba el aire. No podía gritar. Sus labios me quemaban el cuello. Me acariciaba de una manera salvaje, era una bestia silenciosa y terrible que sabía que su presa no tenía ya escapatoria. No sé de dónde saqué las fuerzas y la serenidad para pensar una salida. Me sentía aterrada, pero también humillada. La humillación de una mujer ante la fuerza bruta y el desprecio de un hombre. Y, en aquel momento tan terrible, entre la vorágine de pensamientos que me asaltaban, en la confusión de la que intentaba salir, me invadió un ola de indignación. No iba a consentir que aquel hombre se saliera con la suya. Fue eso lo que me dio fuerzas para luchar.

En un momento de lucidez, me di cuenta de que durante ese interminable tiempo había estado sosteniendo la bujía en mi mano. Todo había sucedido muy rápido, y la intensidad del instante me hace recordarlo como si hubieran sido horas, pero lo cierto es que no estuve presa entre sus brazos más de un minuto. La bujía era la única arma que tenía, así que en un movimiento rápido acerqué la vela a su espalda. Él tardó unos segundos en sentir la quemazón.

Cuando lo hizo profirió una blasfemia y se separó de mí. Aproveché y eché a correr hacia la puerta. Cuando salí de la biblioteca y corrí hacia las escaleras, oí como el señor Wolveriage se reía. Una risa ahogada y seca. Esto me estremeció más. Aquel hombre estaba loco. Un loco peligroso con el que me veía obligada a convivir bajo el mismo techo.

Durante aquellos minutos de la huida, el pánico que me invadía me hizo pensar que Wolveriage vendría detrás de mí. Me dieron ganas de gritar, pero el miedo al escándalo pudo más y lo único que hice fue lanzarme en una carrera desenfrenada hasta mi habitación. Una vez dentro, con las manos temblorosas, eché el pestillo de la puerta y me pegué a ella intentando adivinar si me había seguido. Sin embargo, solo pude escuchar la angustia que palpitaba salvajemente en mi pecho.

Intenté tranquilizarme sentada sobre mi cama. Me pudieron los nervios y me eché a llorar. Nunca había temblado de aquella manera. Mi cuerpo se sacudía entre estertores sin que yo pudiera hacer nada. Tardé en serenarme y, cuando lo hice, lo único que me preocupaba era encontrar una explicación lógica a lo que había ocurrido. Todo había sido tan rápido y desagradable que me había arrastrado a un mar de confusión. ¿Qué hacía el señor Wolveriage a aquellas horas en la biblioteca?, ¿estaba allí por casualidad o me había seguido? Su actitud no era normal. Se había comportado como un salvaje, es más, parecía poseído por una fuerza sobrenatural. La única respuesta que se me ocurrió en aquel instante fue que estuviera borracho. Sin embargo, cuando le había tenido cerca, cuando sentí su aliento sobre mi cara, no olía a alcohol, su voz era clara y sus movimientos precisos. Era evidente que su manera de expresarse y su comportamiento evidenciaban que actuaba con una fría lucidez. Es más, si alguien me hubiera preguntado, yo diría que me estaba esperando...

No era la primera vez que bajaba a la biblioteca de noche para espantar mi insomnio con algún libro, pero era imposible que, con el poco tiempo que el señor Wolveriage llevaba en la casa, conociera mis costumbres. No podía negar que, desde el primer momento, su presencia me había resultado turbadora. Puede parecer horrible, pero aquella noche, durante algún momento, pensé que yo había sido la culpable de la situación. Quizá algo en mi comportamiento, en aquella secreta atracción que en un primer momento me

había producido o en alguno de mis gestos había sido malinterpretado por él. Además, comencé a analizar la situación tan comprometida en la que me encontraría a partir de ahora en casa de los Williamson. ¿En quién confiar para contarle lo sucedido? Bessy y la señora Robinson eran las únicas en las que me podía refugiar, pero hubiera sido imprudente por mi parte involucrarlas en algo que, seguramente, hasta les podía costar su puesto de trabajo. Además, ¿me hubieran creído? Lo más probable era que no. Ni ellas, ni nadie.

Fue una noche horrible. No encontré consuelo en nada. Esperé con ansia a que llegara el amanecer y que las primeras luces del alba deshicieran, como un jirón de niebla, mi miedo. El amanecer me encontró dormida, y ese sueño fue suficiente para que al despertarme viera las cosas de un modo muy distinto. Primero, porque, al tomar conciencia de lo que me había sucedido, recordé con alivio que el señor Wolveriage no estaría ese día en la casa. Toda la familia acudiría a visitar a una tía del señor Williamson, que residía en Linlithgow, precisamente para presentarle al nuevo miembro de la familia. Circunstancia esta que me dejaba el día libre, lo que la señora Arliss y yo aprovecharíamos para visitar a lady Greenwich en Cockpen Castle. De cualquier modo, con un tímido sol que parecía querer aparecer entre la bruma de la mañana, estaba decidida a enfrentarme de cara a la situación que se me había planteado. Yo no era una cobarde. A mi edad la vida ya me había enseñado lo dura que podía llegar a ser y nunca me había rendido. ¿Por qué lo iba a hacer ahora? La solución del problema no era sencilla y, a la vez, sí lo era. Tan solo tenía que tomar la decisión de dejar a aquella familia. Además, confiaba en que mis amigos de la Sociedad Literaria me ayudaran a buscar una nueva familia donde trabajar. La dificultad estaba en cómo marcharme. ¿En silencio, o denunciando el comportamiento del señor Wolveriage ante los Williamson y ante todos los demás?

No bajé a desayunar con la esperanza de que la familia saliera temprano de viaje para no tener que encontrarme con el señor Wolveriage. Para mi desgracia, el señor Williamson envió a Bessy a buscarme porque las niñas querían despedirse de mí.

—Señorita Jervis, tiene usted muy mala cara —advirtió Bessy.

—No he pasado buena noche —contesté sin mirarla—, debió de sentarme algo mal de lo que tomé en la cena.

Bessy se lo creyó. Su gran corazón le hizo explicarme uno de los remedios de su abuela para las indigestiones mientras las dos bajábamos hasta el comedor, donde la familia estaba desayunando. Entré justo en el instante en que la señora Williamson se dirigía al señor Wolveriage. Al verle allí, sentado de espaldas a mí, no tuve fuerzas para seguir adelante y me quedé quieta bajo el quicio de la puerta.

—¡Ha sido una verdadera desgracia! —le decía—. Desde que mi marido me ha contado el accidente que ha sufrido, apenas puedo articular palabra... ¡Podía haberse usted quemado vivo!

Claire, Georgina y Helen estaban enfrente de su madre y de él. El señor Williamson presidía la mesa. Las niñas me podrían haber visto, pero parecían tan interesadas en la conversación de los adultos que no detectaron mi presencia.

—Querida —intervino el señor Williamson—, no ha sido para tanto. Solo hay que lamentar la pérdida de una levita, que, sin duda, al señor Wolveriage no le importará sustituir por otra nueva.

—No lo dudes, Henry. ¡Yo misma le encargaré una a nuestro sastre! Al fin y al cabo, la culpa fue de la servidumbre que colocó la vela en un lugar inapropiado. ¡Cada vez que lo pienso se me eriza el vello!

Con toda seguridad, hablaban de la quemadura que le había producido yo con la vela. Si su sola presencia en el comedor me había acobardado, no puedo describir lo que produjo en mí el hecho de que se hubiera inventado una mentira para justificar tener quemada su levita. Más aún, la tranquilidad con la que estaba desayunando y con la que habló tras dejar su taza sobre la mesa y limpiarse la boca delicadamente con la servilleta.

—Le agradezco su preocupación, Priscilla, pero el único culpable he sido yo. Fue un simple descuido: al quitarme la levita rozó con la vela y enseguida prendió la llama. Por fortuna fue suficiente con un vaso de agua para apagarla.

Las niñas se rieron, pues el joven debió de hacerles algún gesto gracioso al acompañar sus palabras. Su desfachatez me indignó.

—¡Ah!, no cabe duda de que es usted todo un caballero —precisó Priscilla Williamson—, pero debo insistir en que sea nuestro sastre el que le reponga la levita.

—Mi querida dama —dijo Jacob Wolveriage mientras ponía, sobre la mesa, su mano encima de la de la señora Williamson—, si ese es su deseo, no le quepa la menor duda de que se cumplirá.

Incluso yo noté el azoramiento de la señora Williamson. También vi como en la cara de Claire se reflejaba el estupor de ver como su primo coqueteaba con su madre en vez de con ella. Solo el señor Williamson parecía ajeno.

—¡Entonces todo arreglado! —exclamó el señor Williamson mientras se ponía en pie—. Ahora, ustedes, señoritas, deben darse prisa en terminar su desayuno, pues nos debemos poner en camino.

—¡Señorita Jervis! —exclamó Helen al descubrirme—. ¡Nuestro primo, el señor Jacob Wolveriage, se ha quemado vivo!

—¡Qué exagerada! —dijo Claire con suficiencia mientras se levantaba—, solo se ha quemado la levita con la vela de su mesilla de noche. Mamá le encargará una nueva a nuestro sastre...

La mirada que echó a su madre era reveladora del odio que sentía hacia ella en aquel instante.

—¡Buenos días, señorita Jervis! —saludó el señor Williamson—. Las niñas no querían irse de viaje sin haberse despedido de usted.

Helen y Georgina se acercaron hasta mí para besarme, al mismo tiempo que el señor Wolveriage me saludaba con naturalidad.

—Confío —dijo con su penetrante voz— en que haya descansado. ¿Ha mejorado de su garganta, señorita Jervis?

Sentí como mi cuerpo se tensaba. Ni siquiera le miré. Si en mi interior albergaba alguna esperanza de que el comportamiento del señor Wolveriage se debiera al alcohol, al ver su actitud descarada y desafiante, se desvaneció.

—¡Oh!, ¡qué cabeza la mía! —exclamó el señor Williamson—. Perdone mi descortesía, señorita Jervis, no había recordado que usted se encontraba mal. ¡Menos mal que el señor Wolveriage ha suplido mi desconsideración!

—Ya me encuentro mejor, gracias —conseguí decir entre el estupor y el miedo que me volvían a invadir.

Me di cuenta de la realidad a la que a partir de aquel instante me debería enfrentar. Jacob Wolveriage no solo no se iba a disculpar, sino que seguiría acosándome de una manera muy sutil. Estaba claro que iba a jugar un doble papel: el de pariente encantador con los Williamson y el de depredador conmigo. Él podría haber guardado la levita o incluso llevarla a arreglar y nadie se habría dado cuenta. Sin embargo, lo había contado y eso me hizo percibir la sutileza de la intimidación.

El miedo me empujó a pensar deprisa. Dentro de aquel juego diabólico en el que me había hecho entrar el señor Wolveriage, yo acababa de encontrar un as con el que jugar. Jacob Wolveriage podría haber contado a los Williamson que me había visto a una hora inadecuada en la biblioteca, incluso haberme acusado de haberle quemado, pero no lo había hecho. En el fondo tenía miedo a ser descubierto. Pues yo lo haría, yo le descubriría fueran cuales fueran las consecuencias.

Traté de mantener la serenidad, pero Claire, siempre al acecho como un águila en busca de su presa, notó el temblor de mis manos.

—¿Le ocurre algo, señorita Jervis?, parece nerviosa —me lanzó con un deje de ironía—. Si su estado se debe al percance de nuestro primo, no se preocupe, él no ha sufrido ningún daño.

Luego se me acercó con una sonrisa maliciosa.

—Con nosotras no tiene por qué disimular, querida —me susurró al oído—. Salta a la vista que usted se ha enamorado de nuestro primo. ¡Qué romántico!, un amor a primera vista e imposible. ¡Una lamentable institutriz enamorada de todo un caballero!

Noté la oleada de furia que me subía hasta las mejillas y debí hacer un esfuerzo sobrehumano para contenerme. Hubiera deseado abofetearla.

—Claire —intervino la señora Williamson—, no está bien que una jovencita cuchichee al oído.

—Lo siento, mamá, pero la señorita Jervis y yo mantenemos algún que otro secreto...

Por un momento, la rabia hizo que los ojos se me llenaran de lágrimas.

—¡Eso es mentira! —gritó Georgina—, la señorita Jervis no tiene secretos con Claire, solo los tiene con Helen y conmigo, y son los cuentos que nos lee y que ella ha escrito, y que son muy bonitos.



Cuando les leía alguno de mis cuentos, para hacerlos más interesantes, les decía que eran secretos que yo había escrito y que guardaba con llave en un baúl de mi dormitorio.

—Estupideces —interrumpió Claire—... Lo mío sí que es un secreto de verdad...

Ninguno de los progenitores fue capaz de corregir a Claire; es más, incluso la señora Williamson sonrió con complacencia. En cambio, Helen, sin llegar a alcanzar el significado de lo que decía su hermana mayor, sí intuía el ataque al que me estaba sometiendo y la miraba asombrada de su audacia y su maldad.

—¡Claire! —me tomó la mano—, ¡deja en paz a la señorita Jervis o le diré a papá lo que hiciste ayer!

Desconocía lo que podía haber hecho Claire, pero la amenaza fue suficiente para hacerla callar.

—Jovencitas —intentó poner algo de orden el señor Williamson—: no son horas de pelearse, vayan a coger sus abrigos. El coche ya está preparado.

Las niñas obedecieron y salieron del comedor, pero Claire, que se había quedado a propósito rezagada, se volvió a acercar a mí.

—No me engaña, usted está enamorada en secreto del señor Wolveriage —me susurró tan rápidamente antes de salir que nadie se dio cuenta.

O eso pensé yo, porque inmediatamente vi que el señor Wolveriage me estaba mirando. La frialdad que emanaban sus ojos era tan aterradora que sentí que se me helaba la sangre. Estaba decidida a hablar con el señor Williamson. Era el momento, pues sabía que si lo dejaba pasar, luego, cuando el tiempo suavizara los hechos, no sería capaz de hacerlo. Los Williamson se habían apartado algo de la mesa para tratar algún asunto en privado, con lo que el señor Wolveriage se había quedado solo, junto a mí. Sentí que no iba a poder encarar lo que se avecinaba, pero di un paso al frente.

—Perdone, señor Williamson —dije con la voz temblorosa—, ¿podría hablar con usted un momento?

Los Williamson se miraron asombrados; en cambio, Jacob Wolveriage no hizo ni un solo gesto que pudiera evidenciar algo de nerviosismo.

—Por supuesto —dijo el señor Williamson—, ¿hay algún problema con nuestros tesoritos?

—No, no se trata de eso. —Intenté serenarme—. Es un asunto privado que me gustaría tratar con usted a solas.

—Está bien —accedió Henry Williamson mirando algo desconcertado a su esposa—. ¿Le parece bien que hablemos en mi gabinete?

No me dio tiempo a contestar. Inmediatamente la señora Williamson prorrumpió en quejas sobre lo tarde que se les iba a hacer.

—Sea lo que sea lo que deba hablar con mi esposo, seguro podrá esperar. Henry, querido, el coche ya está en la puerta.

Dicho esto, salió del comedor.

—Mi esposa tiene razón, señorita Jervis. —El señor Williamson se encaminaba a la puerta tras su mujer—. El lunes, cuando hayamos regresado de nuestro viaje, podremos hablar con más tranquilidad... ¡Jacob!, ¿me acompaña a comprobar que el enorme equipaje de mis damas ha sido colocado adecuadamente?

—Desde luego...

El señor Wolveriage había contestado sin dejar de mirarme. Entonces, ya cuando Henry Williamson estuvo fuera del comedor, para mi horror, se aproximó a mí y me tomó la mano.

—Está usted helada —sentenció con un tono ronco y peligroso—... Espero que no se encuentre enferma. Cuídese, esa garganta tan delicada podría sufrir algún daño si habla demasiado... —Fue a besarme la mano y la retiré con violencia. Él esbozó una sonrisa atroz y, sin dejar de mirarme, con la punta de los dedos, acarició mi mejilla—. ¡Qué lástima!, una pobre institutriz sola y a la que nadie escucha —susurró acercando su cara a la mía con una voz que parecía salida del infierno. Estaba paralizada por el miedo. Incapaz de defenderme, la angustia me ahogaba—. No, Ada —prosiguió él mientras seguía acariciándome—, porque me permite que la llame así, ¿verdad?... Nadie la escuchará y mucho menos la creerá, pensarán que está loca y terminará encerrada en un hospital. ¿Es eso lo que quiere?...

Lo único que pude pensar fue que debía salir de allí. Intenté separarme de él para alcanzar la puerta. Al hacerlo, me sujetó por un brazo.

—Recuerde que yo estoy aquí para cuidarla, día y noche...

Me dieron ganas de llorar, pero conseguí soltarme y alcanzar la puerta. Cuando lo hice, vi que Claire estaba allí. Por la manera de mirar supe que

había presenciado toda la escena, pero que la había interpretado a su modo.

—Usted le ama —me dijo en un arranque de odio—. Les he visto. Pero no consentiré que se acerque a él.

Luego se marchó corriendo, sin darme tiempo a decirle nada. Además, el señor Wolveriage estaba detrás de mí y también la había escuchado.

—Como ve —festejó—, soy terriblemente atractivo para las damas de esta casa, y, por lo que dice esa jovencita, también usted ha sucumbido a mis encantos...

Luego, tranquilamente, se fue detrás de Claire. Tuve que hacer un esfuerzo para poder moverme. Subí a mi habitación temblando y solo me tranquilicé cuando escuché como los criados despedían el coche de la familia. Eso me dejaba libre durante dos o tres días, tiempo suficiente para tomar una determinación sobre mi situación en la casa. Además, aquella mañana, mi amiga la señora Arliss vendría a buscarme para ir juntas a visitar a lady Greenwich. Eso me dio fuerzas; eso y la idea de que, quizá, podría contarle a Elisabeth Arliss lo que me había ocurrido.

## EL INSPECTOR FERGUS ROTHNIE

Si el señor Gordon me oyera decir esto, seguro que tendría algo que objetar, pero que las mujeres tenemos un sexto sentido, del que carecen los hombres, es algo tan obvio que nadie lo puede negar. Ese sexto sentido nace a partir de tres sencillos pasos que los hombres son incapaces de realizar: observación, memoria y conclusión. Observamos lo que nos rodea, lo comparamos con los registros que guardamos en nuestra memoria y, de esa comparación, concluimos. La mayoría de los hombres no saben observar, no tienen memoria de los hechos cotidianos y razonan solo sobre entes abstractos que no les afectan en lo personal, como la política. Y todo es porque les falta interés en el género humano, ya sea femenino o masculino.

Debió de ser esa intuición la que me hizo sospechar que algo le sucedía a la señorita Jervis cuando la fui a recoger el día siguiente a la reunión en el pasaje de Tolbooth. La serenidad de mis compañeros al enfrentar la desaparición del señor Gordon me había dado el suficiente empuje para superar en parte el sentimiento de culpabilidad que me asaltaba. Aquella mañana me encontraba algo más optimista, y me animaba pensando que, quizá, a lo largo del día tuviéramos noticias de él.

Con ese estado de ánimo salí de casa y me dirigí al número 14 de Moray Place. Mandé al cochero que tocara el timbre de la casa. La señorita Jervis no tardó en salir y ya, desde lejos, según bajaba las escaleras de la entrada, noté su palidez. Cuando estuvo dentro del coche, me di cuenta de que estaba también ojerosa. Nuestros saludos siempre solían ser efusivos y alegres, celebrando la complicidad y la amistad que nos unía, daba igual que nos hubiéramos visto hacía un mes o el día anterior. En cambio, en aquella ocasión me saludó escuetamente y evitó mirarme a los ojos. Supe que había algo más detrás de la excusa de haber pasado una mala noche. Sus grandes ojos pardos no podían esconder que había miedo en ellos. Le pregunté de nuevo. Ante las evasivas de sus contestaciones, no quise insistir más. Tenía todo un día a su lado para que me lo dijera, y sabía que lo haría.

—¿Han tenido alguna noticia del señor Gordon? —me preguntó, sé que verdaderamente preocupada por nuestro amigo, pero también con la intención de desviar mi atención sobre ella.

—Me temo que no. El coronel y el señor Eastman iban a visitar a los Everett. Espero que al menos ellos sepan dónde está...

La señorita Jervis me tomó la mano. La tenía helada.

—Seguro que les habrán dicho algo —me consoló con esa dulzura suya que siempre la acompañaba—. Lo más probable es que algún asunto le haya entretenido en Londres y pronto le tengamos aquí.

No quise compartir con mi amiga la preocupación que en el fondo de mi persona seguía manteniendo, pero algo en mi interior me decía que el señor Gordon estaba en peligro. Es más, me preguntaba si no hubiera sido más sensato acudir a la policía.

—Sí, seguro que sí —fue lo único que le contesté para no alarmarla más —... Intentemos ahora centrarnos en la misión que nos ha encomendado el coronel.

Desde luego no se trataba de un encargo muy peligroso y sospechaba que el coronel nos había enviado a devolver el diario de lord Greenwich para tenernos entretenidas mientras él intentaba encontrar al señor Gordon. Era una manera sutil de apartarnos de la investigación. Sabía que lo había hecho de buena fe, pero no me gustaba el aire paternal con el que nos trataba a las mujeres de la Sociedad. Sin embargo, puede que esta vez tuviera razón y, por distintas circunstancias, ni la señorita Jervis ni yo nos encontrábamos con suficiente lucidez para ayudar en la búsqueda del señor Gordon. No quise compartir mis pensamientos con ella, pues parecía agarrarse a lo que teníamos que hacer para olvidarse de sus problemas, fueran los que fueran.

—¿Consiguió usted ver algún libro sobre las sociedades secretas chinas? —le pregunté sin saber que esta pregunta iba a desencadenar una tormenta.

—Bueno..., sí, encontré uno... —comenzó a balbucear mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

No tuve que insistir mucho para que me contara todo lo sucedido en la biblioteca la noche anterior. Era obvio que necesitaba compartir con alguien aquella terrible experiencia. Cuando terminó, la indignación creció en mí.

—¡El joven Wolveriage! —exclamé mientras a mi mente acudía su imagen—. ¡No me gustó desde el primer momento que le vi!

—He llegado a pensar que —me dijo envuelta en un mar de lágrimas—, quizá, sea yo la culpable...

—¡Culpable!, ¡por Dios bendito!, ¡no diga tonterías! ¡Aquí el único culpable es él!

Si en aquel momento me hubiera dejado llevar por la rabia, le hubiera hecho parar al cochero y dar media vuelta para ir hasta Linlithgow en busca de aquel sinvergüenza. Por suerte, intenté serenarme para, de ese modo, poder ayudar mejor a mi amiga.

—Querida —pasé mi mano alrededor de sus hombros—, eso solo lo dice por el estado de nervios en que se encuentra. En cuanto sea capaz de analizar la situación fríamente, se dará cuenta de la clase de hombre a la que se enfrenta. Le conozco poco, pero, por lo que yo he visto y por lo que usted me cuenta, creo que el señor Wolveriage esconde una personalidad maligna bajo esos modales encantadores.

—Eso mismo he pensado yo —dijo la señorita Jervis encontrando un poco de consuelo en mis palabras.

—Me temo —proseguí— que sea uno de esos seres capaces de manejar a las personas a su antojo. Pero no se preocupe, usted no está sola. Me tiene a mí y estoy segura de que también cuenta con el apoyo del resto de nuestros amigos.

—Gracias, señora Arliss —me dijo sonriendo tímidamente—, pero, si no le importa, de momento me gustaría que esto fuera un secreto entre las dos. No quiero preocupar al coronel y al señor Eastman. Además, cuando me tranquilice un poco más, pienso que seré capaz de enfrentarme yo sola a esta situación. Ahora mismo, después de hablar con usted, ya me encuentro mejor...

Me quedé unos instantes en silencio, mientras en mi interior dudaba de que ella sola pudiera enfrentarse a aquel hombre. Aunque la señorita Jervis había demostrado ser una mujer fuerte ante la dura situación a la que la vida la había llevado, se enfrentaba a un hombre sin escrúpulos, capaz de cualquier cosa y que contaba con el apoyo incondicional de los Williamson. Me había bastado conocer la actitud que Priscilla Williamson había tenido con el joven

Wolveriage para saber que mi amiga tenía perdida cualquier batalla que comenzara contra él.

—Así será, querida —le apreté cariñosamente la mano—, no les diré nada. Pero prométame que, si le vuelve a poner una mano encima, me lo dirá, porque entonces le juro que ese caballero, si se le puede llamar así, lo lamentará...

La señorita Jervis asintió con la cabeza a la vez que el cochero nos anunció que habíamos llegado a Cockpen Castle. Estábamos tan embebidas en la conversación que no nos habíamos dado cuenta de que ya estábamos frente a su fachada principal. Mi amiga se secó las lágrimas que le quedaban y yo intenté recomponer mi semblante para que lady Greenwich no notara nada.

—Vamos a ello —intenté imprimir algo de ánimo a mis palabras—. Ahora tenemos otro trabajo por delante. —Señalé mi bolso, donde llevaba el diario de lord Greenwich.

En la puerta principal del castillo pudimos ver que lady Greenwich, rodeada de sus tres perros, nos esperaba junto al mayordomo. Antes de bajar, le hice un gesto de ánimo a la señorita Jervis.

—¿Cree que notará que he llorado? —me preguntó.

—No lo descarte. Ya he aprendido que lady Greenwich, bajo su apariencia de mujer excéntrica y algo despistada, tiene una intuición fuera de lo común. Pero no se preocupe, el amor también puede hacer llorar...

No pude reconfortarla más porque nuestra peculiar anfitriona, rodeada de ladridos, se había acercado hasta nosotras y, en cuanto un criado nos abrió la puerta del coche, ella asomó la cabeza dentro.

—¡Oh, mis queridas amigas! —exclamó con su habitual tono jovial—, llegan ustedes justo a tiempo. Me disponía a dar un paseo a mis hijitos. *Oh, mon Dieu!*, ¡Anouk!, ¡calla ya!... Perdónenla, es su manera de darles la bienvenida...

Esta escena logró arrancarle una sonrisa a la señorita Jervis. Los perrillos enseguida se acercaron para olisquear nuestras faldas. Eso, y esa energía positiva que desprendía siempre nuestra anfitriona, hizo que mi pecho se liberara algo de la zozobra que me había dejado la conversación con la señorita Jervis.

—*Oh là là!*, ¿no les parece que hace un día precioso?... Me alegra poder compartirlo con dos soles como ustedes... ¡Elisabeth, está usted más bella que nunca!..., y qué gusto tan delicado para elegir ese precioso sombrero —de repente, al mirar a la señorita Jervis, lady Greenwich detuvo su alegre parloteo y cambió su expresión—... ¡Oh, mi hermosa Ada!, ¡trae usted un halo de preocupación a su alrededor! ¿Qué es lo que le ocurre?

La señorita Jervis apenas pudo disimular su turbación, a pesar de que ya la había avisado de la extraordinaria intuición de aquella mujer.

—No es nada preocupante, lady Greenwich. —Quise quitar importancia a las lágrimas que comenzaban a brillar en los ojos de la señorita Jervis—. Al contrario, ¿quién no ha tenido una pena de amor en su juventud?

—¡Oh, mi querida niña!, ¿es que Leopold la ha hecho sufrir?... Eso es algo que nunca le perdonaría...

Aquellas palabras turbaron más a mi amiga, pero en cierto modo la ayudaron a cambiar totalmente el rumbo de sus pensamientos. Era notorio que a ella no le gustaba hablar del señor Eastman en público. Era muy reservada para sus sentimientos y jamás había dicho nada sobre él, ni siquiera cuando yo alguna vez había intentado sacar el tema. En este caso, las palabras de nuestra anfitriona fueron un revulsivo para poder superar la situación.

—No, no —contestó mientras el color regresaba a sus mejillas—, el señor Eastman no tiene nada que ver...

Lady Greenwich se quedó desconcertada por unos segundos.

—Entonces, querida, no sé si me debo alegrar o entristecer... Pero sea cual sea el motivo de su mal de amores, tenga la seguridad de que será el más dulce de todos los dolores que le lleguen en esta vida... Ahora disfrutemos de esta magnífica mañana, ¿no les parece?

Efectivamente, la mañana era tan luminosa que, aunque la temperatura era fría, invitaba al paseo. Los jardines de Cockpen Castle eran deliciosos. Tomamos el sendero que llevaba hasta un puente: cruzaba el South Esk y después rodeaba un apacible lago.

—A Arthur le encantaba pasear en soledad por este sendero. Daba igual que lloviera o nevara, todos los días tenía que dar su vueltecita al lago —recordó lady Greenwich—. Teníamos nuestro ritual. Yo me sentaba a leer en la ventana de su gabinete, desde donde le podía ver cada vez que atravesaba un



claro de árboles. Él, entonces, levantaba su bastón y me saludaba. Cuatro veces en total...

Lady Greenwich se quedó unos instantes en silencio, con una sonrisa dulce en los labios y la mirada perdida en el horizonte. Aquel gesto destilaba tanto amor hacia su esposo que me pregunté si Thomas y yo podríamos llegar a su edad manteniendo la misma intensidad de sus sentimientos.

—Le sigo viendo, ¿saben? —dijo de repente—: todas las mañanas me asomo a la ventana de su gabinete y le veo saludarme...

Pensé, e imagino que la señorita Jervis también lo hizo, que lady Greenwich hablaba en un tono figurado, que cuando nos decía que veía pasear a su esposo alrededor del lago era que se lo imaginaba y eso le hacía mitigar el dolor de su ausencia.

—Esta misma mañana me ha saludado desde el bosque de castaños —siguió como si tal cosa—. Francamente, me ha dejado preocupada. Hacía gestos que nunca antes me había hecho, como indicándome que me encontraba en peligro...

La señorita Jervis y yo nos miramos cómplices y, por qué no decirlo, algo divertidas. Me alegré de que aquella excentricidad de lady Greenwich le pudiera levantar el ánimo a mi amiga.

—Por cierto —prosiguió mientras caminaba a pasitos cortos y con uno de sus perros en brazos—, ¿el señor Gordon se encuentra bien? Esta noche tuve una horrible pesadilla con él. Se lo voy a contar para que el sueño no se cumpla. Le vi tumbado sobre una mesa de mármol blanco. Me pareció que estaba muerto...

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la señorita Jervis sin poder disimular su turbación—. El señor Gordon ha...

—... ha estado conmigo en Londres —intervine antes de que dijera algo inconveniente— y, por lo que sabemos, se encuentra perfectamente.

—Me alegro —dijo lady Greenwich—, porque entre el sueño que he tenido y el aviso de lord Greenwich les confieso que estaba bastante desazonada... ¡Huy! —se paró de repente—, se ha levantado un viento frío; será mejor que regresemos a casa, allí me podrán contar más detenidamente cómo fue ese viaje. La otra noche, en casa de los Williamson, no pudimos

hablar. Mi querida Ada, no sé cómo soporta a la señora Williamson, es realmente insufrible...

De esa manera, rodeadas del alegre trotar de los perrillos de nuestra anfitriona, regresamos con tranquilidad al castillo. Mi propósito era, siguiendo el consejo del coronel, no darle demasiados datos a lady Greenwich de nuestras averiguaciones. Mis intenciones eran otras: en concreto, conseguir que ella, con la excusa de ver de nuevo la nota que su esposo había dejado escrita antes de morir, nos llevara a su gabinete. Era la única manera de devolver el diario de lord Greenwich al cajón donde lo había encontrado. Cuando llegamos a la puerta del castillo vimos que había un coche y dos policías junto a él. Al parecer, lady Greenwich tenía visita.

—¡Oh!, *ce n'est pas possible!* No esperaba a nadie, aparte de ustedes... ¿Quién podrá haber venido en un coche tan horriblemente sucio y desastrado y acompañado de dos policías?... —De repente, una expresión de horror cruzó el rostro de la mujer—. *Ce n'est pas possible!* —volvió a repetir—. ¡No puede ser él!...

Alarmada por ese pensamiento, y sin dar tiempo a nada más, entró en el castillo con paso firme seguida de nosotras.

El mayordomo acudió con prontitud para ayudar a la dueña de la casa a quitarse el voluminoso sombrero y el abrigo.

—Un caballero la espera en la biblioteca, milady.

La actitud y el bajo tono de voz que usó parecían querer indicar que no deseaba que nosotras nos enterásemos de quién se trataba, pero la dueña del castillo no lo interpretó así.

—¿Es ese policía sucio, desastrado y con una cara chupada atravesada por un bigote? —Se le quedó mirando fijamente.

El mayordomo nos miró primero a nosotras y luego hizo un gesto como si no quisiera contestar en nuestra presencia.

—*Oh là là!*, Eduard... ¡No se ande con tanto misterio y dígamelo de una vez!

—Sí, milady..., es él...

—¡Ay! —exclamó lady Greenwich juntando las manos a la altura de la boca—. No lo puedo soportar... ¿Qué querrá ahora?... Me alegro de que estén

aquí —se dirigió con energía a nosotras—, así no estaré sola delante de ese bruto...

No nos dio tiempo a decir nada porque lady Greenwich, con decisión, fue directa a la biblioteca. La señorita Jervis y yo nos quedamos paradas sin saber muy bien qué hacer.

—¡Oh, queridas! —nos dijo al darse cuenta de que no la seguíamos—, no se queden ahí, vengan conmigo...

Apenas nos había dado tiempo a quitarnos el abrigo y el sombrero, por lo que lo hicimos lo más rápidamente que pudimos y la seguimos.

—No tengan miedo —iba diciéndonos mientras caminaba a pasitos cortos y apretados, rodeada de sus tres perros, y en una voz lo suficientemente alta como para que la visita la pudiera escuchar—, les puedo asegurar que el inspector Rothnie no es peligroso, es tan solo un mequetrefe...

La escena resultaba bastante cómica, pues el mayordomo, después de entregar precipitadamente nuestros abrigos a una doncella, se afanaba por adelantarnos y llegar antes que lady Greenwich a la biblioteca. Los tres perros caminaban pegados a su dueña, lo que impedía que el sirviente la pudiera adelantar. Además de que lady Greenwich, a pesar de su edad, avanzaba tan rápido y tan resuelta que el mayordomo apenas tuvo tiempo para, en una maniobra arriesgada y sorteando con dificultad a los perrillos, abrirle la puerta de la biblioteca.

—El inspector Rothnie —dijo el mayordomo con su voz apurada por el esfuerzo.

—No le puedo decir que sea una sorpresa agradable el verle —espetó lady Greenwich—. Espero que se haya limpiado los pies antes de entrar. En la última ocasión dejó todo hecho un asco....

El inspector se encontraba de pie junto a la chimenea. Era un tipo enjuto, alto y algo encorvado, con un fino bigote enroscado en sus puntas. Su figura se alargaba más por el hecho de llevar los pantalones demasiado cortos, lo que dejaba a la vista parte de los zapatos largos, estrechos y sucios. No se había quitado el abrigo y mantenía el bombín entre las manos, pegado a su cuerpo. Si les soy sincera, la primera impresión que tuve de él fue la de una persona desvalida y tímida. El saludo de nuestra amiga me resultó extraño por lo cruel

e innecesario. Sin embargo, esta primera impresión se desvaneció en el preciso instante en que el inspector habló.

—Milady..., señoras...

Al hablar, inclinó aún más la cabeza a la vez que se le hundían las mejillas. Nos escrutó con unos ojos rápidos, pequeños y caídos, de esos que no se detienen en nada pero parecen fijarse en todo. Unos ojos que nunca miraban de frente.

—Lo invitaría a que se sentara —dijo lady Greenwich—, pero imagino que tiene prisa... Dígame, ¿qué es lo que le trae por aquí? La última vez que nos vimos, si no recuerdo mal, me dijo que la investigación de la muerte de mi esposo estaba prácticamente cerrada...

—Así era —intentaba apartar a los tres perros que se habían acercado a olisquearle los pies—, pero me temo que las circunstancias han cambiado...

El policía subió una de las comisuras de su boca, esbozando lo que parecía ser una sonrisa torcida y llena de suficiencia. Luego metió la mano en el bolsillo interior de su abrigo y sacó un papel mal doblado que entregó a lady Greenwich.

—¿Qué es esto?..., sin mis lentes no puedo leer nada... Señora Arliss, hágame el favor...

Lady Greenwich me entregó el papel.

—Milady —dijo el inspector Rothnie haciendo una reverencia con la cabeza—, debe acompañarme a la comisaría...

—¿Y por qué iba yo a tener que ir con usted, *monsieur*? ¡Solo me faltaba eso!

Lady Greenwich estaba indignada y buscó con la mirada nuestro apoyo.

—Porque traigo una orden de detención contra usted —dijo el policía señalando hacia mí con su bombín.

Lady Greenwich y la señorita Jervis me miraron sin entender nada, esperando que yo les aclarara algo después de leer el papel que me había entregado el inspector.

—Sí, así es —confirmé—. Debe de tratarse de un lamentable error...

El policía no me dejó terminar y soltó una risita aguda y cínica.

—No hay ningún error. Esa orden va dirigida contra lady Maximilienne Greenwich por ser sospechosa del asesinato de su marido, lord Arthur

Greenwich. Si es tan amable de devolvérmela...

Le entregué el papel mientras lady Greenwich se llevó las manos a la boca ahogando un grito e inmediatamente pidió nuestro apoyo para que la sujetáramos. El mayordomo acudió y nos ayudó a sentarla en un butacón cercano. En tanto, el inspector Rothnie ni se movió.

—¿¡Han oído eso!?! —exclamó lady Greenwich mientras el mayordomo intentaba abanicarla y ella le daba un manotazo—, ¡les dije que era tonto! ¡Pues no dice que me acusan del asesinato de Arthur!...

Mientras la señorita Jervis y el mayordomo intentaban tranquilizar a lady Greenwich, yo me encaré con el policía.

—Inspector... —comencé a decir con firmeza.

—Fergus, Fergus Rothnie, para servirla, señora...

El hecho de que me hubiera interrumpido a propósito para cortar mi reacción hizo que en mi interior se desatara una explosión de odio hacia aquel policía. Intenté contenerme, pero juro que, en aquel instante, hubiera sido capaz de abofetearle.

—Inspector Rothnie —proseguí—, creo que nos debe una explicación. Quiero que sepa que mi marido es abogado y no voy a consentir que se lleve a esta dama como si fuera un delincuente... ¡O peor!, como una asesina...

—Me temo, señora, que los cargos que se le imputan a lady Greenwich son lo suficientemente graves como para que ningún abogado, con todos los respetos hacia su esposo, logre paralizar la detención.

—*Oh, mon Dieu!*, ¡yo, una asesina! —repetía lady Greenwich desde su butacón mientras la señorita Jervis intentaba calmarla—. ¡Les dije que era un mequetrefe!, se lo dije...

—Será mejor que hablemos en otro lugar...

Invité al inspector a salir de la biblioteca y le pedí a una de las doncellas que me indicara un lugar tranquilo donde poder hablar. Nos llevaron a un pequeño salón de té. A pesar de la situación en la que me encontraba, me sobresalté por la decoración. Toda la habitación estaba decorada en rosa. Las paredes estaban forradas de una tela rosa palo con grandes flores rosa oscuro. Las faldillas de la mesa camilla eran del mismo color. Las cortinas, la alfombra, incluso los pequeños cuadros que colgaban alrededor de la chimenea hacían juego con el resto. Creo que lady Greenwich, porque era

evidente que había sido ella, había utilizado toda la gama posible del rosa en un espacio mínimo. La figura del inspector, tan lúgubre dentro de aquel entorno de flores y puntillas, resultaba bastante patética.

—Creo, inspector, que nos debe una explicación —repetí intentando controlarme...

El policía no dejaba de mirar a su alrededor, sin alterarse y sin soltar su sombrero de las manos. Se tomó su tiempo antes de contestarme, lo que encrespó más mis nervios.

—Nos han llegado nuevas pistas en el caso de la muerte de lord Greenwich —dijo de mala gana sin dejar de observar la habitación.

—Eso es algo evidente, inspector. Justamente lo que deseo saber es cuáles son esas pistas que hacen sospechosa del asesinato de su esposo a una anciana adorable.

El tono que usé no era amable, pero eso no pareció alterar lo más mínimo al policía.

—«Una anciana adorable» —remarcó las palabras con petulancia—... Comprendo que se lo parezca, por eso usted no es policía y yo sí... Si lo fuera, como yo lo soy, sabría que el mal se esconde bajo las más variadas y dulces apariencias...

Me empezaba a cansar de aguantar su discurso. Cada vez estaba más de acuerdo con lady Greenwich en que aquel tipo era un ser insoportable.

—Aparte de darme lecciones sobre cómo ser policía, inspector...

—Rothnie, señora, Fergus Rothnie, para servirla...

—Bueno, pues eso, inspector Rothnie, ¿sería usted tan amable de concretar esas pistas? Si no tengo mal entendido, ustedes buscaban como asesino al ladrón que se llevó el reloj de la colección de lord Greenwich y prácticamente habían dado por cerrada la investigación...

—La investigación de un hecho criminal, señora —prosiguió él con su perorata—, no es una ciencia exacta. Si fuera así, no existiría tal investigación. Hay hechos, actitudes, gestos que marcan el rumbo para seguir y, si no se es lo suficientemente agudo para captarlos o se interpretan mal, pueden desviarnos por un camino equivocado.

Respiré hondo para tratar de calmarme.

—¿Y qué pistas «irrefutables» ha encontrado usted que señalen a lady Greenwich como la terrible asesina?...

—Efectivamente, las tengo. —El inspector no había entendido mi ironía y mostraba sin pudor su orgullo—. Verá usted, me extrañó su empeño en que había algo más que un simple robo detrás del asesinato de su marido. Por mi experiencia, sé que una viuda, en esos momentos tan extremadamente delicados, solo se ocupa de que su esposo tenga un buen funeral y poco más. No está intentando dirigir la investigación de la policía...

No tuve paciencia para seguir escuchando aquellas tonterías y le interrumpí.

—Precisamente, inspector, ¿no le parece que, si ella hubiera sido la asesina, no se molestaría en hacerles cambiar el rumbo equivocado que ustedes llevaban?

El inspector volvió a sonreír y me miró como quien lo hace a un niño que no entiende nada de lo que se le está diciendo.

—Comprendo que no es fácil de entender... Un asesino, asesina en este caso, si es medianamente inteligente, quiere jugar al gato y al ratón. Lo necesita. Necesita sentirse más listo que el que le persigue. Necesita un gato inteligente para divertirse...

—Y ese gato es usted, supongo...

—Supone bien, señora. Su amiga me indicó el camino para seguir jugando. Nunca nadie se había atrevido a poner en duda mis investigaciones. Eso me hizo pensar que ella era la principal sospechosa, así que, antes de cerrar completamente la investigación, decidí interrogar más en profundidad a los criados sin que ella lo supiera. Saqué a los pajarillos fuera de su jaula para que cantaran, ¡y vaya si cantaron!

Al policía cada vez se le veía más seguro en aquel entorno hostil, decorado de manera tan femenina. Me mantuve en silencio, mordiéndome la lengua. Me interesaba que, de una vez por todas, me mostrara sus cartas. Sin conocerlas, no podría ayudar a lady Greenwich.

—Estudié minuciosamente los hábitos del personal de servicio y, después de días de observación, deduje que el mejor momento para abordarles era cuando, regularmente, acudían a realizar sus preceptivas tareas fuera del ámbito del castillo. Estas tareas, concretamente, eran realizadas por dos

jóvenes doncellas que, provistas de cestos, acudían al pueblo los viernes para proveerse de algunas viandas.

¡Por Dios bendito!, ¡aquel hombre era insufrible! ¡Cuántas vueltas para decir que las doncellas salían una vez por semana de Cockpen Castle para hacer la compra!

—Las interrogué en plena calle, lo que hizo que el factor sorpresa jugara a mi favor. Se quedaron estupefactas al saber que la principal sospechosa del asesinato de lord Greenwich era precisamente su señora...

¡La imprudencia de aquel hombre era inaudita! Se había dedicado a acusar a lady Greenwich, antes incluso de tener pruebas, ¡y lo había hecho, nada más y nada menos, que delante de las doncellas! Era posible que el rumor ya estuviera llegando a Edimburgo. A aquellas alturas de nuestra conversación, puedo decirles que ya había concluido que el inspector Rothnie era un necio y un patán.

—En cuanto las puse al corriente de los hechos, las dos jóvenes empezaron a atar cabos y soltaron la lengua. Ellas también habían sospechado de la vieja...

—¡Señor Rothnie! —exclamé furiosa—, ¡no le voy a permitir semejante falta de respeto!

—Quiero decir de la dama... La cuestión es que, días antes de la muerte de lord Greenwich, una de las doncellas, cuando estaba limpiando una de las alcobas, le vio desde la ventana paseando alrededor del lago. Esto no le llamó la atención, pues lo solía hacer a diario: lo que le extrañó fue que iba en compañía de una joven. Y no fue la única que lo vio. Ella llamó a otra sirvienta, que le convenció de que aquella mujer era el fantasma de la anterior dueña de Cockpen Castle. Sí, sí —se jactó el inspector—, un fantasma que se trajo con él al castillo, ¡precisamente cuando su esposa estaba fuera! Y no se crea que se buscó cualquier «amiguita»: según las doncellas, la joven que vino con él después del paseo tenía una singular belleza.

—¿¡Se ha basado en que lord Greenwich estaba paseando con una joven para deducir que tenía una amante!?

Seguía sin poder creer lo que estaba escuchando. ¿Cómo era posible que la policía tuviera a un individuo como aquel al frente de una investigación de asesinato? Era absolutamente tonto. La joven a la que se referían las doncellas



debía de ser aquella a la que lord Greenwich asustó un día en el lago, pensando que era alguien que le seguía, y a la que él luego invitó a tomar un refrigerio en Cockpen Castle, según lo que el señor Eastman había leído en el diario de lord Greenwich. Diario que, por cierto, seguía teniendo yo en mi bolso y que debía dejar en el lugar donde lo había cogido.

—No solo, señora —prosiguió el policía—. Tirando más del hilo, las mismas doncellas me dijeron que vieron a su ama esconder una carta que lord Greenwich estaba escribiendo a su amante poco tiempo antes de morir. La misma noche de su muerte, al oír jaleo por la casa, salieron de sus habitaciones y, pensando que las voces provenían del gabinete del señor, entraron allí. La más avispada de ellas, y que sabe leer un poco, vio que había una carta a medio hacer encima del escritorio. Lo único que pudo leer, antes de darse cuenta de que las voces venían del salón de la planta baja, fue lo de «Querida palomita»...

¡Santo cielo!, ¡me dieron ganas de estrangularle! Había interpretado todo a su manera y había tomado el camino equivocado para resolver la investigación. Sin embargo, tenía su gracia que él, al igual que lady Greenwich, hubiera pensado que lord Greenwich tenía una amante.

—Está meridianamente claro, señora —concluyó con aquella suficiencia que cada vez se me hacía más insoportable—: lady Greenwich había descubierto que su esposo tenía una amante y decidió hacérselo pagar. Celos, señora: mandó asesinar a su esposo por celos...

Según el inspector Rothnie, lady Greenwich habría pagado a unos asesinos para que entraran en el castillo y, haciéndose pasar por ladrones, mataran a su esposo. ¡Era un despropósito detrás de otro! A punto estuve de decirle que, justamente, la carta se la había escrito lord Greenwich a su esposa. Por suerte me mantuve callada. Si había sido capaz de interpretar los hechos de aquella manera tan rocambolesca, sabe Dios qué hubiera hecho con la información que nosotros manejábamos.

—Me temo que esté equivocado, inspector. —Traté de imponerme calma—. Sus pruebas son del todo insostenibles. A poco que piense, se dará cuenta de que no tienen consistencia. Pero una cosa sí le voy a decir: no consentiré que meta a una anciana inocente en los calabozos tan solo porque a usted se le haya antojado.

No le dije más. Salí de la salita de té sofocada y, lo peor, seguida de cerca por aquel policía que me encrespaba los nervios y que parecía querer seguir encrespándome, porque, sin soltar su sombrero, continuaba hablándome.

—Me temo, señora, que usted poco podrá hacer. Ya ha visto que tengo una orden de detención...

Me di la vuelta como una exhalación y le arrebaté el papel que agitaba como un pañuelo.

—Me da igual —exclamé mientras seguía andando, llevándome conmigo el documento—. Hasta que mi esposo no venga, usted no se llevará a lady Greenwich a ningún sitio.

Mi actitud le pilló por sorpresa, porque se quedó parado en mitad del pasillo sin saber qué hacer. En ese instante apareció uno de los policías que se habían quedado en la puerta. Acompañado de una doncella, venía en busca del inspector. Escuché como le preguntaba si le quedaba mucho para terminar, pues, al parecer, tenían que acudir a otro lugar después. Aproveché el momento para acelerar el paso y dirigirme a la biblioteca.

—¡Rápido, ayúdenme! —pedí a la señorita Jervis y al mayordomo de lady Greenwich nada más entrar.

Mi precipitada aparición hizo que los tres perrillos vinieran hacia mí ladrando, mientras la señorita Jervis, sorprendida, permaneció de pie junto al butacón donde lady Greenwich seguía siendo atendida por el mayordomo.

—¿Qué ocurre?, ¿se ha ido ya el chalado ese? —preguntó lady Greenwich incorporándose en el sillón.

—Me temo que no tiene intención —dije mientras empujaba con esfuerzo una mesa hacia la puerta—... ¡Por Dios bendito!, ¡ayúdenme! Tenemos que impedir que entre.

—*Allez, allez!* —animó lady Greenwich al mayordomo, que no entendía nada de lo que estaba sucediendo.

La señorita Jervis fue más rápida que el criado en ayudarme y pronto la mesa de mármol estuvo situada delante de la puerta, impidiendo su apertura desde fuera.

—No creo que esto sea suficiente —dije buscando a mi alrededor algún mueble más—...

—*Oh, oui, oui!*, este butacón pesa lo suyo. —Lady Greenwich se levantó de un pequeño salto.

El mayordomo, al ver que su señora se ponía manos a la obra intentando empujar el butacón, se unió a ella. La señorita Jervis, mientras les ayudaba, me preguntó.

—¿Qué es lo que le ha dicho ese hombre para que nos tengamos que encerrar de este modo?

—Es algo largo de contar —me asomé a una de las ventanas—, pero, en resumen, quiere llevarse detenida a lady Greenwich...

—*Mon Dieu!* —exclamó lady Greenwich—, les dije que era tonto... ¡Yo, la asesina de mi pobre Arthur! ¡Detenida por la *police!* *Incroyable!*

Los ventanales del salón daban a la fachada norte del castillo. Tal y como habían comprobado el coronel y el señor Gordon, la altura era suficiente para desanimar a cualquiera a saltar, y más llevando con nosotras a lady Greenwich. Ante la situación que se nos presentaba, con aquel inspector incapaz de razonar, la única solución que se me ocurrió fue la de escapar. Necesitábamos tiempo para elaborar una estrategia de defensa de nuestra amiga. Tenía que hablar inmediatamente con Thomas, mi marido.

—No se preocupe, no lo voy a permitir —consolé a lady Greenwich—. ¿Este salón no tiene otra salida que no sea la ventana? Tengo un plan para librarnos de ese inspector...

—Por supuesto que sí, querida —dijo lady Greenwich en un arranque de energía—. ¿Cómo, si no, iban a andar los fantasmas por el castillo?

Lady Greenwich fue directa hacia una de la chimeneas, metió la mano por debajo de la repisa y accionó un resorte. Inmediatamente sonó algo al fondo del salón. Al volver la cabeza hacia allí, vimos que el panel de una de las paredes se había deslizado, dejando a la vista la entrada de un pasadizo.

—Nos llevará a la salida de servicio que hay junto a las cocinas —nos informó lady Greenwich.

En ese justo instante, el inspector Rothnie golpeó la puerta con los nudillos.

—Señoras —oímos que decía—, la puerta está cerrada, ¿me pueden abrir?...

—Dígale que ahora mismo le abre —le susurré al mayordomo—, que la puerta a veces se hincha por la humedad... Entreténgale un rato y luego haga que pida ayuda para abrirla a sus compañeros que están afuera. Cuando entre, le dice que las señoras no estaban ya aquí y que se fueron a dar un paseo.

Mientras el criado, con cara de circunstancias, miraba con miedo hacia la puerta, animé a mis amigas a que me siguieran.

—Lady Greenwich —le dije en voz baja—, tenemos que ir hasta nuestro coche, que está aparcado en la puerta principal.

—¿Señoras?... ¿me oyen? —volvió a gritar el inspector desde fuera.

—¡Vamos! —les susurré—. Debemos aprovechar el momento en que el inspector y sus compañeros estén intentando abrir la puerta para subir al coche.

Me dirigí hacia el pasadizo seguida de la señorita Jervis, pero lady Greenwich se había quedado parada en mitad de la habitación.

—¿Y mis hijitos? Ellos siempre vienen conmigo a todas partes...

La señorita Jervis y yo nos quedamos mirándonos sin saber qué hacer.

—Pues entonces —dije resignada—, los tendremos que llevar con nosotras.

—*Oh, oui!* —exclamó lady Greenwich—, ¡una excelente idea!

De esta manera, la señorita Jervis cogió al primero que pudo. Lady Greenwich tomó en brazos a Anouk y yo me vi en la tesitura de perseguir al que quedaba, que no parecía dispuesto a venirse conmigo. Cuando conseguimos tener a los tres, y mientras el inspector Rothnie no dejaba de llamar a la puerta, les urgí a mis acompañantes para que huyéramos por el pasadizo. Lady Greenwich me hizo un gesto pidiéndome paciencia y se dio la vuelta para dirigirse a su mayordomo.

—Edward —le pidió con un tono algo solemne y con la misma tranquilidad que si le estuviera pidiendo que preparara el almuerzo—: encienda esa palmatoria que hay encima de la chimenea y acérquemela. Y no se olvide de volver a cerrar este panel antes de abrir la puerta a ese policía.

El mayordomo le acercó la palmatoria con la vela encendida y ella, a continuación, me la entregó a mí.

—*Allez, allez!* —exclamó a la vez que me empujaba suavemente hacia el pasadizo—. Vaya usted la primera alumbrándonos, señora Arliss... Y usted,

Edward —se dirigió de nuevo al mayordomo—, no se olvide de cerrar bien todas las puertas por la noche. Me temo que tardaré algún tiempo en regresar...

## EL JIANCE

Cuando uno es escritor, la vida se convierte en una sucesión de hechos útiles a un solo fin: la literatura. Todo sirve: un hecho cotidiano e intrascendente puede resultar excepcional visto bajo el prisma de un escritor. Por ejemplo, despertar en una nube de confusión, sin saber dónde estás ni qué te ha ocurrido, es una particular fuente de sensaciones, de nuevas experiencias, que enriquecen el bagaje perceptivo de un creativo como yo. Hasta aquel momento, nunca antes había tenido la oportunidad de saber qué es lo que se siente cuando la nebulosa que te envuelve, poco a poco, se desvanece y allí donde solo había manchas se empiezan a conformar rostros vagamente conocidos.

—Herbert..., Herbert —escuché una voz que me llamaba...

Al principio pensé que era mi padre. Una ensoñación que dio paso a un registro menos áspero que el que yo tenía de su recuerdo.

—Herbert, ¿me oye?

Noté que alguien me palmeaba la cara.

—Sí, está despertando —dijo otra voz que también me era conocida—. Es una buena señal.

A medida que iba recuperando la consciencia me encontraba peor. Sentía mi cuerpo dolorido, a la vez que un creciente desasosiego me iba invadiendo.

—Herbert, no se duerma, haga un esfuerzo.

Esta vez sí que reconocí la voz de mi amigo el coronel. Eso me tranquilizó y también supuso una alegría para mí ver al joven Eastman al lado de mi cama.

—¿Dónde estoy? —alcancé a decir.

—Tranquilo, está usted en buenas manos —contestó el coronel—. El doctor Gregory dice que tiene que tratar de no dormirse. Alguien le drogó. ¿Recuerda algo?

A pesar de que hice un esfuerzo sobrehumano por mantenerme despierto, volví a caer en aquel pesado sopor.

Según lo que después me contaron mis compañeros, tardé algunas horas en despertarme completamente. Me habían trasladado a la Enfermería Real desde la Escuela de Medicina. Y, una vez que recobré la conciencia, gracias a mi extraordinaria salud, según palabras del doctor Gregory, el coronel me llevó a su casa de Wallyford para que convaleciera. Fue entonces cuando me relataron el modo en que me habían encontrado, a punto de ser rajado como un cerdo, en una mesa de disección. Por supuesto, mis amigos estaban deseosos de que yo les contara cómo había llegado a esa situación.

El último recuerdo que tenía antes de caer desvanecido es que fui a la estación de King's Cross para tomar el tren nocturno de las diez, que me llevaría de Londres a Edimburgo después de dos días, llamémoslos, ajetreados...

Todo comenzó cuando gracias a mi estimada amiga, la señora Arliss, llegamos con retraso a la tienda de objetos de escritura y nos la encontramos cerrada. Nunca comprenderé a las mujeres. Solo le hice un pequeño comentario, sin importancia, acerca de que nos habíamos entretenido demasiado en el desayuno con su hermana, pero fue suficiente para que montara en cólera. Ni siquiera me dejó terminar de exponerle mi punto de vista. Cuando me quise dar cuenta, estaba hablando solo porque ella se había montado en un coche y me había dejado allí tirado en mitad de la calle.

Si en un principio su rabieta me produjo cierto malestar (*indignación* sería la palabra correcta), no tardé ni dos minutos en darme cuenta de que me había hecho un gran favor. Sin desmerecer las capacidades de mi estimada amiga, concluí que la señora Arliss era tan impulsiva que lo único que podía hacer en aquellas circunstancias era que nos metiéramos en algún lío. Lo cierto es que no estoy acostumbrado a la compañía femenina. Sí, amigos, las mujeres para mí son seres misteriosos y, por qué no decirlo, molestos. Soy incapaz de mantener una conversación con ellas. Siempre termino discutiendo, y ya he aprendido que con las damas jamás se puede razonar. Así que me olvidé enseguida del incidente y me concentré en lo que me había llevado hasta la tienda de objetos de escritura: encontrar el jiance que, sospechaba, podía haber venido escondido en el interior del reloj.

La tienda, de aspecto elegante, estaba instalada en uno de esos locales modernos que colocan vidrios emplomados en sus escaparates. Estaba

convencido de que el señor Rush había salido a almorzar, así que me dispuse a dar un paseo por los alrededores para hacer tiempo. Sin embargo, antes de hacerlo y para cerciorarme de que no había nadie en el interior del local, me pegué de nuevo al escaparate e hice visera con mi mano sobre uno de los cristales. Lo cierto fue que conscientemente no vi nada, pero mi mente debió de recoger algún reflejo imperceptible que me llevó a llamar con la empuñadura de mi bastón sobre la puerta. Puedo decir que ni siquiera esperé respuesta y cogí impulso para comenzar mi paseo, sin poder sospechar la cadena de acontecimientos que iba a desencadenar un simple golpe de bastón y un cordón mal abrochado de una de mis lustrosas botas.

No habría avanzado ni cinco pasos cuando me di cuenta de que llevaba desatado el cordón de mi bota izquierda. Mis años me impiden doblarme sobre mí mismo con la diligencia propia de quien no quiere verse comprometido en semejante postura, de manera que busqué apoyo en el portal de una casa que había a poca distancia y que ofrecía un cómodo poyete. Estaba atándome el cordón con la dificultad que conlleva ese gesto para una persona de mis dimensiones cuando, más que ver, intuí que una sombra salía de la tienda que yo acababa de dejar. Instintivamente, dirigí mi mirada hacia allí. Lo que vi me produjo un gran sobresalto. Un enorme murciélago negro se alejaba de la tienda en sentido contrario al que yo llevaba. Comprenderán que no se trataba de semejante animal, pero la silueta de un hombre alto que caminaba a grandes zancadas, con una capa negra corta que se abría como unas alas y un bombín del mismo color me dio esa impresión.

Tras unos segundos de indecisión, en los que el espejismo dio paso a la realidad, pensé que pudiera tratarse del dueño de la tienda, el señor Rush, de modo que me incorporé rápidamente con la intención de seguirle. Pero el hombre daba tales zancadas con sus larguísimas y finas piernas que cuando llegué a la altura de la puerta de la tienda, ya había desaparecido de mi vista, girando hacia Knight's Bridge. Viendo el paso que llevaba, comprendí que no iba a lograr alcanzarlo y que lo mejor era esperarle, ya que, antes o después, tendría que regresar. Me di la vuelta para seguir con mis planes de dar un paseo y vi que la puerta de la tienda estaba abierta. Mi sorpresa fue mayúscula. Rápidamente deduje que el hombre que había salido no era el señor Rush. Por supuesto, no me lo pensé demasiado y me metí en el interior.



No sé si saben que tener una tienda de objetos de escritura es el sueño de cualquier escritor. Si, además, como era el caso, la tienda estaba puesta con un orden y un gusto fuera de lo común, el escritor enloquece de placer. De modo que toqué el timbre que había encima del mostrador de forma descuidada mientras me entretuve admirando los juegos de escritorio que había expuestos. Nadie contestó a mi llamada, lo que agradecí, tal y como estaba de entretenido curioseando por la tienda. Al cabo de un rato volví a llamar. Tampoco hubo respuesta en esta ocasión, pero lo que sí me llegó fue una especie de gemido que provenía de una puerta que había detrás del mostrador.

—¿Señor Rush? —llamé mientras me acercaba—, vengo de parte del señor Cecil, de Old Bond Street...

Nadie contestó, así que me decidí a pasar al otro lado del mostrador para acercarme a la puerta. Como desde allí tampoco recibí respuesta y el gemido era cada vez más evidente, abrí la puerta. Lo que vi al otro lado me dejó horrorizado. Justo en medio de lo que parecía ser el almacén de la tienda, yacía un hombre rodeado de sangre.

—¡Santo cielo! —exclamé paralizado por el horror.

Confieso que tardé unos segundos en reaccionar. Solté el bastón y me arrodillé para socorrerle. El hombre, que frisaba los sesenta, era enjuto. Tenía puestas unas lentes de montura dorada que habían resistido la caída y que se torcían patéticamente sobre su cara. Al acercarme, se agarró con desesperación a mi chaqueta y subiendo su cabeza en un gesto agónico, me susurró:

—El jiance..., se ha llevado el jiance...

Como buen comerciante, el señor Rush había desperdiciado sus últimas energías vitales para informarme de que le habían robado el objeto que yo, justamente, venía a buscar. Después, el desdichado cayó muerto.

No quiero presumir de entereza, pero les puedo asegurar que no perdí la clarividencia de mi pensamiento en ningún instante. Desde el primer momento supe que el asesino había sido el hombre-murciélago que yo había visto salir de la tienda, y que lo había hecho para llevarse el jiance. Por un instante estuve tentado de ir en su busca. Descarté de inmediato la idea, ya que había pasado demasiado tiempo como para poder encontrarlo. Con la misma frialdad, decidí que lo mejor era marcharme de allí antes de que alguien me

descubriera o llegara la policía, pues eso me comprometería a dar unas explicaciones que no quería, o peor, conociendo a Scotland Yard, a que me acusaran a mí del asesinato.

Me di toda la prisa que pude, pero al incorporarme no pude evitar dirigir la vista hacia el escritorio que el señor Rush tenía instalado, a modo de oficina, en una esquina del almacén. El tintero se había derramado y una gran mancha de tinta goteaba desde la mesa. Instintivamente me acerqué. Todo parecía indicar que la llegada del asesino había pillado al dueño de la tienda probando unas plumas, pues encima de la mesa tenía una caja. Mi innata curiosidad me llevó a tomar el papel para saber qué era lo que estaba escribiendo. Me asombró ver que se trataba, nada más y nada menos, de letras chinas.

El trabajo había sido minucioso, y el señor Rush se había tomado su tiempo en completar una hoja llena de esos caracteres. Observé que parte del papel se había manchado con la tinta derramada, pero, por suerte, esta no había cubierto ninguna de las letras. ¿Por qué aquel comerciante estaba escribiendo en chino? Un golpe de vista fue suficiente para obtener la respuesta. Mi poderosa imaginación, y perdonen esta falta de modestia, junto con otra evidencia que era la presencia de un atril vacío sobre la mesa, me ofreció rápidamente una estampa de lo que había sucedido unos minutos antes de mi llegada a la tienda y que paso a exponerles.

El señor Rush había recibido, puede que esa misma mañana, una nueva partida de plumas en su establecimiento y, tal y como era su costumbre, se decide a probarlas. ¿Qué mejor manera de hacerlo que copiando las letras chinas que tenía el jiance recién adquirido, el cual tenía expuesto en un atril en la sala de ventas? Lo coge, se lo lleva al almacén y, en unos momentos de deleite, comienza a copiar despacio aquellas letras que encierran un mensaje indescifrado para él. Seguramente, la concentración en la que se vio inmerso le impidió detectar la presencia del asesino, que como una alimaña silenciosa entró en la tienda, se acercó hasta él y le mató de una cuchillada, lo que era evidente, ya que ni en el almacén olía a pólvora, ni yo había escuchado ningún disparo. Al infeliz del señor Rush le había dado tiempo a copiar bastantes letras, y eso me daba a mí la oportunidad de llevarme una copia, seguramente

casi acabada, de lo que decía aquel jiance por el que, al parecer, alguien estaba dispuesto a matar.

Guardé el papel en mi chaqueta, justo en el momento en que me llegaron ruidos desde la tienda. Por suerte, el almacén tenía una puerta, cerrada tan solo con un pestillo, por la que pude salir. Daba al portal de un edificio contiguo. Antes de poner un pie en el portal de aquella casa, me cercioré de que no había nadie. Luego, cerré con cuidado y me recompuse la ropa y el sombrero, asegurándome de que llevaba la copia del jiance en el bolsillo. Cuando salí a la calle como si fuera un vecino más, los alrededores de la tienda estaban tranquilos. La incómoda niebla de Londres se había hecho más densa, ofreciéndome un perfecto manto para esconderme. Supuse que quienquiera que hubiera entrado en la tienda de objetos de escritura no tardaría en descubrir el cadáver del señor Rush y daría la voz de alarma. Apreté el paso para alejarme de allí cuanto antes.

Cuando ya estaba a cierta distancia de la tienda, escuché una campanilla. Rápidamente la identifiqué con la que había en la puerta del establecimiento para avisar de la entrada o salida de clientes. No pude reprimir el gesto de volver la cabeza hacia atrás, justo a tiempo para intuir entre la niebla la silueta de dos personas que salían de la tienda del malogrado señor Rush. Una de ellas correspondía a la de un hombre, pues destacaba sobre ella un sombrero de copa. La otra persona era más menuda y apenas se distinguía su contorno. Me tranquilizó ver que no mostraban ningún signo de alarma, lo que significaba que no habían descubierto el cuerpo del propietario. Lo más probable es que fueran clientes que, al no ser atendidos, se habían marchado sin más.

Me van a tachar de insensible, pero en aquel momento me sentía satisfecho de haber conseguido lo que, no tenía ninguna duda, era la copia de aquel jiance. De manera que, considerando que mi trabajo en Londres había concluido, me alegré de tener el tiempo suficiente para poder regresar a Edimburgo en el tren nocturno. El asesinato del señor Rush era un hecho consumado sobre el que yo no podía hacer nada, así que seguí mi camino, congratulándome enormemente de que la señora Arliss no hubiera estado allí. De haber presenciado la muerte de aquel hombre, le habría entrado un ataque de histeria y se hubiera empeñado en que llamásemos a la policía, lo que no

hubiera hecho más que complicar la situación. Les confieso que, al acordarme de ella, me entró la tentación de parar un coche para ir a verla y mostrarle lo que había conseguido. Pero contuve mi vanidad y me decidí a comer algo antes de ir a la estación de tren.

Mientras caminaba por Knight's Bridge en dirección a Piccadilly, buscando un establecimiento que se adecuara a mis exigencias, es decir, lo suficientemente limpio para que las ratas no camparan a su antojo, la niebla se fue pegando más a mí. Me detuve en la esquina de Wilton Place, dudando si bajar hacia esa calle o seguir adelante. Con un leve movimiento de mi cabeza pude detectar a mi espalda el fugaz reflejo de dos sombras. Fueron solo unas décimas de segundo, pero inmediatamente las encajé en las siluetas de las personas que habían salido de la tienda de objetos de escritura unos minutos antes. A partir de ese momento, y con la sospecha de que me seguían, me mantuve alerta.

Decidí seguir hacia Piccadilly, descartando la idea de meterme en Hyde Park. Desconocía las intenciones de aquellos tipos y pensé que era más seguro evitar los lugares menos frecuentados. Tuve la firme certeza de que me seguían y apreté el paso. La pregunta era obvia: ¿por qué? Analizando la situación, no me fue difícil encontrar una respuesta. Mis perseguidores habían entrado en la tienda del señor Rush buscando lo mismo que yo, el jiance. Era muy probable que, después de haber encontrado su cadáver, se dieran cuenta de que la puerta trasera del almacén no tenía echado el pestillo, lo que les hizo deducir que alguien podía haber huido por allí. Alguien que para ellos era el ladrón y asesino y que identificaron con mi persona al ver cómo me alejaba de la tienda.

Esta no era mi única conclusión. Había otra que, si cabe, tenía mayor importancia. El jiance no estaba siendo buscado por un solo grupo o persona. Era evidente que el verdadero asesino del señor Rush se lo había llevado, cosa que, al parecer, los tipos que me seguían desconocían. Estaba seguro de esta hipótesis porque, además, me apoyaba en otro descubrimiento, anterior y concluyente.

Si ustedes recuerdan, y estoy seguro de que no les falta capacidad para ello, mi amigo el coronel y yo habíamos recorrido los jardines de Cockpen Castle buscando pistas que nos aclararan cómo había sido el asesinato de lord

Greenwich. Concluí en aquel momento que los ladrones del reloj y el asesino no habían sido los mismos. Habrían actuado en momentos diferentes, aunque ciertamente cercanos. Ahora, tras ver lo que estaba sucediendo, casi podía asegurar que se trataba de dos grupos o personas diferentes. Dos personas o grupos interesados en quedarse con el reloj y, por ende, con el jiance. Una carrera por conseguir alguna información importante que estaba recogida en el librito chino, y del cual yo llevaba nada menos que una copia en mi bolsillo. Y fue ese pensamiento el que me dio la idea.

Sin dejar de vigilar a mis perseguidores, apreté el paso al entrar en Piccadilly. El tráfico de coches y carros era tan intenso que me cubrió cuando crucé de acera. Rápidamente tomé una de las calles que desembocaban allí con la esperanza de haber despistado a mis perseguidores. Callejeé un rato sin ningún indicio que apuntara a que me seguían, y en la primera taberna que encontré me metí. El establecimiento parecía limpio y me acomodé en una de las mesas, de frente a la puerta para poder observar a todo el que entrara. La tabernera, una mujer grande y oronda, vino enseguida a atenderme. Al mismo tiempo que le pedí un bistec con patatas, le rogué que me consiguiera una pluma, tinta y papel. Cuando me lo trajo, saqué el papel con las letras chinas del señor Rush y lo copié lo mejor que pude. Luego llamé de nuevo a la tabernera y le pregunté si tenía algún mozo a su servicio que me pudiera hacer un encargo.

—¡Claro que sí, caballero! —contestó la mujer, que parecía bastante servicial—. Mi hijo James es un zagal listo como el hambre.

James se presentó inmediatamente delante de mí. Resultó ser tal y como le había descrito su madre, listo como el hambre, pues me pidió nada más y nada menos que tres chelines por hacerme el recado, que en un principio consistía en conseguirme un sobre. Salió como un rayo de la taberna y no tardó más de diez minutos en traérmelo. Mi intención era enviarme a mí mismo la copia del jiance. Tenía la certeza de que aquellos tipos no pararían hasta encontrarme. Lo mejor era poner la copia del señor Rush a buen recaudo y mandármela a mi propia casa en Edimburgo. Era una manera de ponerla a salvo. Por si esa carta se perdía, me guardé la otra copia en uno de mis calcetines. Así, congratulándome de haber tenido aquella magnífica idea,

escribí mi nombre y dirección en el sobre. Para no levantar sospechas, en el remite puse el nombre del coronel Nicholls.

—Bien, James —dije al muchacho que había permanecido todo el rato junto a mí—, para terminar tu trabajo tendrás que llevar esta carta a la estafeta de correos más próxima. ¿Lo sabrás hacer, verdad?

—Sí, señor —contestó él con soltura—. Por un chelín más, esa carta estará en la estafeta antes de que usted se haya terminado su filete.

—No —ordené algo malhumorado por su insaciable avaricia—, esta vez quiero que esperes a que yo me haya ido. Entonces, después de un rato, saldrás y la llevarás hasta la estafeta. ¿Lo has entendido?

—Perfectamente, señor. —James extendió la mano para cobrar sus honorarios.

Le di algo más de dinero para cubrir también los gastos del envío y le repetí la importancia de que esperara a que yo me marchara. Estaba casi seguro de que había despistado a mis perseguidores, pero cualquier precaución era poca. Aquello no se trataba de un juego. De momento, que yo supiera, ya habían muerto dos personas por estar relacionadas con el jiance de una manera u otra. Existía un peligro real pisándome los talones y yo no era tan tonto como para despreciarlo. Eso sí, terminé mi bistec sin darme demasiada prisa. Tenía tiempo de sobra para llegar a coger el tren y no había perdido ni una pizca de mi colosal apetito.

Cuando abandoné la taberna, la niebla se había cerrado más sobre la calle. Apenas se podía distinguir a media legua de distancia. Eran unas condiciones que ciertamente me favorecían, pues sería difícil que alguien me pudiera seguir el rastro, pero también era verdad que a mí me iba a resultar prácticamente imposible saber si alguien me estaba siguiendo. En aquellos momentos pensé que lo mejor era no perder tiempo y tomar un coche para dirigirme hacia King's Cross. Bajé de nuevo a Piccadilly dispuesto a coger el primer coche de punto que pasara. Entonces volví a intuir que tras de mí venían un par de sombras. Fue una intuición, un aviso que mis sentidos, alerta en todo momento, me estaban enviando. No quise arriesgarme. Rápidamente paré un coche y me subí en él, esperando despistar a quienes quiera que fueran. Iba a pedirle al cochero que me llevase a King's Cross, sin embargo, por la ventanilla trasera vi que dos tipos se habían subido a otro coche detrás

del mío. Sospechando que eran los mismos que me seguían, le pedí al conductor que se pusiera en marcha, pagándole una buena suma por adelantado, y le dije que le daría más tarde la dirección a la que me dirigía. El cochero me obedeció y no tardé en comprobar que, efectivamente, aquel coche no se despegaba de nosotros. Incluso cuando le pedí al conductor que se metiera por las callejuelas más estrechas que encontrara, siguió detrás.

Fue un soplo de lucidez. En un momento determinado, mi coche bajó de velocidad al girar en un pequeño callejón, de hecho casi paró del todo al ver unas cajas apiladas en la calle. Aproveché para abrir la puerta y saltar fuera. Lo quise hacer tan rápido que caí mal y se me torció el pie. Solo trastabillé, sin llegar a caer, y conseguí esconderme detrás de aquellas cajas. Me mantuve agazapado hasta que, inmediatamente, pasó el coche que me seguía. Una vez que lo perdí de vista, salí de mi escondite, y luego, sin perder un minuto, intenté alejarme en sentido contrario. Sin embargo, al comenzar a andar, me di cuenta de que la torcedura del pie me había lastimado el tobillo y apenas podía caminar. Por suerte llevaba mi inseparable bastón. Aun así, sabía que no podría llegar muy lejos. Tenía que buscar un lugar donde esconderme y poder pensar con calma. Ese lugar no fue otro que una sucia posada que encontré en aquella misma calle.

Si la posada era sucia, no les quiero decir nada del grasiento posadero. Le pedí una habitación con vistas a la calle y me presenté con aquel nombre tan sonoro de Timothy Lytton que había utilizado en la tienda de antigüedades. Por supuesto, el tipo no daba crédito a que un caballero como yo fuera huésped de su posada y me recibió con sucesivas inclinaciones de cabeza, lo que no fue óbice para que me cobrara por adelantado la única noche que iba a pasar allí, según le dije. Por supuesto que mi intención era tan solo permanecer el tiempo justo para despistar a mis perseguidores y que mi tobillo se recuperara. Al intentar subir la escalera que me llevaba a una «habitación para la mismísima reina», palabras del posadero, me di cuenta de que no podría andar en las próximas horas. El hombre, al verme así, se ofreció a llamar a un médico mientras su mirada adquiría un tinte avaricioso, lo que me indicó que la visita del doctor no iba a resultarme barata.

Les ahorraré el trago de que lean la descripción de aquella inmundicia de habitación donde, con la ayuda del posadero, me instalé. La codicia de este

hizo que el médico no tardara en aparecer y, para mi sorpresa, resultó ser un hombre joven y bastante competente, que dictaminó que mi tobillo necesitaría cataplasmas de alcohol y hielo y reposo, al menos, durante veinticuatro horas. Ante mi desesperación al escuchar tales noticias, el doctor se ofreció a venir a verme al día siguiente. Acepté de mala gana, pues eso suponía perder el tren a Edimburgo y tener que quedarme en el horrible Londres un día más. Y, encima, hacerlo en una posada asquerosa, donde desconocían el sentido de la palabra *limpieza*.

De manera que allí pasé la noche. Tumbado encima de la cama, sin tan siquiera desnudarme para no tocar aquellas sábanas renegridas ni el maloliente colchón, durmiendo a ratos y maldiciendo mi mala suerte.

Al día siguiente, para colmo de males, el médico no pudo venir hasta el mediodía y dictaminó que, aunque había mejorado algo, necesitaría otras veinticuatro horas para poder andar. Cuando me dio la noticia, sospeché que probablemente se había confabulado con el posadero para hacerme pasar allí el mayor tiempo posible y sacarme hasta el último chelín. Al quedarme solo y hacer el intento de ponerme en pie, me di cuenta de que no podría ir muy lejos. No me quedaba más remedio que esperar al día siguiente para ver cómo evolucionaba. Intenté mantener la calma y pensé en el lado positivo de todo aquello. Por ejemplo, que los tipos que me seguían habrían perdido definitivamente mi pista. Y que, por otro lado, el tobillo lastimado era el derecho y la copia del jiance seguía a buen recaudo en mi calcetín izquierdo, el cual no pensaba quitarme hasta llegar a Edimburgo. Lo único que me preocupaba era mi amigo el coronel, quien esperaba mi regreso en el tren nocturno de Londres. Podía haberle avisado, pero eso suponía tener que pedirle otro favor al posadero y no estaba por la labor de hacerlo. Supuse que el coronel estaría tranquilo pensando que cualquier asunto me había entretenido más de lo esperado.

Por fin terminó aquella pesadilla y pude apoyar el pie. El médico me colocó una venda que me permitió andar, lo justo para poder tomar un coche y dirigirme a la estación de King's Cross. Eso sí, no encontré billete hasta el tren nocturno a Edimburgo. La idea de pasarme una noche en un compartimento de tren me pareció un lujo en comparación con las dos noches que había pasado en aquel tugurio.



Llegué a la estación sin mayor contratiempo que el del horrible tráfico de Londres. No veía el momento de abandonar aquella ciudad. Juré que no regresaría allí en años y subí al tren cojeando pero feliz. Estaba convencido de que no me había seguido nadie. Esa noche dormiría mucho mejor que las anteriores.

Me instalé en mi compartimento con la intención de descansar de aquellos días agotadores. Me había puesto cómodo, quitándome los zapatos y la chaqueta, cuando alguien llamó a la puerta. Abrí dejando solo una rendija.

—Disculpe, caballero —me dijo el revisor—, ¿sería tan amable de mostrarme su billete?, parece que ha habido algún error en el compartimento que le han asignado. Estos señores tienen su mismo número.

Las personas a las que se refería el empleado estaban situadas justo detrás de la puerta, por lo que me fue imposible verlas.

—Estoy seguro —protesté al empleado— de que este es mi compartimento. Lamento decirle que no acostumbro a equivocarme.

El empleado insistió tanto que, por qué no decirlo, bastante molesto, me vi en la obligación de ir cojeando a buscar mi billete.

—Compruebe usted mismo como tengo razón. —Extendí con desprecio mi billete al revisor.

Este lo cogió y con bastante celo cotejó el número que aparecía en él con el que había en la puerta.

—Disculpe las molestias, caballero, su billete es correcto —me lo devolvió.

—Se las acepto, pero ya le dije que no acostumbro a equivocarme.

El revisor me dedicó una sonrisa forzada y luego, mientras yo cerraba la puerta, escuché como se dirigía a las dos personas que lo acompañaban y que habían estado ocultas a mi vista durante toda la conversación.

—Debe tratarse de otro compartimento —les dijo—, ¿están seguros de que el suyo era el dieciocho?

—Sí, si la vista no me ha fallado —contestó un hombre.

Al oír su voz se me disparó un resorte interior de alarma. Yo había escuchado esa voz antes. Una voz profunda y yo diría que bastante interesante. ¿Pero dónde? Por desgracia para mí estaba demasiado cansado como para

situarla en un contexto reciente, lo que me hubiera ahorrado el difícil trámite de estar a las puertas de la muerte.

—Me temo que sí que le ha fallado la vista, señor —dijo el revisor—. Su compartimento es el número trece, no el dieciocho.

Me había quedado inmóvil tras la puerta, esperando que el hombre volviera a hablar, pero no dijo nada más o, si lo dijo, yo no oí nada. Me olvidé del incidente y me puse lo más cómodo que pude. Caí dormido casi de inmediato, eso sí, habiendo comprobado antes que la copia de las letras chinas seguía en mi calcetín.

A partir de ese momento solo tengo algún recuerdo confuso. Sé que me desperté al oír que se abría la puerta de mi compartimento y que no me dio tiempo a reaccionar. Antes de que pudiera hacer nada, alguien me cubrió la boca y la nariz con un paño de olor picante. Aunque intenté defenderme, después de unas cuantas inspiraciones caí sin conocimiento.

—Cloroformo, señor Gordon, lo más probable es que fuera cloroformo —sentenció el joven Eastman.

Paseaba por la habitación mientras me escuchaba. Durante todo mi relato, tanto él como el coronel Nicholls habían permanecido muy atentos. El coronel, sentado en una butaca junto a mi cama, y el joven Eastman dando pequeños paseos, de un lado a otro de la habitación, con las manos a la espalda. Como ya les he dicho, había sido el propio coronel quien, una vez recuperé la consciencia, había ordenado que me trasladasen a su casa de Wallyford hasta que me restableciera completamente. Allí me habían instalado en una estancia luminosa mientras convalecía de las secuelas de la droga que me habían inyectado mis secuestradores y de las magulladuras que presentaba todo mi cuerpo. Algo recuperadas mis fuerzas, les había contado todo lo que recordaba antes de haber aparecido en la fría mesa de anatomía.

—Desde que el doctor Simpson utilizó por primera vez el cloroformo —prosiguió el joven Eastman—, su uso se ha extendido rápidamente entre los cirujanos. Ahora es posible sumir a un paciente en un estado de inconsciencia profunda en unos pocos segundos. Es muy probable que sus secuestradores utilizaran esa sustancia. Pero hay algo que no encaja. El doctor Gregory dijo que usted tenía un pinchazo en la parte alta del brazo, como si le hubieran inyectado algo. De hecho, tuvo que ser así, porque el efecto del cloroformo no

le duraría más de dos o tres horas... Y usted estuvo desaparecido más de un día y medio hasta que encontraron su cuerpo...

—Puede ser —recordó de repente—..., sí que tengo una imagen confusa de haberme despertado otra vez en el compartimento del tren... Sí, con un dolor en el brazo...

—Como usted dormía profundamente, no sabemos cuánto tiempo le quedaba para llegar a Edimburgo —añadió el coronel—. Lo que parece evidente es que el cloroformo no fue suficiente para mantenerlo dormido y le inyectaron otra sustancia. No querían ser descubiertos. y cualquier otra manera de acabar con usted resultaría ruidosa. Luego, seguramente, le bajaron del tren y lo dejaron tirado en medio de la calle...

—¿En la calle!? —exclamé incrédulo.

—Así creemos que fue —prosiguió impasible el coronel—. El señor Eastman ha investigado y ha descubierto cómo llegó a la Escuela de Medicina. De hecho ya ha identificado a la persona que entregó su «cadáver» para el bien de la ciencia...

—Cuéntenme. Ardo en deseos de saberlo. —Me incorporé con dificultad en la cama, pues las costillas todavía me dolían.

—No me fue difícil descubrirlo —intervino el joven Eastman—, las leyes actuales son muy rigurosas a la hora de aceptar que un cadáver sea donado para la disección. Se lleva un riguroso registro por parte de los profesores autorizados y es revisado por el inspector de Anatomía designado por el gobierno para Escocia. Pues bien, según ese registro, su cadáver fue aceptado por provenir de la calle y no ser reclamado por ningún familiar, hecho este que la ley contempla.

—¿Cómo es posible! —exclamé indignado—. ¿Nadie comprueba que esos datos sean verdaderos?

—Justamente es ese el problema —dijo el joven Eastman—, la persona que entregó el cuerpo tiene la entera confianza de las autoridades.

—¿Y quién es esa persona? —pregunté en otro vano intento de incorporarme en la cama.

—El párroco de Geyfriars Kirk. He hablado con él y me temo que ha sido víctima de un engaño o de una confusión —explicó el joven Eastman—. Al parecer, no es infrecuente que le avisen cuando hay un cadáver de algún

mendigo en la calle, de los que ninguna alma piadosa se hace cargo. Así que suelen avisar al párroco, que se encarga de recogerlos. Él hace todo lo posible por identificar al muerto, y visita los asilos de la zona por si alguien puede darle algún dato. Cuando ya agota todas las posibilidades, entrega los cadáveres a la cátedra de Anatomía con el espíritu de hacer un servicio a la humanidad y a la ciencia...

—Me imagino que también a su parroquia —intervino el coronel—, porque algo de dinero conseguirá.

—No lo descarto —siguió Eastman—, la necesidad de cuerpos es evidente y seguro que alguien estará dispuesto a pagar, aunque sea ilegal... El caso es que el bueno del párroco encontró su cadáver en un callejón del Cowgate.

—Entonces me tomaron por un mendigo... Pero ¿y mis ropas?... Perdone, pero nadie en su sano juicio podría confundirme con un indigente...

—Para eso sí tenemos respuesta —dijo el coronel chupando su pipa, que mantenía apagada por consideración hacia mí—. El señor Eastman indagó entre los mendigos de la zona.

—Sí —terció el propio señor Eastman—, se habían repartido sus ropas entre varios. Se las quitaron al pensar que estaba muerto. Lo único que pude recuperar fue su bastón...

Lo sacó de un cajón. En un gesto de debilidad, poco propio de mí, se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Gracias —fue lo único que alcancé a decir mientras lo cogía...

No daba crédito a lo que estaba oyendo y las preguntas se me acumulaban en la cabeza. Me encontraba todavía lo suficientemente abotagado para no poder hacerles frente.

—Parece claro —añadió el coronel— que quienes fueran querían el jiance, pues pensaban que usted lo había robado de la tienda del señor Rush. Una vez que le durmieron con el cloroformo, seguramente le registraron y encontraron la copia en su calcetín, luego se deshicieron limpiamente de su cuerpo. Lo más probable es que le metieran en un baúl y de ese modo le bajarán del tren.

—¡Santo Dios! —exclamé—, ¡no me extraña que me duelan todos los huesos!... Me pregunto qué será lo que tiene escrito ese jiance para que tanta

gente quiera tenerlo...

—Pronto lo sabremos —dijo el coronel—. Mi amigo, el señor Alexander Russel, director del *Scotsman*, me ha enviado una nota esta mañana. Entre sus múltiples obligaciones había olvidado la traducción que le pedí. Me ha asegurado que la tendré a lo largo del día.

—Lo que ha quedado patente —concluyó el señor Eastman— es que las sospechas del señor Gordon eran ciertas y que hay, al menos, dos bandas u organizaciones que pretenden conseguir ese jiance. Por un lado, tenemos al asesino del señor Rush, que ha conseguido el jiance original y, por otro, a los hombres que le persiguieron y que consiguieron, o eso creemos, la copia que usted mismo hizo.

—Y no se olvide de nosotros —apuntó el coronel—, que tenemos la otra copia que muy astutamente el señor Gordon se envió a sí mismo. Por desgracia, sea cual sea la información que contiene, ellos nos llevan ventaja.

En aquel momento, Alfred entró en la habitación.

—Señor —se dirigió al coronel—, acaba de llegar este sobre para usted. Al parecer, y según me ha dicho el muchacho que lo ha traído, es urgente.

El coronel cogió el sobre, se puso su monóculo y lo abrió.

—Caballeros —anunció engolando la voz—, es el momento de recortar distancias. En nuestras manos tenemos la traducción del jiance.

## HUYENDO DE LA POLICE

*Oh là là!*, si alguien me hubiera dicho que, a mis años, iba a andar escapando de la *police*, jamás me lo hubiera creído. Es verdad que lord Greenwich siempre me decía que «su palomita» era capaz de hacer cualquier cosa, pero ni siquiera él hubiera podido imaginar que huiría de la policía como si fuera un delincuente. No sé si tendré las fuerzas suficientes como para escribirlo todo, pero como mi querido Leopold así me lo ha pedido, no me he podido negar. Solo tengo palabras de agradecimiento para él, por su actitud siempre cariñosa con Arthur y conmigo. Aunque eso no quita que me cueste muchísimo hacerlo. Nunca me ha gustado escribir. Me resulta muy pesado y trabajoso. Porque, digo yo, si Dios nos dio la lengua para que hablásemos, no sé por qué nos empeñamos en no usarla. Pero a veces hay que sacrificarse por la felicidad de los demás, y si esto es para hacer más feliz a mi sobrino nieto, lo haré de la mejor manera posible.

Como no sabía muy bien por dónde empezar, fue el propio Leopold el que me sugirió que comenzara por el momento en que, en compañía de la señora Arliss y la señorita Jervis, huimos por el pasadizo secreto de la biblioteca. *Mon Dieu!*, creo que no se debería llamar *secreto*, pues todo el mundo, incluso los criados, lo conocen. Por suerte, aquel estúpido policía no sabía de su existencia. ¿Cómo se llamaba?... ¿Rooth?... ¿Roomy?... no, creo que era Rothney o algo así. Bueno, da igual. De lo que estoy segura es de que era absolutamente tonto.

Aquella mañana, la señora Arliss y la señorita Jervis me acompañaron en un agradable paseo por los jardines de Cockpen Castle. Habían venido a visitarme para ponerme al día del avance de las investigaciones sobre la muerte de lord Greenwich. Cuando regresamos al interior del castillo, ¡zas!, allí estaba aquel policía esperándome para acusarme del asesinato de Arthur. La impresión que me produjo aquella noticia fue tan fuerte que a punto estuve de desmayarme. Gracias a Dios, la señora Arliss se encargó de hablar con él.

No le debió de gustar mucho lo que le dijo aquel asno cuando tomó la decisión de que huyéramos de Cockpen Castle lo más rápidamente posible.

¡Oh, no crean que a mí me supuso ningún inconveniente!, ¡de ninguna manera!, ¡me pareció una excelente idea! Con personas como aquel inspector, incapaz de entrar en razón, lo mejor es tomar decisiones radicales. En cambio, la señorita Jervis, a pesar de su juventud, se alarmó, a mi juicio, demasiado por el rumbo que estaban tomando los acontecimientos.

—¿Cree que es una buena idea, señora Arliss? —preguntó abriendo mucho sus grandes ojos cuando entrábamos en el pasadizo—, ¿no sería mejor hablar de nuevo con él?

—Me temo que no —contestó la señora Arliss—. Con ese policía es imposible razonar y necesitamos un poco de tiempo para aclarar todo este asunto. ¿O prefiere que lady Greenwich pase la noche en un calabozo?

Creo que la sola idea de imaginarme en un frío calabozo hizo que la señorita Jervis se convenciera de la necesidad de huir. Detrás de nosotras, Edward cerró el panel corredizo del pasadizo. Aun así, escuchamos como el policía insistía dando golpes en la puerta para que alguien le abriera.

—¿Y dónde nos esconderemos? —preguntó la señorita Jervis. Una pregunta que yo, la verdad, ni me había planteado.

—De momento tenemos que conseguir llegar hasta nuestro coche. Si se han dado cuenta, el inspector ha venido con dos agentes más. Por eso le he pedido a su mayordomo que espere un poco y luego diga que la puerta está atrancada. Es casi seguro que el inspector pedirá ayuda a los policías que están afuera. Así, mientras ellos acuden a ayudarlo, nosotras aprovecharemos que dejarán el camino libre hasta nuestro coche para poder escapar.

—*Oh, génial!* —exclamé entusiasmada—. Elisabeth, debo reconocer que tiene usted una mente especialmente dotada para el crimen y el engaño.

—Eso me ha dicho siempre mi esposo... Ahora debemos darnos prisa. Lady Greenwich, será mejor que se agarre bien a mí —me cambió a Anouk de brazo—, el suelo está resbaladizo.

—Gracias, querida —intenté tranquilizar a Basile, que había comenzado a ladrar—, trataré de no caerme.

Agarrada del brazo de la señora Arliss, avanzamos los seis por el pasadizo. Hacía muchos años que no había entrado allí. A Arthur y a mí,

cuando éramos más jóvenes, nos gustaba gastar bromas a nuestros invitados o sorprenderles con juegos de magia donde aparecíamos y desaparecíamos de la biblioteca. Ahora era diferente, y solo pensaba en alejarme lo más rápidamente posible de aquel loco. Entonces Antoine, que iba en brazos de la señorita Jervis, también se puso a ladrar.

—¿No puede calmarlos? —me preguntó la señora Arliss con cierta alarma—, ¿nos van a descubrir!

—¡Oh, me temo que no, mi querida amiga! Cuando ellos se quieren expresar, es imposible que se callen. Pero no se apure, el pasadizo no es muy largo. Si no recuerdo mal, ahora girará a la derecha y pronto encontraremos la puerta de salida.

No me extrañó que la señora Arliss estuviera preocupada. Los ladridos de mis fieles hijitos retumbaban sobre las paredes del pasadizo y los amplificaban. Por suerte, dejaron de ladrar en cuanto atravesamos la puerta de salida, que, afortunadamente, estaba justamente donde yo recordaba.

—¿Por dónde vamos ahora, lady Greenwich? —me preguntó la señora Arliss un poco desorientada.

—Por esa puerta —les indiqué—. Es la de servicio que va a dar a la fachada este.

—Muy bien —dijo ella a la vez que se dirigía con decisión hacia la puerta—, entonces tendremos que rodear el castillo de prisa para llegar hasta el coche. ¿Están preparadas?

Tanto la señorita Jervis como yo asentimos. ¡Era emocionante estar viviendo todo aquello! Y puedo decir, sin avergonzarme, que me resultaba muy divertido. ¡Era estupendo volver a sentirse joven!

De esta manera, salimos al exterior. La señora Arliss fue delante y nosotras la seguimos bordeando el castillo por la fachada sur. Anduve lo más rápido que pude detrás de ella, pero debido a mis faldas y al hecho de llevar a Anouk en brazos, no podía avanzar todo lo rápido que me hubiera gustado. Algo también tendría que ver que, por desgracia, ya no soy una jovencita... Sin embargo, y gracias a Dios, la señorita Jervis me ayudó y así pudimos alcanzar a la señora Arliss, que ya se había parapetado unas yardas más adelante, entre la esquina sur y la oeste del castillo, y se asomaba con cuidado para ver si teníamos el camino libre.



—Creo que hemos llegado justo a tiempo —nos dijo regresando jadeante hasta nosotras—. Los policías han desaparecido y nuestro cochero está junto a la puerta principal charlando con una de las criadas. El plan es el siguiente. Usted, lady Greenwich, y la señorita Jervis caminarán rápido hasta nuestro coche. Por suerte no lo han movido y está prácticamente en la esquina... Es muy importante que nadie vea a lady Greenwich subir con nosotras —advirtió a la señorita Jervis a la vez que le pasaba a Basile—, eso nos dará más tiempo. Mientras, yo me acercaré al chófer para decirle que nos vamos. No se detengan por nada del mundo. ¿Preparadas?

Las dos asentimos. La señorita Jervis seguía algo agobiada. Sobre todo al verse con Basile y Antoine, uno en cada mano. En cambio, yo hacía años que no notaba mi corazón latiendo con tanto ímpetu.

La señora Arliss fue la primera en salir, y cuando se aseguró que nadie nos veía, nos hizo una señal para que avanzáramos. Con decisión, las dos fuimos directas al coche mientras nuestra amiga se acercaba a los criados. Por suerte, estaban tan embebidos en la conversación que mantenían que no detectaron nuestra presencia.

Sí, todo hubiera salido a la perfección si no hubiera sido porque, al subirnos en el coche, Basile saltó de las manos de la señorita Jervis y se fue detrás de la señora Arliss en busca de Edwina, mi doncella, que era la que estaba charlando con el chófer y a la cual adoraba. *Quelle malchance!*

—¿Qué hacemos? —pregunté angustiada a la señorita Jervis—, ¿no puedo dejarlo aquí!, ¿lo llamo?

—No, no se preocupe. —La señorita Jervis me empujó para que subiera al coche—. Seguro que a la señora Arliss se le ocurre algo.

—¿Y si lo deja aquí? —pregunté angustiada y dispuesta a ir detrás de él para cogerlo—. Se sentiría muy solo sin sus hermanos.

—Estoy segura de que no lo hará. Confíe en ella. Ahora suba, ¡rápido!

Lo dijo con tanta seguridad que me tranquilizó y la obedecí subiéndome al coche. Eso sí, no perdí de vista a Basile ni un momento. Vi que mi hijito alcanzaba a la señora Arliss justo cuando esta ya había empezado a hablar con el chófer y con Edwina. Antes de que pudiera llegar a los pies de mi doncella, la señora Arliss, con gran naturalidad, lo cogió en brazos.

—Por favor, lady Greenwich —me pidió la señorita Jervis—, retírese de la ventanilla o la verán.

—Sí, tiene razón, querida. Me temo que Basile nos ha complicado nuestra huida...

Para mi alegría, la señora Arliss regresó al poco con Basile en brazos.

—Le he dicho al cochero —nos dijo en voz baja— que tenemos prisa por regresar a Edimburgo. De momento le he dado la dirección de mi casa, pero tendremos que pensar en otro lugar más seguro para lady Greenwich. Por muy poco inteligente que sea ese policía, le resultará sencillo saber que usted y sus perros se han venido con nosotras. Su criada, cuando le he dicho que nos los llevábamos, me ha preguntado si tenía su permiso. La pobre me ha asegurado que usted nunca los deja con desconocidos.

—¡Qué fiel es mi Edwina! —exclamé emocionada por lo responsable y buena que era—. ¿Y usted qué le ha respondido?

—Pues que yo no era una desconocida... Pero me temo que no se ha quedado muy tranquila y, a estas alturas, irá a buscarla a la biblioteca para contarle lo que ha ocurrido. Eso hará que el inspector sospeche...

—¡Huy!, no lo creo, no tiene suficientes luces —dije muy convencida de mis palabras—. Basile, te has portado muy mal y tu «mami» te va a dejar sin postre... *Oh là là!*, ¡esto sí que es velocidad!

Rodeada de mis tres perritos, en tan buena compañía, y con el coche huyendo a toda velocidad de la *police*, me sentía feliz y divertida. Ni siquiera me preocupaba el lugar donde me escondieran. Estaba disfrutando de lo lindo, aunque al ver el rostro de mis amigas, me convencí de que ellas no se lo estaban pasando tan bien. Sobre todo, la señorita Jervis, cuyo gesto reflejaba la preocupación que le estaba ocasionando todo aquello. Eso me apenó.

—¡Oh! —me sentí culpable—, ¡cuánto lamento haberlas metido en esto! ¡Y qué inconsciente he sido! No debería haberles permitido escapar así. Quizá lo más sensato hubiera sido acompañar al policía hasta la comisaría.

—¡De ningún modo! —exclamó con energía la señora Arliss—, no piense que estamos arrepentidas. No le quepa la menor duda de que hemos hecho lo correcto. Lo único que nos preocupa es encontrarle un lugar seguro hasta que todo esto se aclare, y me temo que eso no será muy pronto...

Aquella mujer me encantaba. Hablaba siempre con tanta seguridad que me convencía.

—Quizá el coronel Nicholls pueda ayudarnos a encontrar un lugar para lady Greenwich —intervino la señorita Jervis—. Aunque con lo del señor Gordon no creo que sea prudente molestarle...

Por la forma en que terminó la frase, mirando alarmada a la señora Arliss, y la reacción de esta, que le hizo un gesto negando con la cabeza y subiendo las cejas, me dio la impresión de que la señorita Jervis había dicho algo inconveniente.

—¿Qué le ha ocurrido al señor Gordon? —pregunté.

—¡Oh, nada! —intervino rápidamente la señora Arliss, lo que me hizo sospechar que realmente pasaba algo que mis amigas no me querían contar—. Simplemente es que están muy ocupados con la investigación... Por cierto, lady Greenwich, hemos olvidado que el coronel nos encargó que le hiciéramos alguna pregunta más sobre el día de la muerte de su esposo...

Se produjo un silencio incómodo en el que intenté adivinar qué era lo que me estaban ocultando. La señora Arliss, con su rápida inteligencia, había cambiado de tema, pero sin éxito. Cuando miró por la ventanilla y puso un gesto de preocupación, supuse que era para despistarme y que me olvidara del asunto.

—¿Puede ir un poco más rápido? —gritó al cochero sacando la cabeza por la ventanilla.

A mi juicio ya íbamos lo bastante rápido, pero el cochero se empleó a fondo con los caballos, haciendo restañar su látigo. Empecé a sufrir terriblemente por los animales.

—¿Cree que es necesario que vayamos tan deprisa? —preguntó la señorita Jervis.

—Pues creo que sí —contestó la señora Arliss volviéndose a asomar por la ventanilla del coche—. Si no estoy equivocada, el coche que nos sigue es el del policía.

Apenas presté atención a las palabras de la señora Arliss, pensando como iba en el sufrimiento de los caballos. El cochero seguía azotándolos con el látigo hasta que ya no pude más.

—¡Pare el coche, Elisabeth!, creo que me estoy mareando —mentí.

—¿¡Ahora?! —exclamó la señora Arliss—. ¿No puede aguantar un poco? ... Estoy casi segura —afirmó mirando de nuevo por la ventanilla— de que el coche que nos sigue es el de ese policía.

—No tema por eso —la tranquilicé—, ese torpe de inspector todavía estará intentando que mi mayordomo le abra la puerta...

La señora Arliss miró a la señorita Jervis sin saber qué hacer, pero al volver a asomarse por la ventana pareció tomar una determinación.

—Me temo que no... No me cabe ninguna duda. Es él —confirmó—. Lo siento, lady Greenwich, pero tendrá que echarse en el suelo. ¿Podrá?

Al principio no entendí lo que me pedía porque no me cabía en la cabeza que aquel inspector hubiera sido capaz de seguirnos.

—*Oui, oui!* ¡Por supuesto que sí! —Comprendí que lo que me pedía era que me escondiera.

—La cubriremos con nuestras mantas —exclamó la señorita Jervis—. ¡Rápido!, ¡nos va a adelantar!

No me digan cómo, pero en un abrir y cerrar de ojos me vi hecha un ovillo, en una incómoda postura y cubierta por una suave manta de cachemir. Unos instantes después, nuestro coche se detuvo bruscamente. El carruaje de la policía se había colocado delante de nosotros obligando a nuestro cochero a echarse a un lado del camino para detenerse.

—¡Santo Dios! —exclamó la señora Arliss—, ¡hemos estado a punto de volcar! ¡Este hombre está loco de remate! ¿Se encuentra bien, lady Greenwich?

—Sí, no se preocupen por mí...

Lo cierto es que aquel frenazo brusco lo había sentido en cada uno de mis viejos huesos. *Oh, mon Dieu!*, se me habían clavado hasta las horquillas del moño, pero no era cuestión de quejarse y menos cuando oí que alguien se dirigía a nuestro cochero. Inmediatamente identifiqué a aquel ridículo inspector.

—¡Alto, policía! —gritó con aquella voz tan desagradable—. ¡Lleva una fugitiva a bordo!

*Oh là là!*, ¡yo, una fugitiva! En el fondo creo que me agradó que me llamase así. Recuerdo que pensé que se lo tenía que contar a la condesa de Carrick... Mientras, Antoine, Basile y Anouk no dejaban de ladrar. Luego el

inspector y alguien más, pues oí varias pisadas, se acercaron hasta nuestro coche.

—¡Ha estado usted a punto de matarnos! —exclamó indignada la señora Arliss—. Espero que tenga una buena explicación, inspector.

—La tengo, ¡claro que la tengo! —Solo oírle hizo que se me revolvieran las tripas—. Tengo la sospecha de que en este carruaje llevan a una fugitiva de la ley.

Otra vez aquel calificativo que me había asignado mi perseguidor. ¡Cada vez me gustaba más!

—No le comprendo, inspector —fingió la señora Arliss a la perfección—. Acabamos de estar con usted, con ese desagradable asunto de lord Greenwich, y pensé que ya estaba todo aclarado...

—¿Aclarado? —rugió el policía—, apenas he podido hablar con la sospechosa. Ha desaparecido y me temo que ustedes la esconden.

—¡Pero, inspector!, usted mismo puede comprobar que lo único que nos llevamos de Cockpen Castle son los perritos de lady Greenwich. Nos ha pedido que se los cuidemos porque después del disgusto que le ha dado usted no se encontraba bien. ¿Es alguno de ellos el fugitivo que está buscando?

Siempre lo diré, esa mujer es una fuera de serie.

—Después de que la señora Arliss hablara con usted —intervino con aplomo la señorita Jervis—, intentamos tranquilizar a lady Greenwich y pensamos que un paseo le sentaría bien. Luego ella decidió que necesitaba tumbarse un rato y se retiró a sus habitaciones...

Se produjo un silencio solo interrumpido por un pequeño gruñido de mi fiel Anouk. Como es chica, es la más intuitiva de los tres. Sin embargo, los profundos ojos de la señorita Jervis, su sedosa y larga cabellera y esa dulce y sugerente voz produjeron un efecto hipnótico en el policía.

—¿No ha preguntado a la servidumbre? —siguió disimulando la señora Arliss para terminar de confundirle—. Seguro que ellos le podrían corroborar nuestras palabras.

—Sí, señora. Sí que lo he hecho. El mayordomo, que se había quedado encerrado en la biblioteca, no sabía dónde estaba milady. Pero una de las doncellas ha venido a avisarme de que ustedes se habían marchado con los

perros de su ama y ha afirmado que ella no iba a ninguna parte sin ellos. Eso, justamente, ha sido lo que me ha hecho sospechar.

—¿Sospechar de qué?

La señora Arliss no se desviaba ni un ápice de su papel y no le daba ni un respiro al policía.

—De que ustedes se han llevado a milady...

—¡Por el amor de Dios, inspector! —exclamó la señora Arliss con una indignación tan bien fingida que parecía real— ¿Y dónde piensa que la tenemos escondida?, ¿entre nuestras faldas?...

La palabra *faldas* fue determinante para que aquel policía se acobardara aún más y solo fuera capaz de balbucear algunas frases incoherentes. Me podía imaginar la cara de tonto que se le había quedado asomado a la ventanilla del coche.

—No... no pretendía..., señora... Mi intención...

*Touché!* La señora Arliss le tenía ya contra las cuerdas y solo le quedaba darle el golpe final.

—Lady Greenwich es toda una dama, inspector. Estoy segura de que está dispuesta a aclararle cualquier confusión que se haya producido. De hecho, nuestra salida precipitada de Cockpen Castle ha sido con el único fin de ir en busca de mi esposo, que, como le he dicho, es abogado, Thomas Arliss, del bufete Arliss & Associates...

Aquí mi amiga hizo un significativo silencio para que el nombre de los abogados hiciera mella en el policía.

—Si lo que quiere es registrar nuestro coche, hágalo, pero no pretenda que nosotras nos bajemos...

Para corroborar la invitación, mis perritos se pusieron a ladrar de nuevo.

—Está bien —dijo el policía al cabo de unos segundos con evidente fastidio—. Sigán su camino, señoras...

—¡Por supuesto que lo haremos! —exclamó la señora Arliss, que no se rendía a tener la última palabra en aquella batalla—. Y lo que un caballero también haría, inspector, es disculparse...

Y lo hizo; la señora Arliss consiguió que mascullara una especie de disculpa. Acto seguido mi amiga dio orden al cochero para que arrancara. La batalla estaba ganada.

—Aguante un poco más, lady Greenwich, no me fio de que ese bruto no decida seguirnos.

—¡Ay, espero que no!, creo que no podría aguantar mucho más aquí abajo.

—Me parece que se van —dijo la señorita Jervis—. Toman el camino de regreso a Cockpen Castle... ¿Se encuentra bien, lady Greenwich? —Retiró las mantas y las enaguas que me tapaban.

—Me temo que mis pobres huesos se han resentido y no puedo moverme —gemí.

Con bastante dificultad, entre mis dos amigas consiguieron que me incorporara. La tarea era difícil, si tienen ustedes en cuenta mis años, el traqueteo del coche, el poco espacio con el que contábamos y mis perritos que se empeñaban en darme la bienvenida al mundo superficial.

—*Oh là là!*, me temo que ese bruto ha conseguido que se me deshaga el moño...

Por la cara que pusieron mis compañeras de aventura, debía de estar hecha una facha, con el moño torcido y la ropa descompuesta. Me entró la risa, una risa nerviosa y también liberadora de la tensión que acababa de pasar. La señora Arliss se cubrió la boca con la mano y se rio, al igual que la joven señorita Jervis. Al ver que yo ya no podía sujetar las carcajadas, ellas dos se unieron a mí y las tres terminamos llorando de risa.

—Tendría que haber visto la cara que puso el inspector cuando le dije lo de las faldas —decía la señora Arliss mientras se secaba los ojos...

—Me lo imagino buscándome por todos los rincones de Cockpen Castle —dije yo riéndome aún más.

Cuando se nos pasó el ataque, nos quedamos calladas durante unos instantes, disfrutando la sensación de bienestar que se produce tras un momento tan divertido como el que habíamos tenido. Fue la señorita Jervis la que recobró antes la cordura.

—Debemos serenarnos —intentó borrar la sonrisa de su cara—, no sé cómo nos lo hemos tomado así. Todo este asunto es bastante grave.

—Ay, querida, si la vida no se toma con humor, puede llegar a ser muy poco gratificante.

—Así es, lady Greenwich —dijo la señora Arliss más calmada—, pero creo que la señorita Arliss tiene razón. Es hora de que pensemos qué hacemos con usted. Me temo que en mi casa sea imposible esconderla: será el primer sitio donde la busquen. El inspector Rothnie ya conoce mi nombre. ¿Tiene algún familiar o amigo que la pudiera esconder?

—Déjeme pensar... La única que se me ocurre es mi amiga la condesa de Carrick, pero Irina tiene la lengua más floja que yo he conocido. No tardaría ni un minuto en contarle a todo el mundo que yo estoy en su casa...

Por más que pensé no se me ocurrió nadie a quien le pudiera explicar mi comprometida situación y fuera capaz de entenderla y no delatarme.

—Se me ocurre —dijo la señorita Jervis rompiendo el silencio en el que nos encontrábamos— que hasta que encontremos otro lugar, lady Greenwich podría venirse conmigo. Los Williamson han salido de viaje y le han dado descanso a la mayoría del personal...

—De ningún modo, querida. No quiero que por mi culpa tenga problemas. Conozco algo a esa familia, o mejor, conozco a la señora Williamson. Sería la disculpa perfecta para echarla de su trabajo...

La señora Arliss me miró con esos ojillos suyos tan perspicaces y en ellos vi claramente como aquella idea le había gustado.

—La señorita Jervis puede tener razón. La casa de los Williamson sería el último lugar donde ese policía la buscaría. Y solo sería por una noche. Antes de que el señor y la señora Williamson regresen, usted ya estará en un lugar seguro. Además, eso me dará tiempo para hablar con Thomas.

No puse ninguna objeción más, pues la señorita Jervis me aseguró que todo iba a salir bien. La mayoría de los criados tenían el día libre y, a la mañana siguiente, la señora Arliss me prometió que vendría a buscarme. Lo que ninguna de las tres sabíamos es que la estancia en tan regia casa a poco me cuesta la vida.



## UN BARCO. UNA HORA. EL PUERTO DE LIVERPOOL

Los descubrimientos de este siglo serán fundamentales para el progreso de la humanidad. Para los que nos interesamos por el avance de la ciencia, tenemos la gran suerte de que Edimburgo sea una ciudad puntera en muchos campos, entre ellos el de la medicina. La reputación de la Escuela de Medicina es muy alta y aquí acuden estudiantes tanto del Reino Unido como del extranjero, pues entre sus profesores cuenta con alguno de los médicos más eminentes de nuestra época. Nuestro amigo el doctor Gregory pertenece a una de las familias que ha dado alguno de los más prestigiosos profesionales a esta ciudad. Tanto su padre como su abuelo fueron catedráticos. Sin ir más lejos, su padre, James Gregory, fue un profesor brillante, aunque quizá se le conozca más por ser el creador de los famosos polvos Gregory's Mixture, que preparaba para los problemas de estómago y que hoy en día se siguen usando. John Gregory ha seguido la estela familiar y actualmente es profesor en la cátedra de Medicina Forense y Materia Médica, donde trabaja con el eminente sir Robert Christison, catedrático de esta materia y una de las eminencias en farmacología. Sin embargo, consultado este por nuestro amigo el doctor Gregory, ni siquiera él pudo concretar qué sustancia habían inyectado al señor Gordon.

Fuera cual fuera el fármaco, lo cierto es que la salud de Herbert se resintió. Le habíamos trasladado a mi casa desde la Enfermería Real, donde el doctor Gregory encontró síntomas de que estaba recuperando la conciencia. El mismo doctor consideró que era más adecuado trasladarlo cuanto antes a un lugar tranquilo y bien aireado para evitar que, dada la debilidad que mostraba, pudiera contagiarse con alguna de las infecciones que se trataban en aquel hospital.

Por ello le trajimos a Wallyford. El joven Eastman se ofreció a ayudarme en su cuidado y se instaló en mi casa. Para nosotros fue una inmensa alegría ver como, en pocas horas, se recuperó y nos dio muestras de que no le había

quedado ninguna secuela. Supuso un gran alivio, sobre todo cuando vimos que era capaz de recordar todo lo sucedido y contárnoslo. Eso nos iba a permitir olvidarnos de su salud y volver a centrarnos en la investigación. Una investigación que, a medida que se iba complicando, se hacía más interesante.

Tenía que reconocer que lady Greenwich había demostrado tener razón y que detrás de la muerte de su esposo había algo más que un mero robo. Lo curioso del caso era que el reloj de la dinastía Qing robado había cedido el protagonismo a un librito de tablas de bambú: el jiance que mi amigo Herbert sospechaba que traía en su interior. Gracias a su perspicacia, habíamos conseguido una copia del texto escrito en él. Oportunamente, su traducción me llegaba unos minutos después de que Herbert terminara de contarnos toda su aventura en Londres.

—¡El bueno de Russel! —dije mientras me ponía el monóculo y abría el sobre que me había mandado el director del *Scotsman*—. Aunque se esté terminando el mundo, él cumple con su palabra. Recuerdo una ocasión, estando él en China, en la que me prometió...

—¡Por el amor de Dios, coronel! —interrumpió Herbert incorporándose en el lecho—, ¡abra de una vez ese sobre! ¡Estamos impacientes por conocer la traducción!

—Por supuesto, discúlpenme...

Con más diligencia de la que había mostrado hasta aquel momento, saqué la cuartilla. Estaba doblada en diagonal dos veces, formando un pequeño triángulo. Sonreí para mis adentros y reprimí el impulso de contarles a mis compañeros que aquella era la firma de Russel. Nunca firmaba sus cartas a la manera usual; todos conocían sus escritos por la manera en que doblaba el papel. Lo desdoblé y ante mis ojos vi que la nota ocupaba poco más de dos líneas.

—Veamos. —Carraspeé para aclararme la voz—. *Puerto de Liverpool. El Fénix Rojo. La primera hora del séptimo día del segundo mes del año cuatro mil quinientos cincuenta y seis* —leí.

Creo que mis amigos se quedaron bastante decepcionados.

—¿Eso es todo? —exclamó el joven Eastman.

—Me temo que sí. —Di la vuelta a la nota buscando algo más, pero no había nada.

Los tres permanecemos unos instantes sumidos en nuestros pensamientos, cada uno intentando dar un sentido a aquellas palabras. Fue Herbert el que rompió el silencio.

—¿No lo ven? —nos dijo—, ¡es una fecha! Una fecha y un lugar: el puerto de Liverpool. El jiance tenía escrito el día, la hora y el lugar donde va a suceder algo. Algo que, a tenor de lo que estamos viviendo, es de suma importancia para muchas personas.

—Sí —intervino el joven Eastman—, parece evidente que es una fecha, pero me temo que aún queda bastante para que ocurra, si tenemos que esperar al año 4556...

La expresión de Herbert se iluminó con ese rayo de vanidad que le cruza el rostro cuando va a dar una explicación que los demás desconocen.

—Mi querido señor Eastman —recobró la energía en su voz apagada por la convalecencia—, se trata del año chino. Ellos arrancan su calendario en el año 2697 antes de Cristo, rememorando el nacimiento del emperador Huangdi. Eso significa que si usted suma esa cifra de 2697 al año en que nos encontramos, 1859, le dará exactamente 4556.

—Según eso que usted dice —intervine—, sea lo que sea, tendrá lugar la primera hora del séptimo día del presente año en el puerto de Liverpool.

—Exactamente —dijo Herbert—. Los nombres de los meses chinos son ordinales, como la mayoría de los antiguos meses romanos. El segundo mes es, por lo tanto, febrero. El día fijado es el siete de febrero, pasada la media noche. ¿A qué día estamos hoy?

—A cinco, a cinco de febrero de 1859.

—Sobraba el año, coronel —me recriminó Herbert—. No he perdido tanto la cabeza, solo he perdido la cuenta de los días del mes y debido a las circunstancias de todos ya conocidas...

Herbert es así. Extremadamente sensible. Uno no sabe cuándo le puede ofender, pero con el paso de los años he aprendido a tolerar sus rabietas, que, por otro lado, desaparecen con la misma rapidez que el humo de mi pipa. Pipa que, por cierto, chupaba apagada por la prohibición que el doctor Gregory me había impuesto de fumar en la habitación donde se encontraba el convaleciente.

—Eso significa —prosiguió mi amigo— que quedan escasamente dos días para que ocurra algo...

—¿Y qué es lo que puede ser? —preguntó el joven Eastman con una media sonrisa—. Lo único que se me ocurre es que resurja un ave fénix en el puerto de Liverpool...

—Pues puede que no vaya usted desencaminado —intervine—. ¿Qué es lo que puede llegar a un puerto?, díganme...

—¡Un barco! —exclamó con alborozo el joven Eastman—. ¡Cómo no se me había ocurrido antes!

—Tiene sentido —corroboró Herbert—, un barco con el nombre de *Fénix Rojo*, un animal mitológico que para los chinos significa ‘el sur’... Un barco que trae una mercancía por la que está interesada mucha gente.

—Y una mercancía que, por lo que estamos viendo, es muy probable que venga de China —concluí—. Si se dan cuenta, el reloj que traía en su interior el jiance vino directamente de ese país. El nombre del barco, si es un barco, según usted, Herbert, también es muy propio de esa cultura...

—Y no se olvide de las monedas —señaló el señor Gordon—. Una marca de actuación de una sociedad secreta china.

—Desde luego lo que parece claro, según lo que vamos viendo —dije—, es que dos grupos organizados están detrás de todo esto. Y parece que los hechos nos están dando la razón. Que sepamos ya son dos las víctimas. Por un lado, lord Greenwich y, por otro, el dueño de la tienda de objetos de escritura. ¿Cómo se llamaba el pobre hombre?

—El señor Rush —aclaró Herbert.

—También es evidente —proseguí— que el asesino que le mató no es del mismo grupo de los que entraron después de usted en la tienda de Sloane Street.

—Puede que este segundo grupo no sea tan desconocido para mí —intervino Herbert—. Me estoy acordando del hombre de las patillas y el sombrero de copa que iba acompañado del anciano chino, a los que el señor Cecil les dio la dirección del señor Rush. ¿Y si hubieran sido ellos los que llegaron después de mí en busca del jiance? Ahora mismo puedo encajar sus siluetas en la sombra de los dos hombres que me siguieron. Acuérdesese de que el tatuaje que llevaba en la muñeca el anciano chino era igual que el dragón de

la monedas... Eso fue lo que me dio la idea de que pueden pertenecer a la misma liga secreta de los que enviaron esas monedas. Eso, si no son ellos mismos...

Un nuevo silencio vino a imponerse entre nosotros hasta que fue roto por el joven señor Eastman.

—Me pregunto qué puede traer ese barco —dijo iluminando su rostro con una sonrisa—. Claro, si es un barco y no es una verdadera ave fénix roja...

—Solo hay una manera de saberlo —dije chupando de nuevo mi pipa.

—¿Cuál? —preguntó ingenuamente el señor Eastman.

—Yendo al puerto de Liverpool el séptimo día del segundo mes del año en curso, y buscando un barco que se llame *Fénix Rojo*.

—¡Estupenda idea! —exclamó Herbert—, tenemos el tiempo justo para llegar hasta allí.

El joven Eastman y yo nos miramos, pensando lo mismo. He de confesar que él fue más valiente que yo al hacer ver la realidad a nuestro amigo.

—Señor Gordon, me temo que usted no podrá ir —le dijo con delicadeza—. Su estado de salud aún no se lo permite.

Herbert estalló en una de sus terribles rabietas.

—¿¿Cómo?! —exclamó echando hacia un lado las sábanas y tratando de incorporarse—. ¿Y eso quién lo dice? ¿Un aprendiz de matasanos que no sabe diferenciar un enfriamiento de una diarrea? Usted, jovencito, meta sus narices en sus asuntos. Y este, desde luego, no le concierne.

Ni al joven Eastman ni a mí nos impresionó lo más mínimo aquel número de circo. En más de una ocasión habíamos asistido a episodios de este tipo. La sensibilidad artística del señor Gordon le hace tomarse la vida como un drama griego. Solo hay que dejar que exprese, en este caso, su frustración, y el temporal habrá amainado.

—Mi querido amigo —Herbert, dolorido y mareado por el brusco movimiento que acababa de realizar, se recostó de nuevo en la cama—, el doctor Gregory opina que aún tardará en restablecerse completamente...

Herbert me miró, cayendo en la cuenta de lo ridículo de su actitud.

—Perdóneme, señor Eastman —se disculpó avergonzado—, me temo que tienen ustedes razón. No tengo todavía fuerzas suficientes para emprender un viaje tan largo.

Se dejó caer con cuidado en el lecho y allí se quedó enfurruñado.

No había mucho tiempo que perder, de modo que el joven Eastman y yo comenzamos los preparativos del viaje. Teníamos algo más de veinticuatro horas para llegar a media noche del día siete a los muelles del puerto de Liverpool.

Una vez que consultamos el horario de trenes, al no existir ningún expreso a Liverpool, decidimos que la mejor opción era tomar uno que salía en la madrugada del día siguiente hacia York. Allí enlazaríamos hacia Mánchester para coger de nuevo un tren que nos llevaría a Liverpool. Calculado el horario con los enlaces, tendríamos el tiempo justo para llegar a la ciudad, instalarnos y acudir al Albert Dock, el muelle del puerto de Liverpool, a medianoche. Dado que el viaje iba a ser largo, convine con el joven Eastman que durante su transcurso planeáramos la forma de actuar.

A lo largo de aquella tarde, Herbert, a pesar de su aparente rendición, quiso convencernos de que mejoraba por momentos. Incluso se llegó a poner en pie para que viéramos su milagrosa recuperación. Era verdad que había mejorado, pero no lo suficiente para acompañarnos. En una de esas ocasiones que estábamos intentando que volviera a la cama, fue cuando Alfred entró con una nota que me enviaba la señora Arliss. Dejé que el joven Eastman se peleara con Herbert y me dispuse a abrir el sobre. Supuse que nuestra amiga me informaba de su nueva visita a Cockpen Castle, de modo que lo rasgué tranquilamente, pensando que me contaría como había devuelto el diario de lord Greenwich a su lugar. Nunca hubiera imaginado las noticias que me traía aquella carta.

—¿Les ocurre algo a nuestras amigas? —preguntó el joven Eastman al ver que me quedaba pensativo tras leerla.

—Eso parece. Por lo que me cuenta la señora Arliss, no solo ellas fueron de visita a Cockpen Castle. También fue la policía, y con la intención de detener a lady Greenwich como asesina de su marido...

Les conté brevemente lo sucedido. El impacto de la noticia hizo que de nuevo Herbert intentara levantarse. He de confesar que, en un primer momento, me uní a su crítica acerca de la decisión que había tomado la señora Arliss de huir con nuestra mentora.

—¡A quién se le ocurre! —protestó Herbert sacando fuerzas de donde no las tenía—. ¡Esa mujer no tiene cabeza! ¡Escapar de la policía con una anciana! ¡Qué locura!

—Si la señora Arliss y la señorita Jervis han tomado esa decisión —intervino el joven Eastman para calmar los ánimos—, es seguro que tendrán buenas razones.

Las palabras de mi joven amigo me hicieron avergonzarme. Conociendo a la señora Arliss, no debería haber dudado de ella. De lo que no estaba tan seguro era de que hubiera acertado en esconder a lady Greenwich en casa de los Williamson. Por supuesto, Herbert puso el grito en el cielo cuando se lo dije.

—Calma, calma —corté su enésimo ataque de furia del día—. Como se suele decir, no hay mal que por bien no venga. Mírelo de otro modo. Usted no tiene todavía fuerzas para venir con nosotros, pero al menos sé que estará aquí para poder ayudar a las damas. Debemos encontrar un lugar más seguro para esconder a lady Greenwich. Y usted se encargará de ello.

Esta idea pareció tranquilizar a mi amigo. Sabía que un aliciente de ese tipo era suficiente para que Herbert se recuperara con mayor prontitud.

—Lo dejo todo en sus manos —le dije—. Estoy seguro de que entre usted y la señora Arliss encontrarán una solución.

Me pareció que farfullaba una protesta entre dientes, pero hice como que no lo había oído.

—De momento —proseguí—, el pasaje de Tolbooth podría ser un buen lugar para que lady Greenwich se escondiera hasta que pase la tormenta. Le enviaré una nota para que vayan al pasaje, y a Alfred para que atienda a nuestra mentora.

—¡Una excelente idea! —exclamó el joven Eastman—, no creo que la policía la busque allí.

—Voy a hacerlo inmediatamente. Al parecer tiene prisa. La señora Arliss no sabía que yo me encontraba aquí, en Wallyford, y ha estado intentando localizarme en Edimburgo.

Herbert, malhumorado como estaba, no dijo nada, y preferí no insistir más en el tema. Me limité a escribir una nota a la señora Arliss ofreciendo el pasaje de Tolbooth para esconder a nuestra mentora. Lo demás, es decir, el

reencuentro entre la señora Arliss y mi amigo, lo dejé en manos de la providencia...

A la mañana siguiente salimos para York. Por suerte, los vagones de primera clase estaban vacíos y nos acomodamos solos en uno de ellos. No tardamos mucho en empezar a planear lo que haríamos en Liverpool, pero pronto nos dimos cuenta de que lo único que podíamos hacer allí era acudir a los muelles.

—¿Ha estado usted alguna vez en el puerto de Liverpool? —pregunté al joven Eastman.

—Nunca, coronel.

—Pues es un lugar curioso para visitar. Yo estuve en una ocasión y me quedé sorprendido por el movimiento de mercancías que hay. Sus muelles son dignos de verse. Los inauguró hace unos años el príncipe Alberto. Es una increíble obra de arquitectura en hierro, ladrillo y piedra que combina un sistema de muelle y almacén. El mecanismo hidráulico que utiliza es francamente innovador... Sin embargo, para nosotros tiene un grave inconveniente: el complejo es bastante grande; nuestro problema será encontrar el muelle donde atraque el barco...

—Quizá nos podríamos separar y cada uno vigilar un muelle —propuso el joven Eastman.

—Sí, yo también había pensado eso, pero no sabemos cuántos barcos pueden llegar a esas horas al puerto. Ni siquiera sabemos si realmente se trata de un barco...

—El Fénix Rojo... —El joven Eastman se dejó llevar por cierta ensoñación—. ¿Se imagina que fuera algo sobrenatural? Un ave resurgiendo de entre las cenizas... ¿Qué fue lo que dijo el señor Gordon acerca de su significado?

—Creo recordar —dije yo haciendo memoria— que para los chinos era símbolo del sur... ¡Un momento! —exclamé alborozado por la idea que se me acababa de ocurrir—. ¡El sur!, ¡eso es! Puede que no nos tengamos que separar, señor Eastman. A los ramales del puerto de Liverpool se los nombra según su orientación. Creo que deberíamos esperar al Fénix Rojo en el ramal sur del muelle. O, al menos, que sea ese el primero que vigilemos.



Sinceramente, no creo que sea una buena idea separarnos, no sabemos con qué o con quién nos estamos enfrentando.

—Me parece una estupenda idea —exclamó—. Estoy deseando que llegue la primera hora del séptimo día del segundo mes de este año de 4556 para que nos encontremos con esa ave fénix...

Como la mayoría de las cosas que se le proponían, el joven Eastman había aceptado mi propuesta con agrado y buen humor. Me felicité de haberlo llevado de acompañante. No podía haber elegido uno más apto para aquel improvisado viaje, y los hechos posteriores me darían la razón.

Lo cierto es que nos faltaba información. Era obvio que no la conseguiríamos hasta que no llegásemos a Liverpool, así que, en cierto modo, nos relajamos durante el resto del camino. Las horas en aquella buena compañía se me pasaron rápidas. El joven Eastman es un estupendo conversador, que hace ameno cualquier tema que toques con él.

—Espero que la señora Arliss y la señorita Jervis no tengan demasiados problemas con ese policía —dijo en un momento dado, mientras miraba con algo de melancolía por la ventanilla del tren.

—No se preocupe, el señor Gordon se ha quedado pendiente de echarles una mano, pero, sinceramente, creo que ellas no necesitarán de su ayuda. Son dos mujeres increíbles. A la señora Arliss la creo capaz de enfrentarse a un tigre. Y la señorita Jervis ya ha demostrado que es capaz de encarar situaciones muy difíciles en la vida con mucha entereza, a pesar de su juventud.

—Ya lo creo, conozco pocas mujeres como ella —dijo mientras se le iluminaba la mirada— ¿Sabe?, en una ocasión le confesé que la amaba...

Se creó un silencio, incómodo para mí, pero al parecer no tanto para mi acompañante.

—Estaba tan bella aquella tarde... —prosiguió—. La señora Arliss nos había invitado a una de las excursiones que organiza y, en un momento del paseo, nos quedamos a solas. No pude evitar confesárselo...

—¿Y qué dijo ella? —pregunté, en parte obligado por su silencio, y en parte empujado por mi curiosidad.

—Me dijo que realmente le gustaba, pero que no estaba preparada para casarse con nadie. Luego cerró los ojos y me pidió que no siguiera... Insistí,

le pregunté si su corazón era de otro, si había alguien a quien prefiriera, pero no conseguí arrancarle ni una palabra más... Pero fijese que, aun así, convencido de que hay otro hombre, no puedo dejar de pertenecerle a ella... ¿Ha estado alguna vez enamorado, coronel? —me preguntó de repente.

Me pilló tan de improviso que no fui capaz de mentir.

—Sí, una vez —confesé carraspeando.

—Entonces me comprenderá. No creo que le descubra nada si le digo que no puedo dejar de pensar en ella ni un instante...

Parecía que la conversación retornaría hacia el amor del señor Eastman por la señorita Jervis, pero repentinamente pareció caer en la cuenta de mi confesión y me miró sorprendido.

—¿Y quién era ella? —preguntó de nuevo—. Perdone, coronel, pero nunca me lo he imaginado enamorado...

Su sinceridad me hizo gracia y creo que desmontó mis defensas haciendo que hablara más de la cuenta. Puede que fuera el ambiente que se creó en el vagón, unido al traqueteo del tren, lo que hizo que revelara cosas que nunca antes había contado a nadie. O puede que me contagiara de esa claridad meridiana que tienen los jóvenes a la hora de expresar sus sentimientos. No lo sé, pero confieso que luego me arrepentí de haber hablado tan abiertamente de mí.

—Fue hace tiempo —dije encendiendo mi pipa—. No creo que tenga mucho interés...

—Coronel, para mí sí que lo tiene...

Se quedó mirándome esperando que le contara.

—Bueno, es algo de lo que no me gusta hablar —dije intentando disuadirle—, le aburriría...

—¡Aburrirme! —exclamó divertido—, en un tren no hay más entretenimiento que el periódico o una buena compañía. Y creo que no tenemos periódico... Vamos, dígame al menos cómo se llamaba.

—Julie. —Al salir el nombre de mi boca no pude evitar que me temblaran los labios.

—Julie... —repitió el joven Eastman—, ¿era bonita?

—La mujer más bonita que yo jamás haya visto...

## LADY MAXIMILIENNE GREENWICH Y EL FANTASMA

Vivir en una casa ajena es vivir exiliado. Nunca me gustó la casa de los Williamson. Las alfombras, los cuadros y los carísimos cortinajes no podían desterrar la frialdad que me hacían sentir aquellos muros. Por eso creo que siempre estaba alerta. El exiliado siempre lo está. Nunca está seguro de nada. La única certeza es la de que no perteneces a ese lugar y que, a medida que pasa el tiempo, tus raíces quedan enterradas en el lodo de los recuerdos. De modo que cuando la señora Arliss nos dejó a lady Greenwich y a mí en Doune Terrace, dispuestas a colarnos en la residencia de los Williamson, no tuve ninguna sensación distinta a la habitual: entrar como si fuera un ladrón por la cancela del jardín, pisar con cuidado el sendero de grava y deambular silenciosamente para que nadie detectara mi presencia... Sin embargo, en aquella ocasión no iba sola. A lady Greenwich le costaba trabajo caminar con sus botines por la grava. Le costaba dominar sus faldas para que no crujieran y contener la respiración cuando nos acercamos a la puerta de entrada que daba al jardín.

La idea de esconder a la anciana allí había sido mía. He de reconocer que el paso del tiempo, y a la luz de los acontecimientos venideros, me ha hecho ver que fue una idea temeraria, pero en aquel momento no tuve la más mínima duda de que estábamos haciendo lo mejor para ella. La señora Arliss había propuesto que entráramos en la casa cuando anocheciera, suponiendo que de esa manera sería más difícil que alguien nos viera.

—Al revés —me opuse—, nos será más sencillo entrar a pleno día. Los únicos criados que quedan en la casa son Bessy y la señora Robinson. Las conozco bien a las dos y sé lo miedosas que son. Durante el día están ocupadas en sus tareas y no prestan mucha atención a sus miedos, pero si están solas por la noche, aguzarán todos sus sentidos y un simple crujido de la madera puede hacer que se levanten. De hecho, estoy segura de que Bessy se irá a dormir a la habitación de la señora Robinson. Además, nos será fácil

entrar por la cancela del jardín. Siempre dejo la llave escondida en una piedra del muro, y los cerrojos de la puerta trasera de la casa no se echan hasta la noche.

Aparte de estas razones, añadí el hecho de que las habitaciones de la servidumbre estaban en el sótano, al lado de la cocina, con lo que, en el silencio de la noche, nuestras pisadas resonarían como un tambor en el piso inferior.

Mis argumentos fueron lo suficientemente sólidos para que la señora Arliss estuviera de acuerdo en que entráramos a plena luz del día. Lo peor que nos podía suceder era que alguna de las criadas nos descubriera y, en ese caso, no sería difícil justificar la presencia de lady Greenwich diciendo que era una amiga que había venido a visitarme. A la señora Robinson y a Bessy el que tuviera una visita les parecería de lo más normal. Es más, recibirían a mi invitada con los brazos abiertos, sin hacer ninguna pregunta impertinente, pues ambas eran de ese tipo de gente noble y sencilla que nunca piensa mal.

Otra de sus cualidades era que ambas eran muy trabajadoras y apegadas a sus rutinas, que raramente se saltaban. Sabía, por la hora que era cuando entramos en la casa, que se encontraban abajo, en la cocina. De cualquier modo, era preferible que no nos descubrieran. Nunca se sabe cuánto se pueden llegar a complicar las cosas, por lo que puse mis cinco sentidos en no cometer ningún error que nos pudiera delatar. Sin embargo, mi invitada no parecía tener ningún temor a que nos descubrieran. Es más, la noté demasiado relajada. Casi me atrevería a decir que estaba disfrutando con aquella aventura.

—Esto me recuerda a mi infancia —me dijo en lo que debía de ser un susurro, pero que en su voz sonaba a campanillas—, como cuando mis hermanos y yo jugábamos al escondite en la casa de mi abuela. ¿Usted no jugaba al escondite, señorita Jervis?

No era el momento de entablar una conversación sobre nuestros recuerdos de infancia justo cuando estaba abriendo la puerta trasera de la casa. Lo hice despacio y con el temor de que estuviera cerrada. Por suerte no fue así, la empujé despacio para no hacer ruido. Pero como lady Greenwich no paraba de hablar, me detuve para llevarme el índice a la boca, indicándole que debía permanecer en silencio. No sé si no se dio cuenta del gesto que le estaba

haciendo o si los nervios la estaban traicionando e intentaba calmarse, pero no dejó de hablar.

—A mí —prosiguió incansable—, lo que más me gustaba era meterme en un baúl. Podía permanecer allí escondida durante horas, hasta que mis hermanos, desesperados porque no me encontraban, se ponían a llorar...

—Lady Greenwich, por favor —supliqué llevándome de nuevo el dedo a los labios...

—*Oh, pardon!*... Es que todo esto me resulta tan emocionante...

Una vez que se estuvo callada, empujé lentamente la puerta y permanecí unos segundos escuchando por si al otro lado había alguien. No detecté ninguna señal de que Bessy o la señora Robinson estuvieran por allí cerca, así que animé a lady Greenwich a que entrara. Gracias a Dios, una vez en el interior, no volvió a hablar y, con gesto de niña traviesa, un poco encorvada sobre ella misma y andando de puntillas, me siguió.

Subimos hasta el segundo piso, donde se encontraba mi habitación, sin más incidente que las paradas obligadas para que lady Greenwich descansara. Su avanzada edad no la permitía seguir mi ritmo, pero he de reconocer que se esforzó al máximo para subir todo lo deprisa que pudo.

Parecía que todo iba a ir bien, pues ya habíamos alcanzado el corredor donde se abría la puerta de mi habitación, cuando un inoportuno tropezón de mi invitada en una de las alfombras hizo que trastabillara y cayera sobre la pared. La buena suerte que hasta ese momento parecía habernos acompañado nos abandonó: tiró uno de los horribles cuadros que la señora Williamson había colgado allí. El estruendo fue considerable y no tardamos en escuchar a Bessy desde el piso de abajo.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con la voz entrecortada—, ¿es usted, señorita Jervis?

La posición en que había quedado lady Greenwich me obligó a ayudarla para que pudiera incorporarse. Aun así, contesté a Bessy para intentar tranquilizarla y evitar que subiera.

—Sí, soy yo —grité para que pudiera oírme desde abajo—. No se preocupe, solo he tropezado. Estoy bien.

—Ahora mismo subo...

Me lo temía. El buen corazón de la doncella tenía que asegurarse de que yo no había resultado herida.

—¡Rápido, lady Greenwich! —le susurré mientras la ayudaba—, tiene que esconderse.

Confieso que la lentitud de la anciana me desesperó. Tiré de ella con todas mis fuerzas y prácticamente la arrastré hasta la puerta de mi habitación. Los nervios me hicieron más torpe y tardé en encontrar la llave que llevaba en el bolsillo de mi capa.

—¡Sube alguien! —exclamó lady Greenwich alarmada.

Efectivamente, Bessy estaba ya llegando al descansillo del segundo piso. Justo cuando su cofia empezaba a aparecer por la escalera, conseguí abrir la puerta. Eché un rápido vistazo a mi habitación, una mirada ansiosa buscando otro punto de vista diferente al habitual. Un punto de vista que me descubriera un escondite seguro.

—¡Detrás de las cortinas! —le urgí en un susurro.

Lady Greenwich, con movimientos torpes y graciosos, se metió entre la cretona gris de las cortinas, pero su torpeza hizo que parte de su capa de armiño sobresaliera por uno de los extremos del cortinaje. No me dio tiempo a remediarlo, porque ya Bessy se acercaba a buen paso a mi habitación.

—¡Señorita Jervis! —exclamó asomándose a la puerta—, no la esperábamos hasta la noche, ¿qué le ha ocurrido? Nos ha dado un buen susto...

—¡Oh, Bessy! ¡No sabes cuánto lo siento! —exclamé poniéndome delante de ella—. Fui a visitar a una amiga, pero se puso enferma de repente y tuvo que suspender el almuerzo...

—¿Y cómo ha entrado? —me interrumpió—. No hemos oído el timbre...

—Sí —mentí, y eso me dolió porque ensuciaba la nobleza de su mirada—, iba a bajar a decíroslo ahora mismo. Me pareció extraño que la puerta de la calle estuviera abierta...

Tras unos segundos de pánico, que también me dolieron, reaccionó.

—Eso ha sido la señora Robinson —concluyó poniéndose en jarras—. Se lo tengo dicho, que cierre bien... Entre nosotras: se está haciendo mayor y cada día está más despistada. ¡Un día vamos a tener algún problema serio!...

—Quizá es que la puerta está estropeada —intenté que saliera de la habitación. Miré de reojo el armiño de lady Greenwich, que repentinamente

había tomado vida—, mejor será que baje y compruebe que está bien cerrada...

—De eso nada, señorita Jervis, ya bajo yo...

Cuando creí que Bessy ya iba a salir de la habitación, repentinamente se dio media vuelta.

—¡Ah!, entonces, usted no ha almorzado, ¿verdad?... Ahora mismo le subiré algo.

Para Bessy una de las peores cosas que le podía suceder a un ser humano era saltarse una comida, por lo que me iba a resultar poco menos que imposible convencerla para que no volviera a subir a mi habitación. En un principio pensé en decirle que iba yo a las cocinas, pero luego me acordé de que lady Greenwich tampoco había tomado nada.

—Te lo agradezco, Bessy, pero mejor será que me lo suba yo misma. No quiero darte más trabajo del que tienes...

—De ningún modo. Ahora mismo se lo traigo.

Como sabía que era una batalla perdida, mientras seguía intentando que Bessy saliera de la habitación mi mente ya estaba buscando un nuevo escondite para lady Greenwich, quien, por cierto, no esperó ni medio segundo a que yo hubiera cerrado la puerta para salir de entre las cortinas.

—¿A que lo he hecho bien? —dijo igual que si fuera una niña que acabara de actuar ante sus padres—. *Oh, mon Dieu!*, hacía años que no me divertía tanto...

De nuevo me costó que bajara la voz. Le expliqué que Bessy iba a regresar con el almuerzo en cualquier momento y que lo mejor era que se escondiera de nuevo. Como no encontramos un lugar mejor, lady Greenwich se volvió a tapar con las cortinas.

Bessy no tardó en regresar. Ante su ofrecimiento de hacerme compañía mientras yo comía, tuve que fingir que estaba muy cansada, pero le prometí que en cuanto descansara un poco bajaría a tomar el té con ella y con la señora Robinson.

De este modo, lady Greenwich y yo compartimos el almuerzo. Eso sí, esforzándome continuamente en que mi invitada no subiera demasiado la voz.

—Me pregunto cómo estarán mis hijitos. —Apoyó su carita de pastel sobre su mano—. ¡Les echo tanto de menos!

—No se preocupe, la señora Arliss les cuidará bien. Son unos perritos encantadores.

Se lo había dicho para tranquilizarla, porque la propia señora Arliss, en un momento dado antes de dejarnos en la puerta de los Williamson, me había expresado su preocupación de no saber qué hacer con ellos.

—*Oh là là!*, sí, sí que lo son. Me hacen mucha compañía... Desde que murió lord Greenwich son mi único apoyo... ¿Usted ha tenido alguna vez perrito, señorita Jervis?

—No, nunca. A mi padre no le gustaban...

—¡Oh!, no sabe lo que se ha perdido. Dios creó a los perros para que hicieran felices a los hombres. ¡Son tan fieles y cariñosos! Sacan lo mejor que tienen las personas. Le puedo asegurar que yo tendría cientos de ellos...

A medida que iba hablando, se emocionaba más y más, con lo que subía el tono de voz, así que consideré necesario cambiar de tema.

—¿Habrá hablado ya la señora Arliss con el coronel Nicholls? —dije en un momento en que hizo una pausa—. Me prometió que en cuanto contactara con él nos avisaría. Espero que no se demore demasiado, porque no podré mantenerla aquí escondida durante mucho más tiempo...

Me callé de repente porque me di cuenta de que, en mi afán de cambiar de tema de conversación, había sido bastante desconsiderada con mi invitada.

—¡Oh, cuánto lo siento! —exclamó ella dando muestras de que sus años no habían disminuido ni un ápice sus reflejos de bondad—. ¡La voy a meter en un lío y todo por mi culpa! Quizá sería mejor que nos marchásemos a otro lugar...

—¡De ningún modo!... Lo que yo quería decir es que usted estaría más cómoda en otro lugar donde no se tuviera que estar escondiendo. Y estoy segura de que la señora Arliss encontrará ese lugar.

Dije todo aquello intentando imprimir la suficiente seguridad a mis palabras, pero lo cierto es que cada vez estaba más arrepentida de haberla llevado allí. Era cuestión de tiempo que Bessy o la señora Robinson nos descubrieran. Ya no había vuelta atrás, así que lo mejor era prepararse para enfrentar con calma los acontecimientos que se nos presentaran. Miré a lady Greenwich y vi que después de las experiencias vividas, a las que se unían sus muchos años, se encontraba cansada.



—Lo mejor que podemos hacer ahora es descansar —le dije mientras me levantaba a por una manta.

La anciana estaba sentada en el único sillón que había en mi habitación. Después de tajarla, poco a poco, como si fuera una vela que se iba consumiendo, se quedó dormida. Le acerqué el escabel en el que yo había estado sentada y apoyé sus pies en él. Realmente era la viva imagen de la dulzura. En aquel instante, despojada de su arrolladora personalidad, me parecía un ser frágil y desvalido. Sin embargo, había dado muestras de ser una mujer muy fuerte. Pocas mujeres de su edad y condición se hubieran enfrentando de esa manera a la muerte de su marido. Más si cabe cuando sospechaba que había sido un asesinato.

Decidí hacer tiempo hasta la hora del té escribiendo un rato. Hacía días que no había tenido la oportunidad de hacerlo, así que me senté en mi escritorio y saqué mi cuaderno. No llevaría más de cinco minutos delante de uno de mis cuentos cuando el ser frágil y desvalido que dormía en mi butaca comenzó a roncar como un porquero. Eran tan fuertes los ronquidos que estaba segura de que se podrían escuchar más allá de la puerta de mi habitación. Lo primero que se me ocurrió fue despertarla, pero me dio pena y decidí que lo mejor era bajar cuanto antes a la cocina y compartir la sobremesa con Bessy y la señora Robinson. Al menos de ese modo las podría tener controladas.

En la cocina se respiraba una tranquilidad poco habitual. Bessy estaba limpiando la plata, mientras que la señora Robinson escribía una carta. Creo que las dos se alegraron de que las sacara de su rutina. Enseguida la señora Robinson se levantó dispuesta a prepararme una taza de té.

Mientras añadía agua a la tetera, me preguntó por las razones de mi vuelta tan temprana a casa. Me vi en la obligación de volver a mentir, con el peligro que conlleva profundizar en una mentira. Las mentiras son quebradizas como el hielo: si se pisa sobre ellas, debe ser deslizándose. Por suerte, ninguna de las dos me prestó mucha atención. Bessy, porque parecía sumida en sus pensamientos, y la señora Robinson porque, como me di cuenta más tarde, estaba rumiando otro asunto que le interesaba más: dado que los Williamson no estaban y yo había regresado temprano, la cocinera vio una oportunidad única de poder hacer una escapada para visitar a su hija, que trabajaba como doncella en un castillo a las afueras de Edimburgo. Así que me propuso

dejarme sola con Bessy mientras ella se iba a verla. Recibí su propuesta con entusiasmo y la animé a hacerlo. Para mí resultaría mucho más sencillo controlar solo a Bessy por la casa.

—¡Dios la bendiga, señorita Jervis! —exclamó con alegría—. Mi Mary Anne se pondrá muy contenta. Me voy a arreglar —dijo mientras se quitaba el delantal—. No se preocupen, mañana a mediodía estaré de vuelta.

—Entonces, ¿tendré que dormir sola en mi habitación? —preguntó horrorizada Bessy.

La muchacha me lanzó una mirada llena de angustia.

—Señorita Jervis, ¿puedo dormir en la suya?

La pregunta me pilló tan de improviso que creo que ella notó que no quería que viniese. No es que no quisiese, es que no podía ser de ningún modo.

—Pero Bessy —intenté hacerla cambiar de opinión—, mi cama es muy pequeña y dormiríamos las dos mal. Es solo una noche...

—Pues entonces baje usted conmigo —me suplicó con los ojos llenos de lágrimas. En la mía hay dos camas.

Era cierto. Hasta hacía relativamente poco, otra criada había compartido la alcoba con Bessy. Yo no la llegué a conocer porque se fue unos meses antes de que yo llegara a la casa. Bessy siguió suplicándome y, mientras ella lo hacía, valoré que no era una mala solución bajar a dormir a su habitación. De ese modo, lady Greenwich podría descansar en mi cama y Bessy estaría tranquila, evitando que se le ocurriera en algún momento deambular por la casa y pudiera escuchar los ronquidos de mi invitada.

—Está bien —consentí para su alegría—, bajaré a dormir contigo.

La muchacha me besó aliviada y la señora Robinson, contenta de que Bessy también lo estuviera, salió rápidamente hacia su dormitorio para prepararse. No tardó mucho en aparecer de nuevo en la cocina con su sombrerito y su bolso. Le dio a Bessy unas cuantas recomendaciones con prisa e inmediatamente desapareció escaleras arriba.

Permanecí un buen rato en la cocina, haciendo compañía a la muchacha, pero no podía dejar de pensar en si lady Greenwich se habría despertado ya. Sabía que era capaz de hacer cualquier imprudencia. En el momento que pude,

dejé a Bessy y subí a mi habitación. Cuando llegué, encontré a lady Greenwich ya despierta y, al parecer, bastante ocupada.

—¡Querida!, ¡son fantásticos! —exclamó nada más verme entrar, levantando la cabeza de mi cuaderno—. ¡No me diga que los ha escrito usted!

No me lo podía creer: lady Greenwich había tenido la osadía de coger mi cuaderno y leerlo. Recordaba que, antes de bajar a la cocina, lo había guardado en el fondo del cajón de mi escritorio, con lo que era seguro que mi invitada había estado revolviendo entre mis cosas. Ella misma me lo confesó.

—Me alegro mucho de que haya vuelto, querida, me empezaba a aburrir aquí sola. Así que me puse a buscar en su escritorio algo con lo que poder entretenerme y milagrosamente encontré este cuaderno. ¡Qué cuentos tan maravillosos! Estaba segura de que los había escrito usted... Pero no la quiero atosigar, conozco bien a los artistas, a los verdaderos artistas, me refiero, y no les gusta alardear de sus capacidades. Al contrario, nunca están conformes con lo que hacen... Será mejor que cambie de tema. —Repentinamente, cerró mi cuaderno—. ¿No tendría usted una baraja por aquí, verdad? Eso nos ayudaría a pasar el tiempo más entretenidas.

No tenía ninguna. Las cartas siempre me han aburrido, pero sabía que la señora Williamson guardaba una baraja en uno de los muebles de la salita de té. Le pedí a lady Greenwich que por favor no hiciera ruido y que por nada del mundo se le ocurriera salir de la habitación, aunque realmente lo que me hubiera gustado rogarle era que no revolviere entre mis cosas...

Bajé a la salita de té lo más deprisa que pude. La señora Robinson ya se había marchado y Bessy tenía bastante tarea en la cocina, con lo que era difícil que saliera de allí. No me fiaba mucho de lady Greenwich. Era tan imprevisible que con ella toda precaución era poca. Entré en la salita, cogí la baraja y con presteza me dirigí de nuevo a las escaleras. Estaba a punto de comenzar a subir cuando en el inusual silencio de la casa, escuché, o me pareció escuchar, el ruido de la puerta de la calle al cerrarse. Imaginé que era Bessy, comprobando si la señora Robinson la había dejado bien cerrada, lo que me hizo acelerar el paso para que no me descubriera. No quería volver a tener que inventar otra excusa.

De regreso a la habitación, y con la consiguiente alegría de mi invitada, ambas nos pusimos a jugar a las cartas. A medida que la luz del día fue

decreciendo, el silencio de la casa se fue haciendo más denso. Cada vez que lady Greenwich lanzaba una carta sobre la mesa, me daba la impresión de que el sonido del cartón cortando el aire se reproducía como un eco por toda la casa. A pesar de que ella disfrutaba como una niña con la partida de *bridge*, yo estaba constantemente alerta por si Bessy en algún momento decidía subir a verme. Esto sucedió poco antes de la cena. Al escuchar sus pasos apresurados por el corredor, le hice señas a lady Greenwich para que se volviera a esconder tras las cortinas, a lo que accedió con su buen humor habitual.

—¡Oh sí, querida! —me susurró—, otra vez a jugar al escondite...

Esta vez me aseguré de que quedara bien tapada con las cortinas. Escondí su capa de armiño y su sombrero debajo de la cama y apagué la lámpara, quedándome solo con una bujía en la mano. Bessy llamó a la puerta. Su voz sonaba ahogada.

—¡Señorita Jervis!, ¡señorita Jervis! ¡Abra, rápido!

Abrí tan solo una rendija con la intención de no dejarla pasar, pero el ímpetu que traía hizo que ella misma empujara la puerta para colarse dentro.

—¿Qué ocurre, Bessy? —me puse delante de ella para impedir que viera las cortinas y el bulto de lady Greenwich, que no dejaba de moverse.

—¡Ay, señorita Jervis! ¡Creo que hay alguien más en la casa!

Por un instante, creí que Bessy nos había descubierto y comencé a idear alguna explicación que justificase la presencia de lady Greenwich en la habitación. Por suerte, siguió explicándose.

—He oído ruidos en las habitaciones de los señores. Como pisadas... Creo que la gente tiene razón cuando dice que ha llegado a oír al fantasma del Gaitero Solitario en esta parte de la ciudad...

No me sorprendió nada verla así de nerviosa. La señora Robinson siempre decía de ella que era una criatura encantadora y que parte de su encanto era precisamente por ser tan fantásica.

Bessy comenzó a pasearse por la habitación mientras hablaba.

—Por favor, por favor, señorita Jervis, baje conmigo a la cocina y quédese allí. Tengo mucho miedo.

Bessy juntaba las manos en un gesto de súplica que me conmovió.

—Vamos a hacer una cosa —intenté no perder la serenidad mientras lady Greenwich no dejaba de moverse—: daremos una vuelta por la casa juntas y

así te quedas tranquila, ¿vale?

—¡Ay, no, señorita Jervis!, ¡todo está muy oscuro! ¿Y si se nos aparece el fantasma? Mejor baje conmigo y nos quedamos juntitas en la cocina. Allí tenemos los cuchillos para defendernos.

—Los fantasmas no existen, Bessy... Venga, vamos, llevaremos la bujía...

—¿Con eso será suficiente para que el fantasma se vaya?

—Te repito que no hay ningún fantasma. —La empujé fuera de la habitación—. Venga, vamos. Ya verás como han sido los gatos que andan por el tejado.

Justo en aquel instante, lady Greenwich hizo un ruido extraño, una especie de estornudo ahogado.

—¡El fantasma! —chilló Bessy—. ¿Lo ha oído?

La muchacha se había abalanzado sobre mí y se agarraba con fuerza de mi brazo. Tuve que emplearme a fondo para que me soltara.

—Pero, Bessy, si ha sido el viento... Anda, vamos a mirar para que te quedes tranquila.

Tirando de ella, conseguí sacarla de mi habitación. Lo cierto era que la casa no invitaba a recorrerla. La oscuridad y el frío nos cercaban a medida que subimos las escaleras hasta el desván. El hecho de que no pudiéramos entrar alarmó más a Bessy, empeñada en que el propio fantasma se había encerrado dentro.

—Ahora recuerdo que el señor Williamson me dijo que la tenía cerrada para que las niñas no subieran a jugar y se lastimaran con alguno de los enseres que guardaba dentro.

No estaba mintiendo. El señor Williamson me lo había dicho en cierta ocasión y lo acababa de recordar. Lamenté no haberlo hecho antes, de modo que nos hubiéramos ahorrado aquel paseo tan poco gratificante. Incluso yo, que no me acobardo con mucha facilidad, empezaba a tener una sensación extraña: la de que en la casa había alguien más, alguien que nos estaba vigilando.

Según fuimos entrando en todas y cada una de las habitaciones, el miedo también se fue apoderando de mí. Nuestras velas bailaban al ritmo de corrientes invisibles y creaban sombras que se hinchaban y nos amenazaban

desde las paredes. Intenté sujetar mi bujía con firmeza y ser lo suficientemente racional para tranquilizarme. Hice que Bessy mirara incluso debajo de las camas para que comprobara que allí no había fantasmas ni nada que se pareciera. Sin embargo, al llegar a la habitación de invitados, Bessy se detuvo y no hizo el intento de abrirla.

—El señor Wolveriage siempre la tiene cerrada —dijo—. Para entrar a limpiar, me abre la señora Williamson o el propio señor Wolveriage... Creo que tiene cosas de valor dentro...

La sola mención de su nombre me estremeció. Después del día tan intenso que habíamos tenido, había conseguido, si no olvidar, sí al menos dejar apartado el incidente que había vivido con él. De repente fue como si volviera a sentir la angustia de sus manos sobre mi cuello.

—¿Cree usted que no confía en nosotras? —prosiguió—. No me gustaría que eso ocurriera; es un hombre tan guapo y tan caballeroso...

Detecté en las palabras de la muchacha un punto de ilusión que me alarmó.

—¡No digas tonterías, Bessy! —exclamé sin poder contenerme—. Ese joven no merece que te fijas en él. ¡Es un ser despreciable!

Incluso en la oscuridad que nos rodeaba pude ver el asombro que mi comportamiento había causado en sus ojos.

—Señorita Jervis —dijo sin poder apartar la perplejidad de su voz—, ¿por qué dice eso? El señor Wolveriage es muy bueno y simpático conmigo, y siempre me sonrío y me pregunta qué tal estoy. Dígame, ¿eso no lo hace un caballero?

—Lo siento, Bessy —me disculpé recobrando un poco la compostura—. No he querido decir eso. Debe de ser que estoy cansada... ¿Qué te parece si dejamos esto y nos vamos a preparar la cena?

La idea de bajar con ella a la cocina surtió efecto en el buen fondo de la muchacha y enseguida olvidó la afrenta que yo había cometido contra su caballero andante. Estaba segura de que Bessy, al igual que el resto de mujeres de la casa, había sucumbido ante los encantos de Jacob Wolveriage. Y eso me producía mucha indignación y asco, pero también miedo, un terror seco que se me colaba hasta los huesos y me paralizaba: saber que el mal podía tomar formas tan dulces y encantadoras como para conquistar a un ser tan bueno

como ella. Lo sentí en aquel instante respirando tras nosotras, sintiendo su aliento en mi espalda mientras caminamos en dirección a la cocina.

Me resultó difícil convencer a Bessy para que se quedase sola un momento preparando la cena, mientras yo, con la disculpa de coger un chal, subía a mi habitación. Lo conseguí y por suerte encontré a lady Greenwich lo suficientemente entretenida, haciendo solitarios.

—Querida —contestó cuando le pregunté si se encontraba bien—, estoy perfectamente, acompañada de las cartas y del fantasma del gaitero que ha dicho la criada. No sé si será eso, pero te puedo asegurar que desde que he entrado en esta casa noto un espíritu maligno en ella.

No di importancia a las intuiciones de mi invitada y le expliqué que yo dormiría en la habitación de Bessy y le prometí que le traería algo de cena en cuanto pudiera, cosa que agradeció porque deseaba irse a dormir cuanto antes.

—¿Sabemos algo de nuestra amiga, la señora Arliss? —me preguntó cuando yo ya salía de la habitación.

—Me temo que no, pero estoy segura de que mañana a primera hora tendremos noticias tuyas.

—Eso espero, querida. Aunque usted me está tratando como a una reina, no me gustaría tener que pasar otro día entre esas horribles cortinas...

Antes de bajar a las cocinas, decidí dejar encendida una de las lámparas del pasillo al que daba mi dormitorio. No descartaba tener que volver a subir para comprobar que lady Greenwich se encontraba bien.

Después de cenar con Bessy, y mientras ella arreglaba su habitación y preparaba la otra cama para que yo pudiera dormir allí, conseguí llevarle algo de cena a lady Greenwich. Subí un par de veces más con el pretexto de que se me había olvidado coger alguna cosa, y sobre las diez de la noche logré dejar a mi invitada preparándose para irse a la cama. Tras desearle buenas noches, bajé hacia las habitaciones de los criados.

Bessy se puso tan contenta de tenerme allí que no dejó de parlotear y contarme cosas de su vida mientras nos poníamos el camisón. Incluso parecía que había olvidado al fantasma, hasta que nos fuimos a meter en la cama. Entonces cogió algo que había dejado encima de una silla y que estaba envuelto en uno de los trapos de la cocina.

—No se preocupe, señorita Jervis, si al fantasma ese se le ocurre aparecer esta noche, le tendré preparada una buena bienvenida.

Delante de mis ojos desarrolló lo que había entre los trapos, que no era otra cosa que un rodillo de madera de la cocina. No pude reprimir la risa al imaginarme a Bessy persiguiendo al fantasma con el rodillo en alto.

—No se ría, señorita. Pensaba haberme traído uno de los cuchillos de cortar la carne, pero he recordado que mi prima Evelyn me dijo que los cuchillos no sirven contra los fantasmas porque les atraviesan sin causarles daño. Lo único que puede acabar con ellos es algo de madera. Así que duerma tranquila, porque estamos seguras.

Yo también lo creía. Al menos había conseguido pasar el día entre sobresaltos, pero sin que nadie descubriera a lady Greenwich. Sin embargo, mis pensamientos giraban en un bucle angustiante sobre mi encuentro con el señor Wolveridge. No sabía por qué, pero el hecho de haber encontrado su habitación cerrada me producía un desasosiego difícil de explicar. Hice un esfuerzo por aferrarme a otras imágenes que borrarán la figura de aquel diablo. Como hacía muchas veces, dirigí mi imaginación hacia los verdes prados de Froyle Manor. Al poco me dormí con la esperanza de que la señora Arliss hubiera encontrado otro lugar más seguro para esconder a nuestra amiga común.

Para mi desgracia, no tardé en despertarme. Tengo el sueño ligero, pero supongo que aquella noche, además, me encontraba especialmente en alerta. En mitad de la noche, me despertó un ruido. Fue un golpe seco, como el que hace un objeto al caer. Me incorporé en la cama, intentando aguzar mi oído. Volví a escucharlo, esta vez más suave, pero suficiente para confirmar que venía de los pisos superiores. Alarmada por la posibilidad de que lady Greenwich se hubiera levantado y hubiera salido de la habitación, me tiré de la cama y encendí la bujía. No pude impedir que Bessy se despertara.

—¿Qué ocurre, señorita Jervis? —me preguntó medio adormilada.

—Nada, Bessy, es que me ha parecido oír un ruido. Voy a echar un vistazo. No te muevas de aquí.

—¡El fantasma! —exclamó tapándose con las mantas—. ¡No me deje sola, por favor!

—Vamos, cálmate, no tardo nada.



—Pero por lo menos llévese el rodillo —me suplicó.

Para dejarla tranquila, le hice caso y lo cogí. Subí las escaleras rezando para que mi invitada no estuviera deambulando por la casa, pues capaz era... En la planta baja no se escuchaba nada, como tampoco en la primera. Al llegar al rellano de esta, me pareció escuchar pisadas en el piso donde se encontraba mi dormitorio. Eran apenas perceptibles, un leve crujir de la madera, pero eran pisadas. Me apresuré a subir, pensando que estaba a tiempo de impedir que lady Greenwich cometiera alguna imprudencia. Al llegar arriba, la luz que yo había dejado encendida en el corredor de mi habitación me permitió ver que había un cuadro en el suelo. El mismo que la tarde anterior había tirado mi invitada. Era probable que Bessy no lo hubiera colgado bien y, por ello, se hubiera caído solo. Pensé que ese debía de ser el ruido que me había despertado. Cuando estaba empezando a tranquilizarme, pensando que lady Greenwich estaría plácidamente dormida en mi cama, nuevos ruidos llegaron hasta mí: el de un golpe seco acompañado de un grito ahogado. No tuve dudas. Venían de mi habitación. Algo le pasaba a lady Greenwich. Rápidamente, dejé en el suelo la bujía que llevaba en la mano y me dirigí hacia allí mientras notaba que un miedo irracional me empezaba a invadir.

Al llegar, comprobé que la puerta estaba abierta, y al asomarme, para mi horror, más que ver, intuí que una sombra grande y terrible se abalanzaba sobre mi cama mientras, entrecortados, escuchaba los gritos de auxilio de lady Greenwich. Todo ocurrió demasiado deprisa como para poder pensar. En un acto reflejo, y con una fuerza y una decisión que nunca antes hubiera creído tener, golpeé a aquel bulto con el rodillo. Entonces, quienquiera que fuese, emitió un terrible gemido que me heló la sangre. De la impresión, me eché para atrás y tropecé con lo que debían de ser los botines de lady Greenwich, lo que hizo que me desequilibrara y cayera al suelo, apartándome lo suficiente como para dejar el camino libre a la sombra, que resoplando y dolorida salió dando tumbos de la habitación.

Me incorporé precipitadamente y salí detrás de ella. Al final del pasillo, la silueta de un hombre grande y fuerte, llevándose una mano a la cabeza, se lanzó escaleras abajo.

No pude seguirle más porque escuché los llantos de lady Greenwich. Tomé la luz que había dejado en el suelo y, nerviosa, conseguí regresar a la

habitación. Noté que mi cuerpo temblaba con violencia.

—¡Me quería ahogar! ¡Me quería matar! —repetía una y otra vez lady Greenwich—. Me ha puesto las manos en el cuello... ¿Quién era? *Oh, mon Dieu!* Querida, ¿qué es todo esto?

Me tranquilizó algo comprobar que, a primera vista, lady Greenwich no parecía haber sufrido ningún daño. Gracias al rodillo de Bessy y al cuadro que debió de tirar aquel hombre, cuyo ruido me despertó, había logrado que huyera.

La situación me desbordaba y a punto estuve de dejarme llevar por una crisis de nervios. Lo siguiente que pensé fue en salir de la casa para pedir ayuda, pero enseguida caí en la cuenta de que acudir a la policía no era una opción muy recomendable.

—¿Quién puede querer matar a una anciana? —Lady Greenwich parloteaba con nerviosismo—. ¡He notado una maldad tan terrible! ¡Era el mismísimo diablo! ¡Oh, Arthur!...

—Lady Greenwich, debe tranquilizarse —le susurré—. ¿Se encuentra bien?

La mujer pareció recobrar el ánimo, me miró con sus ojos de agua y me tomó la mano con fuerza.

—¡Oh, querida!, me ha salvado la vida, ¡qué valiente ha sido!... Pero ¿dónde está ahora ese hombre?... Porque era un hombre, de eso estoy totalmente segura... Un hombre joven.

Según hablaba, me apretaba la mano con fuerza. Mi corazón volvió a palpar desenfrenado y sentí que me faltaba la respiración. Lady Greenwich me acababa de recordar que aquel hombre podía seguir en la casa.

—Creo que he oído la puerta de la calle —quise tranquilizarla. Me salió una voz tan baja y tan distorsionada por el miedo que ni yo me reconocía—. Voy a bajar a ver. Usted procure serenarse... Enseguida vuelvo.

—¡Oh, querida!, tenga cuidado...

Me solté con delicadeza de ella. Me di cuenta de que con la otra mano seguía sujetando con fuerza el rodillo. Fue terrible ver que estaba manchado de sangre. Sangre de un asesino. Fui consciente de que le había herido en la cabeza. No sé de dónde saqué fuerzas, pero me dirigí hacia la escalera.

Guiada por mi instinto, fui directamente hasta la puerta principal de la casa. Le había dicho a lady Greenwich que había oído como alguien la abría. Y podía ser cierto. Aquella fuerza que había nacido en mí al ver al hombre atacándola me había impulsado a defender a la mujer, a concentrar toda mi energía en el golpe y, después, a intentar comprender lo que había pasado. Pero existía un hueco de mi conciencia que poco a poco se iba rellenando con las señales que mis sentidos habían recogido y de las que yo no había sido consciente. Una de ellas era el sonido de la puerta. Estaba casi segura de que la había oído cerrarse con violencia. Recuerdo que caminé como una sonámbula hasta allí, envarada y sujetando la vela. Cada paso que daba y que no sucedía nada era un alivio. Llegué al vestíbulo de entrada, me acerqué a la puerta. Estaba cerrada, pero al acercarse la vela pude ver que el picaporte estaba manchado de sangre. El intruso había huido y, al hacerlo, al abrir la puerta, había manchado el picaporte con la sangre de la herida que yo le había hecho. Como una fotografía, hasta mí llegó la imagen de aquella sombra que había bajado por la escalera llevándose una mano a la cabeza.

No me tranquilizó mucho pensar que había salido. Podía volver a entrar, igual que lo había hecho la primera vez, así que arrastré un mueble y lo puse delante. Quedaba la puerta del jardín. Hice lo mismo, fui hasta allí y comprobé que el cerrojo estaba echado. Entonces me pareció que aquello era suficiente para poder impedir que alguien entrara, sin darme cuenta de que si alguien quería entrar, también tenía las ventanas de la planta baja, que estaban casi a ras de suelo.

En una ráfaga de clarividencia, recordé que había dejado a Bessy despierta y que posiblemente ella hubiera oído los ruidos. Antes de regresar a mi dormitorio, decidí bajar para ver cómo se encontraba.

Bessy estaba sentada en la cama y al verme se levantó de un salto.

—Señorita Jervis..., ¿está bien? —me preguntó con la voz llena de angustia—. ¿Qué ha pasado?... ¡He oído ruidos y como si gritara una mujer!

Tenía los ojos llenos de lágrimas y estaba totalmente paralizada por el pánico, lo que para mi suerte y la de ella le había impedido salir de la habitación.

—No te lo vas a creer —le dije intentando dar firmeza a mis palabras, que bailaban en el aire como el pabalo de la vela—, no era una mujer la que

chillaba. ¡Eran los maullidos de un gato!, se ha debido de colar por algún sitio...

—¿No sería negro, verdad? —me preguntó con los ojos muy abiertos—, porque dicen que el diablo se representa en la forma de un gato negro...

—No, no era negro. Y te puedo asegurar que no era el diablo, pero me ha costado cogerle. Ha sido muy desagradable... Creo que le he matado —mentí, dando gracias por tener una imaginación bastante entrenada.

—¿Ha matado a un gato?! —exclamó horrorizada Bessy.

—Sí, al intentar cogerlo, le di con el rodillo en la cabeza... Voy a sacarle fuera para que cuando venga el jardinero se lo lleve... Anda, métete en la cama... Yo volveré enseguida.

Bessy se metió en la cama preguntándose en voz alta por dónde se habría colado el gato. Subí de nuevo a mi habitación, siendo más consciente de todo lo que había sucedido y también sintiendo con más intensidad el miedo y, sobre todo, el frío que hasta ese momento no había notado. Mientras subía las escaleras, me preguntaba cómo había sido capaz de enfrentarme a un hombre, un asesino, en plena noche, en una casa sumida en la oscuridad, donde no estábamos más que una anciana, una muchacha y yo. Supongo que nunca nos llegamos a conocer lo suficiente y que somos mucho más capaces, más valientes y más inteligentes de lo que pensamos. Solo hay que esperar que las circunstancias te obliguen a serlo.

En mi habitación, lady Greenwich había recobrado un poco la calma y, con su pelo revuelto y el moño postizo sobre la mesilla, me recibió con el alborozo y el alivio de ver que regresaba sana y salva.

—¿Ha encontrado al asesino? —me preguntó abriendo mucho sus pequeños ojos.

—Esté tranquila. —Me senté a su lado y le tomé la mano—. Se ha marchado y he asegurado bien las puertas para que no vuelva.

—Sí, lo sé. He notado que ha cambiado el aura de la casa... ¡Oh, querida!, ¡cuánto lamento que por mi culpa tenga que pasar por esto! ¿Cree que será el mismo hombre que asesinó a Arthur?...

—No lo sé —contesté aferrándome a sus manos—, y si lo fuera, ¿qué razones podría tener para querer matarla?, ¿y cómo supo dónde estaba usted? Nadie lo sabe, a excepción de la señora Arliss...

—Puede que me estuvieran vigilando y que nos siguieran hasta aquí... *Oh, mon Dieu!*, creo que nunca he deseado tanto que llegue la mañana, ¡aquí estamos tan indefensas!

—Bueno —dije con una media sonrisa en la cara—, no tanto... Creo que le apunté bastante bien con el rodillo...

Las dos nos quedamos mirándolo, pues estaba tirado en un rincón. Lady Greenwich comenzó también a reírse por lo bajo.

—Debo marcharme. Bessy está muerta de miedo. ¿Será capaz de quedarse sola?

—¡Por supuesto! —clamó con energía—. Aunque no creo que pueda dormir mucho. Eso sí, estando despierta notaré si cambia el aura de la casa...

—Yo también estaré alerta, no se preocupe... No queda mucho para que amanezca... Lo mejor es que cierre bien la puerta por dentro.

Lady Greenwich me besó las manos. Creo que en aquel momento nos sentimos más unidas que nunca. Salí del dormitorio y esperé en la puerta a escuchar como ella echaba la llave desde dentro. De camino a la habitación de Bessy, se me ocurrió la idea de pasarme por la cocina y coger un cuchillo. No sabía qué es lo que podía pasar, pero tenía que estar preparada. Fui hasta allí y tomé el más grande que había.

Encontré a Bessy metida en la cama y tapada hasta los ojos.

—¡Señorita Jervis!, ¿ha terminado ya?... Menos mal que regresó. ¿Estaba el gato bien muerto?

—Sí, no te preocupes más. Ya está todo solucionado. Ahora duérmete.

—¡Vaya susto nos ha dado! Seguro que ha entrado esta tarde por el jardín, sin que nos diéramos cuenta... ¿No va a cerrar la puerta?

Le dije que no, que prefería dejarla abierta por si había entrado alguno más y no le había visto. Aunque hubiéramos estado más seguras con ella cerrada, quería poder escuchar cualquier ruido que se produjera en la casa. En aquel instante levanté la almohada y puse el cuchillo debajo.

—¿Y de qué color era el gato? —insistió Bessy desde su cama.

—Si no te importa —me metí en la cama—, prefiero no hablar de ello. Ha sido muy desagradable... Será mejor que te duermas.

—Perdóneme, señorita. Tiene razón. Soy muy desconsiderada con usted, después de todo lo que ha tenido que hacer y sin que yo le ayudara.

Debería haberle respondido, haberle dicho que había sido mejor así, pero apenas podía hablar. Apagué la vela, dispuesta a pasarme la noche sin dormir.

Aunque durante las primeras horas el estado de excitación que tenía me ayudó a mantenerme despierta, al llegar la madrugada, el cansancio y el sueño me vencieron. Fue Bessy la que me despertó.

—Señorita Jervis..., señorita Jervis..., le he traído el desayuno. Vaya desastre que hizo el gato ese. He estado limpiando la sangre que había por el pasillo y en la puerta. ¿Por qué la atrancó con el mueble?... Ah, claro, para que no entrara otro. ¡Buena idea!

Según ella iba hablando, conseguí despejar mi cabeza de la telaraña del sueño. Todo lo que empecé a recordar me parecía una pesadilla. Lo siguiente que dijo Bessy me hizo despertar del todo.

—Por cierto, he ido a limpiar su habitación, pero la puerta estaba cerrada... Si quiere, se la limpio ahora mientras usted desayuna...

Me incorporé rápidamente y le dije a Bessy que no era necesario, que yo la arreglaría. Me pregunté si lady Greenwich estaría aún dormida.

—¡Ah, qué cabeza!, se me olvidaba —exclamó Bessy metiéndose la mano en el bolsillo de su delantal—: esta mañana muy temprano vino un chico con una carta para usted.

La cogí frenando mis ganas de abrirla en ese mismo instante. Enseguida reconocí la letra de Elisabeth Arliss.

—La señora Robinson me dijo que regresaría hoy a mediodía —prosiguió Bessy sin dejar de mirar la carta—, así que, si no quiere que limpie su habitación, me iré a hacer la colada. Se pondrá hecha una fiera si cuando regrese no he hecho todo lo que me mandó...

A pesar de sus palabras, Bessy no se movió, esperando que yo abriera la carta.

—¿Es de ese joven tan guapo que vino a verla un día?

Se refería al señor Eastman. La evocación de su imagen me reconfortó. La nobleza de su rostro, la bondad que emanaba, se adelantaba a la imagen del mal que aquella sombra me había dejado grabada en el alma.

—No, es de una amiga.

Al decirle eso perdió todo el interés en el contenido y, alegremente, salió de su habitación en busca de la colada. Me vestí a toda prisa y llevé a lady Greenwich el desayuno que me había traído Bessy. Me abrió ya vestida y con su habitual buen humor. Parecía que había olvidado lo sucedido durante la noche.

—Pues sí —me dijo—, he dormido bastante bien. Decidí pensar en cosas buenas para desterrar el aura negativa que había dejado en la habitación ese hombre. ¿Ha conseguido saber de quién se trataba?

A veces aquella anciana me desconcertaba. Me hacía aquella pregunta con una ingenuidad digna de un niño.

—Aún no... Pero sí traigo noticias de la señora Arliss —dije mostrándole la carta.

La abrí mientras lady Greenwich desayunaba mostrando buen apetito. Me alegró saber que había conseguido localizar al coronel y que este nos había ofrecido el pasaje de Tolbooth para esconder a nuestra insigne fugitiva. Para mí era un alivio por dos razones. Primero, porque la sacaría de la casa de los Williamson antes de que regresara la señora Robinson. Segundo, y para mí más importante, porque podría contarles a mis amigos lo que nos había pasado.

—Debemos darnos prisa —animé a mi invitada—. La señora Arliss ha encontrado un lugar seguro para usted y vendrá a buscarnos dentro de media hora.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—, ¡por fin podré estar con mis hijitos!

## ENTRE SACOS DE TÉ

El viaje a Liverpool estaba resultando más intenso de lo que nunca hubiera podido imaginar. La confesión del coronel me había dejado impresionado y había removido mi conciencia. El que jamás me hubiera preguntado por su pasado personal, al margen de la antigua amistad con mi padre, dejaba al descubierto mi falta de interés por él. Aunque, reflexionando más tarde, determiné que no se trataba de desinterés por mi parte. Siempre le había visto como una figura sólida, impenetrable, como quien tiene la seguridad de tener al lado un árbol robusto y fuerte en el que cobijarse cuando era necesario. Y semejante árbol uno no se lo imagina siendo un frágil esqueje... Ahora me daba cuenta de que su profunda filosofía de la vida la había desarrollado a partir de un matrimonio desgraciado. Julie, así se llamaba la que había sido su esposa, le dejó por un compañero del ejército. Por respeto a él, no contaré más. Lo único que puedo decir es que otro, probablemente, se hubiera llenado de amargura.

Llegamos a Liverpool al atardecer del día siete y nos alojamos en una posada del centro. No había suficientes habitaciones libres, y el coronel y yo compartimos una.

—Me temo que no podremos descansar mucho —dijo el coronel mientras nos acomodábamos—. Si es cierto lo que suponemos, el Fénix Rojo llegará dentro de unas tres horas y media. Tenemos el tiempo justo para tomar algo de cena y salir hacia el puerto. Es mejor que no nos demoremos demasiado: allí tendremos que encontrar, primero, el ramal sur de los muelles, y luego situarnos en un buen lugar desde donde poder observar el barco sin que nos vean. Seguro que en la posada alguien conoce el puerto. Investigaremos durante la cena.

El coronel tenía razón. El marido de la posadera era un marinero retirado que conocía a la perfección el Albert Dock. Nos hicimos pasar por un comerciante y su hijo que habían llegado para recibir un cargamento de algodón y lo invitamos a que se sentara en la mesa con nosotros.



—No tienen por qué preocuparse —nos dijo cuando el coronel le contó que queríamos supervisar la descarga—. Desde que se inauguraron los nuevos muelles, la seguridad está garantizada. Siempre hay un policía en la caseta.

Ni el coronel ni yo hicimos ningún gesto que pudiera delatar nuestra preocupación al saber eso. Simplemente, el coronel mostró su conformidad con esa medida adoptada por las autoridades y se interesó vivamente por la disposición de las casetas de los policías y la situación exacta del ramal.

El marinero nos hizo un dibujo sobre la mesa utilizando todo aquello que se le puso a mano. El coronel y yo hicimos un esfuerzo por memorizar aquel curioso plano. Nada más subir a nuestra habitación, él lo reprodujo en un papel y marcó la situación de la caseta del policía del muelle sur con una equis.

—Aunque tengo la esperanza de que esté vacía —dijo encendiendo su pipa—. Sea lo que sea lo que trae el Fénix Rojo, no es nada legal. Me juego el cuello a que han sobornado al policía de turno para que no esté en su puesto. Si esto es así, la caseta nos brindará un escondite perfecto desde el que no perderemos nada de vista.

—¿Y si está el policía? —pregunté.

—Entonces tendremos que improvisar...

Me quedé algo perplejo al escuchar de labios del coronel aquella palabra. La improvisación, a mi juicio, no formaba parte de su carácter. Siempre le había considerado un hombre metódico y cuidadoso que analizaba con antelación cada paso que daba. Parecía evidente que el viaje a Liverpool iba a cambiar la imagen que yo tenía de él. Más perplejo me quedé, si cabe, cuando vi como el coronel sacaba una pequeña pistola de entre sus cosas y se la guardaba en el bolsillo interno de su chaqueta.

—Nunca se sabe lo que nos podemos encontrar —dijo al ver mi mirada de asombro—. No se preocupe, Leopold, intentaré no usarla...

Recuperado de la impresión inicial, me tranquilicé pensando que era normal que el coronel tuviera un arma, dado su pasado en el ejército. De cualquier modo, su gesto me puso en aviso de que lo que nos traíamos entre manos no era ningún juego de niños.

—¿Lleva ropa suficientemente cómoda? —me preguntó a la vez que me echaba un vistazo de arriba abajo.

Le dije que sí. Había elegido el traje más cómodo que tenía, pensando en el viaje, pero sin tener en cuenta que quizá en nuestra visita al puerto iba a tener que moverme con suficiente soltura.

—Pronto lloverá —sentenció sin quitarse la pipa de la boca—, será mejor que nos llevemos las capas de agua. No solo nos protegerán de la lluvia, sino que, al ser negras, también nos harán prácticamente invisibles. Además, sería bueno que nos hiciéramos con unos cabos de vela y unas cerillas. Nunca se sabe cuándo vamos a necesitar luz.

Salimos de la posada pasadas las nueve y media. Según el coronel, íbamos con tiempo de sobra para llegar hasta el Albert Dock, encontrar el ramal sur y situarnos en un escondite desde el que tuviéramos una buena visión de la descarga del barco.

El coche que nos llevó hasta allí no llegó a entrar en el puerto. El coronel pidió al cochero que nos dejara en el camino que lleva hasta los muelles, a una distancia prudencial de la entrada. Un muro rodeaba el complejo, aislándolo del resto. Tal y como él había pronosticado, empezó a llover.

—Vamos a ello. —El coronel se echó la capucha de su capa—. La entrada está pegada a la Oficina de Tráfico y es seguro que allí siempre hay alguien. Entraremos con cuidado y luego rápidamente nos dirigiremos al pabellón sur.

El coronel había señalado hacia nuestra izquierda. Los distintos pabellones se asomaban por encima del muro, formando una especie de ce alrededor del muelle. Caminamos a buen paso bajo la lluvia, chapoteando entre el barro. La única luz que nos guiaba era la de las farolas de la entrada del muelle. La oscuridad, la lluvia y nuestras capas dificultaban que se nos viera, aunque a esas horas la actividad del puerto debía de ser mínima y no se veía a nadie ni entrar ni salir por la entrada al recinto. Sin embargo, cuando ya estábamos a punto de alcanzar el muro, oímos que un coche se acercaba por nuestra espalda.

—¡Rápido! —exclamó el coronel tirando de mí hacia un lado del camino —, ¡al suelo!

Los dos nos agachamos en la cuneta. Al instante, un carro pasó junto a nosotros sin detectarnos. En el pescante iban dos hombres. El cochero iba cubierto con la capucha, pero a su lado destacaba la figura de un hombre que,

a pesar de ir sentado, le sacaba dos cabezas. Al acercarse el carro a la luz de la farola que había en la entrada del muelle, le pude ver el rostro y el corazón me dio un vuelco. A pesar de la lluvia y de la oscuridad, aquel tipo llevaba puestos el bombín y los espejuelos. Era el mismo hombre que yo había visto en el anfiteatro de Anatomía el día que encontré allí a nuestro amigo el señor Gordon.

—Apuesto lo que quiera —me dijo el coronel cuando se lo conté— a que ese carro va hacia el ramal sur.

Efectivamente, echamos a correr detrás de él y entramos en el recinto justo a tiempo para comprobar como se dirigía hacia allí. Nadie se interpuso en su camino. En la caseta de la Oficina de Tráfico había luz, pero no se veía un alma por sus alrededores. Pegados al muro y evitando la luz de las farolas, también nosotros pusimos rumbo al sur del recinto.

De nuevo el coronel me sorprendió, esta vez por su agilidad. Pocos hombres de su edad son capaces de moverse como él lo hacía aquella noche. Entonces recordé algún comentario jocoso del señor Gordon acerca de cómo nuestro amigo común se mantenía en forma haciendo extraños ejercicios gimnásticos y saliendo a correr todos los días. Se mantenía en una forma estupenda, lo que nos ayudó a alcanzar con rapidez la parte trasera del pabellón. Una vez que rodeamos el edificio, escuchamos voces de hombres. Al parecer era el único almacén del muelle donde había actividad. Fue el coronel el que, con precaución, se asomó desde una de las esquinas del edificio.

—El carro está ahí —me dijo—, y el tipo del bombín y de los espejuelos también. Estamos en el lugar adecuado. Están esperando un barco...

Luego, tras otro fugaz vistazo, me señaló una garita que había enfrente de nosotros, pegada a la dársena.

—Lo que suponía: el policía no está. Ese es el lugar más seguro para esperar. Iré yo primero.

No me dio tiempo a poner ninguna objeción, porque el coronel se asomó y, cerciorado de que nadie miraba en ese instante, rápidamente recorrió las treinta o cuarenta yardas de camino descubierto que nos separaban de la garita. Me tocaba a mí y, nervioso como estaba, creo que no miré y salí corriendo.

—¡Eh, tú! —La voz estaba bastante cerca de mí. Al oírla, mi instinto me hizo detenerme— ¿Dónde te habías metido? ¡Venga!, el barco está a punto de llegar.

Parecía obvio que me habían confundido con alguno de los trabajadores, así que intenté actuar con naturalidad y me dirigí hacia el hombre echándome la capucha de mi capa de agua bien adelante para que no pudiera verme la cara. Supuse que el coronel estaba contemplando la escena desde su posición y que, seguramente, en ese instante estaba maldiciéndome por haber sido tan torpe.

Por suerte para mí, el barco no tardó en aparecer en la lejanía de la dársena. Entre la neblina, apenas se distinguía un tenue reflejo. Pero aquellos hombres debían de estar muy acostumbrados a traspasar con su vista la niebla y las tormentas en largas jornadas en el mar. De inmediato, se produjo un revuelo de gritos y órdenes. Tras echar un rápido vistazo a mi alrededor, decidí unirme al grupo de hombres que preparaban los amarres del barco y que también iban a ser los encargados de la descarga. Eran lo suficientemente numerosos como para poder pasar desapercibido, además de que la actividad que se había generado a mi alrededor me daba la tranquilidad de pensar que nadie se iba a fijar en mí. Eso, hasta que vi la siniestra silueta del tipo del bombín y de los espejuelos recortándose entre las sombras del soportal del almacén.

Era la única persona que no hacía nada. Recostado sobre uno de los pilares de hierro, resultaban inquietantes su inmovilidad y el hecho de que llevase puestos los espejuelos en plena noche. Pensé que, probablemente, tuviera algún defecto en los ojos que quisiera disimular. A cierta distancia de él estaba la carreta en la que había llegado. Me mantuve alerta, sin dejar de vigilarle. De repente, se movió, sacó un cigarrillo y se acercó a uno de los marineros para pedirle fuego. Llevaba puesta una capa corta. Apenas anduvo tres pasos para regresar enseguida al pilar donde se apoyaba, pero fueron suficientes para que su figura me evocara a un murciélago. Y esa imagen hizo que recordara unas palabras del señor Gordon a las que hasta ese momento no les había dado importancia.

Fue cuando nos relató cómo había encontrado malherido al propietario de la tienda de objetos de escritura. En un principio, nos contó que, pensando que

la tienda estaba cerrada, había decidido dar un paseo. Sin embargo, se detuvo a abrocharse una de sus botas, lo que le dio la oportunidad de ver que alguien salía de la tienda. Según sus palabras vio un «enorme murciélago negro» alejándose: la silueta de un hombre alto que caminaba a grandes zancadas. Un hombre que, muy probablemente, fuera el asesino del señor Rush, al que robó el jiance. Un hombre al que yo había visto también en el anfiteatro de Anatomía. Noté cómo una oleada de sangre me subía a la cabeza. Parecía evidente que aquel tipo estaba implicado, de alguna manera, en la muerte de lord Greenwich y en los sucesos posteriores. Y si estaba allí era porque, fuera lo que fuera lo que traía el barco, también tenía relación.

Lamenté no poder contarle todo aquello al coronel. Además, desde la posición en la que él se encontraba, y medio oculto como estaba el «murciélago» entre las sombras, era imposible que le pudiera ver. Puse mis cinco sentidos para no perderle de vista.

Concentrado en mis cavilaciones, súbitamente me sobresalté al ver cómo entre la niebla aparecía la enorme cabeza de un pájaro con su pico abierto y amenazante, los ojos dorados y el penacho de plumas rojas de su cabeza erizado. El Fénix Rojo había entrado en el muelle, silencioso como si fuera un fantasma. Su proa cortaba el agua lentamente. Si hubiera sido una persona, diría que avanzaba intentando que nadie lo descubriese.

No tardó en atracar. Los hombres colocaron la pasarela y al instante, sobre ella, apareció un hombre chino. Era menudo, delgado, y vestía al modo de los mandarines. Llevaba una túnica naranja, abierta por delante y que le llegaba hasta los pies, ribeteada de piel blanca y con el cuadrado mandarín en el pecho. Me impresionó la larga trenza que le caía por la espalda. El birrete era también anaranjado con el borde negro. Se quedó inmóvil unos instantes sobre la cubierta del barco. Luego bajó por la pasarela caminando a pequeños pasos, de manera que parecía deslizarse sobre ella como si fuera un ser etéreo.

No puedo decir que el hombre de los espejuelos se diera prisa en acercarse a él. Primero hizo una señal al conductor de la carreta, que no se había movido del pescante, para que la acercara al barco. Luego, parsimoniosamente, tiró su cigarro al suelo y se acercó hasta el mandarín. Intercambiaron unas breves palabras, ambos con el gesto adusto, y a

continuación el tipo del bombín dio la orden para que se comenzara con la descarga.

Estaba preguntándome cómo podría colarme en el barco entre los estibadores cuando una marea de hombres me arrastró hasta la cubierta y, de allí, hasta las bodegas, que estaban repletas de sacos. Enseguida me di cuenta de que lo que contenían era té.

—¿Se puede saber qué demonios haces? —me gritó el que parecía ser el capataz de los estibadores—. ¡Carga ya los sacos!

Obedecí todo lo rápido que pude. Lo que menos me interesaba en aquel momento era llamar la atención. Intenté coger uno de los sacos, pero no podía imaginar que fueran tan pesados. El resto de los hombres los cargaban con una facilidad pasmosa y yo tenía que emplearme a fondo para poder moverlos unas pulgadas.

—¡Eh!, ¡tú! —me volvió a gritar el capataz.

Confieso que me temblaron las piernas pensando que me habían descubierto. Sin embargo, la suerte volvía a sonreírme.

—Pareces menos bruto que los demás —dijo mirando mis zapatos—. Hay que bajar estas cajas con cuidado y cargarlas en la carreta. Así que ¡andando! Y ten cuidado, porque como se te caiga una te doy de latigazos...

El capataz señalaba unas nueve o diez cajas de madera que estaban apartadas del resto de la carga. Eran de distintos tamaños, alguna lo suficientemente grande como para que yo no pudiera cargarla solo.

—Y tú también —le dijo el capataz a otro hombre que había junto a mí—. ¡Ayúdame!, no sea que vayamos a tener un disgusto...

Empezamos por una de las cajas más grandes y la llevamos entre los dos. Era bastante pesada y la sacamos del barco sin que el capitán nos quitara ojo de encima y sin dejar de decirnos que tuviéramos cuidado. Tal y como ordenó, la cargamos en la carreta, donde ya habían colocado unos sacos de té, pensé que para que las cajas no se dañaran durante el viaje.

Repetimos la operación con cada una de las cajas. Después de dejar una de las últimas en la carreta, cuando ya regresábamos al barco a por las que nos quedaban, detecté un movimiento extraño junto al carro. Fue como si una sombra se abalanzase sobre él. Mientras mi compañero se adelantaba hacia el barco, yo me demoré a propósito. O mucho me equivocaba, o alguien se había

subido junto a las cajas. Simulando que las colocaba, miré entre los sacos de té. El corazón me dio un vuelco cuando escuché su voz.

—No haga ningún movimiento extraño. Actúe con naturalidad. Soy yo. — De inmediato reconocí al coronel—. No se preocupe por mí y espéreme en la posada. Quiero ver qué es lo que hay en las cajas y dónde lo llevan. Cúbrame bien.

Con mucha dificultad y aún sobresaltado, moví algunos sacos para que el coronel quedara bien escondido, hasta que el capataz me volvió a gritar para que regresara a mi tarea. Cuando el otro estibador y yo volvimos a la carreta cargando una de las cajas más grandes, me temblaban las piernas, pero no por el peso, sino por la posibilidad de que descubrieran al coronel. Aunque, por más que miré, no pude ni siquiera atisbar la punta de su bigote.

Cargamos la última caja con la inquietante presencia del hombre del bombín, quien, al ver que la carga había terminado, se había acercado a la carreta. Fue suficiente un gesto suyo para que el capataz mandara cubrir las cajas con más sacos de té. Cuando estuvo todo terminado, el hombre del bombín se subió al pescante y el carro arrancó con rumbo desconocido, llevándose aquella misteriosa carga y, entre ella, cubierto por sacos de té, al coronel Nicholls.

## TRAS LA PISTA DEL ASESINO

Que las cosas siempre son susceptibles de empeorar puede ser un punto de vista optimista, aunque parezca lo contrario. Por lo menos para mí, que procuro analizar las situaciones alegrándome de que no empeoren. Sin embargo, la mañana que recogí a la señorita Jervis y a lady Greenwich en casa de los Williamson no estaba preparada para que la situación en la que nos encontrábamos fuese a peor, como así fue.

Le pedí al cochero que aparcara lo más cerca posible de la cancela del jardín trasero de los Williamson, en Doune Terrace. Necesitábamos llamar lo menos posible la atención, y lady Greenwich, con su extravagante vestuario y su gran moño, no solía pasar desapercibida precisamente.

—¡Oh, qué alegría verla, señora Arliss! —me dijo lady Greenwich nada más subir al coche donde yo las esperaba—. ¿Y mis hijitos?, ¿no han venido con usted?

—Lo lamento, lady Greenwich, pero no se me ocurrió traerlos. No se preocupe: la están esperando en un lugar seguro...

Me resultó divertido que fuera eso lo primero que preguntara, que siendo una fugitiva, como realmente era, no tuviera más preocupación que el bienestar de sus tres perritos. Quizá por ello me relajé, olvidando yo también lo delicado de la situación a la que nos enfrentábamos. Este estado de bienestar me duró el tiempo justo que la señorita Jervis tardó en subir al coche detrás de lady Greenwich, hasta que vi las ojeras que traía, enmarcadas por un rostro angustiado y pálido.

—Veo, querida, que no ha pasado usted muy buena noche —le dije.

—¡Buena noche! ¡Nunca en mi vida he pasado una igual! —respondió por ella lady Greenwich—. Pero dígame, ¿dónde ha dejado a mis hijitos?

Tuve que explicarle que la esperaban en el pasaje de Tolbooth, donde el coronel había determinado que se podría alojar mientras la situación se calmaba.



—¡Oh, qué estupendo! Esa casita es realmente encantadora. Seguro que los cuatro estamos magníficamente allí.

Luego miró por la ventanilla del coche, como una niña ilusionada con el viaje que le esperaba.

—Será mejor que no se deje ver demasiado, lady Greenwich —le recomendé—. Por lo que tengo entendido, el inspector Rothnie ha dado una orden para que la busquen, si es necesario, debajo de las piedras...

Eso era lo que me había dicho Thomas, mi esposo, por supuesto sin sospechar que yo estaba implicada en el asunto hasta las cejas. Según lo que él contó, deduje que la noticia de que lady Greenwich había sido acusada de asesinato y su posterior huida era conocida por todo Edimburgo. Eso nos ponía en un serio riesgo de que alguien nos descubriera y avisara a la policía, por lo que debíamos tomar todas las precauciones posibles.

—No debe inquietarse, señora Arliss —contestó ella—, estoy segura de que ese policía tan tonto ya se habrá olvidado del asunto.

No quise asustarla y preferí que siguiera en su feliz ignorancia. En cambio, la señorita Jervis, sentada enfrente de mí, parecía estar seriamente preocupada, lo que no era de extrañar. Sin embargo, había algo en su mirada que iba más allá: un atisbo de terror por ser consciente de que estábamos traspasando el borde de la ley.

—¿Se encuentra bien, señorita Jervis? —insistí al ver que estaba cada vez más pálida.

Ella me hizo un gesto significativo, señalando con la cabeza a lady Greenwich, lo que interpreté como un aviso para que no siguiese con el tema delante de nuestra fugitiva. Así lo hice, esperando ansiosa el momento de poder hablar con ella a solas.

Para que lady Greenwich no se asomara demasiado por la ventanilla, saqué el tema de conversación de sus perritos. Hablando de ellos, recorrimos el camino hasta el pasaje de Tolbooth. Fui lo suficientemente precavida como para pedir al cochero que se metiera por el pasaje y nos dejara justo en la puerta de la casa del coronel. En primer lugar, bajé yo y llamé. Alfred, avisado de antemano, fue muy rápido en abrir. Miré a ambos lados, y una vez que me aseguré de que no había nadie, ayudé a lady Greenwich a descender

del coche. En mi afán de que pasara lo más rápidamente posible dentro, casi la tiro. Pero ella se lo tomó con buen humor.

—*Ciel!*, ¡casi salgo volando! —exclamó recolocándose el moño.

De inmediato, se produjo a nuestro alrededor un estruendo de ladridos. La alegría de los tres perrillos al reencontrarse con su dueña era inmensa. Lady Greenwich les hablaba en francés mientras cogía a uno y a otro, dejando que le lamieran la cara. Pareció olvidarse de nosotros. Seguida por ellos y por Alfred, a quien el coronel había encargado encarecidamente que cuidara de ella en su ausencia, se metió al interior de la casa.

—Dígame, ¿qué le ocurre? —pregunté en voz baja a la señorita Jervis al quedarnos solas.

—Será mejor que vayamos al gabinete del coronel —me dijo con los ojos llenos de lágrimas—, es bastante largo de contar.

No podía imaginar qué era lo que le había sucedido a mi amiga, pero algo grave debía de ser para que ella estuviera así. De modo que, antes de ir al gabinete del coronel, fui al salón donde se encontraba lady Greenwich con sus perros.

—Lady Greenwich, si nos disculpa... La señorita Jervis y yo tenemos que tratar un asunto referente a mis hijos. Enseguida estamos de nuevo con usted.

—Claro que sí, querida. De mí no tienen que preocuparse, ya estoy en buena compañía.

—Alfred, vamos a ocupar el gabinete del coronel, si no le importa...

Alfred nos acompañó hasta la puerta, lo que aproveché para pedirle que no perdiera de vista a la invitada ni un minuto.

—No me extrañaría que se le ocurriera salir a pasear a sus «hijitos». — Esto hizo sonreír a la señorita Jervis.

En cuanto nos quedamos solas, la señorita Jervis comenzó a contarme todo lo ocurrido durante la noche. Sinceramente, me hubiera gustado haber disimulado el terror que me produjo. ¡Alguien había intentado asesinar a lady Greenwich! Y, además, ese alguien sabía dónde encontrarla... ¿Cómo era posible? Solo la señorita Jervis y yo conocíamos su escondite, además del coronel. ¿Y por qué querrían matarla?

—Lo único que se me ocurre —dije bastante desconcertada— es que la cocinera de los Williamson las viera entrar y pusiera la disculpa de visitar a su hija para poder avisar al o a los asesinos... Pero ¿qué puede tener que ver una cocinera en todo esto?

La señorita Jervis me miró sin verme, perdida en algún oscuro pensamiento tras sus espesas pestañas.

—No, estoy segura de que ni la señora Robinson ni Bessy nos vieron. Y mucho menos creo que estén involucradas en esto... Pero le diré una cosa: puede que sea una tontería, pero cuando golpeé a aquel hombre, cuando estuve pegada a él en mi habitación, tuve la sensación de que le conocía...

En aquel instante, al fijar sus grandes ojos en mí, me recorrió un escalofrío. Sin embargo, esta vez sí fui capaz de disimular.

—Descubriremos quién es. —Agarré con firmeza su mano—. El coronel Nicholls y el señor Eastman han viajado a Liverpool tras una pista. Regresarán pronto; si pueden, mañana mismo, y ellos nos ayudarán a descubrir quién puede haber sido...

La señorita Jervis me dedicó una sonrisa algo forzada.

—No es que no confíe en ellos, pero estamos tan perdidas... ¿Y si ese hombre vuelve a aparecer?

—No le voy a mentir. No tenemos ninguna seguridad de que eso no vuelva a suceder, pero ahora lady Greenwich está protegida por Alfred. ¿Sabe que en otro tiempo fue compañero del coronel en el ejército? Estuvo a sus órdenes en la misma compañía y, por lo que le he escuchado al coronel, sabe manejar todo tipo de armas y domina las artes marciales.

Todo era cierto. El mismo coronel lo había contado, pero mis palabras no parecían tener ningún efecto sobre mi amiga.

—Ya sé, le preocupa volver a casa de los Williamson esta noche por si ese hombre regresa. —Intenté que expulsara los demonios del miedo. Se me ocurrió una idea—. Le propongo una cosa: ¿por qué no se viene a dormir a mi casa? Los Williamson no regresarán hasta mañana y no tiene ninguna obligación hasta entonces.

Pensé que con mi ofrecimiento la señorita Jervis recobraría el ánimo, pero no fue así.

—No piense que soy una desagradecida, señora Arliss, pero no puedo aceptar su amable oferta. No estaría tranquila dejando a Bessy y a la señora Robinson solas...

La contestación de mi amiga dejó en evidencia mi falta de consideración y de previsión. Me emocionaron la generosidad de la señorita Jervis y sus buenos sentimientos.

—Tiene razón —me excusé—, pero estoy segura de que ese hombre, después del recibimiento que le dio, no se va a atrever a volver. Y le repito que lady Greenwich está segura con Alfred a su lado.

La señorita Jervis clavó de nuevo sus ojos en mí.

—¿Y si ese hombre no quisiera matar a lady Greenwich? —me dijo con la voz entrecortada—. ¿Y si me quisiera matar a mí?...

Me quedé tan impresionada que no pude decir nada.

—Ya sé que puede parecer que estoy loca —prosiguió—, pero, si lo piensa, el intruso dio muestras de conocer la casa perfectamente. Es más, no forzó ninguna puerta para entrar y fue directo a mi habitación. Es imposible que supiera que no era yo la que estaba acostada en la cama...

El razonamiento de la señorita Jervis era impecable. Nuestra situación se complicaba todavía más. Por unas décimas de segundo me sentí desbordada. Menos mal que en aquel instante sonó la campana de la puerta.

—Debe de ser el señor Gordon —dije aliviada por tener a alguien más con quien compartir aquella pesada carga—. El coronel me dijo que vendría. Vamos, seguro que él nos ayudará.

El coronel me había relatado las circunstancias en las que él y el señor Eastman habían encontrado al señor Gordon, el riesgo que había corrido después de que yo le abandonase. Lo cierto es que ya había olvidado mi sentimiento de culpabilidad. Analizada la situación, el coronel Nicholls me había convencido de que mi presencia junto al señor Gordon solo hubiera servido para complicar más las cosas y, en último término, para que yo también hubiera estado en peligro.

Cuando, acompañada por la señorita Jervis, acudí al salón para recibir al señor Gordon, encontré en él todavía signos de su convalecencia, como una leve palidez y una pequeña cojera. En cambio, se veía que había tenido las

suficientes fuerzas para vestirse con pulcritud y con su consabido estilo recargado. Creo que, por una vez, me alegré sinceramente de verle.

—¡Mis queridas damas! —exclamó con alegría—, ¡no saben cuánto las he echado de menos!

No sé si me lo pareció o el señor Gordon me dirigía una mirada de reproche al decir estas palabras. Eran tantos los sucesos que me tenían preocupada que opté por no empezar otra de nuestras batallas.

Los perrillos de lady Greenwich le rodearon con sus ladridos, acercándose demasiado a sus impolutos pantalones. El señor Gordon les iba apartando con la punta de sus exquisitos zapatos y con una delicadeza no exenta de determinación.

—Lady Greenwich —la saludó haciendo una pequeña reverencia a la vez que le besaba la mano—, es usted la fugitiva más encantadora que he conocido.

—Oh, no me lo recuerde, querido. Estoy en tan agradable compañía que casi lo había olvidado... ¡Ah, hijitos!, venid con «mami», que tengo ganas de abrazaros...

Mientras nuestra mentora cogía en brazos a uno de sus perros, no sé cuál, pues nunca me molesté en distinguirlos, el señor Gordon saludó a la señorita Jervis y a continuación se dirigió a mí.

—Como ve, señora Arliss, estoy puesto al día de todos los acontecimientos...

Su mirada me decía mucho más cuando me besó la mano, pero no era momento de tener una conversación. Tácitamente, los dos la pospusimos para mejor ocasión, habida cuenta de que lady Greenwich y la señorita Jervis no conocían nada de lo ocurrido.

—Me alegra verle en tan buen estado —le dije de corazón—, pero me temo que todavía no está puesto al día de los últimos sucesos...

—¿Tienen ya noticias de nuestros amigos de Liverpool? —preguntó el señor Gordon.

—¿Qué noticias?, ¿qué amigos? —intervino lady Greenwich.

Los tres sabíamos que había que mantenerla al margen de nuestra investigación, pues así lo había establecido el coronel, con muy buen criterio,

a mi entender. De modo que conseguimos cambiar de tema por la ya conocida vía de enfocar su atención hacia uno de sus perritos.

—¿Qué le pasa a Anouk? —exclamé señalando al que tenía más cerca.

—Ese no es Anouk, es Basile —me corrigió lady Greenwich.

Inmediatamente, tanto la señorita Jervis como el señor Gordon me siguieron el juego, con lo que lady Greenwich no tardó en convencerse de que Basile estaba triste.

—¿Creen que debería llamar a un médico? —preguntó angustiada.

Entre todos la convencimos de que lo que necesitaba el perro era un poco de tranquilidad. Era evidente que en aquella casa tan pequeña no podíamos hablar con la suficiente serenidad, por lo que decidí sacar de allí al señor Gordon y a la señorita Jervis.

—Lo mejor será que se quede descansando con él —le propuse—. A los dos les vendrá bien. Alfred cuidará de ustedes. La señorita Jervis tiene que regresar a casa de los Williamson, y el señor Gordon y yo tenemos que ir ahora a solucionar algunos asuntos, pero el señor Gordon estará pendiente de ustedes y regresará enseguida.

—Así es, mi querida dama —intervino el aludido comprendiendo mis intenciones—, y así es como me lo ha encargado encarecidamente el coronel. Regresaré enseguida...

—¿Y el coronel? ¿Dónde está? —preguntó inmediatamente lady Greenwich.

Esta vez no tuvimos más remedio que explicarle que se encontraba fuera de Edimburgo, investigando la muerte de su esposo, y que en cuanto tuviéramos noticias le informaríamos.

No se quedó muy tranquila ante la falta de explicaciones, pero la compañía de sus perros parecía ser suficiente para compensar cualquier pequeño contratiempo. De este modo la dejamos a ella y a sus perritos en el pasaje de Tolbooth.

—Muy bien, mis queridas señoras, ¿tendrán a bien explicarme esas últimas novedades que han hecho que abandone mi obligación de cuidar de lady Greenwich? —nos preguntó el señor Gordon nada más salir a la calle.

—Se lo contaremos en un lugar tranquilo, ¿qué les parece mi casa?

No hubo inconveniente por parte de ninguno de los dos. Es más, la señorita Jervis expresó su deseo de regresar a casa de los Williamson cuanto antes, y Royal Circus quedaba muy cerca de Moray Place.

En mi casa, el despacho de Thomas estaba vacío y era un lugar tranquilo y luminoso que daba a la plaza. Nos acomodamos allí y le contamos todo lo sucedido al señor Gordon. Cuando terminamos no dijo nada; simplemente, y a pesar de la evidente cojera que tenía, se puso a pasear de un lado a otro de la habitación con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando al suelo y apretando los labios.

—Así que nuestro problema no se ciñe únicamente al inspector Rothnie. Desde luego me han dejado muy sorprendido —dijo parándose de repente—. ¡Han intentado asesinar a lady Greenwich! ¡Eso nos complica todo! Ya no podemos considerar el asesinato de lord Greenwich como accidental. Hay algo más que se nos escapa...

Miré a la señorita Jervis esperando que le contara sus miedos acerca de que el asesino a quien buscaba era a ella, para que el señor Gordon, con su verborrea habitual, la tranquilizara. Pero se mantuvo en silencio, lo que me dio pie a pensar que sus miedos habían desaparecido.

—Señorita Jervis, usted volverá a dormir a casa de los Williamson, ¿no es así? —preguntó el señor Gordon.

Ella tan solo asintió con la cabeza.

—Muy bien, porque se me está ocurriendo una idea... Váyase tranquila a esa casa. Yo me encargo de todo.

No hubo manera de que nos contara nada más, a pesar de que yo particularmente le hice ver la necesidad de que la señorita Jervis conociera sus planes antes de irse.

—La paciencia es la madre de toda la ciencia —fue lo único que me contestó con su habitual pedantería—. Cada cosa a su tiempo, mi querida señora. Cada cosa a su tiempo.

Sabía que lo hacía a propósito, como una venganza personal hacia mí, de modo que no insistí más. Bastaba con que no mostrara mayor interés en que me contara sus planes para que, con tal de llevarme la contraria, me los contara. Y como la señorita Jervis debía regresar a casa de los Williamson, le ofrecí nuestro coche y mi compañía para ir hasta allí. El señor Gordon también se

ofreció a acompañarla, con el único fin de que después yo le llevara en el coche hasta el pasaje de Tolbooth.

—No se preocupe por nada —le dijo el señor Gordon cuando llegamos a Moray Place—. En unas horas, tendrá noticias mías, en cuanto solucione unos asuntos previos que son necesarios para que mi plan funcione...

Supuse que aquellas palabras poco podían aliviar el miedo que la señorita Jervis debía sentir en aquel momento. Al verla alejarse tan indefensa hacia la puerta de los Williamson, noté que la angustia me oprimía el pecho. Sin duda era una joven muy valiente y noble. Otra en aquella situación hubiera aceptado el ofrecimiento de quedarse a dormir en mi casa. Una vez que estuvo dentro, le pedí al cochero que nos llevase al pasaje de Tolbooth. Por unos instantes, estuve tentada de contarle al señor Gordon los miedos de la señorita Jervis de que el asesino hubiera entrado en la casa para matarla a ella y no a lady Greenwich. Se me quitaron las ganas cuando vi el gesto de suficiencia de su cara. Por supuesto, tampoco le pregunté por sus planes. Me limité a preguntarme en voz alta cómo les iría al coronel y al señor Eastman en Liverpool.

—¿Es que en algún momento ha pensado que les puede ir mal? —dijo con un tono impertinente—. ¡Mi querida señora, a mí ni siquiera se me ha pasado por la cabeza pensarlo!

Sus palabras eran un ataque en toda regla; me acusaba de no tener confianza en nuestros amigos. De nuevo me mordí la lengua. Sabía que cualquier tema de conversación nos llevaría irremediabilmente a los reproches que me tenía reservados por haberlo abandonado en Londres. Decidí afrontarlo desde el tema de conversación preferido del señor Gordon: él mismo.

—Perdóneme, señor Gordon, con todo este jaleo me he olvidado de preguntarle cómo se encuentra después de lo ocurrido. Ya he notado que le ha quedado una pequeña cojera...

Sus ojos saltones adquirieron un brillo triunfal. No podía ocultar su alegría de tenerme a tiro.

—¡Oh, vaya!, creí que nunca me lo iba a preguntar... Pues bastante bien, aunque no puedo decir que haya sido gracias a usted. ¡Casi pierdo la vida!



Lo dijo mientras cientos de gotitas de saliva salían disparadas de su boca. Resultaba tan desagradable...

—Sí, eso me contó el coronel —dije con fría calma mientras lanzaba mi mirada a través de la ventanilla del coche lo más lejos posible de él—. Me alegro de que todo haya quedado en un susto.

—¿Un susto?! —explotó—. ¿Opina que el intento de matarme es eso, un susto? Me drogaron y planearon que me descuartizaran como si fuera un cerdo, ¿le parece que eso se puede calificar como un simple susto?

—¡Ay, señor Gordon!, era solo una manera de hablar... Trataba de quitarle un poco de importancia...

—Pues no, señora. No se la quite, porque la tiene. Aún me quedan secuelas de tan horrorosa experiencia...

Con la minuciosa descripción de todos los males que sufría su cuerpo, el señor Gordon se fue calmando.

—De cualquier modo —dijo como conclusión—, me he recuperado milagrosamente y tengo las suficientes fuerzas para enfrentar el plan que me propongo llevar a cabo.

Plan que me relató sin necesidad de que yo le hiciera ninguna pregunta. Él no lo sabía, pero le había ganado en aquella escaramuza.

En pocas palabras, las intenciones del señor Gordon pasaban por tender una trampa al inspector Rothnie para que hiciera un trabajo por nosotros. Un pequeño trabajo: el de detener al hombre que había intentado asesinar a lady Greenwich la noche anterior.

—Es más sencillo de lo que parece. —Se iba entusiasmando cada vez más—. Tan solo haremos correr la voz de que lady Greenwich está escondida en casa de los Williamson. Eso hará que la policía vigile la casa y, si nuestro asesino aparece, simplemente la misma policía lo detendrá.

Me pareció que el plan hacía aguas por todos los lados. Es más, llegué a pensar que aquella droga que le habían suministrado le había hecho perder la cabeza.

—¿Y cómo sabrá la policía que ese hombre es un asesino? —le pregunté con el tono más neutro que pude—. Ellos solo buscarán a lady Greenwich. Ni siquiera saben que alguien ha intentado asesinarla.

—Bien —tiró con los pulgares de sus tirantes—, entonces habrá que dirigirles un poco.

No dijo nada más. Al señor Gordon le encantaba finalizar sus discursos de una manera misteriosa, a mi juicio para quedar por encima de los demás.

—Yo mismo —dijo mientras subía la cabeza y terminaba la frase con una de sus sonrisas de engreimiento— pasaré la noche vigilando la casa.

—Ah, pues esta vez no pienso dejarle solo —empleé un tono maternal—. Cuénteme más, porque yo también voy a pasar la noche con usted vigilando esa casa.

Curiosamente, no puso ninguna resistencia a que yo le acompañara. Supongo que pensó que lo hacía como compensación a mi abandono de Londres. Debo confesar que, si me animé a hacer aquella locura, solo fue pensando en la seguridad de mi amiga, la señorita Jervis. No me fiaba nada de que aquello fuera a funcionar.

Lo más complicado para mí fue explicarle a Thomas que pasaría la noche fuera de casa. Podía haber abandonado la idea, pero aparte de velar por la señorita Jervis, ¿iba a dejar al señor Gordon solo para que luego dijera con petulancia que la señora Arliss no le pudo acompañar en la vigilancia porque su marido no se lo permitió? ¡Ni hablar! Primero, porque Thomas nunca me prohíbe nada. Y, segundo, porque no me lo hubiera perdido por nada del mundo.

—Thomas, querido —le dije entrando en su gabinete—, ¿a ti te importaría que pasara la noche fuera en compañía de otro hombre?

Mi esposo explotó en una carcajada.

—Por supuesto que no, querida. Eso sí, siempre y cuando sea más feo que yo.

Aparte de la broma, Thomas aceptó mis explicaciones, que no fueron mucho más allá de que tenía que acompañar al señor Gordon en una investigación que estaba realizando para una de sus novelas.

—Espero que no sea nada peligroso —me dijo con cierta sorna—. No podría vivir sin ti...

Se levantó de la silla y me besó. ¿No es un compañero adorable? Por eso me casé con él. Uno de los pocos hombres que conocí que no consideraba a las mujeres como seres inferiores. Y creo haber acertado. A pesar de los años

que llevamos juntos, me sigue dando motivos para amarle más que el primer día.

El señor Gordon pasó a buscarme esa misma noche. Sinceramente, me encontraba muy nerviosa y algo rara, sobre todo si se tiene en cuenta que era la primera vez en mi vida que me ponía unos pantalones.

## UN PEQUEÑO DRAGÓN DE JADE

Mentir a los demás es más difícil que mentirse a uno mismo. Cuando me decía que no echaba nada de menos mis años en el ejército, me lo creía. Estaba completamente convencido de ello. Por eso me sorprendió tanto que volver a empuñar un arma, aquella noche en Liverpool, me produjera tanta excitación.

Me había acomodado a una vida tranquila, sin más peligro que que se me cayera encima una pila de libros. No era mala cosa haberme podido adaptar a esa existencia sin traumas, con un sereno deleite. En aquel momento, escondido entre los sacos de té y las cajas de madera, me preguntaba si la forma de vida que había llevado durante los últimos años era realmente la que me llenaba. Es más, quizá lady Greenwich, sin saberlo, había abierto delante de mí la puerta a una nueva realidad.

El viaje no fue muy largo. El pequeño espacio que dejaban los sacos era suficiente para que pudiera ver algo del camino que tomábamos. Nada más salir del complejo de los muelles, el carro giró hacia el norte, siguiendo el curso del Mersey hacia su desembocadura. Calculé que habríamos recorrido unas tres millas sin que ninguno de los hombres que iban en el pescante se dirigieran la palabra, hasta que escuché la orden que aquel tipo de los espejuelos le dio al que llevaba las riendas. Sus palabras fueron secas, como disparos.

—Es allí, gire a la izquierda.

Estábamos llegando a nuestro destino, así que era el momento de saltar de aquel carro antes de que me descubrieran. Lo hice en el instante en que el cochero bajó la velocidad para girar y meterse por otro camino. No quiero presumir de condición física a mis años, pero el ejercicio que realizo con asiduidad me hace mantenerme lo suficientemente ágil como para dar aquel salto sin resentirme. Me quedé agazapado en el suelo durante unos segundos, hasta que estuve seguro de que se habían alejado lo suficiente. Se dirigían

hacia unas luces que había al final del camino. Yo también me encaminé hacia allí mientras la lluvia arreciaba.

El destino del carro resultó ser un viejo almacén, que por su apariencia poco cuidada deduje que estaba abandonado. El lado más cercano al río estaba cubierto de vegetación y lo hacía idóneo para que yo me acercara por él. Luego me pegué a la pared y, sigilosamente, me aproximé hasta una esquina del edificio. Desde allí pude ver como en la puerta estaban descargando las cajas. El hombre de los espejuelos supervisaba la operación mientras en su mano sujetaba un farol. Me llamó la atención que siguiera con los espejuelos puestos. Era una figura sombría mirando impasible cómo dos hombres descargaban las cajas. Esos tipos debían de haber estado esperando allí a que llegase el carro.

Desde mi posición no solo tenía una visión privilegiada de la entrada del almacén. Por suerte, los tablones de las paredes estaban carcomidos por la humedad, de modo que la madera presentaba tantas grietas que me permitía ver el interior, iluminado por un par de faroles. Parecía que allí dentro no había nadie. Solo los dos hombres que entraban y salían cargando las cajas, que iban depositando cuidadosamente en el suelo, aparecían y desaparecían de mi vista.

Fuera, cuando terminaron de descargar todas, el tipo de los espejuelos ordenó al conductor del carro que se lo llevara. Lo vi alejarse con cierta preocupación, pues era el único medio de transporte que tenía para regresar. No me entretuve mucho en lamentaciones. Aquel tipo tan siniestro había entrado en el almacén mientras los otros dos hombres se quedaban montando guardia en la puerta.

A continuación, dentro del almacén, el hombre de los espejuelos se acercó a las cajas. Me pregunté qué demonios iba a hacer allí solo. Tras buscar a su alrededor, cogió lo que parecía ser una palanca de hierro y comenzó a abrirlas. Fue una a una, haciendo saltar sus tapas y sin sacar su contenido. Cuando terminó se apartó a un lado.

Habrían pasado unos pocos segundos cuando, de repente, alguien salió de entre las sombras, dándome un buen susto.

—Buen trabajo, O'Malley —oí que le decía con una voz profunda.

Tuve la mala suerte de que el tipo que había hablado se encontrara de espaldas a mí. Llevaba puesto un sombrero de copa hecho en seda y un bastón. Su porte era el de un hombre elegante, de clase alta. Se aproximó a las cajas y dejó apoyado el bastón sobre una de ellas. Me llamó la atención su blanca empuñadura de marfil con forma de cabeza de perro. Sin embargo, fue el hecho de que se agachara para sacar algo de una de las cajas más pequeñas lo que centró toda mi atención.

—Bien, bien, bien —dijo con deleite.

Su propio cuerpo me impedía saber qué era lo que tenía entre las manos. Entonces se dio media vuelta y se acercó hasta uno de los faroles que había en el suelo, pegado a la pared por donde yo miraba.

—Acérqueme más luz, O'Malley —pidió al no ver suficientemente bien la pequeña pieza que tenía entre las manos.

El hombre de los espejuelos tomó otro farol y se acercó hasta él, sujetándolo a la altura justa para iluminar lo que yo, aguantando la respiración, podía ver ahora claramente a pesar de su pequeño tamaño: un dragón de jade verde.

—Parece que nuestros amigos chinos han cumplido —afirmó satisfecho—. Vamos a comprobar que han enviado todo lo pactado.

Dejó el pequeño dragón sobre una de las cajas y luego sacó un papel del bolsillo interno de su abrigo, que extendió con intención de leer a la luz del farol. En ese momento escuché un ruido que me sobresaltó. Fue un leve crujido, como el que hace una pequeña rama al partirse, que desentonó del armonioso sonido de la lluvia. Sin embargo, concentrado como estaba en la visión del interior del almacén, no le presté demasiada atención. No obstante, una sensación de alerta se debió de quedar prendida en mi cabeza.

Mientras, en el interior del edificio, el tal O'Malley estaba empezando a inspeccionar las cajas, siguiendo las órdenes del que parecía ser su jefe. Hervía en curiosidad por saber lo que habría en los demás embalajes. La visión del dragón había durado tan solo unas décimas de segundo, pero había sido suficiente para que me quedara impresionado por la belleza de la pequeña pieza de jade.

—Busque un jarrón de porcelana —le dijo el hombre de la chistera a O'Malley.

Este obedeció de inmediato y, ayudado por el farol, fue buscando entre las cajas. O'Malley no tardó en encontrar el jarrón y se lo acercó al hombre de la chistera.

—¡Maravilloso! —exclamó este dulcificando su voz.

En aquel instante, volví a escuchar el ruido. Esta vez más cerca, más fuerte. Mi instinto de supervivencia me hizo retirarme de la pared y esconderme entre unos barriles cercanos. No sé por qué, pero supe que lo que se acercaba eran personas. Personas tan silenciosas como cualquier alimaña.

En un principio, al cerciorarme de que eran al menos cuatro los hombres que se aproximaban, pensé en la posibilidad de que vinieran a buscar a O'Malley y a su jefe para llevarse las cajas. Enseguida me di cuenta de que no.

Venían por el lateral del almacén que daba al Mersey, justamente por el lugar que yo también había elegido y en el que me encontraba. Lo curioso es que no había visto ni oído ningún carro o coche, lo que me hizo pensar que habían llegado hasta allí por el río. Posiblemente en una barca que les hubiera dejado en un lugar cercano. Parecía claro que no venían con buenas intenciones. Avanzaban a trechos, agachándose de repente. Apenas se les distinguía vestidos de negro como iban y tan silenciosos y rápidos como un tigre al acecho.

Rápidamente comprendí que querían sorprender a los que se encontraban dentro. Poco antes de llegar hasta el lugar donde yo estaba, uno dio la orden para separarse rodeando el edificio. Dos de ellos se fueron por la derecha y otros dos por la izquierda. Los que se fueron por mi lado pasaron casi pegados a mí y temí que me descubrieran.

¿Qué estaba ocurriendo? Parecía evidente que aquellos hombres, prácticamente invisibles y con la cabeza cubierta de manera que solo se les veían los ojos, pretendían atacar a O'Malley y a su jefe. En sus manos llevaban unos palos largos que, no me cupo ninguna duda, eran *gun*. Lo sabía porque en alguna ocasión me había interesado por las artes marciales chinas, incluso con la intención de practicarlas. Me resultaba enormemente interesante la técnica que usaban y había profundizado en ellas lo suficiente como para saber que aquellos bastones eran una de las cuatro armas que usaban esas artes militares, junto al sable, la espada y la lanza. Aunque con la oscuridad no

podía distinguir bien a los encapuchados, el hecho de usar esos palos me dio la idea de que se trataba de hombres chinos.

¿Qué tenía que ver todo aquello con el asesinato de lord Greenwich? Una cosa era cierta: a él le habían matado por culpa de un reloj chino, y la mercancía que traían las cajas venía de allí. Incluso el barco que las había dejado en el Albert Dock, el Fénix Rojo, también procedía de allí. Y ahora aquellos hombres cuyas intenciones desconocía... Lo único evidente era que las piezas parecían antigüedades chinas de gran valor.

Hice un análisis rápido de las posibilidades que se me presentaban, entre las que no consideré la de huir. Estaba decidido a esperar y observar a través de mi rendija. Sin embargo, pronto me llegaron otros ruidos que provenían de la entrada del almacén y que hicieron que me aproximara hasta allí. Bordeé el edificio con cuidado y me asomé a la esquina desde donde se divisaba la puerta principal. Lo que vi me dejó estupefacto.

Había llegado tarde para presenciar el modo en que los hombres tigre, así les llamé, habían reducido a los dos tipos que se habían quedado custodiando la puerta del almacén. En ese instante, arrastraban sus cuerpos hacia una zona de matorrales y juncos, donde los escondieron. Todo había sido impresionantemente rápido y sigiloso. A continuación, uno de los hombres tigre se pegó a la puerta del almacén y se asomó al interior. Aquello se ponía interesante. Iban a entrar.

Me asomé por las rendijas que dejaban los tablones carcomidos a la vez que se empezaron a oír gritos. La lucha ya había comenzado. Los cuatro hombres habían irrumpido en el almacén, pero O'Malley debía de haber intuido algo, porque le había dado tiempo a sacar una pistola, con la que hizo un disparo e hirió a uno de ellos, que, tambaleante, fue a caer junto a la pared donde yo me encontraba.

El sonido del disparo debió de alertar a otros hombres de O'Malley, que, aunque debían estar más alejados del almacén, acudieron enseguida. Maldije mi falta de previsión. Era evidente que el hombre de la chistera había llegado en coche hasta allí y que esos hombres le esperaban en algún lugar cercano. La lucha en el interior del almacén era a muerte. Los hombres tigre, por la manera en que dominaban las artes marciales, eran orientales. Su única defensa, y su único ataque, eran los palos que llevaban y su propio cuerpo.



O'Malley se estaba peleando con uno ellos. El chino era tan ágil que con una patada espectacular había conseguido desarmarle en un instante. Sin embargo, él había sacado de alguna parte una navaja con la que se defendía; lo más curioso, sin quitarse los anteojos verdes ni el bombín. Los hombres tigre estaban en inferioridad de número, sin embargo, iban deshaciéndose de sus contrincantes uno a uno. Mientras, el hombre de la chistera permanecía quieto en una esquina, temiendo por su vida. Al otro lado de la pared desde la que yo miraba, el tigre herido apenas se movía.

Me sentía como un espectador en cierto modo frustrado por no poder participar en aquella representación. Poco a poco me había ido invadiendo un sentimiento de simpatía hacia aquellos hombres tigre que luchaban con nobleza contra los que parecían ser sus enemigos. Sin embargo, un desgraciado incidente hizo que la lucha de fuerzas que parecía favorecerles se tornara en su contra.

Cuando O'Malley estaba a punto de ser vencido por su adversario, dio una patada a propósito a un farol. Inmediatamente, la paja que había alrededor prendió y el fuego comenzó a propagarse por todo el almacén.

Lo curioso de esto fue la reacción que tuvieron los hombres tigre. De repente pareció que abandonaban la lucha. Si bien es cierto que ya habían conseguido derrotar a la mayoría de sus enemigos, el fuego les hizo renunciar a la pelea y correr hacia las cajas que estaban siendo devoradas por las llamas. Parecía como si les importara más el contenido de estas que su vida, pues comenzaron a apartarlas del fuego.

Este hecho fue aprovechado por O'Malley, al que su rival había conseguido herir con su misma navaja en una pierna. Cojeando ostensiblemente, se acercó hasta donde estaba su jefe y le ayudó a salir del almacén. Ya en la puerta, se subieron a un coche de caballos que debían de haber acercado sus hombres cuando escucharon el disparo, y huyeron a toda velocidad. Tuve buenos reflejos al volverme a esconder, porque los hombres tigre salieron inmediatamente detrás de ellos, no con el afán de perseguirles, sino para poner a salvo las cajas, lo que hicieron en un par de minutos. Me volvió a sorprender la importancia que tenían para ellos: las ponían a salvo antes que a su propio compañero, cuya figura cayéndose junto a la pared se me

había quedado grabada en la retina. Puede que ellos le hubieran dado por muerto, pero yo le había visto moverse.

No terminaba de pasar este pensamiento por mi cabeza cuando uno de ellos intentó entrar de nuevo en el almacén, seguramente para rescatar a su compañero, pero a esas alturas las llamas ya lo devoraban todo y parte de la techumbre se derrumbó.

No me lo pensé dos veces. Había que actuar rápido. Yo sabía dónde había caído el hombre tigre herido y todavía tenía esperanzas de salvarlo.

Regresé al lugar donde había permanecido escondido y cogí un madero que había en el suelo. Con él golpeé con fuerza la pared. Los tablones medio podridos cedieron, rompiéndose y dejando el suficiente hueco para poder entrar.

Dentro, el humo ya lo ocupaba todo y sentía que mi piel ardía. Si alguna vez imaginé cómo sería el infierno, no se diferenciaba mucho de aquel lugar. A pesar de que era difícil ver, sabía más o menos dónde estaba el cuerpo. Le encontré enseguida. Seguía allí, sin moverse, desvanecido. En aquel instante me invadió el terrible pensamiento de que estaba arriesgando mi vida posiblemente por alguien que ya había muerto. Aun así, le intenté mover. Su complexión no era muy fuerte, de modo que le cargué sobre mis hombros. Tambaleante, me dirigí hacia el agujero de la pared que yo mismo había hecho. Era mi única salida, pues el resto del almacén estaba siendo devorado por las llamas. Estaba a punto de alcanzarlo cuando un trozo de una viga del techo cayó junto a mí, golpeándome la pierna derecha. El impacto fue tan fuerte que casi me tira al suelo. Por suerte, pude soportarlo y seguí adelante. Di gracias a Dios cuando me vi afuera. A mi espalda, el almacén se derrumbó completamente. Solo unos segundos más en tardar en salir y me hubiera aplastado.

Con el hombre tigre sobre mis hombros avancé los metros suficientes para separarme con seguridad de lo que quedaba del edificio. Le dejé en el suelo y, al hacerlo, también caí junto a él. Fui entonces consciente de que la herida de mi pierna era grave y que milagrosamente había soportado mi peso y el de la persona que había rescatado. Me arrastré hasta él con la intención de quitarle la capucha que le cubría el rostro y ver si respiraba. Sin embargo, antes de hacerlo, supe que estaba vivo.

Al acercarme, vi que tenía una de sus manos cerradas y que dentro sujetaba algo. Algo que apretaba con fuerza y que no había soltado ni cuando yo le tomé en brazos. Le abrí el puño y, a la luz intensa de las terribles llamas, vi que se trataba del pequeño dragón de jade que minutos antes había visto como el tipo de la chistera sacaba de una de las cajas. Aquel hombre tigre lo debía haber cogido cuando cayó herido, así que me lo guardé en uno de los bolsillos de mi pantalón. Las sorpresas no habían terminado allí para mí. Al abrir la mano del hombre, quedó al descubierto su muñeca. Era muy fina y en ella tenía un tatuaje: un dragón. Un dragón que, minutos después, y a la luz de los acontecimientos narrados anteriormente por el señor Gordon, me llevaría a atar más cabos de nuestra investigación.

Todo aquello resultaba muy extraño. ¿Quién sería capaz de hacer algo así cuando su vida corría peligro? Le miré con un punto más de curiosidad mientras le descubría el rostro. No era una capucha lo que se lo tapaba, sino un pañuelo negro que llevaba enrollado sobre la cabeza y dejaba a la vista solo los ojos. Cuando conseguí quitárselo, juro que en mi vida nunca antes me había llevado una sorpresa así. Ante mí apareció una larga y lisa cabellera de mujer.

Tardé unos segundos en recobrar me de la impresión. Los mismos que ella en abrir un poco los ojos. Era una joven bellísima de rasgos levemente orientales. El tal O'Malley la había herido en el hombro, pues se llevó la mano a él y emitió un leve quejido. Creo que me vio, pero justo en aquel instante escuché unos pasos que se acercaban, supuse que de alguno de sus compañeros. Haciendo un gran esfuerzo, me puse en pie y me alejé del almacén arrastrando mi pierna para poder esconderme entre la maleza.

Desde allí vi que quien se acercaba, efectivamente, era otro de los hombres tigre ya con la cabeza descubierta. Al ver a su compañera, rápidamente fue hacia ella y pidió ayuda. No tardaron en aparecer los otros dos. Inmediatamente, cogieron a la chica y se la llevaron hacia la entrada. A pesar de mi estado, no pude dejar de seguirles y ver cómo habían llegado más hombres tigre que se estaban llevando las cajas hacia el río, como también hicieron con ella. En un par de minutos, los hombres, las cajas y la joven herida desaparecieron sin dejar rastro. Me quedé solo, hipnotizado con las llamas que, implacables, seguían con su tarea de arrasar todo el almacén.

Por un momento sentí que las fuerzas me abandonaban. No podía quedarme allí. La herida de la pierna sangraba y tenía que acercarme hasta el camino principal por el que el carro me había traído. Tenía la esperanza de poder aguantar así hasta el amanecer, a la espera de que alguien pasara por las cercanías y me socorriera. Arranqué un trozo de mi camisa y me vendé la pierna lo más fuerte que pude. Después busqué un palo por los alrededores que me sirviera de bastón. No tenía tiempo que perder: las llamas del almacén me iluminarían hasta alcanzar el camino, pero también sabía que la altura a la que ascendían haría que se viesan desde la ciudad. Los bomberos y la policía no tardarían en aparecer y era mejor que no me encontraran allí. Me alejé del edificio, pensando en una coartada que darle a quien me pudiera encontrar y que justificara el estado en el que me encontraba.

Sin embargo, pronto todos mis pensamientos se volvieron en torno a la chica y a la escena que había presenciado. Era evidente que aquel tipo de la chistera de seda y sus secuaces habían recibido un cargamento de objetos de arte de China. Un cargamento de antigüedades ilegal por la forma en que había llegado: en medio de la noche y escondido entre sacos de té. Y luego estaban los chinos que se lo habían robado. Entre ellos, una joven de belleza inquietante. La imagen del dragón tatuado en su muñeca me asaltó. ¿No nos contó el señor Gordon que había visto uno tatuado en la muñeca de aquel anciano chino en la tienda del señor Cecil? Mi cabeza se embotaba por momentos, pero juraría que sí. Eso significaba que todos pertenecían a la misma banda, opositora a la de O'Malley. Por eso habían ido a la tienda de antigüedades, para recuperar el jiance y así poder saber cuándo llegaba el cargamento. Posiblemente fueron ellos los que robaron el reloj a lord Greenwich. Por lo que yo había presenciado tenían un interés bárbaro en conseguir las cajas, incluso arriesgando su vida. Y O'Malley y su jefe, ¿qué tendrían que ver con todo aquello?...

Noté que el frío que sentía no era normal. Empezaba a calarme los huesos. Supe que pronto perdería el conocimiento y todavía no había alcanzado el camino principal. Mi única esperanza para salvarme era el joven Eastman. Confíe en él, en que me estuviera buscando. Y agarrándome con fuerza a ese pensamiento, hice un esfuerzo sobrehumano para seguir caminando.

## INFORME DEL INSPECTOR ROTHNIE

Informe sobre los hechos acaecidos en la noche del seis al siete de febrero de 1859, en el número catorce de Moray Place, en la ciudad de Edimburgo, destinado al conocimiento y a la atención del superintendente de la Policía Metropolitana de Edimburgo, John Tait, así como al inspector jefe Samuel Burdett, que Dios les guarde muchos años.

Estando el inspector número 477, de nombre Fergus Jeremy Rothnie y adscrito al Departamento de Investigación de Crímenes de la Policía Metropolitana de Edimburgo, inmerso en la investigación del asesinato de lord Arthur Greenwich, producido el pasado mes de enero en Cockpen Castle, en la parroquia de Bonnyrigg del condado de Midlothian, y teniendo como principal sospechosa a la esposa del asesinato, a saber, lady Maximilienne Greenwich, de soltera Dupont, fugitiva de la ley, acaecieron los siguientes sucesos que vinieron a dar luz sobre el paradero de la susodicha fugitiva.

La mañana del citado día seis se presentó ante este inspector una anciana, identificándose ella misma como la señora Rossalyn Owl, residente en el número trece de Moray Place de esta misma ciudad. La dama en cuestión quería denunciar los molestos ruidos que últimamente se producían en la finca colindante a la suya. Ruidos que no la dejaban descansar, ni de día ni de noche, lo que, dada la edad con que contaba la dama, suponía una merma para su delicada salud.

Me detengo en este punto para resaltar el hecho de que denuncias de este tipo se producen a diario en esta ciudad, y que esta, en concreto, hubiera pasado desapercibida si no hubiera sido, y perdonen mis superiores esta falta de humildad, por la excelente fama que me he granjeado durante los últimos años, gracias a mi intuición y al buen hacer en mi trabajo. Como refería, se dio el caso de que la denunciante, es decir, la señora Rossalyn Owl, insistió en que no quería que la atendiera otro policía que no fuera yo. Dijo que mi reputación me precedía como policía eficaz, valiente e inteligente, y como hombre honrado. La atendí como merecía su buena disposición ante mí y, al

interrogarla sobre el motivo de sus quejas, descubrí el paradero de la fugitiva lady Maximilienne Greenwich.

La señora Rossalyn Owl, como corresponde a una dama de su edad y condición, era bastante habladora. Me costó que se centrara en los hechos que quería denunciar, pues previamente me relató la vida y milagros de sus vecinos, los señores Williamson, a la sazón moradores de la finca colindante a la suya, de donde venían los molestos ruidos. Interrogada sobre qué tipo de ruidos eran aquellos, la señora Owl dijo que se trataba de los ladridos de tres perros.

Por el minucioso relato que hizo, supe que sus vecinos, los Williamson, se encontraban fuera de la ciudad, habiendo dejado al cargo de la casa a la señora Robinson, su cocinera, y a la joven Bessy, una de las criadas. De pasada, aportó un dato que para alguien con menos olfato que yo hubiera pasado desapercibido: también se había quedado con ellas la institutriz, de la que ella desconocía el nombre, pero que en alguna ocasión había visto en compañía de la señora Arliss. He aquí la clave de la cuestión. Fue escuchar ese nombre e inmediatamente mi mente concatenó una serie de sucesos, aparentemente independientes, pero relacionados en su fondo.

Para poder explicárselos más claramente es necesario que les ponga en antecedentes. El día anterior a los hechos reseñados, y acompañado por los dos agentes de guardia, acudí a la residencia del difunto lord Greenwich, concretamente a Cockpen Castle, con la intención de detener a su esposa como principal sospechosa del susodicho asesinato. Una vez personado, junto con los mencionados agentes, comprobamos que la señora estaba acompañada por dos damas, presentándose una de ellas ante mí como la señora Arliss, esposa del famoso abogado de Edimburgo Thomas Arliss. Sin entrar en más detalles, que no vienen al caso en este momento, les informo de que lady Greenwich, usando una artera treta, y supongo que abusando de la inocencia de las otras damas, escapó en su compañía, junto con sus tres inseparables animales domésticos, a la sazón perros de la raza denominada *Yorkshire*.

Por ello, y en base a estos antecedentes que acabo de relatar, al escuchar el nombre de la señora Arliss, puse mayor atención, si cabe, en el relato de la observadora dama, que prosiguió exponiendo su encomiable preocupación

sobre la posibilidad de que la servidumbre, aprovechando la ausencia de la familia, hubiera metido a extraños en la casa, ya que la familia no tenía perros.

A continuación transcribo literalmente las palabras de la anciana por la importancia que esta parte del relato tuvo en la investigación.

—Es más —me contó con su dulce voz—, esta misma noche he visto como un joven desconocido entraba y salía de la casa a unas horas no apropiadas para visitas...

Fue un momento de lucidez, un destello de inteligencia, lo que me llevó a unir tres hechos aparentemente intrascendentes. Primero, que lady Greenwich estuviera en compañía de la señora Arliss cuando desapareció. Segundo, que lady Greenwich se marchara de Cockpen Castle sin sus tres perros, de los que, según la información suministrada por una de sus doncellas, nunca se separaba. Y, tercero y fundamental, la presencia, junto a la señora Arliss y lady Greenwich, de una agraciada joven, cuya identidad desconocía. Una joven que bien podría ser la institutriz a la que se había referido la señora Owl.

Las piezas encajaban como un puzle: lady Greenwich había huido de Cockpen Castle en compañía de aquellas dos damas y sus tres perros. Evidentemente, ellas sabían que la señora Arliss me había dado su nombre y que el primer sitio al que acudiría a buscarla sería a su casa. En cambio, yo no conocía a la institutriz de los Williamson. Eso, unido al hecho de que esa familia se encontraba fuera de la ciudad, lo convertía en el lugar ideal para esconder a la fugitiva. Y que conste que con ello no quiero decir que las citadas damas fueran conscientes del delito que estaban cometiendo al dar cobijo a una prófuga de la ley. Posiblemente, ellas lo hicieron con buena voluntad, engañadas por las argucias de una cruel asesina.

Con lo que no contaba la sibilina anciana era con que, justamente, sus perros iban a ser los que la delataran.

Despedí a la señora Owl prometiéndole que, en breve, aquellos perros no la volverían a molestar, y con el convencimiento de que acababa de descubrir el escondite de una de las asesinas más peligrosas del país.

Una vez a solas, volví a analizar toda la información que me había suministrado la señora Rossalyn Owl. Para mi sorpresa, fui capaz de encontrar un nuevo dato que anteriormente me había pasado desapercibido (nunca dejo

de sorprenderme a mí mismo, y eso es lo que me permite estar a la cabeza de los investigadores de este país). Un dato aparentemente insignificante, pero clave en todo este asunto: la visita de un joven a la residencia de los Williamson, según dijo la señora Owl, a unas horas poco apropiadas para visitas... Otro que no hubiera sido yo habría pensado que pudiera tratarse de algún hombre que visitaba a la criada o a la institutriz, las dos personas jóvenes de la casa. Y digo esto por aquello de que los jóvenes suelen ser más propensos al enamoramiento y sus consecuencias... Sin embargo, a este inspector Fergus Jeremy Rothnie no le desvió ni un ápice esta teoría de su camino implacable hacia la justicia y la verdad. Tenía otra hipótesis que, a la larga, resultó ser la que me guiaría por el sendero correcto.

Uno de los puntos básicos en los que me había detenido durante las semanas que llevaba investigando era el modo en que lady Greenwich había cometido el crimen. En un principio, es cierto que siguiendo las órdenes del inspector jefe Burdett, cerré la investigación de la muerte de lord Greenwich, pues todo parecía apuntar a que habían sido unos ladrones que, sorprendidos por el propietario del castillo en mitad de su fechoría, habrían procedido a darle muerte. Sin embargo, mi buen olfato de sabueso me decía que allí había algo más y que ese caso no estaba cerrado. Por lo cual, pedí permiso a mi superior inmediato, es decir, al ya nombrado inspector jefe Burdett, para reabrir la investigación, a lo que él, sin dilación, accedió mostrando la alta consideración en que me tiene y que yo siempre le agradeceré. Eso sí, me pidió que fuera muy discreto en las indagaciones para no levantar más alarma entre la población, ya que a la viuda se le había negado anteriormente la reapertura del caso que ella misma había solicitado.

Por todo ello, en silencio, como el gato que busca al ratón, retomé la investigación. Como ustedes ya saben, lord Greenwich fue asesinado con una certera puñalada en el corazón. Una sola. Eso me llevó a la conclusión de que el o los asesinos (en beneficio de la investigación, acostumbro a considerar todas las posibilidades, aunque los hechos evidenciaron, en este caso, la singularidad del acto) era o eran profesionales. Y como todas las pistas que encontré, y que ahora omito en aras de una mayor concreción, apuntaban a que la única que tenía móvil para cometer el asesinato de lord Greenwich era su esposa, despechada por descubrir que él tenía una amante, me centré en ella:



una anciana, aparentemente desvalida, y que a primera vista no tendría las fuerzas necesarias para cometer tan deplorable hecho. Por lo cual era evidente que había pagado a alguien para que lo hiciera. Posiblemente a un joven sin escrúpulos. Un delincuente con el que, antes o después, tendría que quedar para pagarle sus honorarios; el joven que la señora Rossalyn Owl había visto entrar en casa de los Williamson. Sí, el destino había puesto en mis manos una información que, de haber caído en otras menos expertas, se habría perdido. La suerte no sonríe a cualquiera, solo a aquel que está preparado para reconocerla.

Tras la visita de la señora Rossalyn Owl, preparé el dispositivo de vigilancia en los alrededores de la casa de los señores Williamson sin dejar nada a la improvisación. Dos hombres apostados en las inmediaciones del edificio. Uno en la parte norte y otro en la parte sur de Moray Place, cerrando las salidas de la plaza. Otros dos en Doune Terrace, cubriendo la parte trasera de la casa. Y para completar el operativo, yo mismo me escondí en los jardines centrales de la plaza, justo enfrente de la puerta principal de la vivienda. Mi plan era detener a lady Greenwich, junto con el autor material del asesinato de lord Arthur Greenwich, para tener la prueba irrefutable de su delito. Otro investigador menos avezado y con menos paciencia que yo hubiera entrado directamente a detener a la fugitiva. Yo no. En esos pequeños detalles radica la calidad de un investigador.

Una vez dispuesto todo, solo era cuestión de esperar. Y aunque la expresión pudiera dar pie a pensar que se trata de un acto sencillo, nada más lejos de la realidad. La espera requiere unos nervios templados y la cabeza fría, soportar con estoicismo las condiciones inclementes del tiempo atmosférico, los calambres de la postura y, sobre todo, resistir los pensamientos negativos que temen el fracaso de la operación. Tengo que decir que ninguno de estos inconvenientes hizo tambalear mi firmeza. Pasada la medianoche, escuché los pasos de alguien que se acercaba por el lado sur de la plaza. Pronto, entre los resquicios que dejaban los arbustos, pude ver la figura de un hombre que se detenía en la puerta del número catorce de Moray Place. Se trataba de nuestro hombre. El pájaro estaba entrando en la jaula...

Me agaché entre los arbustos para que no me descubriera y poder vigilar cada uno de sus movimientos. Después de mirar a un lado y otro de la plaza

para cerciorarse de que no había nadie en las proximidades, el hombre subió los escalones que le separaban de la puerta principal con la característica agilidad de un joven. Había dado la orden a mis subordinados de esperar hasta que el tipo saliera de la casa para detenerle y entrar a por la fugitiva. Era la manera de asegurarnos de que la mujer le había pagado y de ese modo pillarles, y perdonen mis superiores la expresión coloquial, con las manos en la masa.

Recuerdo que en aquel instante tuve la frialdad de preguntarme quién le abriría la puerta. Hubiera apostado mi cuello a que sería la propia lady Greenwich la que lo haría para no levantar sospechas entre los sirvientes que quedaban en la casa. Sin embargo, he de reconocer que me equivoqué. Las sendas que usa la maldad son infinitas y siempre encuentra una nueva por donde escaparse: el varón que se había aproximado a la casa, ¡tenía llave propia! ¡Muy lista, lady Greenwich, muy lista!, pensé esbozando una de mis famosas sonrisas ladeadas. Le había entregado la llave al joven para no tener que dar explicaciones a la servidumbre.

El tipo abrió la puerta y se metió en la casa. Y lo hizo de un modo tan furtivo que dejó clara su culpabilidad. Iba a proceder a salir de mi escondite para dar la orden a los agentes de que se acercaran a la casa y se apostaran en la puerta de la misma cuando sucedió algo sorprendente que me hizo mantenerme a la espera. Un hombre se bajó de un coche que estaba parado en la plaza y que yo había creído vacío. El tipo era corpulento y caminó con prisa hacia la puerta del número catorce, impulsándose de manera ostensible con su bastón. En un principio pensé, reconozco de nuevo que equivocadamente, que se dirigía a alguna otra casa; sin embargo, también subió las escaleras del número catorce. Este tipo también tenía llave y también entró. Pero eso no fue lo más sorprendente. Lo que me dejó perplejo fue escuchar la voz de una mujer justo a mi lado. Gracias a que tengo un gran autodominio, mantuve la calma; de otro modo, podría haber herido a la señora Arliss, que era precisamente quien me hablaba.

—¿Se puede saber qué está haciendo ahí parado?! —me preguntó, a mi parecer, de una manera poco discreta dada la delicada situación en que me encontraba.

Además, lo hizo con un aire de superioridad insufrible. Mi esmerada educación me impidió contestarle como se merecía, que era con otra pregunta igual de impertinente, y tan solo le dije que estaba interrumpiendo una operación secreta y, encima, ¡¡vestida con unos pantalones!! Que hiciera el favor de marcharse a su casa. A continuación transcribo literalmente su respuesta, para que quede constancia de la enfermedad nerviosa que sufre la citada dama.

—¡Déjese de tonterías! Un asesino acaba de entrar en esa casa —me gritó señalando a la de los Williamson— y usted está aquí parado, jugando al escondite... ¡Dese prisa! —me volvió a gritar—, ¿no ve que quiere asesinar a lady Greenwich?

Enseguida comprendí su táctica. Alguien había dado el soplo de que pensábamos detener a la mujer y habían planeado todo para acusar de intento de asesinato al joven que acababa de entrar. Posiblemente, el tipo grande que había entrado detrás de él también estaba compinchado. Ahora me daba cuenta de todo el complot, en el que también participaba la señora Arliss, que hasta entonces había considerado como inocente. Las sendas del mal son infinitas, pero también el olfato infalible del inspector Fergus Jeremy Rothnie.

Fue una operación limpia y rápida, aunque debo confesar que poco silenciosa. Primero, porque me vi en la obligación de tocar mi silbato para llamar a los agentes que estaban apostados a ambos lados de la calle y al coche de policía que, con dos agentes más, mi buena previsión había dejado escondido al otro lado de la plaza. Luego, porque cuando di la orden de que detuvieran a aquella mujer por obstrucción a la justicia y manifiesta colaboración con una banda de criminales, se resistió, armando tal alboroto que algunos vecinos se asomaron a las ventanas de sus casas. La dama perdió las formas que le correspondían y profirió insultos contra mi persona del tipo «inútil» y «necio», además de otras frases que recojo en este párrafo para que se ponga de manifiesto el desacato a la autoridad y se tengan en cuenta a la hora de elaborar los cargos contra ella: «¡Muévase, majadero, y vaya a detener a ese asesino antes de que alguien resulte herido!», «¡Es usted un borrego!, haga el favor de soltarme»... Todo ello acompañado de manotazos, puntapiés e incluso un mordisco que se llevó uno de los agentes.

Por supuesto, este histerismo no condicionó mi actuación posterior. La señora Arliss fue introducida en el coche policial y llevada a la comisaría. Entretanto, ordené a los agentes que se apostaran en las dos salidas de la casa, bajo el principio de que todo lo que entra sale. Tranquilamente, me dispuse a esperar en la puerta principal a que los que habían entrado salieran. Principio que, por otro lado, nunca falla.

Tardaron más de lo esperado y con un resultado ciertamente sorprendente. Al cabo de unos diez minutos, apareció la que luego supe que era la cocinera, una tal señora Robinson, que portaba un rodillo de cocina en la mano, acompañada de una jovencita llamada Bessy, que resultó ser una doncella de la casa. Reproduzco de nuevo textualmente sus palabras, por si fueran constitutivas de delito.

—¡Ah!, está usted aquí, como dijo el caballero —exclamó la cocinera al verme apostado en la puerta sin ningún signo de sorpresa—. Estamos *apañaos* con la policía. ¡Anda que si la tenemos que esperar! Si ya nos lo había avisado el señor Gordon cuando habló con nosotras ayer: que, dada su inutilidad, lo más probable era que no llegasen a tiempo. Menos mal que estábamos preparadas —dijo blandiendo su rodillo—. Entren y llévenselo... Y tú deja de llorar, Bessy, que ya ha pasado todo.

Comprobé que, efectivamente, la criada tenía el rostro lleno de lágrimas y no paraba de repetir que casi las habían matado. Ante los hechos inesperados que se me presentaban, mantuve la calma y, junto con dos policías, entré en la casa sospechando que todo se trataba de una trampa.

Guiados por las dos mujeres, y sin separar mi mano del arma oficial, subimos al segundo piso mientras la cocinera no paraba de parlotear cosas inconexas. Cuando le pregunté dónde estaba lady Greenwich, interpretó a la perfección su papel.

—¡Qué lady ni qué gaitas!, el ladrón está en la habitación de la señorita Jervis.

Enseguida comprendí el plan. Trataban de hacerme creer que el joven que había entrado en la casa era un ladrón y, de ese modo, tener tiempo suficiente para esconder a la fugitiva. Inmediatamente, ordené a los agentes que registraran la casa ante la estupefacción de las dos mujeres, que no daban crédito a que yo hubiera descubierto su plan.

A pesar de sus protestas, me llevaron hasta la habitación de la llamada señorita Jervis, la institutriz. Tal y como sospechaba, era la joven que había acompañado a la señora Arliss en Cockpen Castle. Estaba sentada en la que debía de ser su cama. De pie, a su lado, el hombre grande que yo había visto entrar en la casa. Y en el suelo, el cuerpo inerte del joven sospechoso.

—Inspector, creo que no nos conocemos —dijo el hombre—, soy el señor Herbert Gordon. Le debemos una explicación.

¡Una explicación a mí!, y perdonen que sea tan expresivo. La explicación se la di yo a él. Pretendían salvar a lady Greenwich y para ello no habían tenido escrúpulos en cometer otro asesinato, el del joven a la que la propia lady Greenwich había pagado para que asesinara a su marido. Enterados de que la policía conocía su escondite, trazaron el plan perfecto para matar, y perdonen la vulgaridad, dos pájaros de un tiro. Matando al asesino de lord Greenwich desaparecían las pruebas que delataban a su viuda como inductora del asesinato, a la vez que intentaban, y digo *intentaban* porque yo se lo iba a impedir, que lady Greenwich escapara de nuevo. Cuando terminé mi exposición de los hechos sucedidos, el tal señor Gordon estaba pálido.

—¡Esto es inaudito! —exclamó admirado por mi perspicacia.

En ese momento, los agentes que había enviado en busca de la fugitiva regresaron con la mala noticia de que la mujer se nos había vuelto a escapar. Maldije la incompetencia de mis subordinados y di la orden para que detuvieran a todos los presentes en la casa, incluidas las criadas. Mandé a un agente a la comisaría para que trajeran refuerzos, pues también debía realizar todos los trámites necesarios para que se llevaran el cadáver y se procediera a su identificación. En fin, trámites burocráticos que he de confesar que me resultan tediosos. Yo, como ya saben, soy más un hombre de acción.

Ahora, tras los hechos expuestos, me encuentro inmerso en la dura tarea de proceder al interrogatorio de los detenidos, así como en la investigación tanto de la identidad del joven como del paradero de lady Greenwich. Nunca en mis años de carrera he encontrado una asesina tan peligrosa y ladina como esta. Su maldad supera con creces la de otros asesinos y estoy seguro de que pronto su fama, si no lo remediamos, sobrepasará los límites de nuestro país. Adjunto a este escrito, solicito la autorización para proceder a repartir panfletos y pegar carteles con su retrato por toda la ciudad, ofreciendo una

recompensa a quien dé pistas fiables sobre su paradero. Es más, yo solicitaría que se repartiesen por toda Escocia, pues, a estas horas, puede que la lady asesina ya haya salido de Edimburgo. Por todo ello, y dada la gravedad de los hechos que he expuesto de manera clara, concisa y, por qué no decirlo, entretenida, espero que den su visto bueno a esta petición.

No les quepa duda de que, cumpliendo con mi obligación, les mantendré puntualmente informados. Siempre a su servicio y al de la sociedad para prevenir el crimen, descubrir criminales y mantener el orden público, me pongo a su disposición para cualquier aclaración que necesiten.

Dios guarde a Su Majestad.

Inspector Fergus Jeremy Rothnie.

## EN EL BARRIO CHINO DE LIVERPOOL

Cuando en los muelles del Albert Dock perdí de vista el carro que llevaba al coronel escondido entre los sacos de té, confieso que me sentí impotente y culpable de haberle dejado solo. Aunque lo cierto es que todo había sido tan rápido que no me había dado tiempo a reaccionar. Lo único que podía hacer ahora por él era averiguar dónde se habían llevado aquel cargamento para poder ir a buscarle.

No tenía muchas opciones para saberlo. Solo había establecido alguna relación con el estibador que había descargado los sacos conmigo. Después de que el carro desapareciera, y cuando el capataz nos estaba llamando a voces desde el almacén para que fuésemos allí a ayudar, aproveché la ocasión para entablar una conversación con él. Comencé haciendo un comentario como si hablase solo, maldiciendo mi suerte de tener que hacer aquel duro trabajo.

—Tú eres nuevo, ¿verdad? —me dijo el hombre con rudeza y mirándome con detenimiento—, no te he visto por aquí antes.

Asentí, como no queriendo hablar con él.

—No, esto no es vida —prosiguió él—. Otros, en cambio, ganan dinero a espaldas y sin necesidad de cargar ni un saco a la espalda.

—¿Te refieres a esas cajas que hemos descargado?..., pesaban lo suyo... ¿Qué es lo que traen? —le pregunté precipitadamente y sin disimular lo suficiente mi interés—. ¿Sabes dónde las han llevado?...

Él miró a su alrededor antes de seguir hablando.

—Te voy a dar un consejo, amigo —dijo bajando la voz—, este es un trabajo jodido, pero, a fin de cuentas, da para comer. Si quieres seguir trabajando aquí, mejor será que no hagas preguntas...

En ese instante, el capataz nos volvió a llamar soltando una blasfemia. Pensé que había perdido mi oportunidad de saber algo más. Sin embargo, para mi sorpresa, y cuando mi compañero se iba ya hacia el almacén obedeciendo al capataz, se dio la vuelta y vino de nuevo a mi lado.

—El negocio debe de ser sucio —susurró—, pero ya te he dicho que pagan bien y a tiempo. En otro envío que trajo el barco chino me mandaron que condujera yo el carro. Llevaron las cajas hasta un almacén abandonado que hay dos millas al norte. Descargaron y nos ordenaron que nos fuéramos de allí... Me has caído bien, muchacho, por eso te lo cuento... Mantente alejado de esa gente si no quieres problemas...

El hombre me guiñó un ojo mientras se alejaba con el resto de trabajadores y aproveché para escabullirme entre las sombras.

Salí de los muelles y, sin dudarlo un momento, me dirigí hacia el norte siguiendo el cauce del río. Por suerte, había escampado y de momento las farolas del muelle me iluminaban, aunque pronto me quedaría a oscuras. Entonces recordé que el coronel me había dado un cabo de vela y unas cerillas antes de dejar la posada. Me alegré de que hubiera sido lo suficientemente previsor. No lo utilizaría hasta que no fuera absolutamente imprescindible: de momento, mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y podía seguir el camino. Media milla más adelante me decidí a encender el cabo de la vela que llevaba encima. Al detenerme, en la lejanía surgió un resplandor. Era un incendio. A la distancia a la que se encontraba me hizo sospechar y temer que se tratara del almacén al que yo me dirigía. El coronel podía estar en peligro, así que marché enseguida en aquella dirección.

A medida que avanzaba, en mitad de la noche, sentía la angustia de pensar en lo que le podía haber pasado a mi amigo, pero también la de no poder ir más deprisa. De repente vi unas luces que venían de frente por el camino y, de seguido, escuché el sonido de un coche de caballos. Podía ser mi salvación, pero ¿qué explicación les daría para que me llevaran al almacén? Quizá el incendio... Al menos podría detenerlo y pedir a sus ocupantes que dieran aviso a los bomberos y a la policía de Liverpool, pues era esa la dirección que llevaba. Con la vela que tenía hice señales para que el coche se detuviera, pero llevaba tal velocidad que si no llega a ser porque me retiré a tiempo, me hubiera arrollado. En esas décimas de segundo que separan la vida de la muerte, con la fugacidad de un rayo vi en el pescante del coche a una persona que reconocí. Sin duda era la figura siniestra del hombre de los anteojos. Seguía con ellos puestos y con su bombín. Tras unos segundos en que me recuperé del susto, concluí que aquella era la prueba de que iba en la



dirección correcta, y también de que el coronel, tal y como había sospechado, podía estar en el almacén, que, ahora era seguro, estaba en llamas.

Con mayor ímpetu avancé hasta encontrar el cruce de donde salía el camino que llevaba al incendio. Las llamas iluminaban la negrura de la noche, tiñéndola de rojo. Entonces, recortada entre el resplandor de las llamas, vi una figura que se acercaba por el camino. Avanzaba despacio y tambaleante. No supe qué hacer, si esconderme o ir a su encuentro. Decidí salirme del camino y esconderme, pues no sabía quién podría ser y toda precaución era poca. Cuando la figura ya estuvo cerca de mí, escuché un quejido que me resultó familiar. Hice un esfuerzo por fijarme bien en la persona que se acercaba, hasta que el corazón me dio un salto al reconocer el porte, algo quebrado, del coronel.

Había sido providencial mi determinación de ir a buscarle. De no haber sido así, no sé qué le hubiera ocurrido, porque cuando me acerqué vi que estaba herido en una pierna y, por el estado en que se encontraba, no hubiera aguantado mucho más.

—¡Coronel! —exclamé sin poder reprimir mi alegría.

—¿Leopold?!..., ¿es usted? —preguntó con la voz ahogada.

Noté que estaba a punto de caer sin conocimiento y le agarré.

—Nunca me he alegrado tanto de verle —me dijo mientras se apoyaba en mi hombro—. ¿Cómo ha dado conmigo?

—Luego se lo cuento, aunque es usted el que me tiene que contar a mí...

No teníamos mucho tiempo para explicaciones. Avanzamos un tramo del camino y enseguida me di cuenta de que no podríamos ir mucho más allá. Él estaba herido en una pierna y no podía caminar apenas. Le ayudé a que se sentara en el suelo, sobre una piedra. La lluvia nos había dado un respiro, pero no tardaría en volver a aparecer. Acerqué el cabo de vela a la pierna del coronel para reconocer su herida. Lo que menos le convenía era seguir caminando. Me quité la capa y el abrigo y, a pesar de sus protestas, le cubrí.

—Tendré que ir a pedir ayuda —le dije—, ¿cree que aguantará?

—¡Por supuesto que sí! —exclamó haciendo un gran esfuerzo—. De todas formas, no se entretenga charlando con desconocidos...

La broma me animó. Me disponía a marcharme cuando, a nuestras espaldas, por el camino que venía del incendio, el ruido de un coche de

caballos volvió a cortar la noche. Pensé que estábamos salvados y decidí que esta vez lo pararía, costase lo que costase. No fue necesario; el coche avanzaba muy despacio. Al vernos, se detuvo de inmediato. Me acerqué corriendo hasta el cochero. Los faroles del coche me deslumbraban y no me dejaban ver su rostro. Aun así, le expliqué la urgencia. No tuve ninguna respuesta, el hombre no se movió. Insistí en mi petición de ayuda. Tras unos segundos que se me hicieron eternos, se oyó una voz que venía del interior del vehículo. No entendí nada porque quien hablaba lo hacía en un idioma que no era el nuestro. El cochero se bajó del pescante, caminó hacia el lugar en que se encontraba el coronel y le cogió en brazos. Inmediatamente, me acerqué para ayudarlo, pero él rechazó mi ayuda y lo cargó él solo. Le seguí dando gracias a Dios, pues en aquel momento empezaba de nuevo a llover con fuerza.

El hombre metió al coronel en el interior del coche y yo subí detrás.

—Gracias —murmuró el coronel casi sin fuerzas.

Una vez que estuvimos dentro, vi al hombre que había hablado y me senté a su lado. También comencé una parrafada de agradecimiento, pero me detuve sin saber qué decir al ver que me estaba dirigiendo a un anciano chino que tenía un párpado caído. No proseguí porque dudé que entendiera nuestro idioma. El hombre solo hizo una inclinación con la cabeza y luego dio una orden al cochero.

Me tranquilizó ver que tomábamos el camino que llevaba a Liverpool. De nuevo, traté de explicar al anciano chino que necesitábamos acudir a un médico. El anciano volvió a inclinar la cabeza y tan solo nos escrutó con sus ojillos. Mi amigo se agarraba la pierna con fuerza, aguantando su dolor estoicamente, pero a mí su sufrimiento me agobiaba.

A la entrada de la ciudad, me vi en la necesidad de insistir al anciano, que se había mantenido en silencio durante todo el viaje, en que el coronel necesitaba un médico. Como no contestó y no conocía Liverpool lo suficiente, se me ocurrió que lo mejor era que nos dejaran en la posada. Allí, al menos, podría hacerle una cura hasta conseguir un médico.

Esta vez tan solo recibí como respuesta otra orden al cochero. Iba a insistir de nuevo cuando el gesto del coronel me detuvo, dándome a entender que dejara que el anciano nos llevara donde quisiera. Fue tan elocuente que enseguida me di cuenta de que mi amigo sabía algo más que yo desconocía. De

hecho, el coche en el que nos habíamos subido venía por el camino del almacén incendiado. Confieso que tenía mucha curiosidad en saber qué era lo sucedido allí, pero el coronel parecía empeorar por momentos y cayó en un sopor antesala de la inconsciencia.

El tiempo jugaba en nuestra contra y me llegué a desesperar por el trote lento al que el cochero llevaba a los caballos. Entretanto intenté reanimar al coronel mientras el anciano se mantenía impasible mirándonos desde su asiento.

Por fin llegamos a nuestro destino, que resultó ser una casucha cercana al puerto, en Frederick Street. Como luego supe, era una zona donde habitaban solo familias chinas que se habían establecido allí desde que se iniciara el comercio con ese país, siglos antes. La calle estaba flanqueada por casas bajas con techumbres que terminaban en grandes aleros ligeramente encorvados hacia arriba. Muchos se apoyaban en columnas, formando soportales delante de las casas que estaban adornados con farolillos y con estelas de letras chinas.

El coche se detuvo frente a una de esas casas. Al poco de parar, salieron dos sirvientes y se acercaron para ayudar a bajar al coronel. El anciano, con una agilidad poco propia de la edad que aparentaba, también bajó del coche y les siguió al interior de la casa, donde introdujeron al coronel. Parecían haberse olvidado de que yo estaba también allí. Aunque nadie me invitó a pasar, yo les seguí. Al pasar por la entrada, y a pesar de la escasa luz que daban los farolillos, me llamaron la atención los dos dragones de piedra sobre los que se asentaban las columnas rojas del modesto pórtico. No tuve tiempo de fijarme mucho en ellos: todos habían desaparecido en el interior de la casa.

Ya dentro, atravesé una pequeña estancia y fui a dar a un patio interior. Los faroles que colgaban allí eran rojos. Debió de ser por el color de la luz, pero tuve la sensación de entrar en un mundo diferente, extraño. El centro del patio estaba ocupado por una gran mesa rectangular de madera con bancos a los lados. Había macetas con plantas por los rincones, y las habitaciones que daban directamente a él estaban cerradas por paneles y ventanas enmarcadas con rejas y tragaluces enrejados con grecas oblicuas. Todo me resultaba exótico y a la vez fascinante en aquel lugar. Era como haber viajado al centro de la misma China.

Vi como metían al coronel tras una de aquellas puertas de panel negro con adornos dorados. Fui tras ellos y entré en la habitación justo en el momento en que los sirvientes chinos le tumbaban sobre una colchoneta, en el suelo. Poco más había allí. La habitación estaba prácticamente vacía. Solo una mesa baja con una vasija con agua humeante, varios recipientes de barro y una tetera. Aquellos hombres se movían rápidos y silenciosos, sin dejar huella de su presencia. Cuando me quise dar cuenta, estaba solo con el coronel. El anciano que había venido con nosotros en el coche, en algún momento, había desaparecido en el interior de la casa. Me arrodillé al lado del coronel. Tenía fiebre y el pulso acelerado.

—Aguante, coronel, no creo que esta gente tarde mucho en encontrar un médico —le dije angustiado por mis propias palabras, por ser un estudiante de medicina incapaz de hacer nada para curar a un amigo.

Sin embargo, pronto reapareció el anciano, acompañado, esta vez, de dos mujeres también chinas. Vestían con faldas hasta los tobillos y una túnica encima que les llegaba a las rodillas y que se ceñían con un cinturón. Las mangas, muy voluminosas, y la seda de suaves colores en la que estaban hechos los vestidos les daban el aspecto de frágiles mariposas. Me saludaron con una inclinación de cabeza. Después, una de ellas atendió al coronel mientras la otra me servía una taza de té. Agradecí el ofrecimiento, pues hasta aquel momento no había sido consciente de que estaba empapado y del frío que tenía. Tomé el té sin perder de vista a la otra mujer, que estaba rasgando el pantalón del coronel, imaginé que para facilitar la cura que, no me equivocaba al pensarlo, iba a hacer el anciano, quien estaba preparando algún tipo de unguento sobre la mesa.

Recuerdo que mi intención fue impedirlo. De repente, todo empezó a darme vueltas y sentí que caía a plomo sobre el suelo. La última imagen que se me quedó grabada fue la de un tatuaje que el anciano había dejado al descubierto en el interior de su muñeca, el de un dragón.

No recuerdo nada más que me sumí en un sueño placentero. Más tarde, comencé a despertar de un sopor insalvable. Lo primero que vi al abrir los ojos fue la geometría perfecta de unos tablones de madera, que debían de ser los del techo de la habitación donde me encontraba. Después sentí que alguien me ayudaba a levantarme y que me obligaba a caminar. Cuando desperté del

todo, estaba mecido por un traqueteo y un ruido que no me eran desconocidos. Tenía dolorido el cuerpo y la cabeza abotagada. Frente a mí distinguí un rostro sonriente.

—¡Bienvenido a bordo, joven Eastman! —exclamó el coronel.

El coronel tenía buen aspecto, lo que me hizo pensar que estaba teniendo una pesadilla. La última vez que lo había visto estaba tumbado en un catre y prácticamente sin conocimiento, y aquel sueño estaba teniendo lugar en lo que parecía ser el compartimento de un tren.

—¿Qué tal se encuentra? Ha dormido un buen rato...

—Pero... ¿qué ha pasado?... ¿Y su pierna?

—Es una larga historia, pero le diré que el anciano me curó y lo sorprendente es que apenas me duele —dijo golpeándose suavemente en la pantorrilla con su pipa apagada.

Miré a mi alrededor intentando comprender.

—No se preocupe, vamos camino de Edimburgo. Los chinos se encargaron de traernos hasta aquí, y no se olvidaron de nuestro equipaje... Me temo que le drogaron...

Era obvio que necesitaba una explicación. Antes de dármele, el coronel se levantó con cierta dificultad y se asomó al otro lado de la puerta de nuestro compartimento, asegurándose de que no había nadie escuchando. Una vez seguro, y mientras el tren avanzaba, me relató lo sucedido desde que abandonó los muelles escondido en el carro hasta que rescató a aquella joven de entre las llamas.

El coronel apenas recordaba cómo, tras meternos en la casa china, mientras a mí me ofrecían un té con algún tipo de droga, a él el anciano le hizo una cura de su pierna. También, en algún momento, le dieron a beber un tipo de infusión que le alivió el dolor y le mantuvo dormido hasta la madrugada. Cuando despertó se encontraba en la misma estancia en la que nos metieron. No quedaba ni rastro del anciano. Solo una de las mujeres que le había ayudado a curarle estaba sentada junto a él.

—Lo primero que hice fue preguntar por usted, Leopold. La mujer no hablaba nuestro idioma, pero al parecer sí lo entendía. Me señaló una esquina de la habitación donde había otro catre. Me sobresalté al verle allí tirado, pensando que le había ocurrido algo grave, y me incorporé rápidamente. La

mujer me tranquilizó haciéndome ver por gestos que usted dormía. Desde luego, lo que parecía evidente era que aquella gente, si me había curado a mí, no tenía intención de hacernos daño.

El coronel siguió contándome que, al cabo de un rato, un muchacho que no tendría más de catorce o quince años entró en la habitación. Hablaba perfectamente inglés y, ante su estupefacción, traía parte de la ropa de cambio que el coronel había metido en su equipaje y que había dejado en la posada.

—Lo único que el muchacho me explicó fue que le habían enviado con un coche a buscar nuestras maletas a la posada y a que me dijera que nos llevarían al tren que salía para Edimburgo esa misma mañana —relataba mientras no dejaba de mirar su pipa—. Me resultó sorprendente que los chinos supieran dónde nos alojábamos y de dónde habíamos venido. Parecía que aquella gente nos conocía perfectamente y sabía el motivo por el que estábamos en Liverpool, lo que yo ya había sospechado en el momento en que nos recogieron en el coche.

Me lo quedé mirando, intentando entender algo.

—¿Cree que sabían que estaba usted allí, escondido en el almacén? —le pregunté incrédulo.

—Estoy casi seguro. Puede que se lo dijera la misma chica a la que salvé. Recuerde que en un momento llegó a abrir los ojos y me vio. O alguno de ellos pudo ver mi sangre...

—Entonces, ¿cree que fueron a buscarle para, sabiendo que estaba herido, ayudarlo?

—Sospecho que, en parte, sí. Pero también por otra razón —dijo volviendo a mirar su pipa con cierto misterio...

No me desveló la razón en aquel momento, tan solo me dijo que su mayor preocupación durante todo aquel tiempo había sido yo. Temía que en cualquier momento nos separaran.

—No es que temiera por su vida —me dijo—, intentaba tranquilizarme pensando que aquellos hombres no querían hacernos nada malo, pero no podía estar completamente seguro. Solo cuando vi que a usted también le metieron en el coche que nos traía al tren me quedé más tranquilo.

Al coronel le había sorprendido la capacidad de organización de aquel grupo. Parecía que lo tenían todo previsto. Incluso llegó a pensar que habían

calculado el tiempo que la droga me iba a hacer efecto, porque, una vez en el coche que nos llevaba a la estación, comencé a despertar.

—Estábamos en sus manos —prosiguió el coronel— y me pareció que era inútil negarme a que nos llevaran al tren cuando eso hubiera sido lo que hubiéramos hecho de todos modos: regresar a casa.

—¿Cómo podían saber ellos quiénes éramos? —pregunté—. Nadie, aquí en Liverpool, nos conocía...

—Yo también me lo he preguntado. Creo no equivocarme al pensar que el anciano y la gente que nos ha atendido pertenecen a la misma banda que robó el reloj a lord Greenwich y que también intentaron conseguir el jiance. Tienen mucho interés en conseguir esas piezas de arte chino. He supuesto que son antigüedades de un valor incalculable...

Poco a poco mi cabeza empezaba a funcionar y lograba enlazar el argumento de todo lo que había sucedido.

—Es decir —pensé en voz alta—, que el jiance, que tanta gente estaba buscando, concretaba una entrega de antigüedades chinas. Y sabemos que al menos dos grupos de personas lo querían. El grupo del hombre de los espejuelos verdes al mando, el tal O'Malley...

—Permítame que le corrija —me interrumpió el coronel—. Ese hombre, después de lo visto, solo es un empleado del caballero que yo vi en el almacén. Alguien que no se ensucia las manos y que paga para que otros lo hagan...

—De acuerdo, alguien que, posiblemente, quiera vender esas obras en el mercado negro. Y, por otro lado, los chinos. ¿Quiénes son, y por qué se han llevado el cargamento?

—Tenemos algunas pistas —dijo el coronel—. ¿Recuerda lo que nos contó el señor Gordon sobre las monedas chinas que recibió lord Greenwich?

—Sí, dijo que eran la seña de identidad de una liga secreta china. No recuerdo el nombre que dio, pero creo que el señor Gordon también nos contó que el propietario de la tienda de antigüedades, el señor Cecil, había recibido unas iguales a los pocos días de comprar el reloj chino.

—Yo tampoco recuerdo su nombre —prosiguió el coronel—, pero el tatuaje que llevaba la chica en el interior de su muñeca era un dragón...

—Un momento —le interrumpí invadido por la repentina excitación que me produjo recordar algo—. ¡El anciano del párpado caído que le curó también llevaba ese mismo tatuaje! ¡Yo se lo vi cuando preparaba aquel unguento que le aplicó!

—Efectivamente, él también lo tenía —asintió el coronel—, lo que me hizo sospechar que se trataba del mismo anciano chino que el señor Gordon vio en la tienda de antigüedades de Londres.

—¡Todo encaja! —exclamé entusiasmado—. Eso demuestra que es esa banda la que también intentó conseguir el jiance. Pero ¿por qué?

—No lo sé —dijo pensativo el coronel—, pero puede que este pequeño amigo nos pueda ayudar.

Entonces, el coronel, con toda la tranquilidad del mundo, golpeó la cazoleta vacía de su pipa sobre la palma de la mano. De repente, de su interior salió algo que me mostró a continuación sujetándolo entre dos dedos: un pequeño dragón de jade verde del tamaño de un penique.



## TESTIMONIO DE BESSY OLDMAN

Mi nombre es Bessy, Bessy Oldman. He trabajado como criada en casa de los señores Williamson durante dos años. La señorita Jervis me ha pedido que escriba todo lo que pasó aquel día, y aunque al principio no quería, ella me convenció porque dice que he mejorado mucho y que lo puedo hacer. Yo sabía leer y escribir un poco porque me enseñó mi madre, pero ha sido la señorita Jervis la que verdaderamente me ha hecho mejorar.

Me hice amiga de la señorita Jervis porque las dos somos del condado de Hampshire, al sur de Inglaterra. Yo sabía dónde estaba Lower Froyle porque un primo mío se casó con una chica que era de allí. Cuando escribí a la mujer de mi primo para decirle que la institutriz de la familia era de su pueblo, me contestó rápidamente. Ella, que es una buena chica, se apenó mucho al saber que la señorita Jervis había acabado de institutriz, porque su padre había sido uno de los mayores hacendados de la zona. Pero se arruinó y murió y la señorita Jervis perdió todo, incluida una preciosa casa que tenía en el campo. A mí también me dio pena cuando me lo contó, pero lo cierto es que la señorita Jervis es una joven fuerte y de buen carácter y no se queja ni lloriquea. Ella trabaja y escribe, escribe mucho. Dice que eso le ayuda. Y se hizo amiga mía porque le caigo bien y porque las dos añorábamos el buen clima de Hampshire.

Lo que nunca hubiera podido imaginar es que nos iba a suceder una cosa así a las dos juntas. Escribí una carta a mi madre para contárselo, aunque creo que no debí hacerlo, porque se quedó muy preocupada y me regañó. En su carta me dijo que me volviera inmediatamente a nuestro pueblo, que en Stoke no había esa clase de asesinos ni mala gente, que había corrido mucho peligro y que el reverendo Braille necesitaba una muchacha para que la ayudara con las tareas de la casa y estaría encantado de que fuera yo. La idea de volver a Stoke me agradó, y aunque me daba mucha pena dejar a la señora Robinson y a la señorita Jervis, he regresado. El reverendo Braille me trata con mucha consideración y hasta ensaya sus sermones delante de mí. De los Williamson

solo echo de menos a las señoritas Helen y Georgina; todos los demás se portaron bastante mal conmigo y con la señorita Jervis, incluso con la señora Robinson, y no se merecen ni que me acuerde de ellos. Como ya he dicho, la señorita Jervis me pidió que escribiera todo lo que pasó cuando el inspector Rothnie nos detuvo a todos por asesinato, aunque nosotros no habíamos matado a nadie, así que no me queda más remedio que acordarme de ellos.

Todo comenzó la noche que la señorita Jervis mató un gato que se había colado en la casa, o al menos eso creía yo. Toda la familia, incluido el señor Jacob Wolveriage, había ido a pasar unos días en casa de una tía abuela del señor Williamson que está muy mayor y no puede viajar, de modo que los invitó a que la visitaran para poder conocer al señor Wolveriage. Aquel mismo día, la señora Robinson aprovechó su ausencia para visitar a su hija, por lo que la señorita Jervis y yo nos quedamos solas en casa. No me quiero acordar de la noche tan horrible que pasamos. Yo tenía mucho miedo, por eso debió de ser que la señorita Jervis me contó que había sido un gato el que había entrado en casa y no un asesino... ¡Dios bendito!, menos mal que no me dijo la verdad, de otra forma, de verdad me habría muerto de miedo.

A la mañana siguiente me levanté temprano para que cuando volviera la señora Robinson no me regañara por haber desatendido mis tareas. Y menos mal, porque me encontré que había sangre por toda la casa. Como yo creía que era del gato, la limpié muy bien, frotando con ganas. Cada vez que recuerdo que era la de un asesino se me revuelven las tripas.

Después subí el desayuno y una carta a la señorita Jervis y luego me fui a hacer la colada. La señora Robinson volvía al mediodía y me había insistido mucho en que la hiciera. Recuerdo que mientras la hacía escuché ruidos extraños por la casa. Al principio creí que era la señorita Jervis, pero era un ruido como de pisadas de varias personas que andaban por el piso de arriba y por la escalera. Empecé a pensar que era el espíritu del gato, que había vuelto para vengarse...

Lo peor fue cuando la señorita Jervis se marchó y me dijo que regresaría tarde. Le supliqué que no me dejara sola, pero me dijo que ella volvería cuanto antes y que la señora Robinson tampoco tardaría en llegar. Según lo que me contó, la carta que yo le había subido por la mañana era de una amiga que la invitaba a almorzar. No le dije nada, pero me entraron ganas de llorar al

pensar que debía pasar el día sola con el espíritu del gato rondando por allí. Me entró tanto miedo que cuando salió de la casa me atranqué en la cocina y no salí de allí hasta que regresó la señora Robinson.

Gracias a Dios, regresó puntualmente a la hora del almuerzo. Me dio tanta alegría verla que la abracé y la besé, a pesar de que ella protestó y me decía que si me había vuelto loca. Le conté lo que había pasado con el gato y se extrañó mucho, porque dijo que eso no había sucedido nunca en la casa y que los gatos no entran en los hogares decentes. Y dijo también que lo más probable era que yo lo hubiese soñado. No quise llevarle la contraria, pero la sangre que había estado limpiando no había sido en sueños. Aunque como sé que cuando la señora Robinson dice *blanco* es blanco, pues cuando dijo *sueño* fue sueño.

Lo cierto es que yo también me olvidé del gato y de la sangre y me dediqué a limpiar los candelabros del salón. Por la tarde regresó la señorita Jervis, lo que me dio más alegría aún al saber que ya seríamos tres a pasar la noche en la casa. Sin embargo, ella estaba muy seria y preocupada, y después de recibir una nota nos dijo que quería hablar con nosotras.

Nos sentamos las tres alrededor de la mesa del comedor de la servidumbre. La señorita nos contó que un amigo suyo, el señor Herbert Gordon, que era escritor, estaba escribiendo una novela, por lo que solía hablar con mendigos y prostitutas de la ciudad para sacar ideas. Por casualidad, un mendigo que vivía en los sótanos de South Bridge le había contado que había escuchado a una banda de ladrones que pretendía robar en esta zona de la ciudad y le habían asegurado que una de las casas en la que iban a entrar era la de los Williamson, porque creían que allí podía haber cosas de valor.

—El señor Gordon ha acudido inmediatamente a la policía —nos dijo la señorita Jervis—, pero teme que no le hayan hecho caso. Por eso me ha puesto en aviso, porque sabe que yo vivo y trabajo aquí.

Cuando yo escuché todo aquello, no pude aguantar más y me puse a llorar. La señora Robinson me dijo que no fuera ñoña y que me calmara, que les daríamos a los ladrones el recibimiento que se merecían. La señorita Jervis dijo que debíamos estar tranquilas, que el señor Gordon le había prometido vigilar aquella noche la casa y que antes se pasaría para hablar con

nosotras. Y que, de cualquier modo, lo que teníamos que hacer era asegurarnos de atrancar bien las puertas y las ventanas. La señora Robinson dijo que ella también tendría a mano su rodillo.

Eso fue lo que hicimos: cada una en un piso de la casa nos aseguramos de que todo estuviera bien cerrado. Echamos los cerrojos de la puerta del jardín y las dos vueltas de la puerta principal. Para nuestra tranquilidad, el señor Gordon, el amigo de la señorita Jervis, vino a vernos y nos dijo que estuviéramos tranquilas, porque al fin la policía se había convencido de la necesidad de mandar a unos agentes para que también vigilaran la casa. Pero como no se fiaba del inspector que habían puesto al cargo de la investigación, un tal Rothnie, él también estaría fuera de la casa vigilando.

A pesar de todo, en la cena yo no pude probar bocado. La señorita también cenó con nosotras y me fijé en que, aunque quería que pensásemos que estaba tranquila, ella tampoco comió nada. A la hora de irnos a la cama le pedí a la señora Robinson que durmiera en mi habitación. Gruñó un poco, pero finalmente accedió. La señorita Jervis nos dijo que cerrásemos bien la puerta de nuestra habitación, que ella haría lo mismo.

Yo no pude pegar ojo, y a cada pequeño ruido que oía, me levantaba de la cama y pegaba la oreja a la puerta. La señora Robinson, en cambio, se durmió al poco, eso sí, agarrada a su rodillo. Ya avanzada la noche, cuando el sueño empezaba a vencerme y daba alguna que otra cabezada, oí lo que podía ser la cerradura de la puerta principal. Lo cierto es que no me asusté mucho, pues esa puerta solo se podía abrir si alguien tenía la llave. Como el señor Gordon se había quedado con una de las llaves, pensé que entraba en la casa para asegurarse de que todo estaba en orden. Pegué otra vez la oreja a la puerta, pero no oí nada más. Iba a regresar a la cama cuando el crujido de la madera de la escalera principal hizo que casi se me saliera el corazón por la boca. Me acerqué a la cama de la señora Robinson y la desperté. De un salto, se puso en pie con el rodillo en la mano.

—¡Al ladrón!, ¡al ladrón! —gritó medio en sueños.

—No se asuste, señora Robinson, es que me ha parecido oír algo.

—¡Demonio de muchacha! —me dijo enfadada—, ¡vaya susto que me has dado!

A pesar de su mal humor, la convencí de que había oído como había entrado alguien en la casa. Juntas pegamos nuestras orejas a la puerta. Después de unos minutos así, la señora Robinson dijo que no se oía nada y que todo había sido producto de mi imaginación. Luego se metió de nuevo en la cama. Sin embargo, no sé cómo explicarlo, pero yo sentía que había alguien más en la casa. Reconozco que soy tan cobarde que, aunque pensaba en la pobre señorita Jervis que estaba sola allí arriba en su habitación, no me atreví a subir a ver cómo estaba.

Lo que pasó después fue muy rápido. Escuché, esta vez claramente, que alguien abría de nuevo la entrada principal. En esta ocasión no me cupo duda de que era una persona que con pasos pesados corría por la planta de arriba. Volví a despertar a la señora Robinson, que esta vez escuchó los ruidos tan claramente como yo. Sin pensárselo dos veces, se puso su bata y salió de la habitación con el rodillo en la mano.

—Tú quédate aquí, Bessy —me dijo mientras tomaba una bujía.

—No, señora Robinson, yo voy con usted. Tengo miedo de quedarme sola.

La señora Robinson ni siquiera me contestó, salió de la habitación en dirección a las escaleras sin mostrar una pizca de miedo. Yo me puse la bata y fui corriendo detrás de ella.

—Mantente todo lo pegada que puedas a mí —me dijo mientras subíamos las escaleras.

Lo cierto fue que ni en la planta baja ni el descansillo de la primera planta escuchamos ningún ruido. En cambio, cada vez que subíamos un peldaño más, nos convencíamos de que los ruidos venían de la segunda planta. Recé a Dios para que a la señorita Jervis no se le hubiera ocurrido abrir la puerta de la habitación.

—¿No cree que deberíamos avisar al amigo de la señorita Jervis? —supliqué medio llorando a la señora Robinson—. Dijo que estaría fuera vigilando.

—Bessy, no conoces a los hombres —contestó en un susurro volviendo un poco la cabeza—. Seguro que se ha quedado dormido.

Subimos hasta el rellano de la segunda planta. Nos asomamos al pasillo donde estaba la habitación de la señorita Jervis y para nuestro horror vimos

que la puerta estaba abierta. Había una luz encendida en la habitación y desde dentro se proyectaban sombras que parecían fantasmas bailando. Era como si dos personas estuvieran peleando.

—¿Quién anda ahí? —gritó de repente la señora Robinson—. Sea quien sea, que sepa que vamos armadas.

Eso lo dijo mientras avanzaba conmigo pegada a su espalda.

—Señorita Jervis —volvió a gritar—, ¿se encuentra bien?

De repente, cuando ya estábamos muy cerca y escuchábamos más claramente los ruidos, se oyó como si un cuerpo cayera al suelo. Es increíble lo rápido que uno puede llegar a pensar en momentos así. En unos segundos imaginé las cosas horribles que le podían haber pasado a la señorita Jervis y, más horribles aún, las que nos iban a suceder a nosotras. Entonces vimos como una sombra se acercaba a la puerta. Pegué un gran grito mientras la señora Robinson levantaba su rodillo. Por suerte se contuvo a tiempo antes de golpear con él a la señorita Jervis, que fue quien apareció bajo el umbral de la puerta. Tenía el rostro desencajado, pero se acercó hasta nosotras y nos abrazó diciendo que ya había pasado todo y que su amigo el señor Gordon nos había salvado.

Al principio no entendí lo que había sucedido, pero desde la puerta pude ver que en el suelo había alguien tirado y que el amigo de la señorita Jervis, el señor Gordon, estaba de pie, junto al cuerpo, secándose el sudor de la cara con un pañuelo. Al vernos allí, el amigo de la señorita Jervis también salió de la habitación y nos tranquilizó.

Lo que había ocurrido fue que, gracias a Dios, el señor Gordon, que había estado también vigilando la casa sin dormirse, vio entrar al ladrón. Como él tenía una llave, entró detrás de él y le siguió hasta la habitación de la señorita Jervis, donde, tras luchar ambos, el señor Gordon había conseguido dejarle sin sentido.

—¿Está muerto el ladrón? —pregunté señalando el cuerpo del hombre que estaba allí tirado.

—No, solo le he suministrado, con un pañuelo en la boca, una sustancia que usan los médicos y que se llama cloroformo. Llevaba un frasco en mi bolsillo. No ha sido fácil, pero lo he logrado.

También parecía muy excitado. Luego nos pidió que fuéramos a avisar al inútil del policía que estaba en la calle. Le llamó así, *inútil*, no es que yo me lo haya inventado...

El policía estaba en la puerta y la señora Robinson le dijo que entrara en la casa. Lo cierto es que yo también me convencí de que verdaderamente era un poco tonto, porque no hacía nada bien. Empezó a preguntarnos que dónde estaba la fugitiva y mandó a dos agentes que revisaran la casa, aunque nosotras insistíamos en que el ladrón estaba en la habitación de la señorita Jervis.

Eso no fue lo peor. Lo peor llegó cuando después de ver al ladrón tirado en el suelo, no se le ocurrió otra cosa que detenernos a todos ¡nada menos que por asesinato! La señora Robinson le llegó a decir que era un borrego, pero no sirvió de nada. Nos llevó a todos a la comisaría, a pesar de las protestas del señor Gordon, que repetía, una y otra vez, que el hombre no estaba muerto. Yo solo pensaba en lo que dirían los Williamson cuando regresaran al día siguiente y vieran el lío en el que nos habíamos metido. Y eso que todavía no me había enterado de lo peor de todo aquel asunto.

Con todo el jaleo no tuve tiempo ni para preguntarme quién era el ladrón que había entrado en la casa. Tan solo le había visto los zapatos cuando estaba tumbado en el suelo de la habitación de la señorita Jervis. Me enteré después, durante el interrogatorio de la policía.

Fui la primera a la que sacó de aquella horrible celda donde nos habían metido a todos y en la que no pude dejar de llorar. Un policía vino y me llevó a otra habitación donde estaba aquel inspector de policía. Al principio fue muy amable conmigo. Me dio un pañuelo para que me secara las lágrimas y me dijo que si le contaba la verdad me podría ir a casa. Empecé a contarle lo del gato y luego lo de los ladrones, pero el inspector solo se sonreía y se enroscaba con los dedos, una y otra vez, la punta de sus bigotes. Cuando terminé me felicitó y yo me puse muy contenta pensando que me dejaría volver a casa. Pero de repente dio un golpe sobre la mesa, puso cara de perro y me gritó que yo no le engañaba. Entonces me puse a llorar de nuevo y le dije que no le estaba engañando. Parecía que no me creía y se sonreía de lado cuando se lo repetía y decía algo así como que estaba muy bien aleccionada. Gracias a Dios, en aquel instante entró otro policía y le cuchicheó algo al oído. El

inspector se puso blanco como la nieve y exclamó: ¡no puede ser! Luego salió de la habitación con prisas.

Lo que pasó después fue terrible. Todo el mundo parecía haberse vuelto loco en aquella comisaría. A mí me volvieron a meter en la celda con los demás. Antes me crucé con el doctor Gregory, al que conocía porque muchas veces visitaba a los Williamson y también era uno de sus invitados en las cenas que organizaban. Creo que no me vio. Entraba en aquel momento y con un gesto de preocupación le preguntó a un policía dónde estaba el señor Wolveriage. Yo no entendía nada. ¿Es que el señor Jacob Wolveriage estaba también en la comisaría? A lo mejor los Williamson habían regresado antes de tiempo y le habían mandado para que nos sacara de allí y también al doctor. Se lo conté a los demás cuando me llevaron con ellos. Ninguno, incluida la señora Robinson, se sorprendió de lo que conté, por lo que deduje que ellos sabían algo que yo desconocía.

Fue la señorita Jervis la que me contó todo. Cuando terminó no me lo podía creer. Me dijo que había sido el señor Wolveriage el que había entrado de noche en la casa y que no había sido la única vez que había intentado entrar en su habitación. Que también lo había intentado la noche anterior y que me había contado lo del gato para no asustarme. Cuando terminó, la miré horrorizada. Todo aquello debía de ser un error. El señor Wolveriage estaba de viaje con los Williamson y, además, era todo un caballero. No entendía nada e hice muchas preguntas a la señorita Jervis y a los demás, que también trataban de convencerme. Estaban seguros de que había sido él el que había entrado la noche del gato porque tenía un golpe en la cabeza en el mismo sitio que la señorita Jervis le había dado al hombre que entró en su habitación. Lo que yo no comprendía era por qué nadie me había dicho nada. Luego, pensándolo tranquilamente, supe que habían hecho bien, porque si lo hubiera sabido me habría muerto de miedo. El caso es que la señorita Jervis no sabía tampoco que había sido él. Solo sabía que había entrado un hombre en la casa y que había intentado abusar de ella. Entonces se lo contó a su amigo, el señor Gordon, quien para protegerla y capturar a ese sinvergüenza se había inventado lo de los ladrones para que la policía vigilase la casa y nosotras no nos asustáramos.



Lo que nadie podía imaginar era que el hombre que había entrado en la habitación de la señorita Jervis era el señor Wolveriage. La verdad es que en aquellos momentos yo estaba hecha un lío y si no hubiera sido porque la señora Robinson también se creía todo lo que decían, yo no lo hubiera creído.

Lo peor vino después. Al señor Wolveriage se le pasó el efecto de la droga que le había puesto el señor Gordon. Entonces contó a la policía que, estando en Linlithgow con los Williamson, había recibido una carta donde se le informaba de un problema familiar que le obligaba a regresar a Londres por unos días, pero que antes se vio en la obligación de pasar por Moray Place para coger algunos de sus objetos personales para el viaje. Que como llegó muy tarde, no quiso molestar al servicio y que, simplemente, viendo que la señorita Jervis tenía luz en su habitación, pensó en presentarse ante ella y que de este modo supiera de su presencia. Y que entonces alguien le atacó por la espalda y le puso un pañuelo en la boca. Luego ya no recordaba nada. Por eso habían llamado al doctor Gregory para que le reconociera. Todo esto nos lo vino a contar el inspector Rothnie, quien aseguró que ya podíamos dar gracias a que el señor Wolveriage era todo un caballero y no quería poner ninguna denuncia contra nosotras, asegurando que todo había sido un error.

Yo me puse muy contenta al ver que, efectivamente, todo había sido una confusión. Y sobre todo porque podíamos regresar a casa y salir de aquella celda maloliente. Sin embargo, la señorita Jervis parecía muy preocupada porque aquel inspector de policía dijo que el señor Gordon se quedaría detenido hasta que aclararan todas las circunstancias que le habían llevado a entrar en aquella casa. Sentí pena por él. Cuando por fin me vi libre y ya en casa, pensé que habían terminado todos mis problemas, aunque realmente fue entonces cuando empezaron.

Hasta aquí me toca contar. El resto de la historia lo escribirá la señorita Jervis.

Nota: Señorita Jervis, espero haber escrito bien y con claridad. Me he esmerado en la letra y he sido, como usted siempre me recomendaba, breve. Aprovecho la ocasión para mandarle saludos a usted y a la señora Robinson. Dígame que estoy muy bien con el pastor y que no tiene ni una queja de mi comida. Espero poder visitarlas a las dos cuando vaya a Edimburgo para la primavera, pues el pastor me ha prometido que

me llevará con él en un viaje que tiene que hacer por esas fechas. Estoy deseando que llegue ese día. Mientras tanto, se despide su siempre amiga:

Bessy Oldman

## LA HABITACIÓN CERRADA

Muchas veces pienso que la naturaleza humana es mucho más fuerte de lo que creemos. Había pasado dos noches consecutivas sin apenas dormir y sometida a una tensión difícil de resistir para cualquiera. Por ello me sorprendió a mí misma tener todavía la suficiente fortaleza para tranquilizar a Bessy y a la señora Robinson cuando íbamos en el coche de vuelta a casa de los Williamson después de que la policía nos dejara libres.

—Debemos estar unidas —les dije—. No sabemos cómo van a reaccionar los Williamson cuando el señor Wolveriage les cuente lo sucedido. Y sea lo que sea lo que les diga, estén seguras de que será mentira.

—Pero, señorita Jervis —replicó inmediatamente Bessy—, la policía ha dicho que es un error y que el propio señor Wolveriage no nos quiere denunciar...

—Bessy —la miré firmemente a los ojos—, les ha engañado. Tienes mi palabra de que el señor Wolveriage entró dos veces en mi habitación. No fue una confusión. Si no ¿qué explicación le das a que tenga un golpe en la cabeza justo en el mismo lado donde yo le golpeé? Si hubiera vuelto a casa como él dice para recoger sus cosas, estoy segura de que la señora Williamson nos hubiera avisado para que le atendiéramos correctamente... Piénsalo, Bessy, ¿alguna vez los señores han ido a tu habitación a avisarte de que están en casa?... No, nunca. Siempre avisan antes o llaman con la campana.

Bessy nos miraba alternativamente a la señora Robinson y a mí, intentando encontrar un poco de salida a su pánico. Lo único que le quedaba para aferrarse era su incredulidad.

—Lo lamento, mi querida Bessy —la señora Robinson le cogió la mano—, pero me temo que la señorita Jervis tiene razón. Y lo peor de todo es que ahora tendremos que estar en la casa con él...

Su intervención no era la más apropiada para calmar a Bessy, pero la señora Robinson tenía razón. Un problema añadido al hecho de haber tenido

que dejar a la señora Arliss y al señor Gordon dentro de aquella celda, sin poder hacer nada por ellos.

—No se preocupe por nosotros —me había susurrado al despedirnos la señora Arliss—, pronto saldremos de aquí. El señor Gordon ha sobornado a uno de los policías para que nos traiga tinta y papel. Mandaremos una nota a Thomas y él sabrá qué hacer.

—Además —añadió de seguido el señor Gordon demostrando que no confiaba en las palabras de la señora Arliss—, el coronel y el joven Eastman están a punto de regresar de Liverpool. También les avisaré. Y usted cuídese de ese loco. Aguante. No la dejaremos sola.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Saber que debería ver al señor Wolveriage de nuevo me producía tal terror que requería un esfuerzo sobrehumano para hacer frente a la situación. La policía le había creído. En cuanto el doctor Gregory le reconociera, regresaría a casa de los Williamson. Y entonces nosotras tres estaríamos solas ante aquel hombre tan peligroso.

En las dos ocasiones en las que me había tenido que enfrentar a él, había sentido el hálito de la muerte en sus manos. La primera vez, cuando entró en mi habitación estando lady Greenwich acostada en mi cama, tuve la intuición de que conocía a la persona que estaba allí. Alguien con el que ya antes había tenido la misma sensación, la de que el miedo te supera y te ahoga, la de que frente a ti hay una maldad que supera todos los límites. Sin embargo, no fui capaz de reconocerle. Me despistó pensar que todo aquello tenía que ver con lady Greenwich y el asesinato de su esposo. Ahora sabía que no, que todo había sido una coincidencia.

Jacob Wolveriage había entrado en la casa buscándome a mí, pero se encontró con lady Greenwich, que dormía esa noche en mi cama. Decía mucho de él el que no se hubiera rendido y hubiera vuelto a la noche siguiente, seguro que más enfurecido, como una bestia herida que busca venganza. Su gran ego no le permitía verse vencido por una mujer. Y regresó de nuevo a la casa, tal y como yo intuía. El señor Gordon, sin saberlo, y esperando atrapar a alguien que, teóricamente, quería asesinar a lady Greenwich, me había salvado la vida. Porque si de algo estaba segura era de que él me quería matar.

La noche siguiente a su primera entrada en la casa regresé allí dudando de que el plan del señor Gordon pudiera funcionar. Él había dispuesto todo

para poder coger al intruso. Me había asegurado que la policía estaría cerca. Lo suficiente para poder ver a aquel desconocido entrar en la casa y detenerlo. Pero como mi amigo no se fiaba del inspector Rothnie, había planeado una segunda salida. Él tendría las llaves de la casa por si era necesario entrar y reducir al hombre. A través de un amigo suyo había conseguido un frasco de cloroformo con el que mojaría un pañuelo. Suficiente, según él, para tumbar a un caballo. De ese modo intentaría reducir a quien fuera. Yo tan solo tenía que permanecer escondida en la habitación mientras una almohada simulaba mi cuerpo dormido en la cama. Eso le daría a él el tiempo suficiente para subir hasta la segunda planta y actuar. Cuando me lo contó dudé de que aquello saliera bien, pero no teníamos otra alternativa. Tenía que confiar en mi amigo, aunque los nervios me traicionaban y creí que no sería capaz de aguantar aquella presión.

Sin embargo, lo hice. Todos mis sentidos estuvieron alerta hasta que oí como se abría la puerta de la calle y alguien subía las escaleras. Mi corazón palpitó con fuerza cuando escuché como intentaba abrir la puerta de mi habitación. La había dejado cerrada, tal y como me había dicho el señor Gordon, para ganar algo de tiempo. Estando allí escondida, me di cuenta de algo en lo que hasta entonces no había caído. La puerta de mi habitación no había sido forzada cuando el intruso entró estando dentro lady Greenwich. Antes de dejarla sola, me había asegurado de que la cerraba. Eso demostraba que el que fuera tenía llave de mi habitación, lo que comprobé cuando entró por segunda vez. No le debió resultar muy difícil al señor Wolveriage conseguirla. Era sabido por todos que Henry Williamson guardaba una copia de todas las llaves de la casa en su despacho.

El caso fue que todo ocurrió tal y como el señor Gordon había planeado. Todo salvo la desagradable sorpresa de reconocerle como el intruso. Eso nos colocó, tanto al señor Gordon como a mí, en una difícil situación. Aunque si las hubiésemos puesto en una balanza, la mía pesaba bastante más que la suya. El porqué había hecho eso Jacob Wolveriage lo desconocía, pero lo que estaba claro era que mi intuición no se había equivocado al detectar su maldad tras aquella apariencia encantadora. Lo peor era que en poco tiempo me debería enfrentar de nuevo a él.

El corazón se me hizo un nudo cuando al llegar a Moray Place vi el coche de los Williamson en la puerta, junto con el del doctor Gregory. Eso significaba que Jacob Wolveriage ya estaba allí. Seguramente, el mismo doctor había avisado a la familia para que adelantaran su vuelta.

—¡El cielo nos proteja! —exclamó la señora Robinson.

—Tenemos que ser fuertes y sobre todo nunca quedarnos solas —avisé a la señora Robinson y a Bessy—, ¿entendido?

Las dos, con sus caritas llenas de miedo, asintieron.

—Vamos, todo va a salir bien. Mis amigos pronto nos ayudarán. No se preocupen.

Ni yo misma creía mis palabras, pero las animé a bajar del coche para entrar en la casa.

Los Williamson acababan de llegar y charlaban en el vestíbulo con el doctor Gregory. Helen y Georgina, con su habitual alegría, vinieron inmediatamente a abrazarme.

—Señorita Jervis —gritaron casi a la vez— ¿Es verdad que se la han llevado presa?

Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas. El señor Williamson me miró con severidad. Por suerte, el doctor Gregory intervino antes de que él hablara.

—Me temo que todo ha sido un lamentable error, jovencitas —les dijo.

—Eso espero —dijo el señor Williamson mirándonos a las tres—, pues, de otro modo, tomaré medidas...

—Señora Robinson, baje inmediatamente a preparar la comida —ordenó Priscilla Williamson con aspereza—. ¡Bessy, ocúpese de la casa!, que bastante dejada la tiene... Y usted —se dirigió a continuación a mí en un tono todavía más severo—, llévese a las niñas, ya hablaremos luego... Pero díganos, doctor, ¿cómo se encuentra Jacob?

Bessy y la señora Robinson se apresuraron a obedecer y yo cogí a Helen y Georgina para llevármelas al invernadero. Mientras me alejaba con ellas de la mano, escuché al doctor explicar a los Williamson que el señor Wolveriage se encontraba bien. Tan solo tenía el mareo propio de la acción del cloroformo y un fuerte golpe en la cabeza que se había producido al caer contra suelo...

O sea que era de ese modo como aquel loco había justificado la herida que tenía en la cabeza y que yo misma le había hecho la noche anterior. En aquel instante confirmé que no me iba a resultar sencillo descubrir ante los demás su verdadera personalidad. ¿Quién era verdaderamente aquel joven?, ¿por qué había querido asesinarme? y, lo más angustiioso, ¿cuál sería su siguiente paso?

Supe que no estaba preparada para enfrentarme de nuevo a él, pero para mi desgracia de repente le vi frente a mí. Sentí que me mareaba. Había salido del salón y se apoyaba en el brazo de Claire, quien me miró con aire de ofensa.

—¡Primo Jacob! —exclamó Georgina—, ¿se va a morir usted?

—¡Georgina! —la regañó Claire—, esas cosas no se dicen.

—Pues mamá dice que ha estado a las puertas de la muerte —intervino Helen.

Mientras las pequeñas hablaban, Jacob Wolveriage no dejaba de mirarme. Una mirada que intenté evitar, pero que aun así sentía que me traspasaba. Agarré de nuevo a Helen y a Georgina con la intención de alejarme lo más rápido de allí, pero Claire me agarró con fuerza del brazo cuando pasé junto a ella.

—Lo menos que puede hacer es disculparse —me recriminó mientras me clavaba sus uñas en el brazo—. Por su culpa el señor Wolveriage se encuentra en esta desagradable situación, ¿no le da vergüenza?

Ni siquiera le contesté. Seguí adelante con las niñas mientras escuchaba la penetrante voz de Wolveriage. La modulaba con un tono de victimismo, de una manera tan cínica que me di media vuelta para mirarle, sujetando el impulso que me empujaba a enfrentarme a él.

—No se preocupe, Claire, ella no ha tenido la culpa. —Se volvió y me encaró con desfachatez.

—Es usted demasiado bueno —contestó Claire—. Solo espero que mis padres la despidan cuanto antes.

—No, eso no —dijo con voz lastimera—. No podría soportar que por mi culpa una pobre muchacha se quedara sin trabajo...

La rabia me aceleraba el corazón, pero sabía que tenía que mantenerme fría para salir de aquella situación. Debía ser lo suficientemente inteligente

para no caer en sus trampas. Porque eran trampas. Trampas de una alimaña sedienta de carne y sangre.

Cuando el doctor Gregory se marchó, el señor Williamson no tardó en llamarme a su despacho. Casi deseaba que me despidiera para poder salir de aquella casa, pero por otro lado sabía que, si lo hacía, tanto Bessy como la señora Robinson se encontrarían en peligro y yo no podría ayudarlas. No solo ellas, también, y reconozco que aquel pensamiento me heló la sangre, las pequeñas Helen y Georgina podrían ser víctimas de aquel desaprensivo.

—Señor Williamson —dije nada más entrar en su despacho—, debe escuchar lo que le tengo que decir...

Estaba decidida a contarle la verdad de lo ocurrido, pero Henry Williamson no me dejó proseguir.

—Lo sé, lo sé, señorita Jervis —me interrumpió—. No crea que no comprendo lo que ha pasado. Es más, yo, en las mismas circunstancias, creo que hubiera actuado de la misma forma.

No entendía nada de lo que estaba ocurriendo e intenté explicarme de nuevo, pero sin ningún éxito. El señor Williamson no me dejaba hablar.

—Créame si le digo —hizo gestos de calma subiendo y bajando sus manos a la vez— que he llegado a esta casa con la firme decisión de despedirla, pero los hechos que me ha relatado el doctor Gregory justifican de algún modo su forma de actuar...

Estaba tan desconcertada que le dejé que se explicara para ver a qué hechos se refería.

—¡Ha sido horrible!, ¡horrible! —prosiguió ante mi estupor—. Esa pobre muchacha estrangulada... Y tan solo a dos manzanas de nuestra casa. Se lo he dicho al doctor, debemos hacer algo para proteger a nuestras familias. Edimburgo se está convirtiendo en una ciudad peligrosa. No me extraña que les entrase miedo. En cierto modo, la culpa es mía por haber permitido que se quedasen las tres solas en casa...

Le dejé seguir hablando, aunque la idea de que hubiera habido otro asesinato en la ciudad hacía que creciera una sospecha que, como una enredadera, me iba invadiendo.

—Hicieron bien en pedirle ayuda a su amigo para que las protegiera... Y luego la mala suerte de que Jacob decidiera pasarse por casa para recoger sus



cosas. ¡Menudo susto les dio!...

Acababa de comprender de un golpe la explicación que Henry Williamson se había dado a sí mismo y que me salvaba del despido, aunque me condenaba a encubrir al verdadero Jacob Wolveriage.

—Sí —intenté que no se notase mi turbación—, así fue... Si al menos hubiéramos sabido que el señor Wolveriage iba a regresar a casa...

—¡Oh!, a nosotros tampoco nos dijo que iba a venir. Comprenderá que, en ese caso, les hubiéramos avisado... Le surgió un problema familiar y se vio en la obligación de visitar a su madre en Londres. Salió de Linlithgow el viernes y, al parecer, antes de continuar el viaje hacia Londres, se le ocurrió que podría pasarse por Moray Place para coger algo más de ropa. La vida es así, te golpea donde menos te lo esperas. Y a nuestro querido Jacob le ha golpeado en nuestra propia casa...

El señor Williamson, satisfecho de su conclusión y de su ocurrencia, pareció dar por cerrado el asunto con buen humor y me aseguró que nunca más dejaría a tres mujeres indefensas en la casa.

—Aunque, a decir verdad —sonrió—, han demostrado que no están tan indefensas...

Yo también intenté sonreír antes de salir del despacho con una terrible sospecha. Se había producido un nuevo asesinato de muchachas, esta vez en Edimburgo. Recordé lo que el doctor Gregory había contado el día de la cena. Al parecer, Henry Williamson se creía que nosotras estábamos enteradas y que habíamos actuado así por miedo. Debía de haber sido el propio doctor el que le dio la idea para disculpar nuestra actuación. Todo estaba sucediendo muy deprisa, una vorágine de hechos que me llevaron a un terrible pensamiento. ¿Y si Jacob Wolveriage fuera el asesino que estaba buscando la policía? Él vivía en Londres cuando se produjeron los asesinatos, y ahora, la misma noche que había intentado matarme a mí, había aparecido otra joven estrangulada... Las piernas comenzaron a temblarme. Me recosté sobre la pared de la escalera. Debía mantener la cabeza fría y pensar.

Lo primero que se me ocurrió fue que debía hablar con mis amigos. Debían saber todo lo que había sucedido y lo que sospechaba. El problema era que tanto la señora Arliss como el señor Gordon seguían detenidos. No iba a ser fácil, por mucho que Thomas Arliss lo intentara, que el inspector Rothnie

les dejara libres. Ahora el policía se sentiría engañado y pondría todos los medios para descubrir dónde se encontraba lady Greenwich...

De repente me acordé de ella. El señor Gordon era el encargado de vigilarla y cuidarla, de modo que ahora estaba solo a cargo Alfred, el fiel sirviente del coronel. Esperaba que no la perdiera de vista ni un momento. Lady Greenwich era muy capaz de salir a la calle a pasear a sus hijitos, con el consiguiente peligro de que la policía la descubriese y terminase por complicarnos más la situación...

Mi única esperanza era que el señor Eastman y el coronel hubieran regresado ya a Edimburgo. No podían retrasarse mucho más, así que decidí enviar una nota al coronel para informarle de nuestra situación. No iba a ser fácil resumírsela en pocas líneas. En cuanto a la señora Arliss y al señor Gordon, no les podía contar nada, porque mientras estuvieran detenidos nada podían hacer por mí. Con quien sí tenía que hablar era con la señora Robinson y con Bessy. Tanto ellas como yo, e incluso los mismos Williamson, nos encontrábamos en serio peligro. Antes de regresar junto con las niñas al invernadero, bajé a la cocina. Por desgracia, Priscilla Williamson estaba allí, dando órdenes a la señora Robinson.

—Como bien sabe —le estaba diciendo—, por su imprudencia y mala cabeza, el señor Wolveriage se encuentra en un estado delicado de salud, así que quiero que le prepare una comida ligera. El doctor Gregory le ha recomendado no tomar grasas...

Al verla intenté darme medida vuelta, pero no fui lo suficientemente rápida y me descubrió.

—¡Señorita Jervis! —gritó—, espero que esté lo suficientemente avergonzada de su comportamiento. ¡Casi mata al señor Wolveriage!

Preferí mantener silencio para no empeorar la situación. La señora Robinson me miraba desde la cocina, limpiándose las manos en el delantal y subiendo mucho las cejas mientras se mordía el labio inferior. También ella estaba conteniendo sus ganas de contestar a Priscilla Williamson.

—Dé gracias a que mi esposo es un santo y no la despide. ¡Y ya van dos veces! ¿Cómo se le ocurre meter a un desconocido en casa? ¡Qué habrán dicho nuestros vecinos!

—El señor Gordon no es un desconocido —rompí mi silencio sin poder aguantar más— y, además, solo quería protegernos...

—¿Todavía le queda desfachatez para contestarme? Lo que tiene que hacer es pedirle públicamente disculpas al señor Wolveriage. Debería aprender de su ejemplar comportamiento. Delante de todos las ha perdonado y ha propuesto que lo mejor era olvidar todo cuanto antes.

La señora Robinson me lanzó una mirada que solo yo comprendía. Una mirada de desconcierto, supuse que preguntándose por el sentido que tenía el comportamiento del señor Wolveriage. En cambio, para mí cada vez estaba más claro. Jacob Wolveriage mostraba de ese modo su sangre fría. «Es inteligente, frío y calculador. Alguien del que nadie sospecha. Me atrevo a decir que será un tipo hasta encantador en su entorno...», eso recordaba que había dicho acerca del asesino el doctor Gregory en aquella cena. Unas palabras que se habían quedado grabadas en mi mente y que ahora cobraban un significado especial y terrorífico.

—Y por ello —prosiguió Priscilla Williamson ajena a mis pensamientos—, en consideración al señor Wolveriage, no volveré a hablar del tema. Solo espero que respondan con gratitud a tanta generosidad.

Se dio media vuelta para dirigirse a las escaleras. Me aparté para dejarle paso y al hacerlo vi que Bessy estaba en el rellano medio escondida. Había estado escuchando toda la conversación. Al ver que la señora Williamson se disponía a subir, hizo como si en aquel momento ella bajara.

—El baño está listo, señora —anunció haciendo una pequeña inclinación. La dueña de la casa apenas la miró y siguió escaleras arriba.

Con gestos hice que la señora Robinson y Bessy entraran rápidamente en el comedor de la servidumbre. Allí les expliqué mis sospechas.

—Eso no puede ser cierto —exclamó Bessy con los ojos llenos de lágrimas—. El señor Wolveriage solo entró en la casa para coger su equipaje... Todo ha sido un error.

A la vez que lo decía nos miraba a la señora Robinson y a mí buscando apoyo. Seguía sin querer creer lo que había sucedido. La cocinera se mantuvo en silencio, apretando los labios en ese gesto tan suyo.

—Mi querida Bessy —la rodeé con mi brazo—, ojalá todas mis sospechas no sean ciertas, pero prefiero que seamos cautelosas. Sé que solo

son sospechas, aunque todo coincide. Piénsenlo. El asesinato de la muchacha se produjo la misma noche que él me atacó. Y las otras jóvenes fueron asesinadas en Londres, donde él vivía...

—Todo eso pueden ser coincidencias —replicó Bessy.

—Yo también diría lo mismo, si no hubiera intentado entrar en mi habitación dos noches seguidas...

Bessy se mantuvo unos segundos en silencio, durante los cuales el pánico que la invadía escapaba por sus ojos.

—Pero él solo vino a coger sus cosas —insistió.

—¡No seas mema, niña! —intervino la señora Robinson—. ¿Y el golpe en la cabeza? Me acabo de cruzar con él y se lo he visto. Ya te dijo la señorita Jervis que no fue un gato el que entró en la casa. ¿O es que dudas de su palabra?

—¡No es eso! —sollozó Bessy—, pero a lo mejor es verdad que se golpeó con el suelo al caer.

—No, Bessy. —Quise abrirle los ojos—. Recuerda que yo lo vi todo. Estaba escondida tras las cortinas. Fui testigo de cómo, primero, entró el señor Wolveriage y fue directo hacia mi cama. No le dio tiempo a mucho, tan solo a retirar las sábanas y comprobar que yo no estaba allí, que el bulto de la cama era una almohada. Al instante entró el señor Gordon. Venía preparado con un pañuelo empapado en cloroformo. El señor Wolveriage no tuvo tiempo de reaccionar porque inmediatamente se le echó encima y, desde su espalda, le tapó la boca y la nariz con el pañuelo. Forcejeó un poco, pero enseguida perdió el conocimiento. El señor Gordon le sujetó para que no se cayera y dejó que el cuerpo resbalara hasta el suelo. En ningún momento se golpeó en la cabeza, en ningún momento, Bessy...

La muchacha pareció meditar mis palabras y a continuación se aferró con sus manos a las mías.

—Entonces, ¿están seguras de que el señor Wolveriage es un asesino? —preguntó mirándonos a las dos.

—Yo apostaría mi cuello a que sí —contestó la señora Robinson.

—Yo también lo creo —dije convencida.

—Entonces... ¡habrá que decírselo a la policía!...

Bessy temblaba al hablar y en aquel instante me pregunté si no hubiera sido mejor no contarle nuestras sospechas. Sin embargo, y a pesar de la angustia y el miedo que pudiera sentir, era la única manera de enfrentarnos a él, de que no nos pillara desprevenidas ni confiadas.

—No tenemos pruebas —le dije—. Es su palabra contra la nuestra. Y, por el momento, la policía le cree a él y no a nosotras...

Me quedé en silencio porque otra idea empezaba a tomar forma dentro de mi cabeza. Una idea que estaba de nuevo anclada en aquella conversación sobre el asesinato que se había mantenido en la cena de presentación del propio Jacob Wolveriage. Otra de las cosas que el doctor Gregory había dicho era que el asesino siempre se llevaba algún objeto personal de las jóvenes que mataba, desde colgantes hasta pañuelos... Parecía evidente que la mente enferma del criminal le hacía quedarse con aquellos macabros recuerdos de sus víctimas. Y esos objetos eran la única prueba que demostraría su culpabilidad. Entonces recordé dos situaciones relacionadas con el señor Wolveriage a las que, en el contexto en que habían sucedido, yo no les había dado importancia. La primera tuvo lugar el día de su llegada a Moray Place, cuando a Bobby se le cayó un pequeño baúl y el mayordomo de los Williamson se puso hecho una fiera y le echó una buena regañina. Dijo que el invitado, que no era otro que Jacob Wolveriage, le había encargado custodiar el baúl personalmente porque tenía objetos de gran valor.

Por otro lado, de algún modo, mi mente conectó ese hecho con otra imagen: la de la puerta cerrada de la habitación de Jacob Wolveriage. La propia Bessy había dicho que ni ella tenía llave y que para entrar a limpiar le tenía que abrir la señora Williamson o el propio Wolveriage. Era verdad que a menudo yo había escuchado contar a Priscilla Williamson que el primo Jacob le había entregado solo a ella las llaves de su habitación, diciéndole que guardaba importantes documentos y joyas de su familia dentro y que solo confiaba en ella para que la custodiara. Ella lo contaba con un orgullo necio, sin saber que Wolveriage la manejaba como a una muñeca. Él sabía que aquella mujer, a la que le había sido muy sencillo conquistar, nunca traicionaría lo que pensaba que era su confianza y no solo no entraría en su habitación, sino que impediría que cualquiera lo hiciera.

¿Por qué tanto celo con sus cosas? ¿Qué temía para no dejar que nadie entrara? Yo tenía una respuesta para esas preguntas. Una respuesta que podía contener las pruebas de que Jacob Wolveriage no era quien decía ser. ¿Y si en el baúl estuvieran los objetos que se quedaba de sus víctimas? Era una idea loca, pero en aquel momento no tuve ninguna duda de que debía seguir el impulso que me llevaba a buscar aquel baúl. Si yo estaba en lo cierto, todas las mujeres de la casa corríamos peligro. No podía perder tiempo.

—Quizá haya una manera de conseguir esas pruebas —dije a Bessy y a la señora Robinson todavía con la mirada perdida en mis cavilaciones—, pero será arriesgado...

La señora Robinson pasó su brazo sobre los hombros de Bessy y la zarandéo con suavidad.

—¡Estamos preparadas! —exclamó mirando a la muchacha para que diera su aprobación.

Bessy, haciendo un evidente esfuerzo por superar su miedo, afirmó con la cabeza.

Les conté mi plan, que consistía en entrar en la habitación del señor Wolveriage aprovechando cualquier ocasión que se nos presentase. Antes debíamos conseguir la llave.

—Eso es imposible —dijo Bessy cuando terminé de contarles mi idea—. Ya le dije que una copia la tiene el mismo señor Wolveriage y la otra la tiene la señora Williamson. La lleva siempre colgada al pecho con una cinta azul de raso. Un día ella misma se la enseñó al señor Wolveriage diciéndole que no se preocupara, que sus cosas estaban a salvo...

—En algún momento la señora Williamson se la quitará —aventuré.

—Solo cuando duerme o cuando se baña —recordó Bessy.

De repente se quedó callada y su rostro se transfiguró en una expresión de alarma.

—¡No me acordaba! —exclamó poniéndose tan colorada como los tomates que la señora Robinson tenía encima de la mesa—, ¡acaba de pedirme que le prepare el baño!

No había tiempo que perder, y así lo entendimos la señora Robinson y yo.

—¡Casi no le ha dado tiempo a meterse en la tina! —exclamó la señora Robinson—. Bessy, tienes que entrar y coger la llave.

La mujer había agarrado a la joven por los brazos y la apretaba con fuerza, pero Bessy nos miraba con horror y sin reaccionar.

—¡Tienes que hacerlo, Bessy! —le urgí—. Eres la única que puede entrar con cualquier excusa. Yo esperaré en la puerta para que me des la llave. Antes de que la señora Williamson haya salido de la bañera, yo estaré de vuelta.

—¿Y si el señor Wolveriage está en su habitación? —dijo en un ahogo.

—No subirá —intervino la señora Robinson—. Está tumbado en el salón recibiendo los arrumacos de Claire, y yo puedo vigilar desde la escalera...

Fueron unos segundos de agonía hasta que Bessy, tragando saliva a la vez que su miedo, accedió.

—Lo primero es asegurarnos de que Wolveriage sigue en el salón —dije—. Señora Robinson, usted puede acercarse y mirar. Mientras, Bessy subirá al dormitorio de la señora Williamson para coger la llave. Yo esperaré a que usted me diga que el camino está libre...

—No se preocupe —aseguró mientras se limpiaba las manos en el mandil—, vigilaré con los ojos tan abiertos como una lechuza.

Así lo hicimos, a pesar de que Bessy tuvo un intento de echarse atrás diciendo que no sabía qué excusa poner para entrar en la habitación.

—Di que vas a ordenar los armarios —propuso la señora Robinson—. Hace tiempo que no se organizan...

Algo más convencida, la vimos perderse escaleras arriba. Luego la señora Robinson se encaminó hacia el salón para asegurarse de que Jacob Wolveriage seguía allí. En tanto, yo decidí hacer una visita al invernadero, donde había dejado a Helen y a Georgina, para comprobar que todo estaba en orden. Por suerte, las niñas estaban concentradas en la tarea que les había puesto, se la revisé rápidamente y les pedí que me hicieran un dibujo mientras yo subía a mi habitación un momento. Cuando entraba a la casa por la puerta del jardín, vi que la señora Robinson regresaba del salón con las mejillas encendidas.

—Allí sigue —confirmó—, y no tiene pinta de moverse. Está recostado en un sillón mientras la niña Claire le lee un libro. ¡Suba, rápido! Me quedaré aquí por si se le ocurre salir...

Con el corazón latiéndome en los oídos subí hasta las habitaciones de los Williamson. La puerta del dormitorio principal estaba entornada. En cuanto me

acerqué, Bessy se asomó.

—¡Cuánto ha tardado, señorita Jervis! —me susurró a la vez que miraba con aprensión a ambos lados del pasillo—. Dese prisa, no creo que tarde mucho en salir de la bañera...

Me tendió con impaciencia una cinta azul de raso. De ella colgaba la llave. Al cogerla sentí como si me quemara.

—La esperaré con la puerta entreabierta...

Me pareció que Bessy estaba a punto de llorar, pero desapareció en el interior antes de que la pudiera tranquilizar.

La habitación del señor Wolveriage estaba en la misma planta que mi habitación, pero en la otra ala. Confieso que la mano me temblaba cuando metí la llave en la cerradura. Al abrirla, la puerta rechinó con un lamento a la vez que sentí que una corriente de aire frío me golpeaba en la cara. Puede que Jacob Wolveriage se hubiera dejado alguna ventana mal cerrada, pero lo que pensé entonces fue que, al abrir aquella habitación, había escapado el alma torturada de las jóvenes asesinadas. Sí, un pensamiento horrible que supongo que era solo el recuerdo de algún relato de terror que había leído.

Una vez dentro, la primera impresión que tuve fue la de que un vacío me tragaba, que una energía misteriosa tiraba de mí hacia un agujero profundo y oscuro. Era el miedo. Intenté racionalizar las impresiones que me asaltaban. La cortina se movía porque, efectivamente, una de las ventanas estaba abierta. Y la sensación de vacío me la producía el orden excesivo en el que se encontraba todo. Un orden, podría decir, agobiante. Vencidos esos primeros instantes de pánico, logré superarlos y concentrarme en lo que tenía que buscar: el pequeño baúl que Bobby había dejado caer el día de la llegada de Jacob Wolveriage. Recorrí la habitación con los ojos. Como era de esperar, el baúl no estaba por allí. Era evidente que si contenía lo que yo pensaba, ya se habría ocupado de esconderlo bien. Miré dentro de los dos armarios que había en la pared, a ambos lados de la chimenea, pero no estaba. Revisé todos los rincones, incluso detrás de las cortinas y debajo de la cama. Nada. El tiempo apremiaba y tenía que devolver la llave a Bessy. Antes de rendirme, di una nueva vuelta a la habitación sin encontrarlo. Estaba a punto de abandonar, con la mano puesta ya en el picaporte de la puerta, cuando me pareció escuchar voces que venían de la escalera. Una de ellas era la voz grave, profunda y



desconcertante de Jacob Wolveriage. La otra la identifiqué como la de la señora Robinson.

—Es muy amable de su parte, señora Robinson —le decía Wolveriage—, pero le puedo asegurar que no tengo problema con ninguna comida.

—Pero la señora Williamson me ha insistido en que le pregunte qué le apetece...

La voz de la señora Robinson sonaba más allá de lo normal. Enseguida me di cuenta de que gritaba a propósito para que yo la oyera. Seguramente, con la excusa de preguntarle el menú que deseaba, había subido por la escalera detrás de él para avisarme.

No sé cómo pude pensar tan deprisa, imagino que fue gracias a mi instinto de supervivencia. Lo primero que hice fue cerrar la puerta con llave con todo el cuidado que fui capaz para no hacer ruido. Luego no encontré otro lugar más seguro que meterme debajo de la cama. Al poco escuché como Wolveriage llegaba a la puerta de su habitación, seguido de cerca por la señora Robinson. Incluso cuando él abrió la puerta con su llave ella seguía parloteando sobre un pudin de carne.

—Señora Robinson —dijo ya con un evidente malestar—, le repito que puedo comer cualquier cosa. Muchas gracias.

A continuación entró y cerró la puerta con energía. La angustia de saber que estaba con él, a solas, en una habitación cerrada, me ahogaba.

Solo podía verle los zapatos. Durante un par de minutos se mantuvo quieto junto a la puerta, supuse que asegurándose de que la señora Robinson se había marchado. Llegó a entreabrir la para comprobar que no seguía allí. Después vino lo terrible. Jacob Wolveriage empezó a llorar. No era un llanto de pena. Era de rabia. Una rabia que dejaba salir en forma de quejidos ahogados, roncós, feroces... Parecía una fiera enjaulada. Los quejidos pronto se transformaron en resoplidos. Una locura desenfrenada se apoderó de él y comenzó a dar patadas y golpes a todo lo que encontraba en su camino. Yo, debajo de la cama, hecha un ovillo sobre mí misma, comencé a temblar. Las sacudidas eran tan fuertes, tan incontroladas a mi voluntad, que temí que aquel loco me descubriera.

Su ataque no duró mucho. De repente cesó su furia, se dejó caer en la cama y comenzó a llorar de nuevo. Esta vez su llanto era el de un niño.

Balbuceaba palabras que no podía entender, frases sin sentido cargadas de angustia. Le tenía pegado a mi cara. El peso de su cuerpo había hecho descender el colchón a unas pocas pulgadas de mí. Después, poco a poco, fue recuperando la calma, cesó en su llanto y se sentó en la cama. En ese instante pensé que mi fin había llegado, porque Jacob Wolveriage se puso en pie y, repentinamente, se agachó. Pensé que me había descubierto a la vez que sentí como me abandonaban mis fuerzas.

Wolveriage estaba de cuclillas frente a la cama. Yo solo tenía a la vista la mitad de su cuerpo, lo suficiente para ver como estiró su mano hacia mí. A punto estuve de moverme, pensando en escapar por el otro lado de la cama, pero por fortuna aguanté lo suficiente para ver como la mano, grande y delicada, se introducía entre el somier y el colchón y sacaba lo que parecía una bolsa de terciopelo negro. Justo lo que yo estaba buscando. Lamenté el haber sido tan necia como para haberme obcecado en encontrar el pequeño baúl. Era muy probable que Wolveriage hubiera sacado de él la bolsa de terciopelo con las pertenencias de sus víctimas y la hubiera escondido allí, debajo del colchón, el único lugar donde yo no había mirado.

De cualquier modo, tras tenerla en su mano, se había tranquilizado y estaba inmóvil. Tan solo se oía el leve roce de sus manos sobre algún objeto. Recordé que el doctor Gregory había hablado de unos pendientes, una cadena, un broche que pertenecían a aquellas pobres muchachas. Objetos que, en aquel mismo instante, él podía tener en sus manos. ¿Los estaba acariciando? Después de haber sido testigo de su extraño comportamiento, tenía la completa seguridad de que él era el asesino. Era una mente enferma cuya perversidad me hacía temblar de nuevo. ¿Cómo escaparía de allí? No podía descubrirme. Tan solo tenía que aguantar un poco más, él saldría de la habitación y yo podría coger las pruebas que quería. Estaba segura de que la señora Robinson no me iba a abandonar.

De repente alguien llamó débilmente a la puerta de la habitación. Wolveriage no contestó, dio un respingo en la cama e inmediatamente guardó lo que estaba viendo y lo metió debajo del colchón. El que fuera volvió a llamar.

—Primo Jacob..., ¿se encuentra bien?

¡Era Claire!, por una vez en la vida me alegraba escuchar su voz, siempre impostada de dulzura cuando se dirigía a él.

—La señora Robinson me ha pedido que suba —prosiguió—. Dijo que había escuchado golpes y, como estaba usted muy pálido, temía que se hubiera desmayado...

Wolveriage se había levantado de la cama. Vi como se acercaba al espejo de cuerpo que había en una esquina, supuse que para comprobar su aspecto.

—¡Oh, sí!, ¡un momento! —contestó al fin con la debilidad de un enfermo.

Su chaqueta cayó sobre la butaca. Había sido muy rápido en quitársela. Luego se acercó a la puerta para abrir.

—Lamento molestarle —dijo Claire—, pero estábamos preocupadas.

—No lo lamente, querida prima —prosiguió él con tal aire de bondad en sus palabras que nadie podría dudar de su buena fe—. Efectivamente, como le dije, subí para cambiarme de ropa, pero me encontraba tan débil que me recosté en la cama y me temo que me he dormido...

Debía de tener los ojos enrojecidos, con lo que la excusa de haberse dormido era perfecta. Claire se disculpó por haberle despertado y, como era su costumbre, culpabilizó a la señora Robinson por haberla animado a que subiera.

—Le aseguro —dijo Wolveriage continuando con su cinismo— que ha sido un ángel el que me ha despertado. Es más, prefiero no dormir, así descansaré mejor a la noche. Deme un minuto para que me cambie y enseguida salgo. ¿Será tan amable de esperar para ayudarme a bajar las escaleras? Temo estar demasiado débil para bajarlas solo y me gustaría salir un poco al jardín. ¿Me querrá acompañar usted?

Aunque no la veía, en su respuesta entusiasta se notaba la alegría de Claire al ser la elegida para acompañarle. Pobre niña. Era la primera vez que sentía compasión por ella. Wolveriage, por suerte, no tardó en cambiarse. Quería alejar cuanto antes a Claire de su habitación. Antes de volver a abrir la puerta, se aseguró de que su tesoro estuviera bien escondido bajo el colchón, con el consiguiente sobresalto para mí.

Oí como cerraba la puerta con llave y se alejaba por el pasillo en compañía de Claire. Salí rápidamente de debajo de la cama y, sin pensarlo

dos veces, metí la mano bajo el colchón. Enseguida palpé un bulto. Tiré de él y ante mis ojos apareció la bolsa de terciopelo negro. No tenía tiempo para mirar en su interior. Me la escondí en la manga y, una vez me aseguré de que no se escuchaba nadie al otro lado de la puerta, salí. Al volver a echar la llave, deseé que Priscilla Williamson todavía estuviera metida en la bañera. No fue así. Cuando llegué a su habitación, sus gritos se oían desde fuera.

—¡Como no aparezcan pronto, dese por despedida! —gritaba a la pobre Bessy.

A la muchacha apenas se la oía. Solo sus tímidos susurros traspasaban la puerta. Llamé con decisión. A Bessy se le iluminó su rostro compungido cuando abrió y vio que era yo. Rápidamente, le di la llave con la cinta azul, que ella guardó en el bolsillo de su delantal justo antes de que la señora Williamson se asomara también a la puerta por detrás de ella.

—¿Qué quiere, señorita Jervis? —preguntó de malos modos—. No es un momento oportuno...

—Solo quería saber si desea que les dé a las niñas la clase de piano ahora o prefiere que la deje para la tarde.

—¡No sé!, ¡haga lo que quiera! —gritó con ojos de loca.

Acto seguido cerró la puerta con violencia. Permanecí unos instantes serenándome antes de regresar con las niñas. Eso me dio la oportunidad de poder escuchar a Bessy.

—¡Señora! —exclamó simulando alegría—, ¡la he encontrado!

Priscilla Williamson dio gracias infinitas al cielo y después siguió regañando a la pobre Bessy. Instintivamente, me palpé la manga. Allí seguía la bolsa. No tenía mucho tiempo antes de que Jacob Wolveriage la echase de menos. De repente escuché pasos en la escalera. Mi primer pensamiento fue que Wolveriage regresaba a su habitación. Me quedé paralizada por el horror, pero entonces por el hueco de la escalera vi aparecer a la rotunda señora Robinson.

—¡Gracias a Dios que se encuentra bien! —exclamó en voz baja—. ¡No sabe el rato tan malo que he pasado!... ¿Y Bessy?, ¿qué ha ocurrido?

—Mejor será que bajemos a la cocina —le susurré—. La señora Williamson puede salir en cualquier momento...

Una detrás de otra bajamos a la cocina. No me detuve mucho en detalles al relatarle lo sucedido. Luego saqué la bolsa de mi manga y la sostuve unos segundos en el aire.

—¡Santo cielo! —exclamó—, ¿cree que están ahí esas cosas?

Al decirlo se echó un poco para atrás, como queriendo alejarse de aquello.

—Solo hay una manera de saberlo —dije mientras la abría.

Volqué su contenido sobre la mano izquierda y sentí la frialdad de una sortija, un pendiente y un broche. Dentro de la bolsa asomaba la punta de un pañuelo. Tiré de él y lo saqué. Bordadas en él, había dos iniciales: *A. B.*

La señora Robinson se echó un paso hacia atrás.

—Usted tenía razón —dijo como en sueños—, son las cosas de las muchachas, ¿verdad?

La impresión que me había causado la visión de las pequeñas joyas y el pañuelo me había dejado muda. Solo dos palabras parecían repetirse como un eco en mi cabeza, dos palabras que pronunció el doctor Gregory en la cena de bienvenida de Jacob Wolveriage: Annette Barton, el nombre de la última joven asesinada en Londres. *A. B.*, las iniciales bordadas en el pañuelo que tenía en la mano.

## EL OTRO PENDIENTE

El viaje de regreso a Edimburgo fue rápido. El tren era directo, y con la agradable charla del coronel y las conjeturas que ambos hacíamos sobre todo lo vivido, el tiempo se pasó sin darnos cuenta. Sin embargo, estaba ansioso por llegar a casa, sentía la cabeza pesada y, a pesar de que el coronel no se quejaba, cada vez era más evidente que el dolor en su pierna se iba despertando por momentos.

—Sí, yo también estoy deseando llegar —reconoció cuando le expresé mi deseo de estar de vuelta—. Es verdad que necesito descansar un poco. Y también tengo ganas de saber cómo están las cosas por el pasaje de Tolbooth. Estoy esperanzado en que el señor Gordon haya solucionado ya lo de lady Greenwich y haya aclarado con la policía el malentendido.

—Yo también lo espero —dije sentado frente a él en el compartimento del tren—. Nuestros amigos se van a llevar una sorpresa cuando sepan todo lo que hemos descubierto. ¿Me permite ver de nuevo el dragón?...

El coronel sacó el pequeño dragón de jade del bolsillo interno de su chaqueta. Lo había envuelto con esmero en un pañuelo.

—Entonces —pregunté mientras lo cogía entre mis manos— ¿usted cree que los chinos vendrán a buscar el pequeño dragón?

—Estoy seguro —afirmó—. En el almacén demostraron que les importaban más aquellos objetos que sus vidas. Vendrán, no le quepa duda.

Lo había intentado en un par de ocasiones durante el viaje, sin éxito. Me refiero a que el coronel me explicara qué pretendía con hacer que los chinos regresaran a buscar aquel dragón.

—¿Cómo nos encontrarán? —insistí—. Y, además, ni siquiera saben que lo tenemos.

—Lo sospechan. No pudieron encontrarlo cuando nos llevaron al barrio chino, pero volverán a buscarlo. Creo que saben más de nosotros de lo que podemos imaginar —dijo de forma misteriosa—. Sea paciente. Cada cosa a su tiempo, cada cosa a su tiempo...

Confieso que esa frase, que a menudo utilizaba el coronel, llegaba a encresparme los nervios. Sin embargo, confiaba en él lo suficiente como para apelar a mi paciencia.

Los dos nos alegramos de llegar a Edimburgo. En la estación, tomamos un coche de punto y nos dirigimos hacia el pasaje de Tolbooth. Cuando llegamos, fue Albert, el mayordomo del coronel, quien nos abrió la puerta.

—¡Por fin el señor está de vuelta! —exclamó al ver al coronel con una expresividad muy poco propia de él.

El pobre Albert tenía motivos sobrados para proferir tal deseo. En el mismo recibidor, en voz tan baja como pudo, nos puso al día de los acontecimientos sucedidos en nuestra ausencia. Lady Greenwich, entre otras muchas excentricidades, se empeñaba en pasear con sus perros por todos los jardines de la ciudad, y Albert ya no sabía qué hacer para retenerla.

—¿Y el señor Gordon? —preguntó el coronel—, ¿no ha estado con usted?

—No, señor, desde ayer no ha vuelto. Esta mañana llegó esta nota para usted. La persona que me la entregó dijo que venía de parte de él.

El coronel abrió la nota y se puso el monóculo para leerla.

—Me temo que tenemos problemas, señor Eastman —me dijo cuando terminó de leerla—. La señora Arliss y el señor Gordon se encuentran detenidos en la comisaría de High Street. No explica cuáles han sido los motivos de su detención, pero me imagino que lady Greenwich está detrás de todo.

El coronel decidió que lo primero era sacar a nuestros amigos de la cárcel. Antes pidió a Albert que llevara a lady Greenwich de vuelta a Cockpen Castle.

—Debemos de convencer al inspector Rothnie —nos explicó— de que en ningún momento lady Greenwich ha huido de la policía. Entre otras cosas, porque dudo mucho que tengan pruebas contra ella. Lamento decir esto, pero creo que la señora Arliss y la señorita Jervis se precipitaron al escapar con ella, complicando la situación más de lo necesario.

Según el coronel, no iba a ser difícil engañar a aquel inspector. Solo había que decirle que lady Greenwich había salido de Cockpen Castle para visitar a una amiga y que había regresado a su casa nada más enterarse de que

la policía la buscaba. Y que, de hecho, no se había movido de allí desde entonces.

Albert se encargó de llevar a lady Greenwich hasta Bonnyrigg. Por supuesto, después de saludarnos efusivamente, especialmente a mí, recibió la noticia de su vuelta a casa con alborozo.

—Coronel —le dijo al salir del pasaje de Tolbooth mientras Albert la esperaba en el coche—, le agradezco su hospitalidad, pero le recomiendo que cambie de personal. *Oh là là!*, este tal Albert es insufrible. ¡No me ha dejado en paz ni un momento! Si quiere yo le podría recomendar un mayordomo que no fuera tan pesado...

El coronel se alegró de que Albert no pudiera oír aquellas palabras.

Ni siquiera tuvimos tiempo para cambiarnos de ropa. Una vez que mi tía abuela, acompañada de sus tres perrillos, se marchó, nosotros nos dispusimos a salir para la comisaría.

—No es necesario que tomemos un coche —dijo el coronel sin tener en cuenta el estado en el que tenía la pierna—. La comisaría está aquí cerca y tardaremos menos andando.

Yo no opinaba lo mismo al ver cómo cojeaba ostensiblemente. Me ofrecí a realizar yo las gestiones para liberar a nuestros amigos.

—No es que no confíe en usted, joven Eastman, pero comprenda que tengo una responsabilidad en todo esto. Yo accedí a que nos metiéramos en la investigación y debo asumir sus consecuencias.

No quise insistir más. Comprendía que no podía ser de otro modo. Estaba ya el coronel cerrando la puerta del pasaje cuando un muchacho de unos once o doce años nos abordó.

—Soy el hijo del carnicero que reparte carne en Moray Place —dijo recitando de memoria—. Traigo un mensaje para el coronel..., para un coronel —concluyó con cierta resolución al haber olvidado el apellido.

—¿Puede llamarse Nicholls ese coronel? Si es así, creo que soy yo.

El crío miró fijamente al coronel y, al cabo, por algún razonamiento infantil, pareció convencerse de su identidad. Entonces, de la manga de su sucio blusón sacó un pañuelo hecho un hatillo que le entregó junto a una nota.

—De parte de la señorita Jervis —le dijo.

El coronel le dio las gracias, pero el crío no se movió.



—Me parece que espera su recompensa —indicó al ver que el coronel no se había dado cuenta.

—¡Perdón! —se excusó metiéndose la mano en el bolsillo—. ¡Por supuesto!

Cuando el chiquillo vio que le daba medio chelín, su rostro se iluminó con una sonrisa mellada e inmediatamente salió corriendo. El coronel se quedó mirando aquel paquete que formaba el pañuelo, supongo que queriendo tontamente adivinar su contenido y la intención de la señorita Jervis al enviarlo.

—¿No va a leer la nota? —le urgí al ver que la tenía en la mano y no hacía nada por abrirla.

—¡Oh, sí!, disculpe, Leopold...

Mi nerviosismo era evidente; la sola mención de la señorita Jervis producía un efecto transformador en mi persona. Estaba ansioso por saber qué era lo que decía.

—Me temo, mi querido amigo —dijo después de leerla y supongo que no queriendo alarmarme demasiado—, que el señor Gordon y la señora Arliss deberán esperar algo más entre rejas. La señorita Jervis necesita nuestra ayuda.

Me tendió el papel para que yo pudiera leerlo. Mi corazón se encogió al comprender que ella estaba en peligro. Se notaba que había escrito aquellas letras apresuradamente, puede que en un momento de pánico. No explicaba demasiado. Tan solo que el pañuelo contenía las pruebas de que Jacob Wolveriage era un asesino. Le pedía al coronel que entregara el pañuelo y su contenido al doctor Gregory, que él lo entendería. Luego le urgía para que acudiese a la policía y, cuanto antes, a casa de los Williamson, pues tanto ella como los demás ocupantes de la casa corrían un serio peligro.

Creo que me volví loco. Sin entender demasiado, lo único que sabía era que nunca me había gustado Jacob Wolveriage. En cierta manera porque en los ojos pardos de la señorita Jervis había querido adivinar un brillo de interés cuando en alguna ocasión había hablado de él...

Envuelto en aquella vorágine de amor, le pedí al coronel que me dejara a mí ir a casa de los Williamson mientras él visitaba al doctor Gregory.

—Se lo suplico, coronel —rogué—. Si ese hombre es un asesino, la señorita Jervis está en peligro. ¡Cada minuto cuenta!

Él, sin perder un ápice de calma, me intentó tranquilizar diciéndome que si la señorita Jervis nos había pedido que fuésemos a hablar con el doctor Gregory, tendría sus razones.

—Es una joven valiente e inteligente —me dijo—. Estoy seguro de que no correrá riesgos innecesarios.

Sin estar totalmente convencido, cedí. Mi cabeza me decía que estaba haciendo lo correcto, pero de mi interior pugnaba por salir el impulso de marcharme en busca de la señorita Jervis y abandonar al coronel. Le convencí para que buscásemos un coche, pues Albert tardaría en regresar. Por suerte, accedió. Nos pusimos en camino rápidamente, pero, para mi desesperación, el coronel arrastraba su pierna, lo que le obligaba a caminar muy despacio. Tardamos en encontrar uno libre y nos dirigimos raudos hacia la Enfermería Real. Sabía que el doctor Gregory estaba allí por las mañanas examinando a pacientes y dando conferencias prácticas a los alumnos, utilizando a los propios pacientes para demostrar lo que explicaba, como hacían todos los catedráticos de la universidad.

Una vez allí, no fue fácil encontrarle en el laberinto de pasillos blancos, y, cuando lo hicimos, estaba visitando a un enfermo al pie de su cama. Se mostró desconcertado ante nuestra inesperada visita y le costó entender, y al coronel explicar, los motivos que nos habían llevado hasta allí.

—¿Y dice que la señorita Jervis les pidió que me entregaran esto? —dijo el doctor cuando el coronel le dio el pañuelo hecho un hatillo.

—Así es, doctor. La nota decía que había descubierto que Jacob Wolveriage era un asesino y que estas eran las pruebas.

El doctor, con gesto de extrañeza, deshizo el nudo del pañuelo. De las tres cosas que había dentro, una sortija, un broche y un solo pendiente, tomó este último y lo miró con atención. Después de observarlo durante unos segundos, su rostro adquirió una expresión de alarma.

—¡Santo cielo!, ¡no puede ser! ¡Es el otro pendiente!

Miró con más detenimiento las demás joyas e incluso desplegó el pañuelo para leer las iniciales que tenía bordadas.

—¡No me cabe ninguna duda!, ¡es él!... ¡Rápido!, ¡debemos acudir a la policía!

Sin darnos tiempo a más, se quitó la bata y cogió su maletín. Le seguimos sin comprender nada, pero él nos aseguró que nos contaría todo camino de la comisaría.

—No sé si saben que, hace tiempo —nos relató cuando en pocos minutos estuvimos subidos al coche—, Scotland Yard pidió colaboración a nuestra cátedra para resolver una serie de crímenes que se estaban produciendo en Londres. Esto no es nuevo. En otras ocasiones ya hemos colaborado con ellos. La ciencia forense cada vez se está volviendo más imprescindible en la investigación de asesinatos. El asesino siempre deja su firma sobre la víctima. En este último caso, en el que la policía de Londres nos ha pedido ayuda, se trataba de la investigación del asesinato de tres jóvenes en esa ciudad. La mayoría de los crímenes habían tenido lugar durante el último año y todo parecía indicar que se trataba del mismo asesino. Un hombre joven, alto y con la peculiaridad de que siempre se llevaba una pertenencia de su víctima, un broche o unos pendientes...

En este punto el doctor nos miró y de seguido volvió a sacar el pañuelo. Tomó el pendiente y nos lo mostró. Era de oro y tenía una perla en forma de lágrima que colgaba.

—En uno de los crímenes perpetrados en Londres, el asesino le quitó los pendientes a su víctima, pero en su huida debió de perder uno de ellos. La policía lo encontró en las escaleras de la casa donde fue asesinada la muchacha. Yo mismo tuve aquel pendiente en mi mano, una de las veces que he viajado a Londres por motivos de la investigación, y les puedo asegurar, sin riesgo a equivocarme, que es la pareja de este...

Nos lo mostró en la palma de su mano.

—Pero ese hombre, según lo que nos dice —intervino el joven Eastman—, cometía sus asesinatos en Londres...

—Hasta ahora sí. Pero justamente esta semana se produjo el crimen de una joven aquí, en Edimburgo. La policía metropolitana nos pidió ayuda también y enseguida nos dimos cuenta de que, por la forma en que la mataron, se podía tratar del mismo asesino, que acorralado por Scotland Yard había cambiado de lugar. Curiosamente, la familia de la joven echó en falta una

sortija que llevaba puesta el día del crimen. Una sortija con una pequeña esmeralda engarzada.

El doctor tomó la sortija que había en el hatillo y nos la mostró.

—No me cabe duda —dijo—. Es el asesino.

Nos siguió relatando cómo todo encajaba con la figura de Jacob Wolveriage, a quien él conocía personalmente. Por lo que habían deducido, el asesino era un hombre joven y fuerte. Todo indicaba que sus víctimas le conocían. De algún modo, él se había ganado su confianza, por lo que no era descartable que se tratase de un hombre bien parecido y de buena posición.

—Y lo peor es que yo he ayudado a que saliera de la cárcel esta mañana... ¡Cómo he podido ser tan necio!... No puedo imaginar cómo la señorita Jervis lo ha descubierto —dijo finalmente.

—Le puedo asegurar —intervino el coronel— que tampoco nosotros...

La angustia me empezaba a ahogar. Había pasado de considerar a Wolveriage como un rival por el amor de la señorita Jervis a una amenaza seria para ella. Estaba desconcertado, pero cada vez tenía más claro que debía hacer algo, que estaba perdiendo un tiempo precioso.

—Doctor —pregunté lo que yo ya sabía, supongo que con el ánimo de tranquilizarme—, ¿cree que la señorita Jervis corre peligro?

—No podría asegurarle lo contrario. Si Wolveriage es el asesino que estábamos buscando, y todo parece indicar que sí, es un hombre frío e inteligente. Tenga en cuenta que ha despistado a la policía durante meses...

Me quedé callado, pero en mi interior había tomado una decisión. Estábamos llegando a High Street. El coche se detuvo enfrente de la comisaría. El primero en bajar fue el doctor, seguido por el coronel, que cojeaba más que cuando salimos del pasaje de Tolbooth. Los dos caminaron juntos con decisión hacia la puerta de entrada, sin mirar hacia atrás y convencidos de que yo les seguía.

—Al número catorce de Moray Place —le dije al cochero—. Le pagaré el doble si se da prisa.

El coche se puso en marcha de nuevo y por la ventanilla pude ver la figura del coronel, que se volvía justo a tiempo de ver cómo el coche se alejaba conmigo dentro. Al fondo, el doctor Gregory subía con presteza los escalones de entrada a la comisaría. Confíe en que el coronel comprendiera.

No podía esperar a que la lenta policía de Edimburgo actuara cuando la señorita Jervis se encontraba en peligro.

La promesa de pagarle el doble hizo que el cochero azotara los caballos con brío, pero las callejuelas de la vieja ciudad, atestadas de gente y de carros, no le dejaban ir tan deprisa como pretendía. Solo cuando llegamos a las amplias avenidas de la ciudad nueva pudo coger velocidad. Mientras tanto, en el interior del coche, en mi cabeza únicamente se repetía la apremiante idea de que debía sacar cuanto antes a la señorita Jervis de aquella casa.

El coche se detuvo enfrente de la puerta principal de los Williamson. Pagué lo prometido al cochero y rápidamente fui hacia la puerta. Pulsé el timbre con más fuerza de la que era necesaria. La criada que me abrió supongo que no tardó más de lo que era normal, pero a mí me pareció una eternidad. Contuve el ímpetu que me empujaba a entrar llamando a gritos a la señorita Jervis y pregunté por ella a la muchacha. Al decirle mi nombre, su rostro se iluminó y me dejó entrar.

—¡Oh, el señor Eastman!... Sí, le está esperando. ¿Pero ha venido solo? —dijo angustiada y empinándose para mirar por encima de mi hombro.

No me dio tiempo a expresar mi sorpresa porque inmediatamente se escuchó una voz de mujer que venía del interior de la casa.

—¡Esto es inaudito! —gritaba—. ¡Marcharse de la casa dejando a las niñas solas! Digas lo que digas, Henry, ¡esta vez le ha costado el puesto!

Por detrás de la criada apareció una mujer, sin duda la dueña de la casa, que encajaba perfectamente en la descripción que la señorita Jervis había hecho de la señora Williamson, seguida de dos niñas pequeñas y de un hombre que, no tuve dudas, se trataba de Henry Williamson.

—¡Bessy! —se dirigió a la criada con malas maneras sin tan siquiera reparar en mi presencia—. ¿Sabe dónde está la señorita Jervis?

—Ya te he dicho, mamá —intervino la niña mayor con gracia infantil en sus maneras—, que se fue con el primo Jacob...

La criada que me había abierto se llevó las manos a la cara y se puso a sollozar.

—Perdonen, pero ese primo Jacob ¿no será el señor Wolverriage? —pregunté mientras sentía que me invadía un terror incontrolable.

La señora Williamson pareció descubrirme en aquel instante.

—Y este joven ¿quién demonios es?

Intenté presentarme, pero entonces apareció una jovencita que venía envuelta en un mar de lágrimas.

—¡Claire! —exclamó la señora Williamson—, ¿qué te ocurre?

—¡El primo Jacob me ha dicho que soy fea! Dijo que no me podía comparar con la señorita Jervis y que ellos habían planeado fugarse... Luego me encerró en la salita del té.

Al escuchar aquellas palabras, la señora Williamson se puso blanca como la cal y sufrió un desmayo. Gracias a que Henry Williamson la sujetó no fue a dar con sus huesos en el suelo.

—¡Oh, Dios mío!, ¡oh, Dios mío! —repetía la criada una y otra vez cubriéndose la cara con las manos y yendo de un lado a otro.

Dentro del revuelo que se armó fui lo suficientemente rápido para comprender la situación. Wolveriage, de algún modo, había descubierto la falta de las joyas que la señorita Jervis había conseguido. Era evidente, y en aquel momento todo encajaba, que su obsesión principal desde que llegó a la casa había sido ella. Según el doctor había demostrado su gran inteligencia al despistar a la policía y, desde luego, también con los Williamson. Parecía claro que la señorita Jervis le había descubierto y eso le había hecho actuar a la desesperada.

—Señorita —me dirigí a la hija de los Williamson—, es de suma importancia que me diga si sabe dónde han ido. La vida de la señorita Jervis depende de ello...

La muchacha parecía inmersa en un estado que no le permitía ni escucharme, al igual que su padre, que, superado por la situación, trataba de abanicar a su esposa con la mano. En mi desesperación agarré a la joven por los hombros y la zarandé sin obtener respuesta.

—Yo vi como salían por la puerta del jardín —dijo entonces una de las pequeñas tirando suavemente de mi chaqueta—. Les seguí y me asomé a la calle porque habían dejado la puerta abierta. La señorita Jervis no quería ir, pero el primo Jacob la empujaba.

Inmediatamente, me agaché para ponerme a su altura.

—Dime, ¿hacia dónde fueron?, ¿a la derecha o a la izquierda?

La niña se lo pensó.

—Fueron por el camino que lleva a casa de mi amiga Lissy.

—¡Por la derecha!: vive en Princess Street —exclamó la criada, que se había tranquilizado algo.

—¡Rápido! —le urgí—, ¡lléveme hasta esa puerta!

La muchacha corrió delante de mí, atravesamos la casa y salimos al jardín trasero. La puerta que daba a Doune Terrace estaba abierta.

—¡Tiene que salvarla! —me dijo la muchacha mientras me señalaba el camino que había indicado la niña—, ¡es un asesino!...

No pude escuchar más de lo que decía porque salí corriendo en aquella dirección. Al llegar al cruce con Gloucester Lane dudé, y, al mirar calle abajo, más que ver intuí dos sombras que giraban hacia Heriot Row. Como un loco corrí hacia allí. El corazón me latía con fuerza en los oídos. Cada zancada que daba era una esperanza y una angustia: la esperanza de que fueran ellos y la angustia de haberme equivocado. Al comienzo de Heriot Row miré con desesperación hacia el fondo de la calle. Allí les vi. Me llevaban bastante ventaja, pero no avanzaban muy deprisa porque la señorita Jervis se resistía a andar, aunque Wolveriage la obligaba agarrándola por el brazo, intentando que sus movimientos no fueran violentos para no llamar la atención de las pocas personas que pasaban por la calle. Sin medir las consecuencias de mis actos, corrí hacia ellos gritando que la dejase, llamando cobarde y asesino a Wolveriage.

Al oírme volvió la cabeza, y al ver que me acercaba a ellos forcejeó con la señorita Jervis de una manera más evidente, obligándola a subir a un coche que estaba un poco más adelante y que yo no había visto.

Puse mi vida en aquella carrera, con el alma adelantándose en cada zancada, pero tan solo llegué a tiempo de rozar el coche con la punta de mis dedos y ver cómo se alejaba de mí con rapidez. Sin embargo, no me rendí. Miré con desesperación hacia atrás. Para mi suerte, se acercaba un tílburí conducido por un muchacho. Jugándome la vida, me puse delante de él y lo detuve.

—Necesito tu coche, amigo. —Le eché del pescante—. Mi nombre es Leopold Eastman. Te lo devolveré.

Al muchacho no le dio tiempo a reaccionar y se quedó en medio de la calle con la boca abierta y la gorra entre sus manos. Azoté al caballo con

fuerza. El coche ya había girado en Hanover Street y lo perdí de vista durante un tramo. El tálburi parecía que de un momento a otro se iba a descoyuntar y se escoró peligrosamente cuando giré, pero, al ser más rápido que el coche de punto, pronto les di alcance.

Tenía que pararlo. En una maniobra suicida, pues otro coche venía de frente, me puse a su lado y les adelanté. Al hacerlo, durante unas décimas de segundo vi la mirada furiosa de Wolveriage. Un odio salvaje que emanaba de él y que se sobreponía a la velocidad a la que todo estaba sucediendo. En un viraje brusco, crucé el tálburi delante del coche, obligando a su cochero a detenerse. Ni siquiera oí sus maldiciones. Me tiré del tálburi justo a tiempo para ver cómo Wolveriage trataba de huir llevándose con él a la señorita Jervis. Les seguí, pero antes de que pudiera alcanzarlos, Wolveriage se dio cuenta y, dándose la vuelta, rodeó con un brazo a la señorita Jervis mientras con la otra mano le ponía un cuchillo en el cuello.

—Ni se acerque si la quiere ver con vida —gritó con ojos de loco.

La gente que pasaba alrededor se alejó gritando.

Tenía la mirada de una fiera acorralada. Su rostro estaba totalmente desfigurado, lleno de sombras. Supe que en aquel momento podía ser capaz de cualquier cosa.

—Está bien —intenté tranquilizarle mientras me iba acercando—, esto no le lleva a ningún sitio, Wolveriage. Hablemos...

La señorita Jervis tenía los ojos cerrados, y un leve temblor sacudía sus labios. Estaba sin abrigo. Él, en aquel arrebatado de locura, la debía haber arrastrado fuera de la casa sin siquiera dejar que cogiera su capa.

—¡No dé ni un paso más! —gritó clavándole la punta del cuchillo.

Ví con horror que un pequeño hilo de sangre comenzaba a manar de su piel blanca.

—Está bien, está bien, me quedaré aquí. —Subí mis manos en señal de rendición—. No le haga daño, por favor...

Wolveriage, al escucharme, cambió de expresión. Un cambio tan brusco, tan radical que tenía algo de demoníaco. Tuve que hacer un gran esfuerzo para que no se notara el impacto que me había producido.

—¡Ah!, claro, cómo no me había dado cuenta antes —exclamó con una voz que pretendía ser dulce pero que arañaba—. ¡Usted la ama!...



Entonces profirió una carcajada tan escalofriante que bien la podría haber soltado el propio Satán. Mi vista no podía apartarse del reguero de sangre que corría ya por el cuello de la señorita Jervis.

—Un amor tan grande que estaría dispuesto a cambiar su vida por la de ella —volvió a reírse echando la cabeza para atrás y dejando ver toda su dentadura—. Oh, pero, quizá, ella no le corresponde. ¿Verdad, Christine?... Tú solo me amas a mí.

Acercó su cara a la de ella. Era evidente que estaba totalmente enajenado. Pensé que si no hacía algo pronto, Wolveriage la degollaría allí mismo. También debió de pensar lo mismo la señorita Jervis, porque en el instante que él llevaba su cara a la de ella, le empujó con todas sus fuerzas, momento que aproveché para abalanzarme contra él.

Fueron unos instantes de confusión. Los dos caímos rodando al suelo. Recuerdo que mi único pensamiento fue apartar de mi cuerpo la mano de Wolveriage que empuñaba el cuchillo. Pero él era un hombre corpulento y con una fuerza sobrenatural. Luché con todas mis fuerzas, hasta que sentí la fría hoja del cuchillo sobre mi costado. Luego el dolor me hizo perder el conocimiento.

## LA LIGA DE LOS HIJOS DEL DRAGÓN

Si digo que la fuerza del amor es el motor del mundo, no creo que esté descubriendo nada nuevo. Y si esa potencia prende en un corazón rebosante de juventud, entonces no existe nada ni nadie capaz de frenarla. Lo sé porque hubo un tiempo en que sentí su fuerza descomunal. Una fuerza que te desarma y te hace entregarte en cuerpo y alma. Y si entregas todo, como yo hice, y no recibes nada, entonces te quedas vacío. Vacío y seco. Incapaz de volver a amar, a no ser aquella a la que entregaste todo tu ser...

Pero no es este el momento, perdónenme...

Cuando vi cómo el joven Eastman se alejaba en el coche que nos había llevado hasta la comisaría junto al doctor Gregory, supe inmediatamente dónde iba. Maldije mi torpeza al no haberme dado cuenta antes de lo que pensaba hacer y entré corriendo en la oficina de la policía donde el doctor ya saludaba a un agente. Me interpuse entre ambos y rápidamente le conté la situación. Por fortuna, él era un hombre de rápidas decisiones y, conociendo bien la comisaría como la conocía, no esperó ni un segundo. Se fue directo hacia el despacho del inspector jefe.

—Espere un momento aquí fuera —me dijo el doctor—. Voy a intentar que nos acompañen.

No podía hacer otra cosa que esperar. Mientras, y a pesar de lo inesperado de la situación, no me olvidé del otro motivo que me había llevado hasta allí en primera instancia. En algún calabozo se encontraban encerrados la señora Arliss y Herbert. Iba a preguntar al policía que había estado hablando con el doctor Gregory si sabía dónde podía verlos cuando vi salir de una sala a Thomas Arliss. Tenía un gesto de preocupación que se transformó en alegría al verme allí.

—¡Coronel! —exclamó mientras se acercaba—, ¡ya se ha enterado! ¡Esto es inaudito! ¡Les acusan de tentativa de asesinato!

Le expliqué que acababa de llegar de un viaje y que poco más sabía por la nota que me había enviado el señor Gordon. Arliss enseguida me contó lo

que a él le habían contado Herbert y su esposa. Me hizo un resumen apresurado de todo lo que había sucedido en casa de los Williamson durante aquella noche.

—No sé cómo Elisabeth ha podido meterse en semejante jaleo. Y lo peor de todo es el inspector que nos han asignado —prosiguió—. Un tal Rothnie. Tanto el señor Gordon como Elisabeth me habían prevenido en su contra, pero después de hablar con él me temo que se han quedado cortos... Menos mal que le han requerido para un asunto urgente y se ha tenido que marchar... ¡Santo cielo!, ¡ahí está de nuevo!...

Arliss había señalado con disimulo hacia mi espalda. Cuando me volví, vi que quien se acercaba era el doctor Gregory seguido por un tipo enjuto, sucio y con un fino y largo bigote. Su rostro era poco agraciado y su prepotencia notable. El doctor Gregory, tras saludar rápidamente a Arliss, me apremió para que me fuera con ellos.

—Ya le contaré —dije a Thomas Arliss a modo de despedida—. Ahora es vital que seamos rápidos. Confío en que los saque pronto de aquí. Avíseme en cuanto eso suceda.

Apreté el paso para no perder al doctor, lo que me costó bastante debido a las grandes zancadas que daba y al mal estado de mi pierna.

—Han puesto a nuestra disposición un ómnibus de la policía y al inspector Rothnie —me dijo el doctor cuando alcancé su espalda—. Espero que lleguemos a tiempo...

El doctor y yo, junto con el peculiar inspector de policía, montamos en el ómnibus que nos esperaba en la puerta. Rápidamente nos dirigimos hacia Moray Place. Poco a poco me había ido haciendo una idea de lo que había sucedido durante mi ausencia y, aunque no me encajaban todas las piezas, sí era capaz de comprender que Herbert y la señora Arliss habían acudido en ayuda de la señorita Jervis. Cómo ella había descubierto la verdadera identidad de Wolveriage lo desconocía.

El inspector de policía apenas nos dirigió la palabra. Tan solo nos echaba miradas de desprecio cuando el doctor y yo tratábamos de ponerle al día de todo lo sucedido.

—Lamento tener que abrirles los ojos —dijo tras su misterioso silencio—, pero me temo que ustedes también son víctimas de un ardid ideado por una

terrible asesina.

No dijo más. El doctor Gregory pensó lo mismo que yo: habíamos tenido la mala suerte de que nos asignaran un policía que no estaba bien de la cabeza. Nuestra única esperanza era que nos acompañaban otros tres agentes, que, sentados frente a nosotros, se mantenían hieráticos y en silencio.

—¿Qué le ha ocurrido en esa pierna? —me preguntó el doctor para romper la embarazosa situación en que nos había puesto el inspector con aquella salida de tono.

—Es una larga historia, doctor —respondí—, me herí...

No me dio tiempo a nada más. Estábamos ya en Princess Street cuando algún suceso había hecho que se detuviera el ómnibus. El inspector asomó la cabeza por la ventanilla para ver qué sucedía. Al parecer, un grupo de personas había detenido el coche de policía para avisar de que en Hanover Street se estaba produciendo un tumulto.

—El deber nos reclama —dijo para nuestra sorpresa el inspector—. El orden público es una de las prioridades de la Policía Metropolitana de Edimburgo. Pueden acompañarnos o bajarse y esperar aquí a que resolvamos el incidente.

Ni el doctor Gregory ni yo dábamos crédito a lo que estaba sucediendo. Por todos los medios intentamos hacer ver a aquel tipo la urgencia de nuestro caso, pero fue imposible.

—Mejor será —me dijo el doctor en un aparte— que no perdamos más tiempo en discutir. Es imposible convencerle. Nuestra única salida es ir con él a fin de que no se olvide de nosotros e intentar que no pierda demasiado tiempo.

Así lo hicimos. El ómnibus, tocando la campana, nos llevó hasta el origen del tumulto. Justo en el momento de llegar, dos hombres peleaban en mitad de la calle. Cuando nos acercamos lo suficiente, tanto el doctor como yo reconocimos a la señorita Jervis, que pedía auxilio, junto a los dos hombres. Inmediatamente supimos que el inspector Rothnie nos había llevado justo al lugar donde el joven Eastman estaba manteniendo una lucha a muerte con Jacob Wolveriage. Este, al darse cuenta de la presencia de la policía, salió huyendo, dejando en el suelo el cuerpo inerte del joven Eastman. Dos de los agentes que nos habían acompañado salieron en su persecución, mientras que

la señorita Jervis acudía en auxilio del joven Eastman, al igual que el doctor y yo.

Cuando nos acercamos, me temí lo peor. La señorita Jervis, agachada sobre el cuerpo de Eastman, estaba pálida y temblorosa. El doctor rápidamente le tomó el pulso.

—Está vivo —exclamó para nuestra alegría—, pero tengo que contener la hemorragia...

La señorita Jervis me abrazó como nunca antes lo había hecho y comenzó a llorar.

—Será mejor que se la lleve de aquí —me pidió el doctor—, yo trasladaré al señor Eastman a la Enfermería Real.

Intenté que la señorita Jervis me acompañara, pero se negó.

—De ningún modo —dijo—, yo iré con ustedes.

No intenté convencerla. Me pareció que su actitud se correspondía con el coraje que durante toda su vida había demostrado.

Lo curioso, durante todos estos hechos, fue el comportamiento del inspector Rothnie. Se había mantenido al margen, como si fuera un espectador más de los que nos rodeaban, a los que el tercer agente de policía trataba de mantener alejados. Él, recostado sobre el ómnibus, nos miraba con aire de superioridad, torciendo su bigote en un gesto desagradable.

Al cabo, los dos agentes que habían salido en persecución de Wolveriage regresaron con él esposado. Les costaba trabajo sujetarlo entre los dos y el tercer agente tuvo que acudir en su ayuda para introducirlo en el coche de policía. Aquel joven de complexión fuerte estaba fuera de sí. Una fuerza sobrehumana le hacía revolverse contra todo y contra todos.

—¡Christie!, ¡Christie! —gritó al ver a la señorita Jervis—, ¡tú solo me amas mí!, ¡solo a mí!

La señorita Jervis me agarró fuerte del brazo. Entretanto, el inspector Rothnie había cambiado radicalmente de actitud. El extraño comportamiento de Wolveriage parecía haberle sacado de su inacción y ahora daba la impresión de no entender nada. Se había acercado hasta nosotros y movía nerviosamente su bigote de un lado a otro. Un pequeño tic le sacudía todo el cuerpo. Después de balbucear unas palabras inconexas, se dirigió al ómnibus de policía, que inmediatamente se puso en marcha en dirección a la comisaría.

Por lo demás, y ante la determinación de la señorita Jervis de no separarse del joven Eastman, acompañamos al doctor Gregory cuando lo trasladó a la Enfermería Real. Durante el viaje, ella tomó la mano de Eastman.

—Aguante, Leopold —le dijo con lágrimas en los ojos—. Tiene que hacerlo por mí...

Entonces él abrió los ojos, recuperando la conciencia, y dijo algo en un susurro.

—Su cuello..., su cuello.

La señorita Jervis se llevó la mano al cuello y fue cuando me di cuenta de que estaba herida.

—No es nada —lloró abiertamente—, no es nada... Estoy bien...

A las puertas de la muerte, el joven Eastman se aferraba a su amor. Supe que, quizá desgraciadamente para él, sería el motor que le daría fuerzas para seguir viviendo. En aquel instante solo deseé que ese aliento que le alejaba de la muerte no se convirtiera luego en una amargura que le carcomiera de añoranzas, como me había sucedido a mí.

Las horas siguientes fueron angustiosas y, según el doctor, fundamentales para conocer su evolución. La herida era grave, pero confiaba que saliera adelante porque tenía la fortaleza de un hombre joven. La señorita Jervis se negó a dejarlo y apenas se movió de su lado los días que estuvo en el hospital. Finalmente, y gracias a los cuidados que le dispensaron, el joven Eastman se recuperó. Como ya venía siendo habitual en los miembros de nuestra sociedad que habían sufrido algún daño, le ofrecí mi casa para pasar la convalecencia, lo que él aceptó agradecido.

La detención en Edimburgo de Jacob Wolveriage como el asesino buscado durante tantos meses por la policía se convirtió en una noticia de gran impacto en todo el país. Jacob Wolveriage, según los psiquiatras, sufría de un trastorno de la personalidad causado por el rechazo de una joven llamada Christine Bright, de la que él había estado enamorado. Su locura le había hecho asesinar a jóvenes que le recordaban a ella.

A través de la señorita Jervis supe que todos estos sucesos habían tenido unas consecuencias funestas en la residencia de los Williamson, donde Priscilla Williamson, presa de un ataque nervioso, había tenido que ingresar en un sanatorio, y desde entonces se encontraba en tratamiento médico.

Lo más curioso de este caso, que demuestra lo injusta que puede llegar a ser la vida, fue que todo el mérito de la detención de Jacob Wolveriage se lo llevó el inspector Rothnie. Por supuesto, ninguno de nosotros desveló nunca a nadie la verdad. Y mucho menos la señorita Jervis, la verdadera descubridora. Nos limitamos a hacer bromas cuando veíamos la foto del enjuto y estirado inspector Rothnie en todos los periódicos. El «reconocimiento» de sus superiores por los servicios prestados a la sociedad nos favoreció a nosotros en dos aspectos. Primero, en que la señora Arliss y el señor Gordon, al demostrarse que Wolveriage era un asesino, quedaron inmediatamente en libertad. Y segundo y más importante: el inspector Rothnie pareció haberse olvidado de lady Greenwich y del asesinato de su esposo, al menos mientras duraron los actos en su homenaje, lo que nos daba más tiempo a nosotros para continuar con nuestra investigación.

Una vez que el señor Eastman se encontró con suficientes fuerzas, invité a mis amigos a reunirse en mi casa de Wallyford, ya que el estado de salud del joven aún no era lo suficientemente bueno como para salir a la calle, y menos para viajar hasta el pasaje de Tolbooth. Y si bien mi pierna ya estaba prácticamente recuperada, el doctor Gregory me había recomendado que guardara cierto reposo.

Debo confesar que fue un gran placer verlos a todos allí, en mi salón, alrededor del fuego.

—Mis queridos amigos —exclamó el señor Gordon, que fue el último en llegar—, creo que nunca he sentido tanta alegría al verlos a todos. Muy especialmente a usted, Leopold. Veo que las noticias que me han llegado sobre su estado de salud eran ciertas y su mejoría es notable.

—Sí —respondió el joven Eastman—, gracias a la hospitalidad del coronel y los cuidados que he tenido de este ángel —dijo mirando a la señorita Jervis.

Ella se turbó ante sus palabras. Sinceramente, creo que le había estado cuidando durante su convalecencia en agradecimiento a que había arriesgado su vida por ella, pero en el fondo de su mirada, en aquel instante, vi las dudas que alimentaban el amor que el señor Eastman sentía por ella. Era la confirmación de mis miedos, el sufrimiento que le esperaba a la vuelta de la

esquina. Un sufrimiento mucho mayor al de la herida que casi le arrebató la vida...

Aparte de estos pensamientos, quizá demasiado negativos y seguramente condicionados por mi experiencia, mi intención al juntarles era que pudiéramos analizar con calma y poner en orden todo lo que habíamos descubierto en nuestra investigación del asesinato de lord Greenwich. Poco a poco habíamos reunido una serie de pistas que, aunque todavía no nos habían llevado a nada concluyente, me hacían intuir que estábamos cerca de llegar al final. El balance, a pesar del peligro que por diversas causas habíamos sufrido varios de los miembros allí presentes, era realmente sorprendente. Si al principio de embarcarnos en la investigación yo no hubiera dado un penique por nosotros, tenía que reconocer que habíamos llegado mucho más allá de lo que nunca hubiera imaginado.

—Nos debemos felicitar, amigos —dije a mis compañeros—. Además de porque estamos vivos, porque hemos conseguido encauzar la investigación del asesinato de lord Greenwich.

—¿Usted cree, coronel? —intervino Herbert—, yo no sería tan optimista... En lo único que estoy de acuerdo es en congratularme de que estemos vivos.

—Por favor, señor Gordon —replicó la señora Arliss—, no me diga que no hemos avanzado. Le apuesto lo que quiera a que no tardaremos ni dos semanas en saber quién fue el asesino de lord Greenwich.

—¡Ja!, ¡qué optimista parece usted ahora! Aunque no puedo decir lo mismo de su ánimo cuando estuvimos detenidos...

La intervención de Herbert, una declaración de guerra en toda regla, no era acorde con el ambiente que se respiraba entre nosotros. Por suerte, la señora Arliss fue capaz de capear el temporal.

—¡Mi querido señor Gordon! —dijo en un tono dulce, sin que se notara la más mínima acritud—, no le puedo quitar la razón. Pero en mi defensa puedo decir que lo que más me angustiaba era saber que mi amiga, la señorita Jervis, se encontraba en un serio peligro mientras nosotros no podíamos hacer nada por ella...

Ví claramente como Herbert iba a volver al ataque, de modo que decidí intervenir.



—Sería bueno —le quité la palabra a Herbert— que el señor Gordon, que es el más capacitado para ello, nos hiciera un pequeño resumen de todo lo que sabemos, a fin de situarnos.

—¡Estupenda idea! —me apoyó el joven Eastman—. Reconozco que tras todo lo sucedido me encuentro un poco perdido.

El señor Gordon no se hizo de rogar.

—Está bien. —Se puso en pie y metió los pulgares en los bolsillos de su chaleco amarillo—. Les haré una exposición sucinta y cronológica de los hechos. Si no me equivoco, y espero no hacerlo, todo empezó cuando alguien, desconocido para nosotros, le encarga a un comerciante de sedas que le traiga un objeto de China. Encargo que resultó ser un valioso reloj musical, perteneciente al reinado del emperador Qianglong, de la dinastía Qing. Como esa persona que hace el encargo no aparece a recogerlo, el comerciante se lo vende a un anticuario de Londres, nuestro ya conocido señor Samuel Cecil, quien, a su vez, hace un estupendo negocio vendiéndoselo a un cliente suyo, lord Greenwich. Pero el reloj no solo trae consigo lo que los supersticiosos creen que es una maldición, sino que en su interior, en un compartimento secreto, tiene un pequeño libro de tablillas de bambú. Un jiance, palabra que la señora Arliss aprendió muy bien en nuestro viaje a Londres...

La señora Arliss esbozó una sonrisa de cumplido, haciendo un esfuerzo para que no se le notase que le incomodaba aquel comentario.

—Nuestro anticuario, el señor Cecil —prosiguió Herbert sin dejar de pasear de un lado a otro de la habitación—, lo descubre y, como buen comerciante, decide venderlo por separado, concretamente, al propietario de una tienda de objetos de escritura de Sloane Street, el señor Rush. Todas estas transacciones tienen una serie de consecuencias; funestas consecuencias, diría yo. ¿Alguien me las podría resumir?

—¡Por Dios bendito, señor Gordon! —exclamó sin poder evitarlo la señora Arliss—, ¡parece usted nuestro profesor!... Todos sabemos lo que pasó. Tanto el señor Cecil como lord Greenwich recibieron unas monedas chinas con una nota amenazante, que dedujimos que podría ser de una liga secreta que quería el jiance que había en el interior del reloj. Ahora sabemos que lo querían no por su valor, sino porque en él se concretaba una entrega de antigüedades chinas. De modo que roban el reloj a lord Greenwich,

asesinándole, pero se dan cuenta de que el jiance no está en su interior. Así que regresan a la tienda de antigüedades y lo intentan robar allí, pero el señor Cecil ya no lo tenía, lo había vendido al señor Rush...

—Déjeme proseguir a mí —interrumpió Herbert—. No es que esté mal lo que usted ha expuesto, pero hay un aspecto importante que no ha reflejado. No solo los chinos estaban interesados en el jiance: también una banda, capitaneada por el tal O'Malley, lo intentaba conseguir. Y suponemos que son los receptores de tan valiosa mercancía. Si no recuerdan mal, la primera vez que supimos del hombre del bombín y los espejuelos verdes fue cuando el señor Cecil nos relató cómo habían intentado robar en su tienda. Él dijo que ese tipo había estado merodeando por los alrededores y que le vio en la puerta el día que entraron a robar. Él creía que estaba allí vigilando para avisar a sus compinches, que estaban dentro, por si alguien se acercaba. Eso debió de suceder poco después de que le robaran el reloj a lord Greenwich...

—Y puede —intervine esta vez yo— que la banda de O'Malley también visitara Cockpen Castle... ¿Recuerda las huellas que encontramos allí? —me dirigí a Herbert—. Usted mismo dijo que las personas que robaron el reloj y salieron por la ventana podrían ser distintas a las que asesinaron a lord Greenwich.

—Efectivamente, mi querido coronel —dijo Herbert—. Se ha adelantado a mi discurso. Según mis suposiciones, tanto esa liga china como la banda de O'Malley intentaban conseguir el jiance y ambos se iban pisando los talones. Primero, los dos creen que está dentro del reloj, de modo que le siguen la pista hasta Cockpen Castle. Puede que los chinos se adelantaran por minutos. Se llevan el reloj, pero descubren que en su interior no está el jiance y deducen que el único sitio donde puede estar es en la tienda de antigüedades. O'Malley va por detrás, no consigue el reloj, pero no se rinde. Puede que tuviera vigilada la tienda de antigüedades y al ver que los chinos vuelven allí, deduce que el jiance no estaba en el interior del reloj. Lo que se confirma cuando el señor Cecil expone a la venta el librito de bambú. Ambas bandas lo intentan conseguir. La liga china necesitaba saber a quién se lo había vendido el señor Cecil. La señora Arliss y yo fuimos testigos de ello cuando el caballero inglés, acompañado del anciano chino y la joven, entraron en la tienda de antigüedades. O'Malley también se entera, no sabemos cómo, y se

adelanta a los chinos esta vez, asesinando al señor Rush. Acuérdense de que yo vi aquella sombra de murciélago saliendo de la tienda de objetos de escritura y llevándose el jiance. Luego entré yo y me llevé la copia que el malogrado señor Rush había hecho del texto chino. Es muy posible que me adelantara a la liga china. Puedo suponer que ellos acudieron tras de mí y me vieron salir de la tienda de objetos de escritura. Deducen que soy el que se ha llevado el jiance y, por ende, el asesino del señor Rush. Me siguen, yo creo haberles despistado, pero no es así, y en el tren de regreso a Edimburgo me drogan con el fin de robarme el jiance, sin saber que mi perspicacia me ha hecho enviarme por correo una copia de este...

—Sin embargo —terció el joven Eastman—, y disculpe mi paréntesis, hay algo que no alcanzo a comprender del todo. Si como sospechamos fueron los chinos los que le drogaron y le dejaron tirado en un callejón del Canongate, ¿qué hacía el tal O'Malley en la sala de Anatomía? Recuerden que yo le vi en el anfiteatro, justo delante de mí. Parecía como si quisiera asegurarse de su muerte...

Herbert se quedó pensativo, acompañado de un silencio general. El detalle expuesto por el joven Eastman se le había escapado, y esto, que otro hubiera encajado con naturalidad, en él suponía un descalabro para su ego.

—A mí se me ocurre —dijo la señorita Jervis acabando con el incómodo silencio— que O'Malley también pudo haberle seguido, señor Gordon. Está claro que esa banda tiene un buen sistema de espías. Tanto unos como otros parecen conocer los movimientos de sus enemigos. No es descabellado pensar que O'Malley dejara algún informador en las cercanías de la tienda del señor Rush para saber si los chinos acudían allí. De este modo supo que usted había entrado detrás de él y que los chinos le siguieron y le vigilaron durante los dos días que estuvo en Londres, hasta que se subió al tren en King Cross. Imagínese que primero fueron los chinos los que le durmieron para registrarle. Ellos le dejaron en el compartimento del tren, dormido, esperando que despertara más tarde.

La señorita Jervis se detuvo, mirándonos uno a uno, pidiéndonos nuestro apoyo a su teoría.

—Totalmente de acuerdo —dijo el joven Eastman—. Después de mi experiencia en Liverpool, puedo decir que no tuve la impresión de que esos

chinos fueran malas personas.

—Suscribo esa impresión —dije yo.

—Entonces —prosiguió la señorita Jervis— también estarán de acuerdo conmigo en que puede que O'Malley y sus hombres entraran después y le inyectaran la droga al señor Gordon con intención de matarle para no dejar testigos. Le bajan del tren y le dejan tirado en el Canongate. Luego vigilan el cuerpo, hasta que lo encuentra el párroco y le siguen hasta la sala de anatomía para asegurarse de que está muerto...

—Pero si O'Malley quería deshacerse del señor Gordon —pensó en alto la señora Arliss—, pensando que había visto algo que le pudiera comprometer como asesino del señor Rush, ¿por qué no matarlo de una manera más rápida? Ya sabemos que es un frío y despiadado asesino.

—La señorita Jervis puede tener razón —dijo Herbert—. Es posible que no pudiera «rematarme» porque en aquel momento lo consideró demasiado peligroso. Y se le ocurrió una manera más macabra y silenciosa de hacerlo. Si alguien hubiera descubierto mi cuerpo en el tren, hubiera dado la voz de alarma y para mis asesinos hubiera sido difícil escapar del tren...

—Prosigamos —dijo Herbert intentando olvidar que no había sido él quien había llegado a esa conclusión—. El caso es que, una vez superado ese desgraciado incidente, tanto nosotros como los miembros de lo que suponemos una liga china y la banda de O'Malley teníamos la fecha, hora y lugar donde llegaría el Fénix Rojo. Y creo que hasta aquí hemos llegado, pudiendo concluir que el cargamento de antigüedades chinas está en manos de la liga secreta, que han ganado su baza a los de O'Malley. Puede que nunca sepamos el trasfondo de todo esto. Puede que solo sea el dinero lo que está detrás: dos bandas rivalizando por conseguir un valioso cargamento de antigüedades.

Nos quedamos de nuevo en silencio.

—¿Saben lo que me da más rabia de todo esto? —dijo la señora Arliss—: tener que dar la razón al inspector Rothnie. Parece que, al fin y al cabo, la muerte de lord Greenwich fue como consecuencia del robo del reloj. Podríamos decir que fue «accidental», si me permiten esa palabra.

—Sí —intervino el joven Eastman—, y eso es aún más doloroso... Parece que la leyenda negra de ese reloj tenía su razón de ser.

—Deberíamos contarle todo esto a lady Greenwich, ¿no cree, coronel?

Como de costumbre, la señorita Jervis era la que mostraba más sensibilidad y consideración hacia nuestra mentora. Yo, por ejemplo, me había olvidado de ella y de las cuentas que debíamos rendirle. En mi defensa diré que no tenía la sensación de haber terminado la investigación. Tenía una baza en mi bolsillo que esperaba que fuera la pieza final de aquel puzle: el pequeño dragón de jade.

Fue en ese momento cuando oímos como alguien llamaba a la puerta de mi casa. Al rato, Alfred irrumpió en el salón donde nos encontrábamos. Por la expresión de su rostro, deduje que algo extraño debía de haber sucedido.

—Señor —me dijo—, un caballero me ha pedido que le entregue esto.

Para mi sorpresa y la de los demás, Alfred me mostró un cordón rojo, del cual colgaban tres monedas chinas y una nota.

Todos nos quedamos estupefactos. Fui el primero en reaccionar y las tomé de la mano de Alfred. No me cupo ninguna duda de que se trataba de las mismas que habían recibido lord Greenwich y el anticuario en su día.

—Señores —dije a mis compañeros poniéndome en pie y leyendo la tarjeta—, creo que ha llegado el momento de conocer a la Liga de los Hijos del Dragón.

## EL BARÓN ASTLEY-COUTTS

Después de todo lo sucedido, estaba disfrutando de aquella tranquila reunión en casa del coronel. Me congratulaba ver allí, serena y a salvo, a mi amiga la señorita Jervis. Otra, en su situación, tras haberse enfrentado a un asesino, hubiera estado metida en la cama, recuperándose de la impresión. Ella, en cambio, no solo no lo había hecho, sino que se había dedicado a cuidar del señor Eastman. Era una joven admirable y cada vez me alegraba más de tenerla como amiga. Fue ese espíritu de positividad que me invadía el que impidió que me afectaran los ataques que durante su discurso, en varias ocasiones, el señor Gordon me había lanzado. Incluso me estaba pareciendo acertada su exposición de los hechos. Sin embargo, este estado de bienestar en el que me encontraba desapareció de pronto cuando vi las monedas chinas colgadas de la mano de Alfred.

Mi alarma estaba justificada, y no fui la única que la sintió. De hecho, los ahuevados ojos del señor Gordon no daban crédito a lo que estábamos viendo. No era de extrañar, pues las dos veces que esas monedas habían aparecido a lo largo de la investigación siempre habían sido precursoras de problemas y de muerte. Solo el coronel pareció mantener la calma. Pensé que, de algún modo, él estaba esperando su llegada.

—El caballero que se las ha entregado ¿está esperando? —preguntó el coronel a Alfred.

—Sí, señor, viene acompañado de una joven —contestó el mayordomo.

—Pues no les haga esperar más.

Alfred desapareció mientras todos nos quedamos esperando que el coronel diera alguna explicación, si es que la tenía.

—Sabía que nos encontrarían —dijo de forma misteriosa.

Y, acto seguido, nos pasó la tarjeta de visita que Alfred le acababa de entregar. En ella se leía: «Liga de los Hijos del Dragón», escrito a mano bajo el nombre del barón Astley-Coutts.

A pesar de nuestras miradas interrogantes, fue lo único que dijo el coronel antes de que Alfred regresara. Este, con una ceremonia hasta ahora nunca vista, se situó bajo el quicio de la puerta, se estiró todo lo que pudo y mirando al techo dijo el nombre de la visita.

—El barón Astley-Coutts y su hija.

Apenas me dio tiempo a hacer memoria de ese nombre, que no me era del todo desconocido, cuando en el salón entró un hombre de gran porte, de una edad parecida a la del coronel. En su rostro noble destacaban dos grandes patillas blancas. Junto a él apareció una muchacha joven de una belleza exótica y delicada. Tenía el pelo negro y brillante y en su cara de niña aparecían rasgos asiáticos. El corazón me dio un vuelco: ¡yo les había visto antes! El señor Gordon me miró, también sorprendido. ¡Eran el hombre y la joven que, acompañados por el anciano chino del párpado caído, habíamos visto en la tienda de antigüedades del señor Cecil en Londres. Ellos habían sido los que se habían interesado por el jiance.

—Sean bienvenidos a mi casa —les saludó el coronel.

—Muchas gracias, coronel —correspondió el barón tendiéndole la mano—. Tenía ganas de poder saludarle en persona. Esta es mi hija, Xiaoyan. —La joven inclinó la cabeza y juntó sus manos en señal de saludo. Era evidente que había recibido una educación oriental.

Al escuchar su voz no tuve duda de que se trataba de la misma persona que había visto en Londres.

A continuación el coronel nos presentó a todos. Al besarme la mano, el barón me miró con intensidad y para mi sorpresa dijo:

—Creo que la señora Arliss y yo ya nos conocemos, ¿verdad?... Al igual que el señor Gordon... Al resto confieso que solo les conozco de oídas...

Sus palabras terminaron de confundirnos más a todos. El único que parecía saber algo era el coronel. Mientras, la joven que había presentado como su hija continuó en silencio en una actitud recatada.

El coronel los invitó a tomar asiento y les ofreció un refrigerio que ambos rechazaron.

—Lamento no tener mucho tiempo disponible —se disculpó el barón—. Debemos regresar pronto a Londres; mis obligaciones me requieren allí. Pero antes tenía un pequeño asunto pendiente con ustedes.

El barón miró significativamente al coronel.

—Sí —contestó este—. Lo tenemos... Sinceramente, me ha sorprendido verle a usted implicado en este asunto.

Mientras hablaban, de repente, recordé dónde había oído el nombre del barón Astley-Coutts. Había sido mi esposo, Thomas, quien leyendo la prensa había hecho algún comentario en voz alta sobre un famoso filántropo inglés que dedicaba su tiempo y su fortuna a crear escuelas para niños pobres y rescatarlos de la esclavitud del trabajo. No dudé de que se trataba de él. Pero ¿qué tenía que ver con la Liga de los Hijos del Dragón? ¿Y qué era lo que había venido a buscar?

—Comprendo que estén sorprendidos —dijo el barón—..., las circunstancias me han obligado. Posiblemente, si se hubiera tratado de otras personas y otros intereses, no hubiera venido yo. Pero ustedes me inspiran confianza. Sé de la nobleza de sus actos y confío en su discreción. Seré breve, pero antes...

El barón miró al coronel, quien, después de dar una profunda chupada a su pipa y para seguir sorprendiéndonos a todos, metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó aquel pequeño dragón de jade verde del que nos había hablado y que ninguno de nosotros, a excepción del señor Eastman, habíamos visto.

—Aquí lo tiene —se lo acercó el coronel sujetándolo con dos dedos—: su pequeño amigo.

El barón lo tomó y a continuación se lo entregó a su hija, que lo recibió en la palma de su mano. Después, con movimientos delicados, sacó un pedazo de terciopelo, envolvió con cuidado el dragón en él y lo guardó en su bolso. Recordé entonces que, según nos había relatado el coronel, ella había sido herida en la reyerta con los hombres de O'Malley, pero parecía totalmente recuperada y no tenía ningún signo de convalecencia.

—Los Hijos del Dragón les están eternamente agradecidos —dijo la joven en perfecto inglés y con una voz deliciosa—. A partir de ahora son considerados como nuestros hermanos.

Fascinada. Creo que esa es la palabra que mejor resumiría el estado en el que me encontraba. Puede que ni parpadeara, tan concentrada como estaba en todo lo que sucedía.



—Es el momento de darles alguna explicación —dijo el barón—. Se la debo especialmente al coronel por haber salvado la vida de mi hija.

—Pues si es tan amable —intervino el señor Gordon—, se lo agradeceríamos...

Como de costumbre, el señor Gordon se hacía notar. Su ego le impedía mantenerse en un segundo plano.

—Puede que lo más fácil sea empezar por ese pequeño amigo —dijo el barón señalando el bolso donde su hija había guardado la pieza de jade—. Perteneció a Hongwu, primer emperador de la dinastía china de los Ming. Hongwu fue un hombre extraño y poderoso, que dio comienzo a una dinastía que llevó a China a ser la principal potencia económica del mundo. Fue una época de esplendor cultural. La revolución en el arte y en la literatura fue notable, creándose piezas únicas muy codiciadas por coleccionistas, como este dragón.

»Pero la dinastía Ming fue derrocada por los manchúes del norte, que instauraron la dinastía que actualmente gobierna China, la Qing. Los chinos siempre han considerado a los Qing como invasores y se han opuesto a su gobierno. Tengan en cuenta que dos millones de manchúes comenzaron a dominar a cerca de ciento veinte millones de chinos. Esto ha creado innumerables conflictos internos, sumados a los que ha provocado la apertura de la cerrada sociedad china a Occidente.

—Sin ir más lejos —intervino el señor Gordon para demostrar su conocimiento del tema—, las recientes guerras contra Gran Bretaña por culpa del opio...

—Efectivamente, señor Gordon —prosiguió el barón—. Los británicos hemos llevado una maldición social a China. Gran parte de la población se ha hecho adicta al opio, con lo que se han destrozado familias y personas. El elevado precio de la droga en el contrabando genera violencia y corrupción entre los contrabandistas y funcionarios.

»Por todo esto, actualmente China es un país convulso. Con un gobierno cada vez más débil y miope, incapaz de hacer frente ni a sus enemigos exteriores ni al sufrimiento de su pueblo, que se ve azotado por enfermedades y la hambruna provocada por las sequías y las inundaciones. La corrupción se

ha apoderado de los mandatarios chinos, mientras que el pueblo se siente abandonado y se ha levantado en armas contra su gobierno.

»Las rebeliones son constantes en todo el territorio chino, muchas de ellas sustentadas por sociedades secretas derivadas de la secta del Loto Blanco. La mayoría de ellas se han unido para poder derrocar a la dinastía Qing y pretenden instaurar la vuelta al poder de los Ming. Una de estas sociedades es la Liga de los Hijos del Dragón, que creo que ya conocen.

—Bueno, no sé si es la expresión más adecuada —volvió a intervenir el señor Gordon con petulancia—. Sería más apropiado decir que nos hemos cruzado con ella en nuestro camino. Pero parece que usted sí que los conoce, ¿no es así?

—Quizá yo también podría decir que se cruzó en mi camino. Como pueden ver —dijo mirando a su hija—, mi relación con China va más allá de haber vivido allí unos años de mi juventud.

Justamente era eso lo que yo me estaba preguntando. El barón había presentado a la joven como su hija. ¿Quién era su madre? ¿Cómo la había conocido el barón? Seguro que detrás de todo había una bonita historia de amor. Sin embargo, el barón, para mi decepción, fue muy parco al contar cómo durante su estancia en China había conocido a una joven de la que se enamoró. Él abandonó el país, y solo después de que la madre muriera supo de la existencia de su hija.

—Regresé a China en su busca y la encontré, descubriendo a una mujer maravillosa y comprometida con su pueblo. Ella misma me confesó que su pertenencia a la Liga de los Hijos del Dragón le impedía abandonar su país. Allí luchaba por ayudar a los más pobres de los campesinos y a liberarlos del yugo de los funcionarios corruptos. Funcionarios que, entre otros oprobios, vendían a niños y mujeres como esclavos a traficantes extranjeros a cambio de opio. Supongo que les sorprendería saber que alguno de esos cargamentos ha llegado a la propia Gran Bretaña...

—¡Eso no es posible! —exclamó indignado el joven Eastman—. ¡Me niego a creerlo!...

—A mí me sucedió lo mismo —continuó el barón con una sencillez que me conquistó—. No me lo podía creer, hasta que mi hija y la Liga de los Hijos del Dragón me pidieron ayuda. Sabía que había una red de mandarines

corruptos que secuestraba niños y mujeres y los enviaban a países extranjeros. Fue entonces cuando la Liga se vio en la necesidad de actuar fuera de China. Al descubrir que uno de esos países era Gran Bretaña, me pidieron ayuda a través de mi hija. No se la pude negar y terminé siendo uno más de ellos. Le puedo asegurar, señor Eastman, que yo he ayudado a liberar a algunos de esos niños y mujeres, esclavos en fábricas de nuestro país. Fue el conocimiento de esa horrible realidad lo que me llevó a colaborar con ellos y a crear una red de apoyo en suelo británico. Y les aseguro que no me arrepiento de ello.

Todos nos quedamos en silencio.

—Sí, a mí también me avergüenza —confesó—, pero creo que ese mismo sentimiento embargaría a la mayoría de los británicos si lo supieran... Por supuesto, todas las actividades que ha desarrollado la Liga han sido secretas. Ustedes son los únicos que las conocen ahora. Ustedes y aquellos malvados a los que perseguimos...

—¿Se refiere al tal O'Malley? —preguntó la señorita Jervis.

—Entre otros —contestó el barón a la vez que sonreía con ironía—. O'Malley, como ya habrán deducido, solo es un esbirro de alguien que maneja los hilos desde más arriba. Gente poderosa, sin escrúpulos, capaz de traficar con personas. En esta ocasión, han traficado con antigüedades. La intervención de la Liga de los Hijos del Dragón en muchas zonas del sur de China ha hecho más difícil que puedan secuestrar niños y mujeres en las aldeas más pobres, por lo que los mandarines corruptos han optado por pagar el opio con tesoros de arte: relojes, jarrones, antigüedades de incalculable valor monetario, pero más incalculable todavía para la cultura y la historia del pueblo chino.

El barón contó entonces cómo la Liga de los Hijos del Dragón había descubierto que iban a mandar un gran cargamento de obras de arte a Gran Bretaña. Sabían que los mandarines corruptos habían enviado un valioso reloj a los traficantes como muestra del cargamento que recibirían posteriormente. Según los espías de la Liga, llevaba en su interior la fecha y el lugar donde se realizaría la entrega del resto de los objetos, pero perdieron su pista en el puerto de Hong Kong, por lo que debían interceptarlo a su llegada a Londres. Descubrieron a la persona a la que iba dirigido, la localizaron e intentaron que les dijera quién le iba a entregar el reloj. Tardaron en conseguir que hablara y

cuando lo hizo ya fue demasiado tarde y el comerciante de sedas lo había vendido a un anticuario de Old Bond Street.

—Lo siguiente que sucedió más o menos lo conocen ustedes: una lucha a muerte por intentar recuperar las antigüedades antes de que cayeran en manos de O'Malley y su gente. Ellos habían sido alertados desde China de la existencia de nuestra red y han procurado adelantarse a nosotros, consiguiéndolo en alguna ocasión. Luego entraron en juego ustedes. Al principio les creíamos traficantes, pero nuestra red de espías terminó sabiendo quiénes eran.

»Espero que ahora comprendan y disculpen si en alguna ocasión hemos tenido que actuar con algo de rudeza: para nosotros —dijo mirando con ternura a su hija— era vital recuperar esos tesoros que nunca debieron salir de China.

Tras unos segundos en que nadie se atrevió a decir nada, el coronel tomó la palabra.

—Nos ha dejado impresionados con su relato, barón, y tenemos muchas preguntas que hacerle...

—Lo entiendo, coronel —dijo a la vez que se ponía de pie, gesto que imitó su hija—, pero deberán esperar a una mejor ocasión. Como les he dicho, mi hija y yo debemos partir inmediatamente.

—Lo podemos entender, barón, y no queremos entorpecer su marcha. Aunque permítame que le haga una última pregunta.

—Adelante.

—¿Fueron los Hijos del Dragón los que mataron a lord Greenwich cuando entraron en Cockpen Castle?

—No, coronel. Los Hijos del Dragón tienen entre sus reglas básicas la de respetar la vida humana por encima de todo. Solo en casos excepcionales, y siempre en defensa propia, lo hacen. No. A lord Greenwich lo mató O'Malley, que también había entrado en el castillo en busca del reloj. Nos habíamos asegurado de que lord Greenwich tenía el reloj. Xiaoyan se hizo la encontradiza con él en los bosques que rodean Cockpen Castle y consiguió que el bueno de lord Greenwich la invitara a visitar su casa, donde le mostró el reloj. Planeamos entrar en el castillo por la noche, pero O'Malley también

sabía que lo tenía y entró la misma noche que nosotros. Quiso la mala fortuna que lord Greenwich lo descubriera y él lo mató.

—¡Justo lo que yo imaginé! —exclamó ufano el señor Gordon.

—Sí. En justicia, les felicito por la perspicacia que han demostrado —dijo el barón—. Son merecedores de la confianza que lady Greenwich ha depositado en ustedes. Confianza que yo también deposito en que nadie más que ustedes sabrá de la existencia de la Liga de los Hijos del Dragón.

Mientras decía estas palabras, paseó su vista sobre nosotros para terminar posándola sobre el coronel.

—Tiene nuestra palabra —dijo este a la vez que tendía la mano al barón.

Ambos hombres se dieron un apretón de manos en señal de que el pacto quedaba sellado. Luego el coronel tocó la campana para llamar a Alfred, quien acompañó al barón y a su hija hasta la salida de la casa, en tanto nosotros nos quedábamos allí, incrédulos y cargados de preguntas sin responder.

## SOCIEDAD DE INVESTIGADORES TOLBOOTH

Todo tiene principio y fin, aunque los humanos nos resistamos a aceptar este último. El final de una novela encierra la magia de devolvernos a la realidad, y ese paso ha de ser delicado para impedir que el choque del lector con su monótona existencia lo traumatice. Salir de la ensoñación cuesta, duele, pero no queda otro remedio que hacerlo, eso sí, muy de tarde en tarde. El objetivo de enfrentarnos lo menos posible a nuestra realidad no es recuperar la cordura, pero sí, al menos, aparentar que no la hemos perdido.

—¡Ha sido increíble! —exclamó la señorita Jervis una vez que el barón y su hija se hubieron marchado—, ¿no les parece? Incluso sabía que lady Greenwich nos había encargado la investigación de la muerte de su esposo.

—No sé si *increíble* es la palabra más adecuada —maticé con gracia por segunda vez a lo largo de la tarde—. Puede que *impactante* refleje mejor la situación. Aunque nos podemos congratular de que el barón haya venido a visitarnos para confirmarnos que todas nuestras pesquisas iban correctamente encaminadas.

—Más bien creo —dijo el coronel con su humor ácido— que ha venido a recoger el dragón... Aunque lo cierto es que con la cadena de espías que nos ha demostrado que tienen los Hijos del Dragón en Gran Bretaña no les hubiera costado mucho recuperarlo...

—¡Pero usted lo sabía! —dijo el señor Eastman con un brillo de admiración hacia él en los ojos—. ¡Sabía que vendrían a por él!

—Bueno, no era muy difícil sospecharlo por la manera en que se comportaron con nosotros en Liverpool. Estaba seguro de que cuando nos durmieron registraron nuestras ropas. No lo encontraron, pero sabían que yo lo tenía... Lo curioso es que haya sido el propio barón el que ha venido a por él, descubriendo su pertenencia a los Hijos del Dragón.

—Ha sido un bonito gesto hacia usted —terció la señora Arliss—. Le está muy agradecido por haber salvado a su hija. Por cierto, una joven

bellísima y extraña... No me la puedo imaginar luchando como uno más de sus «hermanos».

—Pues yo mismo la vi —aseguró el coronel encendiendo su pipa—, y le puedo asegurar que era realmente buena... En fin, queridos amigos, creo que ahora ha llegado el momento de que cumplamos con nuestra obligación de informar a lady Greenwich.

—Pero, coronel —intervino la señorita Jervis—, hemos dado nuestra palabra de que no desvelaríamos la existencia de la Liga de los Hijos del Dragón.

—Y no lo haremos, señorita Jervis. Por suerte para nosotros, aunque la verdad es una sola, los hechos sobre los que se sustenta son muchos, y no necesariamente hay que descubrirlos todos...

—Estoy de acuerdo, coronel —dije—. Creo que yo me ceñiré a esos hechos para crear mi nueva novela sin desvelar la verdad. ¡La ficción!, queridos amigos, la ficción es un paladín que, tras sus palabras, esconde la verdad.

—¿En serio va a escribir una novela con todo lo que nos ha sucedido?! —me preguntó incrédula mi estimada y siempre puntillosa señora Arliss.

—¡La duda ofende, señora Arliss! Es más, les confesaré una cosa: ustedes me ayudarán a hacerla. De hecho ya tengo su título: *La maldición del reloj chino*.

—¡Magnífico! —exclamó el señor Eastman—, ¿pero cómo le podremos ayudar?

—Muy fácilmente —disfruté de la expectación que mis palabras estaban creando en mis compañeros—: escribiendo cada uno de ustedes uno de los capítulos.

En ese mismo momento, me puse en pie y comencé a pasearme por la habitación de esa manera tan mía, apoyando los pulgares en los bolsillos de mi chaleco, verde manzana en esta ocasión.

—Sí, mis queridos amigos, los convertiré a todos en una sociedad de investigadores. Una sociedad dispuesta a luchar con nobleza por la causa de la verdad. Una organización secreta, por supuesto, compuesta por cinco sabuesos implacables con el crimen y la corrupción que se erigirán en azote de esta sociedad...

—Confieso —me interrumpió la señora Arliss, como de costumbre, en mitad de mi discurso y sin que su natural impaciencia me dejara acabar— que no me veo preparada para convertirme, de la noche a la mañana, en una escritora. Saben que disfruto como lectora, pero me siento incapaz de ponerme al otro lado de un libro.

—¡Oh, claro que podrá, señora Arliss! —exclamé—. Hasta usted será capaz, porque, por supuesto, yo estaré detrás para corregirlos y guiar sus pasos hasta la excelencia...

»¡Desde luego que sí! —proseguí seguro de que mis ojos estaban en aquel instante iluminados por un brillo de ilusión—. Escribiremos una obra maestra. Un novela a cinco manos. Como usted dijo en una ocasión, señorita Jervis, seremos cinco pares de ojos observando el mundo. Crearemos una sociedad de investigadores secretos cuyo único fin será robustecer la verdad con la investigación. Sus cinco miembros: la señorita Ada Jervis, la señora Elisabeth Arliss, el señor Leopold Eastman, el señor Herbert Gordon y como presidente el coronel Richard Samuel Nicholls formarán esta organización altruista y de carácter secreto. Porque ustedes, mis queridos amigos, como es natural, desearán mantener esta actividad al margen de su vida privada. Además de que mantenernos en la clandestinidad nos permitirá, como investigadores, una mayor libertad de movimientos...

Confieso que un frenesí imparable se había apoderado de mí, y hasta creo que me olvidé del público al que estaba dirigiendo mis palabras. Los genios somos así: cuando tenemos un momento de inspiración, cuando una idea pugna por nacer de nuestra cabeza, el mundo ya no existe para nosotros. Puede que el resto de los mortales, al vernos presos de lo que creen una locura, se pregunten si no hemos perdido la cabeza. Y eso, estoy seguro, es lo que en aquel momento estaban pensando mis compañeros, pues daba la impresión, y no de forma desencaminada, de que yo no distinguía ficción de realidad.

—La Sociedad de Investigadores Tolbooth —proseguí con entusiasmo— mantendrá el principio de la independencia de cualquier institución tanto pública como privada. Sus miembros... Sus miembros tendrán como base de sus actividades la honestidad y la dignidad, anteponiendo los intereses de los más débiles ante la opresión de los poderosos...



Confieso que en este punto subí la voz más de lo necesario, mientras subía el dedo índice y cerraba los ojos. Sentimiento, amigos, puse sentimiento en mis palabras.

—... Se deberán entre ellos fidelidad, ayuda mutua, confianza y solidaridad —continué sin perder una pizca de intensidad—. Serán, en fin, los defensores de los ideales de justicia en una sociedad corrompida por la avaricia, las desigualdades y la falta de escrúpulos... Sí, amigos, una nueva etapa ha comenzado. ¡La Sociedad Literaria Tolbooth ha muerto! ¡Viva la Sociedad Secreta de Investigadores Tolbooth!

A la vez que empecé a sudar, descendí de la nube donde me había subido. Miré a mis amigos esperando su reacción. Ellos me miraban entre confundidos y alarmados. Para mi sorpresa, el señor Eastman se levantó de su sillón con el rostro iluminado.

—¡Viva! —exclamó—. ¡Cuenta conmigo, señor Gordon!

—¡Y conmigo también! —se unió a él la señorita Jervis—. Me parece una idea estupenda crear una sociedad secreta de investigadores. Es tan excitante...

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Un momento! —intervino el coronel—, ¡¿han perdido la cabeza?! Herbert, ponga un poco de cordura en todo esto. ¡Solo está hablando de una novela!

—Yo también lo pensaba —dijo la señora Arliss de manera pausada—, pero creo que en este caso de la ficción ha nacido una realidad. Por una vez me gusta la idea que nos plantea el señor Gordon. ¿O es que usted no quiere formar parte de esta nueva historia, coronel?

El coronel se mantuvo en silencio durante unos instantes, puede que, y creo no equivocarme al pensarlo así, valorando la posibilidad de cambiar la vida rutinaria a la que se había acomodado por otra existencia llena de emoción y aventura.

—Por supuesto, señora Arliss —dijo al cabo de unos segundos—. No me la perdería por nada del mundo... Eso sí, Herbert, tendremos que retomar la tarea de redactar esos principios por los que nos vamos a regir...

—Sí —afirmó la señorita Jervis—, y deberemos cambiar el nombre de nuestra sociedad. ¡Ahora seremos la Sociedad de Investigadores Tolbooth!

—Entonces, damas y caballeros —concluí—, ha llegado el momento de ponerse manos a la obra. Hay muchas historias sin acabar que esperan para que esta nueva y secreta sociedad de investigadores les ponga un final a la luz de la verdad...

—*Lux et veritas* —dijo el coronel con solemnidad.

—Un buen lema para unos detectives —apunté yo—: *Lux et veritas*...



**Margarita García Gallardo** nació en 1967, en Madrid, donde actualmente reside. Es licenciada en Veterinaria por la Universidad Complutense. Es autora de obras tanto para el público infantil como adulto.

Con su primera novela, *El camino del agua* (Calambur, 2004), fue finalista del VI Premio Río Manzanares de Novela. Posteriormente, ha publicado *La suelta de los antílopes* (Editorial Meteora, 2007) y *56 razones para amarte* (Viceversa, 2010).

En dos ocasiones, ha quedado finalista del Premio Edebé de literatura infantil con las obras: *Una de indios y vaqueros* (Edebé, 2009, finalista de la XV edición) y *Esas cosas que no se ven a simple vista* (Edebé, 2013, finalista de la XX edición). En abril de 2014, fue una de las autoras seleccionadas por la editorial Edebé México en la Primera Convocatoria para Publicación Infantil y Juvenil con la obra *Mi familia de detectives* (Edebé México, 2015).

Su novela *Sociedad Literaria Tolbooth* quedó entre las diez finalistas del Premio Planeta 2015, obteniendo un cuarto puesto.

[www.margaritagarciagallardo.es](http://www.margaritagarciagallardo.es)  
<http://elblogdesorbenita.blogspot.com.es/>

*Sociedad Literaria Tolbooth*

Margarita García Gallardo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Margarita García Gallardo, 2016

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta  
© de la imagen de la portada, Jane Rix - Lynea / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2016  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2016

ISBN: 978-84-08-15563-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

**Otros títulos de Click Ediciones:**

*Recuerda*

Rubén Aído

*¡Matadme!*

Valerio Cruciani

*Negro spaghetti*

Valerio Cruciani

*Viena Blues*

Sergi Gotarra

*La caricia del ángel*

Alafair Burke

*212*

Alafair Burke

*44 de la calle Armonía*

C. D. Casino

*La última semana del inspector Duarte*

Pepe Payá

*Puzle de sangre*

José Payá / Mario Martínez

*Una llamada en mitad de la noche*

Víctor García Barquero

*Una cuestión de estilo*

James Grippando

*No escuches al mal*

James Grippando